

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL (1571-1639)

ESPAÑA DEFENDIDA
(Poema heroico)

ÍNDICE

PRÓLOGO

ARGUMENTO DEL POEMA

LIBRO I (la embajada de Turpín - Bernardo)

LIBRO II (el naufrago inglés y el pastor pinciano)

LIBRO III (intervención de Plutón - el sueño de Alfonso)

LIBRO IV (el alarde del ejército imperial)

LIBRO V (el sueño de Marsilio – el mago Malgesí)

LIBRO VI (el libro misterioso)

LIBRO VII (Ricardo se presenta a Alfonso)

LIBRO VIII (el ejército hispano – el primer choque)

LIBRO IX (Ricardo y Marfisa – Zaida – Orlando y Galalón)

LIBRO X (la traición de Galalón – el espectro de Beltrán)

LIBRO XI (el tributo de las cien doncellas)

LIBRO XII (dudas de Carlomano, Elvira libera a Carloto)

LIBRO XIII (la batalla campal)

LIBRO XIV (muerte de Orlando – la victoria total)

PRÓLOGO

Tiénesse por digno Poema, el cuerpo de una acción, con miembros de elegantes episodios, de nuevas frases, galanas locuciones, y propias similitudines; loándose sobre todo en él, la cuerda contextura, la viveza de afectos, la introducción de translatos, la prosecución de metáforas y asimismo, los límites ajustados; consistiendo su perfección en que ni sean largos ni cortos. Para no errar en igual asunto, tenemos algunos ejemplares, Griegos, Latinos, y Toscanos, entre quien al Taso, en su idioma, Príncipe de los números Épicos. A éste pues, insigne en los requisitos apuntados, imité en parte de la invención deste argumento, llevado de la costumbre común, en que los últimos Autores de fábricas semejantes, siempre estamparon las huellas de los primeros. Bien sé, estimarán los entendidos este trabajo, como concedores de lo que cuesta cualquier sudor estudioso; y así dellos, no de los idiotas, opuestos a toda erudición, reconoceré lo que mereciere de alabanza. Sigue el incapaz el estilo del torpe animal Bonaso, que por no ceder, que por no aprender, o por escaparse de aplaudir, despidе de sí pésimos olores de murmuración.

He procurado cuanto en mí ha sido posible, saliese en las cláusulas, el sentido cabal, los períodos socorridos, concetuosos, no desnudos de énfasis, ni faltos de cultura de voces; todo dispuesto (sea lícito decirlo así) con primorosa decencia, y en particular, acompañado de corriente dulzura, gravedad, y algunas sentencias, no permitiendo muchas lo heroico, por constar, como se sabe, de narraciones: mas, *composite, & apte sine sententiis dicere, insania est; sententiose autem sine verborum ordine & modo, infantia*, dice Cicerón. Dejé, moviese de ordenario la pluma estilo puro, ceñido de suave dignidad. Forma sus simulacros la lengua con blandura, y tranquilidad de palabras; que las ásperas, y duras vuelven despegadas, y desabridas las mismas composiciones. Por eso, no afecté en el decir (que no fuera difícil) modos desusados, y escabrosos, como algunos, que fundan la valentía de la oración, en que no sea entendida: olvidados de que, *Perspicuitas* (suena según Quintiliano, claridad) *est facultas orationis ad rem intelligendam*. Viniendo a ser la más bella, y más útil acción del hombre viviente (a quien siempre toca la suprema prerrogativa) hacer en un papel una imagen del entendimiento, y junto una armónica perspectiva de sí mismo. Aquí ponderará (puede ser) el más ingenioso artífice deste género, por inventiva, y novedad de realce, ensanche tanto con propiedad, en planta tan limitada, como es una batalla campal sola. En lo demás, la exornación desta obra, y el publicarla de nuevo, en tan oportuna ocasión como la presente altercación de armas, para recuerdo y conmemoración de triunfos de antiguos Españoles, y suma gloria de sus descendientes, se deberá a los apacibles ocios, que ha concedido el Cielo a cuarenta y dos años de ocupaciones en servicio de su Majestad, en considerables puestos de administración de Justicia; en todos (si no me engaño) con entera satisfacción: con otras tribulaciones, y relevantes detrimentos, padecidos por su respeto. Pudiérame tener lastimado tanta edad expendida en ejercicio de tribunales, sin alcanzar por ello ni mínima remuneración; mas líbrame de semejante sentimiento el considerar, que no me debe convenir pues tanto tarda, y sobre todo la cándida decisión Simétrica, que dispone, ser el premio más estimable del loable proceder, aunque no se consiga, el merecerlo.

ARGUMENTO DEL POEMA

Alfonso Rey de León, y Asturias, por sobrenombre el Casto, hallándose en edad anciana, sin legítimo sucesor, y sus confines ceñidos de diversos Moros, con celo cristiano, ofreció después de sus días, su Corona a Carlo, Romano Emperador, y Rey de Francia. Juntando después para esto Cortes; en ellas se determinó, nombrase por su heredero a Don Ramiro, hijo de Ordoño, y sobrino suyo; quedando excluido lo tratado antes con el Francés, como conferido sin consentimiento de los Vasallos. Éste, pasados cinco años, viendo rehusaban aquellos naturales admitir el presidio extranjero, que para mayor seguridad de las fronteras, al principio se había pedido, envió por embajadores para la ejecución de la palabra, al Obispo Turpín, y al Par Orlando, que en público Consejo, declarada la intención de su Rey, mal despachados, intiman de su parte la guerra. Ambos Reyes se previenen para ella. Socorren a Carlo, que viene en persona, sus confidentes, y aliados. Es Alfonso ayudado del Rey de Inglaterra, y de los Moros de toda España, juzgando conveniente por razón de Estado, acudirle con sus gentes, por no ser después ellos oprimidos (como imaginaban) del Rey opuesto, en fuerzas más poderoso.

Mas con doblado intento; esto es, de emplear contra los Cristianos las propias armas, después de haber (como esperaban) conseguido la primera vitoria. Nombra Alfonso por General desta expedición a Bernardo, hijo del Conde de Saldaña, y de la Infanta doña Sancha, su hermana. Dan vista de sí los dos Ejércitos en Roncesvalles, donde tras alguna detención, que gastan en escaramuzas, vienen a batalla campal, en que Leoneses y Asturianos quedan vencedores, volviendo a León, ricos de trofeos y despojos, habiendo defendido heroicamente su patria; sin tener efeto la traición de los Moros por dejarles los pasados rencuentros, con extremo destrozados y diminuidos.

LIBRO PRIMERO

*EL heroico Varón las armas canto,
cuya luz cubre olvido, envidia calla,
en quien España gloria, Francia espanto,
y admiración el Universo halla:
tan supremo valor, esfuerzo tanto,
que cuerpo a cuerpo, y en campal batalla,
con justo intento, y con piadoso celo,
defendido dejó su patrio suelo.*

*¡Oh Musa, tú que intrépida limitas
estatutos de Reinos encumbrados,
dando inmortales vidas, con que quitas
robos al Tiempo, y fuerzas a los Hados!,
hoy mi pluma por ti ministro escritas
altas obras a siglos prolongados;
hoy concede a mi voz, facundas alas,
porque resuene osada al son de Palas.*

El poderoso Carlo, que venciendo
naciones varias en marcial empresa,
a Corona juntó Diadema, siendo
dueño del Imperial y la Francesa;
severo inclina al militar estruendo,
viendo que Alfonso olvida la promesa
de reducir con apacible mano,
al Franco Señorío el Cetro Hispano.

Que a León se confiera con Orlando
Turpín, decreta el Imperial acento,
donde los dos al Rey del Godo Bando
pidan de la palabra el cumplimiento:
y en tanto sus insignias desplegando,
ordena, que tremolen por el viento,

porque sea, si Alfonso el sí retira,
su ejército ministro de su ira.

Llegan, y junta el Casto los Consejos,
que tratan de la guerra, y del Estado;
cuyos nobles ministros son espejos
de valor, de virtud, y de cuidado.
Van ocupando ya Catones viejos
los asientos del uno, y otro lado;
pareciendo, en lugar más eminente,
su Rey, de tales Astros Sol luciente.

De la suprema Junta la prudencia
la respuesta previene a la embajada,
y al Obispo, y al Conde da licencia
de dejalla a su gusto publicada.
Hizo, ya dentro, humilde reverencia
Turpín al Rey; mas la persona osada
del Par Orlando, armada de entereza,
inclinó mucho menos la cabeza.

Así Turpín comienza, con süaves,
y elocuentes acentos: Carlomano,
invictísimo Alfonso, como sabes,
de Francia Rey, y Emperador Romano;
en tanto que le dan empresas graves,
nombre feliz, quiere contigo humano,
comunicar cuanto su Cetro abraza,
ya que el valor los ánimos enlaza.

Por la volante Fama, que pregona
tu casto proceder de Ocaso a Oriente,
se sabe ya, que a tu Real persona
ha de faltar forzoso decendiente:
por eso, un Lustró habrá, que esta Corona
al mismo Carlo (en quien piedad ardiente
de propagar la Fe reconociste)
en tus últimos días ofreciste.

Estimó, y acetó mi Rey tu oferta;
y a tu noble afición quedó obligado;
gozoso en ver abrir más ancha puerta
de Cristo al Estandarte consagrado.
Y porque tu palabra fuese cierta,
pediste, que de Asturias el Estado,
a quien persigue el bárbaro Numidio,

se asegurase con Francés presidio.

Después (¡oh triste historia!) que Rodrigo
al torpe se rindió, que ciego engaña,
en su violento gusto, su castigo
miró, y tras él la pérdida de España:
mas huyendo el furor del enemigo,
ocupó poca gente la Montaña,
de quien fue Capitán aquel Pelayo,
cuerdo en la paz, en la batalla rayo.

La intratable aspereza deste suelo
su Católico intento fomentaba,
con que abrasado siempre en santo celo,
africanas bravezas contrastaba:
mas las armas con él tomaba el Cielo,
cuando contra infieles peleaba,
pues la flecha que el Moro despedía,
a herir a aquel que la flechó volvía.

Dilató su dominio, mas no tanto,
que diese a más que estos confines leyes:
inculpable viviendo, murió santo,
y anciano Rey, dio sucesores Reyes.
Mas superfluo sería decir, cuanto
después pasase entre Asturianas greyes,
defendiendo su tierra heroicamente,
hasta llegar al término presente.

En él sabes, Señor, por experiencia,
que superior en fuerzas vive el Moro,
cuyo antiguo rancor, cuya potencia
por momentos se atreve a tu decoro:
mas si a Francia León rinde obediencia,
abundando de gentes y tesoro,
fácil será de España la conquista,
pues nunca habrá quien a los dos resista.

Mas cuando lo contrario determines,
sin advertir del caso la importancia,
no debes esperar prósperos fines
a tu quietud de la potente Francia:
Carlo querrá, querrán sus Paladines
buscarte; y siendo corta la distancia,
convocando sus bélicas legiones,
cederán a sus Lirios tus Leones.

Su furia ¿qué no hará? ¿Podrán acaso
pocos, si valerosos Montañeses,
estorbar la intención, quitar el paso
a innumerable copia de Franceses?
Sabe el Oriente ya, sabe el Ocaso,
que a costa de sangrientos intereses,
salieron de rencuentros infinitos,
héroes siempre triunfantes, siempre invitos.

Y cuando mi provincia no tuviera,
para guerra mover, poder bastante;
del mundo lo mejor socorro diera
al Monarca magnánimo su Atlante:
mas tú lucero de tan corta esfera,
¿qué harás, cuando te vieres declinante?
¿En quién podrás poner tu confianza?
¿Podrás ponella en la Morisca lanza?

Tu enemigo el mayor ¿querrá ayudarte?
Antes querrá tu pérdida, no dudes,
provocarale sí, furioso Marte,
mas contra ti, si a su favor acudes:
sé, que podrás tenerle de tu parte,
como l'alma infiel del cuerpo mudes,
en cuanto pues, los dos no dividieres,
Alfonso, en ambos juntos nunca esperes.

Mas supongo, que en paz deje tu tierra,
que imposible será, mi nuevo Augusto;
en no cumplir lo prometido yerra
tu ley, y se desvía de lo justo:
faltarate el aliento, y cisma, y guerra
al punto brotará del cetro el gusto:
querrá mandar, querrá reinar cualquiera,
tal sosiego, y tal bien tu Reino espera.

No sabrá, vacilante, el Asturiano
juzgar lo que el derecho determina:
dará muerte un hermano al otro hermano;
todo mortal al interés inclina:
León en vez de Rey, tendrá Tirano;
y dirá, ponderando su rüina:
¿Fue Alfonso el recto, Alfonso, el que se ha visto
ser defensor de la deidad de Cristo?

¿Cómo no vio dolor, que tanto aqueja,
quien de los suyos fue padre, y amparo?
¿Cómo volando a las alturas, deja
huérfano de Rector su pueblo caro?
Y en tanto, que suspira, y que se queja,
desnudo de cabeza, y de reparo,
el feroz Africano en su Falange,
mejor esgrimirá su corvo alfanje.

¿La inclemencia podrá por ese modo,
vencer tu patria de su estrella esquiva?
Y ¿por ese camino podrá el Godo
dejar esenta la cerviz cautiva?
Felizmente, Señor, suceda todo;
nestóreos años tu persona viva,
mas eres Sol, y si te pones, luego
el orbe, a quien das luz, se verá ciego.

Luz sólo le dará quien es del mundo
estrella fija, que a la suerte ultraja;
el fortísimo, el Magno, el sin segundo,
que humildes sube, y que soberbios baja.
En causas pues, tan eficaces fundo
(¡oh Rey de las Asturias!) la ventaja,
y la opinión con que tu Reino queda
si Carlo excelso su Corona hereda.

Que el presidio Francés en tanto admitas,
dice, que resistencia al Moro haga;
y si por carecer d'oro le evitas,
ministrarle por ti quiere la paga:
de tus hombros con esto el peso quitas,
y el mal previenes, que a tu Reino amaga:
con tu prudencia lo propuesto mide,
que en nombre de mi Rey esto se pide.

Así dijo Turpín. Y Alfonso, antes
que debida respuesta diese a esto;
vuelto a los suyos, nota en sus semblantes
ira por ocasión de lo propuesto:
conoce en ellos ánimos constantes
de conservar el defendido puesto;
y que excluye cualquiera, y que aborrece
lo que pide Turpín, y lo que ofrece.

Lleno de gravedad, y de respeto,

que bien su ser, y majestad advierte,
el casto Rey explica su conceto
al docto mensajero desta suerte:
Causa en nuestra persona tierno afeto
el nombre de magnánimo, y de fuerte,
con que en Europa vuestro Rey campea,
salud, y paz por tanto le desea.

Temiendo, que de Moros oprimida
esta parte de España al fin se viese,
si la Parca cortaba nuestra vida
sin nombrar quien al cetro sucediese;
a Carlo la defensa cometida
quise dejar; a Carlo, en quien tuviese
muralla contra bárbaros furores,
y valiente caudillo en sus temores.

Así fue: mas después Cortes juntando,
porque esta voluntad se ejecutase,
el Asturiano Reino puesto en bando,
pidió, que tal intento se dejase;
y apenas resistí sus votos, cuando
poco faltó, que no se alborotase,
y cierto entonces su alboroto fuera,
si lo que me pidió, no concediera.

Después que de Tarife la pujanza
dejó rendida la provincia Ibera,
reliquia suya con cuchilla y lanza,
osado, atemoriza su frontera:
crece con sus hazañas la esperanza
de recobrar la libertad primera;
feroz de sangre mora el campo mancha,
dobla su honor, sus límites ensancha.

Vuelve a su patria la piadosa vista,
y de verla cautiva se enfurece,
sin ajeno socorro se conquista,
que su valor con el peligro crece.
Esto a tu Rey dirás; y que no insista
en querer molestar a quien le ofrece
amistad, que jamás salió acertada
pretensión de Corona violentada.

Y a tantas amenazas como tocas,
responderán en la ocasión los hechos;

mas bien diré, que sin razón provocas
a justo enojo los amigos pechos:
son las piedras de Asturias fuertes rocas;
sus moradores son firmes pertrechos:
no vive perezosa nuestra tierra,
que ya conoce el uso de la guerra.

Si viene, traiga del Imperio ayuda,
que la habrá menester para el combate;
y si de intento a tu llegar no muda,
ármese, y la venida no dilate:
yo haré, que desde aquí mi gente acuda
a recibir su ejército, y que trate
de obstar su pretensión, y averigualla
en sitio llano con campal batalla.

No será menester Moro turbante,
mas pronto acudirá siendo forzoso,
que aunque siempre infiel, siempre inconstante,
menos que algún Cristiano es ambicioso.
Dijo. Y en pie poniéndose el d'Anglante,
que hastallí²³ con semblante proceloso,
bravo, y feroz estuvo atento a todo,
esto formó, con arrogante modo:

¿Quién hace al inferior que a tanto aspire?
¿Quién tan corto poder tanto adelanta?
Desto la culpa tiene sólo el Sire,
que se valió de cortesía tanta;
mas es Tonante, y cuando rayos tire
verán cómo fulmina, y cómo espanta;
verase, cuando embista su fiereza,
desnuda de Corona tal cabeza.

Aquí presto los montes más erguidos
de sangriento licor tendrán matices,
aquí presto verán los presumidos
opresas las indómitas cervices:
vencidos sí, mas en quedar vencidos
de tales Héroes, quedarán felices,
y las armas del daño, y vituperio
de la Francia serán, no del Imperio.

En suma, guerra y paz tenéis delante,
sepa cuál de las dos más os agrada.
Guerra, dijeron todos al instante;

aquí la guerra sola es acetada.
Apenas esto, cuando el provocante,
terció la capa, y empuñó la espada,
diciendo con mayor coraje y brío:
Pues a guerra mortal os desafío.

Quien desprecia la paz, haya la guerra,
que jamás hubo falta de rencillas:
yo solo pondré fuego a vuestra tierra;
y asolaré yo solo vuestras villas:
sé, que vuestro sagrado es esta sierra,
mas bien le violarán nuestras cuchillas;
servirán a los suyos de Obeliscos
las encumbradas puntas de sus riscos.

El bizarro ademán, el libre acento
con que furioso el Paladín derrota,
apoca de la Junta el sufrimiento,
y sus heroicas almas alborota:
mas su Señor, que desde el alto asiento,
cólera, y rabia en sus semblantes nota,
grave, de majestad el suyo llena,
y con sólo un mirar su furor frena.

Y del supremo trono decendiendo,
ambos recibe con acción humana,
con ellos habla, y los despide, haciendo,
los siga la nobleza cortesana:
mas mirando los dos, que va saliendo
la conclusión a que vinieron vana;
de nuevo determinan la distancia
medir que hay desde León a Francia.

Ya de Asturias la intrépida Corona,
viendo la indignación de los Franceses,
junta los aparatos de Belona,
y limpia, y reconoce sus arneses,
en su favor el hijo de Latona
ya templa ya, los erizados meses:
ya para la ocasión Palas funesta
su espada, lanza, y morrión apresta.

Era el tiempo en que el Toro aún encubría
a los hombres sus Pléyadas hermosas:
el campo sin aseo, aún no vestía
las galas de las yerbas y las rosas,

cuando a Bernardo un cazador venía,
dando de un jabalí nuevas gozosas,
su fiero cuerpo, y trabazón publica,
y tenerle cerrado certifica.

Sacó el montero premio del mensaje,
y porque ha un hora ya que Apolo vive,
Bernardo, mientras dura su pasaje,
ordena, que su orgullo se derribe.
Ya por hacer al prisionero ultraje,
veloz cualquier serrano se apercibe:
venablos bien herrados, y bien tiesos
descuelgan ya; ya sueltan los sabuesos.

Él, mengua en todo del mejor jinete,
rucio ocupa del Betis hijo caro,
Pegaso, que en los pies las alas mete,
con que en velocidad se muestra raro;
larga la cola, y crin, largo el copete,
no del mismo color, sino más claro,
ancha el anca, y el pecho, corto el cuello,
todo gentil, todo brioso, y bello.

Con verde balandrán, verde montera,
lleva corta cuchilla, y bota blanca;
mas ya furioso el rucio a la carrera,
se incita generoso, y casi arranca:
cuanto más enfrenado, más se altera;
alza fogoso el pecho, y baja el anca:
bufa, y parece echar ira, y veneno;
y despidiendo espumas, tasca el freno.

Después que un rato arando la llanura,
humo espirando siempre, se inquieta,
su gallardo rector saber procura,
si asiste en él velocidad perfeta;
afloja el freno, y tanto le apresura,
que no va tan veloz una saeta;
denota bien su ligereza rara,
y tras larga carrera, airoso para.

Llegan en corto espacio a la floresta,
que cercado con troncos tiene un llano,
y dentro el Jabalí, por quien se apresta
todo montero ya, todo serrano:

ya empuñando venablo, y ya ballesta,
arma de fuerza y brío pecho y mano;
ya la traílla a todo Can afloja,
y diestro contra el émulo le arroja.

Mas él, que horrible estaba echado en medio,
viendo ya la cercana escaramuza,
intenta libertarse del asedio,
y el lomo eriza, y el colmillo aguza.
Ya para su braveza no hay remedio,
hiere, destronca, rasga, desmenuza
los hombres, los sabuesos, los troncones,
y deshace feroz sus escuadrones.

Confunden el oído, el aire atruenan
las voces, las bocinas, los ladridos,
y cuanto corre más, tanto más suenan
las quejas de los perros ofendidos.
El llano ya de pasadores llenan
serranos, y monteros atrevidos,
mas al fiero animal nadie traspasa,
con tal velocidad discurre, y pasa.

A tanto tiro, a prevenciones tantas
se roba, y es errado, mas no yerra,
cual torrente, que techos, piedras, plantas,
y cuanto alcanza en corto espacio atierra.
Bien convenientes son veloces plantas,
para escapar de tan dañosa guerra,
donde forman las cerdas en sus cerros
de picas escuadrón casi con hierros.

Un lebrel animoso, y bien trabado,
que a España dio la montuosa Irlanda,
mientras las vueltas huye con cuidado,
por aferrar la oreja en torno anda;
guarda la fiera el uno, y otro lado,
mas a la postre, el perro se desmanda,
y la embiste, ella vuelve, y a su frente
colmillo da, por dar oreja al diente.

Herido se retira, y con aullidos
a los demás sabuesos amedrenta,
si bien los cazadores advertidos,
de animallos con voces, tienen cuenta;
mas ya todos se miran descaídos,

cualquiera es fuerza ya cansancio sienta,
porque de su navaja, y gruñir ronco,
no ven seguro perro, piedra, tronco.

En tanto, que sagaz, fuerte aldeano
con su venablo al ofensor contrasta,
furioso le arrebató de su mano,
y hace que salte el hierro, y rompe l'asta:
huye el montero sí, mas huye en vano,
y poner a sus pies plumas no basta;
que ejecutar su enojo el bruto quiere,
y una, veloz, de sus colunas hiere.

Mas otro bravo, que a vencer aspira,
en la ballesta pone gruesa jara,
en el vasto animal pone la mira,
y requiriendo el muelle, la dispara;
la volante ministra de su ira
en un brazuelo de la fiera para,
y porque su memoria no se pierda,
sacando rojo humor, se vuelve cerda.

La parte vio de donde había salido
el fiero, que gruñendo se enfurece,
y arremete; mas él, no apercebido,
a la fuga veloz la planta ofrece;
el uno sigue, el otro prevenido,
sobre el tronco de un árbol se guarece,
y tan a tiempo, que el crüel alcance
ya le ponía en peligroso trance.

Los ojos alza, de quien llamas vierte,
el ofendido, que alcanzar desea,
y viendo, que no puede darle muerte,
la corteza del tronco navajea:
después toda su cólera convierte
en quien siempre, ladrando, le rodea,
y de marfil el rayo cuando esgrime,
lisiado el uno aúlla, el otro gime.

Es ya fuente, es ya río cualquier rostro,
que aliento en vano al corazón envía,
y en tanto siempre el invencible mostro,
dañando, velozmente discurría.
Deste lado Aquilón, y de aquél Ostro,
mientras las nubes desterrar porfía,

hace así, dellas salga el rayo ardiente
para muerte y asombro de la gente.

Afierra un dardo un Joven valeroso,
que hacer quiere con él última prueba,
y apuntando, le tira tan furioso,
que por lo alto el aire se le lleva;
murmurando pasó sobre el cerdoso,
y prestó dio de su pujanza nueva,
pues tuvo sepultura el hierro doble
en las entrañas de inocente roble.

Del Jabalí prosiguen el asalto,
y éste y aquél al compañero anima,
tal entra, tal se aparta con un salto,
tal lleno de vergüenza más se arrima:
mas no por eso de braveza falto
se mira, falta sí quien le reprima,
falta sí, quien el áspero vestido,
cuanto más lo interior deje rompido.

Del grave riesgo la ocasión precisa,
pide que el uno al otro se socorra,
mas el tremendo bruto corre aprisa,
y con ninguno su furor se ahorra;
a quien le hace mal pronto divisa,
y le sigue, y alcanza aunque más corra,
siempre intrépido más, siempre más fiero
contrasta al can, al hombre, y al acero.

Desde un puesto Bernardo en tanto, había
el reñido combate contemplado,
miró su variedad, dióle alegría,
y del feroz Montés quedó admirado.
Solo quiere rendirle, y así envía
a mandar, quede solo el estacado:
púdose despejar con gran fatiga,
mas tal acento a obedecer obliga.

Tomó al entrar una fornida lanza
de su valor, y fuerza testimonio,
y tal, que para entena no la alcanza
igual, nave que surca el mar Ausonio.
Con menos brío, y menos esperanza
al Jabalí del monte Calidonio
Meleagro embistió, Meleagro fuerte,

a quien la fiera madre causó muerte.

Tras ser a su reposo un poco grato,
audaz, de nuevo irrita su fiereza,
del caballo el orgullo con recato
frena, y a prevenir la lanza empieza.
Suspendió de la caza el aparato,
del Joven, y su rucio la braveza,
y quitando el cansancio, y los enojos,
sus almas alegró, robó sus ojos.

Mirando el Jabalí, casi conoce,
que tal contrario más que todos vale,
y es fuerza así, que al doble se alboroce,
porque al furor del enemigo iguale:
en tanto, su postura reconoce
el fuerte, y de improviso un bote dale,
su dicha fue, no le tocar de lleno,
mas ya irritado, embiste como trueno.

Mientras lado le da, señal el fiero
de su furor en un estribo deja:
no aparta dél la vista el Caballero,
y el caballo, diestrísimo, maneja:
siempre conocedor, siempre ligero,
se le acerca tal vez, y tal se aleja,
vuelve, y revuelve el Jabalí furioso,
mas hállale compuesto, y cuidadoso.

Duró no poco espacio la pelea,
mil tornos dando a la distancia toda,
mas ya Bernardo concluir desea,
siendo a tan duro risco dura escoda:
ve, que en acometer su curso emplea,
y la lanza el magnánimo acomoda,
y al punto, que a ofender feroz entraba,
el vasto cuerpo con el suelo clava.

Apenas el rumor del bando amigo
por el más alto cóncavo se estiende,
cuando Bermudo llega a ser testigo
de su gozo, y la causa ve, y entiende.
Así por ti se atierre el enemigo,
que al triunfante León rendir pretende,
dijo en voz alta, y apeado apriesa
dándole parabién, su mano besa.

Del Rey, ¡oh fuerte Héroe!, son estas cartas,
(fue prosiguiendo el mismo) y según creo,
por ellas pide, que a la Corte partas,
que ya te espera en ella su deseo:
tendrás noticia, si de aquí te apartas,
que no llega sin nuevas el correo.
Bernardo le recibe cortésmente,
y salen del teatro, y de la gente.

Hizo corona al formidable muerto,
la turba gozosísima entretanto;
aun lo mismo que mira, juzga incierto,
y en la forma que está, le causa espanto;
mas ya, quién con venablo al tronco yerto
ofende, quién con flecha, quién con canto,
y pues que de matalle prez no adquiere,
teñir sus armas con su sangre quiere.

Venganza toma dél hasta el sabueso,
que por el mal que recibió se indina.
Mas viendo el Sol casi en Ocaso preso,
que se retiren manda la bocina.
En hombros, como triunfo, va el opreso,
y mientras poco a poco se camina,
con Bermudo Bernardo atrás se junta,
y las nuevas que corren le pregunta.

Bermudo, qu'es de Alfonso camarero,
en esta forma respondió: Ya sabes,
cómo en León entraron por Enero,
con embajada al Rey dos hombres graves;
de Carlo el uno, y otro mensajero,
con modos apacibles, y süaves
tratado fue, y en fin, con asistencia
de su Consejo, el Rey dioles audiencia.

El Obispo Turpín, con rostro humano,
y elocuente decir, puso delante,
que trabar brevemente el Asturiano
Reino, con el Francés, era importante:
pues fácil era así, del Africano
el Cristiano poder quedar triunfante,
y que sólo podía en este modo,
su antigua libertad cobrar el Godo.

La palabra pidió, que el nuestro había
dado a su Rey, y cuando la quebrase,
sinificó, que disensión tendría,
siendo fuerza que Francia se alterase.
Que el Imperio socorro le daría,
y que Alfonso en el Moro no esperase
dijo, que quien de Dios era enemigo,
no sería del hombre fiel amigo.

Respondió con amable cortesía,
el Asturiano Rey a lo propuesto,
y por justa razón, lo que pedía
vino a negar, y en poco tuvo el resto:
guerra, o paz acetando, que saldría
con guerra, dijo, a no riscoso puesto.
Y esto apenas formó tu tío, cuando,
en pie se puso el arrogante Orlando.

Fuego echó por los ojos, y su lengua
nos anunció mortales desafíos,
mas resultaran todos en su mengua,
a no frenar el Rey los Godos bríos:
puesto, que su opinión deslustra, y mengua,
Señor que mensajeros albedríos
trata de reprimir, contra las leyes,
y contra lo que observan otros Reyes.

Partieron, y dejaron las Asturias,
ya de futura guerra cuidadosas,
y ya para postrar Francesas furias,
junta Alfonso sus gentes animosas:
mas teme todo el Reino sus injurias,
si en tanto que combate, tú reposas,
tú, que de tantos bélicos empleos
sacaste tantos triunfos, y trofeos.

Toman sin ti las armas disgustados,
que esfuerzo les infunde tu presencia,
quieren ser los más nobles tus soldados,
y estar en todo tiempo a tu obediencia:
al Rey, y a sus Leones coronados
más nombre quieren dar, más eminencia,
cualquiera la suprema Monarquía
le ofrece, con tu sombra, con tu guía.

Sin ti se juzga perezoso, y tardo

cualquiera, y su impresión mal se contrasta,
ya sin ti el más brioso, el más gallardo,
triste la espada ciñe, empuña l'asta²⁵,
que la fama, que el nombre de Bernardo
solo para vencer dicen que basta;
siendo en aplauso de tan gran vitoria,
trompa la Fama, y pluma la memoria.

Señor, el Caballero, el Ciudadano,
y en general, los grandes, los menores,
desprecian por ti solo a Carlomano,
y cantan en su mengua tus loores:
su vitoria reservan a tu mano,
y a los que siempre fueron vencedores,
vencidos llaman ya, y osan decillo
por ti, siendo su amparo, y su caudillo.

Estese Alfonso, dicen, en su silla,
que saldrá, sin que turbe su reposo,
como Bernardo esgrima su cuchilla,
de la Francia, y del mundo vitorioso,
mas si él a su gente no acaudilla,
será morir, será perder forzoso:
y tan público ha sido su rüido,
que ya del propio Rey llegó al oído.

Esto al mancebo intrépido, Bermudo
con sano corazón, iba diciendo,
y a que del patrio suelo fuese escudo,
le fue no poco rato persuadiendo.
A su afecto, a su hablar estuvo mudo
siempre Bernardo; al cabo, conociendo,
que con ruegos fomenta su porfía,
con semblante cortés esto decía:

Bermudo, el Rey me manda que a la Corte
me llegue por negocio de importancia;
mas ¿qué negocio habrá que tanto importe,
como que contra él se altere Francia?
León, si fuese así, tiene su Norte,
los ojos ponga en él, y en la arrogancia
del soberbio contrario, no repare;
defiéndale su Rey, su Rey le ampare.

Jamás han sido gratos mis servicios
al Casto Alfonso, y antes los desdeña:

los actos de virtud en mí son vicios,
y es mi buena intención quien me despeña:
a que siga silvestres ejercicios
como tú ves, la ingratitude me enseña;
de los campos resulta mi recreo,
ni yo pretendo más, ni más deseo.

Derriban al más firme sufrimiento
los encuentros de muchas sinrazones,
y un disfavor altera un noble intento,
que no es bronce el metal de los varones:
mas, ¡ay de mí!, no haber podido siento
a mis padres librar de las prisiones.
Quien esto no alcanzó, ¿de qué blasona?
Poco nombre merece su persona.

Mas bien conoce el mundo, y sabe el Cielo,
si por librallos hice cuanto pude,
obligué con mi brazo, y con mi celo,
diranlo mis heridas, si hay quien dude:
dejó preso mi padre el mortal velo
(¡oh qué grave tristeza al alma acude!),
y en muerte le junté, ya que no en vida,
con la Infanta mi madre, y su querida.

Mil veces a mis ansias, y querellas
dieron oído aquellas almas santas,
que ya libres de afectos, las estrellas
pisando van con inmortales plantas;
mas desde allá diré, que aún claman ellas
cuando los ojos vuelvo a penas tantas,
como aquí padecieron, por el trato
de riguroso Rey, de Rey ingrato.

Pues aquel bien perdí, ninguno espero,
a la quietud, y no al bastón aspiro,
Alfonso, vuestro Rey, nombró heredero,
llevad por General a don Ramiro;
él salga en la ocasión feliz guerrero,
que yo a las soledades me retiro,
donde dejen de ver mis tristes ojos
el objeto crüel de sus enojos.

Estimo, y quedaré siempre obligado
al amor que me tienen los Leoneses,
vayan sin mí, cualquiera es buen soldado,

verarlo en los combates los Franceses;
arda en Godo valor, muéstrese armado,
ya de atrás le conocen los arneses;
no se le haga no, mi ausencia grave,
pues adquirir tantas vitorias sabe.

Igual respuesta de dolor vestida,
dio Bernardo a Bermudo en lo apuntado,
y viose en cada acento el alma asida,
según que le dejaba lastimado;
mas escondiose Febo, y su partida
de estrellas floreció del cielo el prado,
en fin llegados, el cenar se ordena,
y el reposo se busca tras la cena.

LIBRO SEGUNDO

A en sus nuevos semblantes verdes bozos,
y en pies y brazos generosos bríos,
las plantas ven, dando a la vista gozos,
sin eclipses de inviernos, y de estíos:
cantos alternan dulces alborozos,
Fénix renace el año, y de los ríos
da, franco, desatadas las corrientes,
fragrantes guarniciones a las fuentes.

Ya del sitio cerril las secas faldas,
que eran antes inútiles laderas,
revestidas de tiernas esmeraldas,
de sonoros cristales son riberas;
ya de la madre antigua las espaldas
compiten en beldad con las esferas;
perlas la peña, el campo olores suda,
del pululante Abril ya pompa muda.

Con aura el lauro, y con rocío nuevo,
aviva de sus hojas los matices;
el olivo fomenta su renuevo,
y crecen los humildes tamarices;
ya se ve con pimpollos el acebo,
el sauce cobra ya nuevas raíces,
ya engendra verdes hijos el lentisco,
y larga cabellera el calvo risco.

De su cárcel helada el arroyuelo,
del todo libre, alegre ya murmura;
ya de su humor el argentado velo
a los árboles rinde su hermosura:
con recto ya, o con oblicuo vuelo,
porción d'alma ejercita en la verdura,
si al paso que él su languidez alienta,
con galas ella, reviviendo, ostenta.

Ya dice su afición, que también ama,
ave, coro de voces deleitosas,
que su querida ausente incita, y llama
con quiebros y con pausas amorosas.
Ya se miran entre una, y otra rama,
guarnecidas de aljófares las rosas;
ya el acopado aliso estiende el cuello,
y enriza su copete el olmo bello.

La patria de los hombres hermocean
ya de Amaltea y Flora los pinceles;
humedecidas ya, gratas recrean
pestañas de jazmines y claveles;
ya para herir al mar los pechos brean;
ya previenen sus alas los bajeles,
y ya para volar cuatro a porfía,
Favonio soplos prósperos envía.

Marítimos estorbos quebrantando,
de Artemua²⁶ dejan el movable asiento,
y los cogidos lienzos desplegando,
con gozo sienten el rumor del viento:
las proas al Oriente enderezando,
igualan con su curso el pensamiento,
haciendo, al paso que se ven distantes,
más enanos los montes más gigantes.

Quietos los Ingleses corazones,
admiten el beleño de los ojos:
casi en ocio, no temen los timones
de furiosos encuentros los enojos:
en fe de su arrogancia, a los Tritones,
y a su Rector quitaran los despojos;
qu'el licor tan aleve cuan süave,
lisonjas hace undosas a la nave.

Líbranles de cuidados, y de penas

los recibos bordes de sus vidas muros:
hiere el Céfiro fresco en las entenas,
y alienta los dormidos Palinuros:
en fuertes rocas²⁷ de pertrechos llenas,
no pudieran hallarse más seguros:
tal por los caminos líquidos, y amargos
casi parejas van las nuevas Argos.

Nunca tan transparente, ni tan llano
vieron al Reino instable las estrellas,
por quien iban Nereidas mano a mano,
oyendo de Tritones las querellas:
nunca están las autoras del Verano
en prados, tan alegres, ni tan bellas,
cual ellas, al romper como inmortales,
campos de plata en carros de cristales.

Por el mar, tan lasciva, y tan gozosa,
no pudo discurrir copia de amores,
cuando nació de espuma misteriosa,
la qu'es madre de amor, y sus ardores:
iban al son del aura bulliciosa,
danzando los Toscanos amadores,
a quien hizo Delfines de repente
el Dios alegre que venció el Oriente.

Al torreón del piélagos salado,
terror de las especies más pequeñas,
de su símil la unión pone cuidado,
y cuanto ciñe el mar de amor da señas.
En desdenes, o celos abrasado,
los poros cubren de roídas peñas,
mezcladas en los golpes de ondas rizas,
ya de algún dios marino las cenizas.

Libres del sueño ya, las mesas ponen,
por la bonanza en que se ven, contentos;
y con iguales gustos, interponen
entre Ceres, y Baco, más sustentos:
los clarines al canto se disponen,
y en los Astros rematan sus acentos,
rindiendo al Cielo, que zafir parece,
gracias, por la quietud que les ofrece.

No con tanta hinchazón, ni pompa tanta,
con ojos mil el pájaro de Juno,

mueve por breves círculos la planta,
único en presunción, si en galas uno;
como una, y otra la cerviz quebranta
con que se opone a Júpiter Neptuno;
vueltas para volar, las velas plumas,
abriendo sendas, y rasgando espumas.

Ya el inmortal Poeta cometía
al Oceano sus madejas de oro;
y ya el Oriente espléndido perdía
de su luz, y sus rayos el tesoro;
ya la madre del sueño vence al día,
que en el Indio conserva su decoro;
y al mismo paso que las sombras crecen,
encendidas estrellas resplandecen.

A que se junten los que van provoca
del Joven lucidísimo el destierro,
y para tal efeto aprisa toca
en cóncavo metal, redondo hierro:
ya cualquier marinero al Cielo invoca,
que le saque con bien de aquel encierro:
y ya, hecho devoto vasallaje,
pone fin a la voz, con ¡Buen viaje!

Para el timón señala experta guía,
sabiendo, cuánto su gobierno importe;
y a la proa también da compañía,
porque con más certeza el agua corte:
el piloto la vista al Cielo envía,
que con la Ballestilla toma el Norte,
y desta suerte la pequeña flota,
alegre, va siguiendo su derrota.

Émulas en correr, así prosiguen;
mas la vista al Oriente vuelta en tanto,
ven una y otra nube, y tantas siguen,
que dejan turbio el estrellado manto:
los reposos pacíficos persiguen
los miedos ya del borrascoso espanto;
viendo con turbación, que el lazo roto,
húmedo sale a campear el Noto.

Hizo la salva un orgulloso trueno,
que a espantable relámpago responde,
dejó de asombro al navegante lleno,

cuyas luces en párpados esconde:
tras él, Noto feroz descubre el seno,
que con horrendas lluvias corresponde,
brotan arroyos no, mas Oceanos,
sus cabellos, sus barbas, pies, y manos.

Montañas de cristal con silbos recios,
los vientos forman en la mar esenta,
que con roncros suspiros, sus desprecios
sintiendo, gime la improvisa afrenta:
mas ya, si ocultos, sus brillantes precios
a las luces robar furiosa intenta:
ya crece así, que sin mirar al suelo,
parece a todos que se bebe el Cielo.

Quebranta el respetado calabozo
Subsolano, que a Noto no consiente,
y muestra con horrísono alborozo,
no ser menos que él émulo valiente.
Ya la tristeza hereda, y deja el gozo
colmada de terror, la Inglesa gente,
ya por los dos contrarios pierde tino,
y no sigue derecho su camino.

Aprisa amainan las mayores velas,
que con las más pequeñas van veloces;
no pueden ya sufrir sanas sus telas
de los vientos los ímpetus feroces:
¡oh tremendo desorden cómo vuelas!
¡Con qué mezcla de gritos, y de voces,
y para obedecer, con qué sordeces,
los leños, y las almas estremeces!

Encendido el Fanal, la Capitana
a las súbditas tres sirve de guía;
cualquiera por seguilla, en vano afana,
y al fin forzada, della se desvía.
Mas ya copioso humor del lastre mana,
a quien bomba veloz al mar envía:
ya es tal la confusión, que el Cielo mismo,
trabar quiere amistad con el abismo.

Tantos del aire estruendos repetidos,
tanto abrasar de la tiniebla el velo,
llenan de turbación ojos, y oídos,
sembrando horrores el crujir del Cielo:

sus firmísimos Ejes ya rompidos,
dirán, que el primer móvil viene al suelo,
de esotros orbes rapta en su caída,
a seguirle la turba compelida.

Ya esfuerzo falta al qu'es mayor piloto,
ya olvida la experiencia en el gobierno,
que cuando Subsolano bate a Noto,
juzga, retrate el mar al mismo Infierno:
no se pudo mostrar tan manirroto
Júpiter, no, de su furor eterno,
ni el Olimpo cobró cara tan negra,
cuando aterró los pérfidos en Flegra.

Todo monstruo marino, toda Foca
aborrece su albergue proceloso:
bien Neptuno: Ved fieros, que no toca
a vuestro Rey turbar mi Imperio undoso,
dijera; mas no pudo abrir la boca
del fracaso impedido, y fue forzoso
sufrir a quien con montes desbarata
líquida paz en páramos de plata.

Al paso, que uno, y otro así pelea,
y su vigor con el ajeno mide,
tronando el aire, más relampaguea,
y rayos copiosísimos despide:
vana la estopa, inútil es la brea,
que ya el tablón mayor socorro pide,
pues cuando fuera todo de diamante,
no fuera a tantos ímpetus bastante.

Ya fluctuantes ondas las estrellas
tocan, y ya el abismo más profundo,
otras bajando cuando suben ellas,
otras, que ahogaron la beldad del mundo.
Entre tristes gemidos, y querellas
parece, que los hombres el segundo
castigo de la tierra, ven presente,
tal es del mar, del Cielo la creciente.

En tanto, que al piloto y al grumete
Átropos, siempre horrisona, amenaza,
tan pujante un bajel Euro acomete,
que su árbol mayor le despedaza:
destrozo igual infausto fin promete

al triste mareante, pues su plaza
tan anegada ve, que apenas sabe,
si está dentro del mar, si va en la nave.

La vela del trinquete al punto iza,
mas tal tiniebla, y tal terror le ultraja,
que cuando tira el brazo, el pie desliza,
y en lugar de subir, la antena baja:
Bóreas con tanta furia atemoriza;
los aciertos tan rápido baraja,
que más qu'el mar tiene en su centro arenas,
confusiones infunde en las faenas.

Los vientos del Ocaso y del Oriente,
y d'una y otra parte los parciales,
con formidables ímpetus, la gente
confinan de Laquesi en los umbrales:
el aire oscuro y con asombro ardiente,
de Tetis los frenéticos cristales,
todo a temer, todo a morir obliga,
la tierra sola es del humano amiga.

Aunque mirando ya tan agraviado
su rostro, cobra el del horrible Invierno;
y Orión entre lluvias emboscado,
descubre ser en su furor eterno:
las fieras ondas del licor salado
saliendo de los cóncavos de Averno,
publican bien, que pueden levantadas,
quedarse con las nubes abrazadas.

Máquinas contra el curso de sus vidas
miran los desmayados por momentos:
ya se ven, ya las dejan oprimidas
aguas despedazadas de los vientos:
y en tanto que en sus montes las perdidas
en vano entonan flébiles acentos,
en la desdicha toca ser primera
a la qu'es en mandar nave tercera.

Tan alta la llevó bramante ola
que envidió la de Argos la subida;
mas fuerza fue bajar, y hallose sola,
como suelen los más en la caída:
aquel horrendo golpe al fin, dejola
en tres, o cuatro partes dividida;

rendida en esta forma a la borrasca,
la convino tragar la postrer basca.

Tenga perpetuo ardor el atrevido,
que abrió primero senda en el Egeo,
pues por su causa el hombre no ha podido
limitar su codicia, y su deseo.
Mas ya procura audaz el sumergido
ser contra los combates un Briareo,
que allí para enemigos tan potentes
bien fueran los cien brazos convenientes.

Uno, que a su vivir hallar camino
con el compás de pies, y manos quiere,
afierra diligente, medio pino,
y algún alivio en su fatiga adquiere;
mas ¿qué le sirve (¡oh fuerza del destino!),
pues baja un rayo, y sus espaldas hiere?
Siente por el traidor, mortal desmayo,
y a quien guardaba el leño, acaba el rayo.

Alguno el hondo piélago contrasta,
y la esperanza aún no del todo pierde,
mas su poder, y su anhelar no basta,
que sale oscura su esperanza verde:
mueve con todo, entrambos remos, hasta
que lo profundo busca, donde muerde
al caduco despojo pez hambriento,
y cesa con la vida su tormento.

En tanto, que de Cloto el rostro feo
uno mira, en acentos tan felice,
que pudiera cantando, como Orfeo,
al Infierno bajar por Euridice;
con sonoro, y dulcísimo rodeo,
al viento, al mar, que se apiade dice;
mas es a su lamento, a su conjuro,
el viento, el mar más qu'el Infierno duro.

Otro, que osado en aquel trance estrecho,
en nadante barril escudo halla,
sufre, arrimando el fatigado pecho,
del airado elemento la batalla;
mas tanto vierte de la tierra el techo,
que le quita el aliento, y la muralla,
en forma tal, que no sabrá ninguno,

si Júpiter le anega, si Neptuno.

Sobre un tronco pequeño un marinero
dilatando la muerte, discurría,
cuando encuentra con otro, qu'el madero
afierra, y conservarse en él porfía:
niégaselo con ímpetu el primero,
y ambos ardiendo en la Palestra fría,
a tanto enojo, a tanta riña llegan,
que por salvarse, sin pensar, se anegan.

Las otras tres, sin pausa combatidas
de tan fuertes contrarios, mal resisten;
siempre las ondas ven embravecidas,
que cuando unas se van, otras embisten:
dos, pensando que corren divididas,
tan densa escuridad sus ojos visten,
turbada y ciega, una con otra topa,
y una rompe la proa, otra la popa.

A la herida mortal de la cabeza
la una brea, estopa, y tabla ofrece;
mas no tiene el remedio fortaleza,
y en vez de dar salud, el daño crece:
apenas a gemir su mal empieza,
cuando Huracán tan recio la estremece,
que sobre su cabeza echó sus faldas,
volviendo a los amigos las espaldas.

Quedan las dos no más, tan quebrantadas,
que apenas palmo en sí conocen sano:
timones, gavias, trozas destrozadas
dejan los vientos, deja el Oceano:
de tanto horror, de tanto mal cansadas,
ya quisieran perder el ser humano,
quisieran ser sustento de los peces,
y no morir por una, tantas veces.

Los corazones en el Cielo ponen,
pues los ojos poner es imposible,
y consagrarle víctimas proponen,
si los libra de trance tan terrible:
todos para la muerte se disponen,
aunque lo estorba el temporal horrible:
y en fin, todos contritos, y devotos,
plegarias hacen, y prometen votos.

Mas en tanto, por entre oscuro velo,
aviso dio de su venir l'Aurora;
no con dorados pies estampa el Cielo,
sino en vez de reír, dirán que llora:
al tímido mortal causa consuelo
su aparecer, y a quien la envía adora,
huye cualquiera sombra, y a porfía
va menguando crepúsculos el día.

No resplandor, escasa luz espira
el bello Joven a quien Delo inmola,
con que la Capitana ya se mira
en espantable golfo rota, y sola:
que tan quebrantada haya podido, admira,
durar a tanto viento, a tanta ola:
no espera ya, que tímida, y funesta
piensa, que ha de perderse en lo que resta.

Por aire en vez de diáfano, lugubre,
lince penetrador la vista tiende,
y hacia la parte occidental descubre
un monte sí, mas que se engaña entiende:
mirando más, de gozo el alma cubre,
cuando ser tierra cierto comprehende,
y a quien la suya casi ya destierra,
con voz alegre dice: ¡Tierra, tierra!

Replican, ¡Tierra!: y uno y otro inclina
los ojos a la parte que señala;
y aunque la furia Eólica, y marina
con su licor el Promontorio iguala,
qu'es tierra ven; y allá los encamina
del roto vaso la volante ala,
qu'el soplo que a sus senos Euro envía,
al soberbio Aquilón casi vencía.

Tanto el bajel se acerca, que conocen
la parte que tuvieron por estraña,
y qu'es Galicia al cabo reconocen,
dichoso albergue del Patrón de España:
es fuerza, que los pechos se alborocen,
viendo también, qu'el viento menos daña,
que tras tantos errantes desvaríos,
iba perdiendo ya los bravos bríos.

Tetis no más hinchada, o más prolija,
amainaba el orgullo proceloso,
mostrando ya, si condición no fija,
proceder por lo menos amoroso:
de noble selva la injuriada hija,
comienza a poseer paz, y reposo,
y a quien heridas daba el mar airado,
ya manso lame, abraza sosegado.

Al servicio del vaso dedicada
(sus furores en cables reprimidos)
cae barca, y los que lleva a la calada,
salpican con deleite los vestidos.
El pecho abrir de Doris enfrenada
osan de nuevo remos atrevidos;
llegando a su pesar, con poca pena,
a buscar entre rocas el arena.

Cierto, con igual tregua, que no estrague
más su interna quietud breado muro,
el hombre quiere, que la tierra pague
su ingratitud, con proceder seguro:
piadosa pues, que por su rostro vague
al pie permite; siendo el licor puro,
que antes de muerte dio pálidas señas,
pólvora repetida de las peñas.

Muestra su rostro el Sol, y cobra el Cielo
serenidad, belleza, y alegría:
sube un Inglés al monte, en cuyo suelo
Pomona sus tesoros esparcía:
vuelto cristal el que antes era yelo,
risueño por el prado discurría;
en torno a quien con majestad pomposa,
estaba la república frondosa.

Ceñidas halla las silvestres sienas
de los medianos cerros, con guirnaldas,
de su fertilidad dando en rehenes,
(India mejor) diamantes y esmeraldas.
El caudal manifiestan de sus bienes
verdosas cumbres y floridas faldas,
y el lusingante sitio en mapa corta,
émulos lilios dos a dos aborta.

Dirá cualquiera, ser el sitio ameno

otra Arabia feliz, otra Pancaya:
de fructíferas plantas está lleno,
con quien habita el fresno, el roble, el haya.
Sufre el olmo a la vid, que por su seno,
que por su cuello, a su cabeza vaya,
y cadenas haciendo de sus brazos,
frecuentan sus recíprocos abrazos.

Ciprés, de Egipto túmulo eminente,
(si allí Faro feliz) noble testigo,
en las horrendas cismas del Tridente,
seno insinúa a todo leño amigo.
Palma, trémula firme, cuya frente
opresa, mas cerril, es Norte antiguo
al hombre de costancia en su cuidado,
con dulcísimo arnés, le asiste al lado.

El lirio, el alhelí, la clavellina,
y la flor más pintada y olorosa,
con sumisión, con humildad se inclina
al honor de los campos, a la Rosa:
el Clavel donde asiste se avecina,
mas emular sus méritos no osa,
conoce bien, ser su belleza pura,
brillante guarnición de la verdura.

En tanto que de púrpura vestida,
altiva impera al pueblo de las flores,
renueva allí de Venus encendida
el bellissimo Adonis los amores:
Narciso incauto, que su mal olvida,
crece sobre la fuente sus ardores:
y al más soberbio desafía en tanto,
con eterno carmín el Amaranto.

Entre sus esmeraldas la Viola
(primero resplandor de Primavera)
está metida, está viviendo sola,
donde por humildad renombre espera:
un yelmo, un peto, un espaldar, y gola,
de Telamón al hijo tanto altera,
que aun gime, y por Ulises juzga viles,
los despojos fortísimos de Aquiles.

El Arrayán, la Murta, y el Tomillo,
el Romero, el Enebro, y la Retama,

eligen por señor, y por caudillo
al árbol que los Césares enrama:
la Calandria, la Mirla, el Silguerillo,
mientras saltando van de rama en rama,
haciendo están armónico rüido,
y deleitan la vista, y el oído.

Sobre un álamo, en quien Céfiro suena,
qu'es por galán, de singular estima,
por el caso de Progne, Filomena
el Reino de los árboles lastima:
en otro, de afición, y de fe llena,
a su amante la Tórtola se arrima,
y ofreciendo a su amor varios excesos,
arrullos repitiendo, se dan besos.

Del lento arroyo en la peinada orilla
alegre salta el simple pecezuelo;
retoza en otra parte la Corcilla,
que al amante lascivo tiene en celo:
ligera trepa la inquieta Ardilla
por alto pino, aborreciendo el suelo.
Todo adornado en fin, y todo hermoso
está, con un descuido cuidadoso.

Atónito el Britano, el sitio pisa,
y le juzga teatro de bellezas:
tiende la vista en torno, y no divisa
quien llame posesor de sus riquezas:
del terso manantial nota la risa,
y cuando con la mano en varias piezas
a su boca le aplica, ve, que a un lado
se apacentaba cándido ganado.

Mostraba el que alborota las ovejas,
que usurpaban al prado sus despojos,
enrizadas del oro las madejas,
y entre nariz perfecta, azules ojos;
sin mal nacido pelo entrambas cejas;
boca pequeña, y miembros nada flojos;
bello lo que la fábrica gobierna,
pie recogido en bien sacada pierna.

Entre la boca, y la nariz mostraba
su verde edad, escasa su riqueza:
de fino acero la persona armaba,

mas era en él süave la fiereza:
de amor hasta las piedras abrasaba
del airoso mancebo la belleza:
pienso, se puso en forma tal delante
a Dafne esquivada el desdichado amante.

Busca el pastor, y no le ve, mas suena
a distancia no lejos, voz sonora,
bastante bien a mitigar la pena
del infeliz que en el Erebo mora:
espaldas de frondosa verde entena,
de tantas como entonces viste Flora;
ocupa el mozo, y desde allí, contento,
lo que la voz formaba, escucha atento.

Un sincero pastor, que tuvo el Cielo
por rico pabellón, por blanda cama,
del prado el verde y oloroso suelo,
vestido de mastranzo, juncia, y grama,
con limpio corazón, con sano celo,
la soledad, a quien adora, y ama,
gozoso así sublima, así celebra,
y con esto su voz el aire quiebra:

¡Oh ambiciosos!, ¡oh míseros cuidados!
¡Oh leyes del honor, molestas leyes,
de quien son, sin cesar, tiranizados
los mayores Monarcas, y los Reyes!
¡Dichosos los que habitan los sagrados
bosques, y más quien con la reja y bueyes,
abre, y siembra heredad, que sus fatigas
premia después con piélagos de espigas!

¡Oh santas!, ¡oh preciosas soledades!
¡Oh pastor venturoso, que apartado
de pomposas, y espléndidas ciudades,
su pretensión fenece en su ganado,
de quien saca sinceras calidades,
de quien es dulcemente alimentado,
a quien con libertad crece, y conserva
con guialle al arroyo, y a la yerba!

El gabán, y pellico son sus galas,
más ricas que los más ricos despojos:
reposa, y sacudiendo torpes alas
están plácidos sueños de sus ojos,

cuando el Sol deja sus lucientes salas,
y ya de verdinegros, vuelve rojos
los encumbrados fines de los montes,
atalayas de varios horizontes.

Es la pompa de Ceres su alimento,
su bebida, corriente licor puro;
pobre de bienes pasa, mas contento,
en su quietud de todo azar seguro:
no anhela desde allí conocimiento,
proceda de Solar claro, o oscuro,
ni allí perturba tímida quimera
el ámbito modesto de su esfera.

En el sitio cerril rendido el Oso,
atierra Jabalíes colmilludos:
o al Rey de cuanto vuela generoso
los hijos roba entre peñascos rudos:
o sagaz, con empleo más dichoso,
para coger a los vasallos mudos
de Tetis, y de Doris, sus regazos
ocupa, ya con redes, ya con lazos.

En campaña tal vez puesto reclamo,
que a concurrir veloz su especie obliga,
asido mira en engañoso ramo
al simple pajarillo con la liga.
En otra parte, al fugitivo Gamo
molesta pertinaz, y en su fatiga
al Céfiro que espira blandamente,
da que beber aljófares su frente.

Conducidor de nueva luz Etonte,
veloz la tiene apenas esparcida,
cuando visita ofrece al Horizonte
de diversión de gustos construida:
al monte va, y en láminas del monte
su lícita afición deja esculpida,
porque sean de nombres y firmezas
contestes de los troncos las cortezas.

Aquí, si al paso salteó Serrana,
Garzón entre malezas escondido,
a quien el ejercicio de Dïana
(cándida perfección) cerró el oído;
del que audaz, como ardiente, la profana

dejó el tierno discurso interrumpido,
ambos, a oposición de sus empleos,
calzados, ella plumas, y él deseos.

Aquí dulce Himeneo en castos lechos,
sincero amor, y fe siempre mantiene:
la envidia aquí por entre alegres pechos
el ponzoñoso paso no detiene;
que allá en ricos alcázares, y techos,
no en cabañas humildes, lugar tiene;
y quien del campo fértil el tesoro
ama, juzga por vil, la plata, el oro.

No siente la soberbia, ni el desvío
del vano semidios de viles gentes:
cuida en Invierno huir de Bóreas frío
al fuego los furiosos accidentes:
goza el Verano, y por ardiente Estío,
traba amistad con deliciosas fuentes,
y con selvas y términos felices,
a quien Abril prestó bellos matices.

Con dicha el Justador su lanza rompa,
y a su bridón haga que falte aliento,
siga su presunción, siga su pompa,
bien como suele, el cortesano asiento:
el sonoro clarín, la clara trompa
alboroce las almas, hiera el viento,
que sólo aquí del monte las encinas
son del aire al rumor roncadas Bocinas.

Allá con arrogante fantasía,
desnude el poderoso el limpio acero:
allá forje hinchazón, cause alegría
la voz del maldiciente, y lisonjero;
que sólo aquí su grata melodía
el Ruiseñor entona y el Silguero,
y sólo aquí de plantas la librea,
y el son del aura el ánimo recrea.

Aquí la ley del cumplimiento rota
(red de simulaciones cortesanas),
pura verdad todo discurso brota,
con sencillas palabras y obras sanas:
quien reconoce los albergues, nota
asombros en bellezas aldeanas,

y en frentes y mejillas vergonzosas
rayos ve tremolar, arder ve rosas.

Vive en tal soledad de amor ceñida,
de malquerencia el corazón desnudo:
desta selvosa máquina florida
el sagrado silencio, el horror mudo,
es paz del alma, es gozo de la vida,
es caro albergue, y del bullicio escudo,
abrigo de Oceano proceloso,
propio centro de bien, y de reposo.

Es conveniente sí, y a nadie admira,
ser en el gasto del vivir escaso,
que con suma presteza se retira
de nuestra vida el Sol hacia su Ocaso:
y pues tan sólo hay (si bien se mira)
de la cuna a la tumba un breve paso,
cuerdo saber, sano discurso arguye,
quien no apresura a quien aprisa huye.

Así será menos horrible el ceño
de la que nunca se miró placada:
así será, como en süave sueño,
el alma de sus lazos desatada,
y en la presencia de su inmenso Dueño,
alcanzando lugar, verá sentada
sobre eternos, y lúcidos escaños,
debajo de sus pies correr los años.

Esto cantó el pastor, cuando el que oía
por hablalle salió de lo escondido;
admiró al natural la gallardía
del extranjero, al par Marte y Cupido:
mas después, que con grata cortesía,
el uno fue del otro recibido,
quién es pregunta, y con qué causa dónde
camina por allí; y así responde

El ser me dio la noble Ingalaterra²⁸,
a quien triste dejé por varios casos;
con el mar, con el viento, tuve guerra,
donde los tres perdí de cuatro vasos:
valime derrotado desta tierra,
y a la parte que ves, moví los pasos:
mi suerte es ésta; tú la tuya esplica,

que ser más que pareces, certifica.

Yo que Damón (le respondió) me nombro,
nací en lugar qu'es por asiento, y traza,
del mundo gloria, de belleza asombro,
de Ceres heredad, de Flora plaza:
gozoso arrima el respectado hombro
Pisuerga a su pared, antes la abraza,
y por dejalla, tal dolor adquiere,
que apenas della parte, cuando muere.

Y si bien soy pastor, según advierte
la montera, el pellico, y el ganado,
gozando en otro tiempo de otra suerte,
con más pompa viví, con más cuidado:
mantuve en obediencia al flaco, al fuerte;
bastón (no como agora este cayado
torcido) tuve tan derecho, y noble,
que vara en no doblar, fue siempre roble.

Gran Mayoral sirviendo, su ganado
(Argos segundo), apacenté cuidadoso,
mas mi celo fiel quedó frustrado,
náufrago en mar de males proceloso:
bien sabes tú, qu'es laberinto el Hado,
y al más con él solícito, forzoso
dejar correr su dirección impía,
y armarse de constancia, si porfía.

Yo pues, no quise rastrear el mío,
sino sufrir callando su aspereza;
aunque tal vez me vi falta de brío,
que quien no siente el mal, tiene bajeza.
Guiado de mi ciego desvarío,
vine a la insigne Villa, cuya alteza
tanto sobre las otras se encarama,
cuanto el alto Ciprés sobre la grama.

Vi torres, que a las nubes sus espacios
robaran, a no estar de miedo quedas:
vi máquinas de gentes, vi palacios,
con brocados, con púrpuras, con sedas:
vi diamantes, rubíes, y topacios,
de soberbios pavones breves ruedas;
y fue lo más sublime, y más precioso
tan nuevo para mí, cuan sospechoso.

Como sólo trataba en las riquezas,
dones del Cielo, y de los campos frutos,
eché de ver, que menos en malezas,
qu'en poblados, asisten varios brutos:
no son tan espantables las fierezas
de Erimnes, de Megeras y de Plutos,
como allí los furores, y las iras
de los padres de engaños, y mentiras.

Vi de envidiosa fábrica las puertas,
y del triste Fineo las Arpías:
vi, tras ciertos pesares, ansias ciertas,
inciertas, como falsas alegrías:
al mal siempre veloces, y despiertas,
siempre al bien perezosas, y tardías
están allí las almas de los hombres,
que de serlo tan sólo, tienen nombres.

En alto punto pone quien pretende
aumentos, de sus méritos el tono,
y allí, sagaz, por oro el cobre vende,
siendo tal vez el interés su abono:
mas la espada del Rey de un hilo pende,
pues vemos de la fábrica del trono,
contra ministro en crímenes durable
levantar cadahalso memorable.

Siendo siempre tormento de sí mismo,
esperanzas adora el ambicioso:
hállase en el postrero parasismo,
siempre quien más merece, más quejoso.
No tan ciego ni torpe está el abismo,
como allí se descubre el poderoso,
que de escándalo armado, y de insolencia,
negar pretende a Jove la obediencia.

Si la pompa mayor tiene fin cierto,
y es planta quebradiza el más altivo,
si en polvo el ser humano toma puerto,
siendo incesantemente fugitivo;
y que ciñan también mármoles muerto,
es fuerza al que habitó mármoles vivo,
¿a qué tanto anhelar culto profano?
O ¿en qué vincula su soberbia el vano?

Jamás del corazón su obsequio sale,
falso el honor, mentidos son los puestos,
no la substancia, el accidente vale,
pendiente de tiránicos pretestos.
No permiten, que alguno los iguale;
mas al caer, como al subir, dispuestos,
tiemblan los que en fortunas son vestiglos,
qu'es voluble el Monarca de los siglos.

Indigno ser lo que en su pecho pasa,
no diré yo, las obras son jüeces;
mas diré, que noté su mano escasa,
y avara condición, no pocas veces:
no les confunde, no, ver que sin tasa
aves el aire da, y el agua peces,
da tiempos, da influencias todo el Cielo,
y sólo para dar concibe el suelo.

Por causar nueva luz, nueva alegría,
quita el Sol de la noche el triste luto;
y con emulación, y con porfía,
ofrece el prado flor, el campo fruto:
liberal su licor el Cielo envía,
cuando ve de la tierra el rostro enjuto,
y a la flor, para dar su olor fragante
abejuela le liba susurrante.

Herido el pecho, su virtud aplica
la qu'es fecunda a casi estéril planta;
y en tanto que una y otra se amplifica,
por participación, más se adelanta.
Allí de fértil pompa aquella rica,
con ser ajeno el natural levanta;
y la discreta vid en otra parte,
con el olmo sus pámpanos reparte.

Cristales tan risueños, como fríos,
con largo corazón dan estas fuentes:
ni son, si bien con diferentes bríos,
en el metal los hombres diferentes;
mas hacerse Monarcas de albedríos,
y granjear la gracia de las gentes,
bien pueden, bien, los ínclitos varones,
sólo con ser cortesés, y con dones.

¡Oh tres, y cuatro veces infelice,

quien caducos metales atesora,
y su bien, y su dios al oro dice,
en cuyo centro de continuo mora!
Y ¡muchas veces con razón felice
quien liberal, eterna fama adora!;
qu'es de adquirir inútil el cuidado,
pues todo en el sepulcro está sobrado.

Sólo allí sus haberes desperdicia,
quien en seguir torpezas persevera,
que cesa sólo en ellas l'avaricia,
aunque no siente poco el ser pechera.
Mas, ¡oh cuánto se ensalza la codicia,
allí!, pues su devoto, si pudiera,
pobre dejara de su luz al Orbe,
y fuera mar que las corrientes sorbe.

Allí soberbia máquina construye
el que de todo mal compendio ha sido,
con que, como con Sol terrestre, influye
duración a su nombre y apellido;
mas quien veloz cuan invisible huye,
ambos sepulta en ondas del olvido,
ya que para borrar su intento entonces
roe con dientes eternos piedras, bronces.

No en los años al nada declinantes,
sino seguir es discreción retiros,
cuando el Signo en su piel lame diamantes,
y en el galán Abril pisa zafiros:
sospechosos del bien son los instantes,
gozos siembra, y tal vez coge suspiros,
que siempre está ceñido de tormentos
quien tiene por oficio pensamientos.

Tal vez porque mi pena se aflojase,
quise traer la Musa al dulce canto;
con que orilla de Tajo se quejase
hice pastor nacido en Erimanto:
y aunque su ser la envidia molestase,
con vituperio suyo, pudo tanto,
que siempre resonante, siempre entera,
mi lira compitió con la extranjera.

Celebré con el nombre de Constante,
del vago Manzanares en la orilla,

aquella dulce amada, y tierna amante,
de belleza, y aviso maravilla:
mas otra vez que mi zampona cante,
tendra su nombre en las Esferas silla,
porque vuelto deidad, de su alta gloria,
a la posteridad quede memoria.

En esta parte, donde el Orbe acude,
vivió mi voluntad de gusto ajena;
libre la tuve sí, que ser no pude
adorador de deidad terrena:
mas con tanto furor allí sacude
el Cierzo de inclemencias, que condena,
si en disimulos Áulicos versado,
a vivir impaciente al más templado.

Mas como viese, ocioso de contino,
qu'el cano Rey, irreparable vuela,
de mi mal a mi bien abrí camino,
y al punto puse a mi tardanza espuela:
juzgué la Corte el pecho de Cratino,
y antes que me dejase, al fin dejela;
sacando en vez del padecido daño,
que no fue poco, un cuerdo desengaño.

Volvime pues, a la quietud sagrada
destos montes, y selvas, destos prados,
donde está mi fatiga bien pagada,
donde triunfo feliz de mis cuidados.
Mas tú, reliquia de infeliz armada,
di, si quieres honrar estos collados,
porque ya que a ponerse Febo empieza,
te albergue en cualquier modo mi pobreza.

Dijo: y su voluntad de afecto rica,
agradecido, estima el extranjero;
y que le aguarda gente sinifica
al cortés Cortesano, y ganadero:
dél entiende la guerra que publica
a España, Francia; y porque ya el Lucero
los extremos del monte apenas raya,
uno a la choza fue, y otro a la playa.

LIBRO TERCERO

Mas el autor de la celeste cisma,
ciega luz, y caudillo bandolero;
fiero enemigo de la Fe, y la Crisma,
fruto del salutífero madero,
en el cóncavo oscuro donde abisma
desde cuando dejó de ser lucero,
dándole eterno ardor perpetua pena,
concilio horrendo que se junte ordena.

Ya el ronco son de la Tartárea trompa
llama los tenebrosos moradores:
manda Plutón, qu'el aire negro rompa
cualquier ejecutor de sus furores:
hórrida majestad, hórrida pompa
(miserable consuelo en sus ardores)
su espíritu feroz adquiere, en tanto
que se convoca el Reino del espanto.

Las profundas cavernas retemblaron,
compelidas del ímpetu imperante;
y las puertas de Averno se encontraron,
rompiendo sus cerrojos de diamante:
con tan fiero estampido no aterraron
los furibundos rayos del Tonante
en Flegra la terrible, osada gente,
como el Erebo en sus entrañas siente.

De nuevo asombro, y nuevo horror cubiertos
a los abismos deja igual bramido;
por quien la escuadra mísera de muertos
alza más lamentable su alarido.
Mas ya que los vestiglos quedan ciertos,
de lo que impera su Rector temido;
cualquiera se apercibe a la obediencia,
con horrísona, y pronta diligencia.

Espantosos Centauros, y Gorgones,
brotando están abominables quiebras;
Polifemos, Quimeras, Geriones,
con diademas de Esfinges, y culebras:
mil Hidras, mil Arpías, mil Pitones,
por donde el Sol jamás tendió sus hebras,
corren, y entre ellos con atroces rostros,
otras varias visiones, varios mostros.

Con espantables silbos, y rumores,
entrando van por las Plutóneas salas,
y a la mayor llegando los mayores,
al encendido trono sirven d' alas.
Crecen con su aparato sus terrores;
mas ya sentado en él, tiene por galas
el Reinador de la tremenda Dite,
asquerosos ropajes de alcrebite.

Cerco de tal ardor su sien rodea,
que no consume, si voraz enciende,
fiera una y otra luz relampaguea,
la vez que por el círculo²⁹ la estiende.
Atroz barba de víboras campea
sobre el pecho feroz, que en dos la hiende,
retrata el Orco la gran boca exhausta;
por cetro empuña una cometa infausta.

Habló sí, mas el Tártaro edificio
tembló al tronido del acento fiero;
Tántalo dio de poca sed indicio,
la Estige se turbó, calló Cerbero,
y de menos sentir dio muestras Ticio
el grave mal del pájaro severo;
que siendo aquél el centro de rüido,
todo presta a su Rey atento oído.

Tartárea Junta (comenzó), bien dina
de ocupar los asientos estrellados,
para quien con belleza peregrina,
del inmenso Hacedor fuistes criados.
¡Oh vos, a quien la indignación divina
quitar no pudo el título de osados,
que aún os quedó, perdiendo la vitoria,
de invicto intento no pequeña gloria!

Después que del Etéreo desterrados,
habitamos campañas tenebrosas;
todos sabéis, que son nuestros cuidados
dar turbación a las humanas cosas.
Contra los hombres, de fiereza armados,
tratamos impedirles³⁰ las gloriosas
sillas, porque la hechura de la tierra
el bien no goce que el Empíreo encierra.

No goce, ¡ay no!, los lúcidos asientos,

los que por nuestra ausencia están vacíos,
mas conducido venga a los tormentos,
a penar entre ardores, y entre fríos,
y a tal fin solamente, por momentos,
sabéis, que nuestras trazas, nuestros bríos,
no viven perezosos, mas con suerte,
producen al mortal eterna muerte.

Son del Joven lascivo fuertes lazos
viles placeres, cálidos amores,
falsos gustos, ilícitos abrazos,
que víboras encubren entre flores;
veloces pasan sus vitales plazos,
y el amoroso ardor cambia en ardores,
que para mayor colmo de sus males,
eternos han de ser, no temporales.

Con la ira se vence al vengativo,
a quien fiero rancor presta la espada,
con que asechanza subministra al vivo,
hasta ver su intención ejecutada:
mas tal ejecución, y tal motivo
al alma de sus lazos desatada,
y vuelta al cabo a corporal cadena,
dan por retribución perpetua pena.

Es la vista del oro, y de la plata,
cebo eficaz del miserable avaro;
que como siempre de guardarle trata,
le juzga el pecho vil ídolo caro:
mas si el Motor su vida no dilata,
en tan falsa deidad, no tiene amparo,
y pues comprar no sabe el bien eterno,
a penar le traemos al Infierno.

Del poderoso es liga la riqueza,
a quien con uso vil siempre malgasta;
ella le solicita la torpeza,
qu'es medio tal, que para todo basta:
sólo se rinde a la inmortal fiereza
de la feroz, que su vivir contrasta;
por quien su dueño en lamentable grito,
baja a ver las mazmorras de Cocito.

I

Sujeta l'ambición al ambicioso,
que por el puesto, el vínculo desmiembra,

al hermano, al amigo juzga odioso,
si aspira al fruto por quien oro siembra:
la discordia a su vida, proceloso
le vuelve al fin, qu'es poderosa hembra,
y su fiero ejercicio hurtando a Palas,
se precipita en las ardientes salas.

Lucro, medio eficaz cuan lisonjero,
del ministro las luces apetecen,
cuando ellas no le ven, él juzga entero,
que no ofrece equidad, si no le ofrecen:
halla en vara sutil rico minero,
mas su adquirir, y su vivir fenecen,
y en perdiendo la luz de su Horizonte,
paga lo que recibe en Flegetonte.

Viste saco grosero el Ermitaño,
que horror al alma del mortal envía,
pasa la hora, el día, el mes, el año,
sin Líbero cordial, con Ceres fría:
mas debajo el sayal asiste el daño,
que tiene escudo en él la hipocresía:
al cabo muere, y su morir le enseña,
que a nuestro incendio ha de servir de leña.

Jamás Monarca el desear limita,
que siempre apunta a la mayor grandeza;
al de menos poder su Estado quita,
y opreso, le maltrata su aspereza:
mas su justa venganza resucita
muriendo el opresor, a quien su alteza
hasta el Orco derriba, porque tema,
el grave peso de Imperial diadema.

Con vicios, con mentiras, con engaños,
inficionáis del mundo los vivientes,
en sus deleites ingerís sus daños,
sois terror, sois destrozo de las gentes:
todos estáis al paso de los años,
a las humanas obras asistentes:
todos obráis felices, diestros todos,
almas rendís por diferentes modos.

Esto es así: mas de adquirir no tiene
nuestro ardid, nuestra ciencia mejor modo,
como cuando infiel secta mantiene,

haciendo que idolatre un Reino todo:
es singular combate el otro, y tiene
en él, celeste amparo el frágil lodo,
que venciendo, y llevando nuestros precios,
vibra en nosotros rayos de desprecios.

Aquella sí, qu'es general batalla
de quien sacamos general vitoria,
en ella sí, que nuestra pena halla
de lauro, y triunfo no pequeña gloria,
es clara tal razón, y confirmalla
podrá de España la reciente historia,
pues con tanto interés, claro se ha visto,
que la usurpamos a la ley de Cristo.

Que predominan conocéis en ella
con Venus, Marte, y Júpiter benino:
sabéis, que a cierta dama vio tan bella
un Rey, que a torpe ardor abrió camino;
y que menospreciada la doncella,
el término severo, el acto indino,
el arnés descolgó, previno lanza,
provocando a coraje, y a venganza.

Sabéis, que de las Áfricas riberas,
conducí militares escuadrones;
que desplegué las Árabes banderas,
y que trabé campales disensiones:
los campos de la España fueron eras,
que trillaron turbantes, y morriones:
ella a Cloto rindió fértil cosecha,
mas en tanto que dio, quedó deshecha.

Venció Tarife al infeliz Rodrigo,
y estendiose la secta Mahometana,
la secta del que fue tan nuestro amigo,
secta por quien el Orco tanto gana,
la gente, que escapó del enemigo,
subiose huyendo a la región montana,
que Asturias tiene nombre, en cuya tierra,
fue poco a poco haciendo al Moro guerra.

Perdió la vida el Rey de las Arabias,
el Miramamolín, y por su muerte,
su Imperio todo sus cabezas sabias
partieron entre sí con feliz suerte:

¡oh partición cuánto al Erebo agravias,
pues uno y otro el ánimo convierte,
por tu ocasión, a la quietud, y al ocio,
sin atender al infernal negocio!

El escaso interés de aquella parte
en donde el fugitivo residía,
hizo entibiar la cólera de Marte,
y la ardiente Belona volver fría:
con su descuido, el ardimiento, el arte
del Godo fue creciendo cada día;
turbó su posesión, y su reposo,
fue vencido tal vez, tal vitorioso.

Siete vidas de Reyes han corrido,
sin la de Alfonso, que al presente pasa,
desde aquel gran Pelayo, aquel temido,
de tal restauración principio, y basa:
en él la sucesión ha fenecido,
no por faltar varones de su casa,
sino como del tálamo se aleja,
sin hijos hoy su castidad le deja.

Ama su Reino, y como ve que invierna
para siempre su edad, quiso dejarlo
a quien el Imperial cetro gobierna,
al temido en Europa, altivo Carlo.
Visto su amor, y su piedad interna,
quísela perturbar, quise estorbarlo;
y alterando leales corazones,
iras moví, produje disensiones.

Hice, que libertad apellidasen,
huyendo de la Francia aborrecida;
y que dejar, y que perder tratasen,
por defender la patria, hacienda, y vida:
manda el Rey, qu'el tumulto sosegasen,
y Asturias, que al Francés tiene ofrecida,
determina dejar de Ordoño al hijo,
con general aplauso, y regocijo.

Pide Francia se cumpla la promesa,
que a León con París junta, y enlaza;
y viendo ya, que el cumplimiento cesa,
su rüina, colérica, amenaza:
previéndose los dos para la empresa;

arma Alfonso, arma Carlo, y franca plaza
a Marte dan, que intrépido se enciende,
y uno librar, otro rendir pretende.

Tiene Carlo poder, tiene osadía,
ve sus lirios de triunfos guarnecidos;
y aunque no falte al Casto gallardía,
sus Leones están recién nacidos:
sin duda desta lid, desta porfía,
los Asturianos quedarán vencidos;
a Alfonso faltará, no a Carlo ayuda,
porque el Imperio es fuerza que le acuda.

Fingid, que Francia, y no lo dificulto,
ocupa ya los montes Asturianos;
fingid, que sujeción, y pronto insulto
los menos prueban de los más Cristianos;
pregunto, ¿qué será de nuestro culto,
y en qué podrán parar los Africanos?
¿Resistirán por dicha, si valientes,
a triunfante pendón, triunfantes gentes?

¿Contrastarán a poderosos brazos
tan hechos a trofeos, y vitorias?
Antes en su lugar indignos lazos
a los suyos pondrán, con nuevas glorias.
Mas veranse primero hechos pedazos,
y en Lete sepultadas sus memorias,
que tal se llegue a ver, que tal suceda;
yo haré que prueben la inconstante rueda.

Y aunque triunfaron pocos mal armados,
de los moros en guerras diferentes,
dejarlos, si combaten, sojuzgados
no han de poder los muchos, los valientes:
que aún no miro en nosotros acabados
los bríos, y los ánimos potentes,
con que de llama, y hierro nos vestimos,
cuando contra los Cielos contendimos.

Es nuestra voluntad, es nuestro intento,
qu'el Montañés en su distrito quede,
no goce Carlo el Asturiano asiento,
y el mancebo Ramiro al Casto herede:
lidie el Moro con él, qu'el vencimiento
sé que tendrá, sé, que en poder le excede:

al punto se aperciban nuestras furias,
y estorben de los nuestros las injurias.

Todo, del Ebro al Betis, se convoque,
y en socorro de Alfonso a tiempo venga;
suene el hueco metal, el parche toque,
y en su favor hasta el Arturo tenga:
ni Marte solo a Carlomano apoque,
mas Cupido le engañe, y le detenga:
bella mujer su ejército alboroce,
limite su poder, rinda los Doce.

Y tras la gran vitoria conseguida,
en que postrado quede el arrogante,
adverso el Moro al Español, impida
de su vivir el Céfito espirante:
quien le dio su favor, quite su vida,
y él solo de los dos quede triunfante:
esto conviene, y mi decreto es éste,
id, y cualquiera a la ocasión se apreste.

Así la voz de todo mal autora
los feroces espíritus indina:
¡Oh torpe! ¡Oh vil! ¡Oh ciego, que ya ignora,
cómo truena el Señor, cómo fulmina!
Ignora ya, que quien crió l'Aurora,
tan sólo para ultrajes le destina:
ignora ya, que de principio avieso,
suele el mismo sacar feliz suceso.

Al fin de aquel acento prodigioso,
que de nuevo terror a Dite llena,
parte todo vestiglo presuroso,
a ejecutar lo que su Rey ordena:
escureciendo el aire luminoso,
va con el ala vil, que horrible suena;
y en forma igual, a platicar sus artes,
acuden todos por diversas partes.

En tanto Alfonso, cuerdo, y valeroso,
de quien la nueva máquina pendía,
con prevención tan grande cuidadoso,
mil cosas en su mente revolvía:
no puede, si le busca, hallar reposo
en el silencio de la noche fría,
que al alma sabia, y al prudente pecho,

es duro campo de batalla el lecho.

Después de haber velado de la noche
tanto, que ya la misma pretendía
destrabar de su mano el negro broche,
con que las cosas bellas confundía,
antes un hora de llegar el coche,
qu'es con su resplandor, autor del día,
en sus ojos rocío de beleño,
vierte Morfeo, y los sujeta al sueño.

Apenas los cerró, cuando delante
(¡dulce visión!) se puso una doncella,
que era en la vistidura, y el semblante,
más que l'Aurora cándida, y más bella:
no suele con su rostro de diamante,
subiendo al Cielo, la primer estrella,
dar tanta luz, como de sí arrojaba
la que llegó donde el opreso estaba.

Cristiano Alfonso (dijo), que dormido
tienes lo que te dio caduco suelo,
del alma aplica el inmortal sentido,
y causarate gozo su desvelo:
la Castidad te asiste, y he querido
venir a visitarte desde el Cielo,
donde te aguarda soberana Alteza,
porque amas, y estimas mi pureza.

Bien se conoce allá lo que te pesa
de molestar con bélico ejercicio,
a quien tu mismo culto, y ley profesa,
y tuvo por tal causa a Dios propicio:
mas justa para ti será la empresa,
que la ambición es detestable vicio:
no dudes, vencerás, que este decreto
es del Rey a quien todo está sujeto.

Discurre con pasión, Carlo se engaña,
qu'es tu casta Real del Cielo amiga,
y Él quiere que ella sola libre a España,
sacando en premio su corona antiga:
y en tanto qu'el blandón que de luz baña
los Orbes, prosiguere su fatiga,
el Leteo lesión no hará a tu gente,
con turbio humor, con rápida corriente.

Llamaranse tus dignos sucesores,
por su inmenso valor, de la Fe muros;
siendo Monarcas, siendo Emperadores,
a los más claros dejarán oscuros:
tendrán del Cielo copia de favores
por su celo, y virtud; y si futuros,
te los quiero mostrar en un instante,
atiende, que ya pasan por delante.

Ramiro es el que ves, de Ordoño hijo,
y tu sobrino, amable a muchos ojos,
que castigando el término prolijo
del Moro, dejará sus campos rojos:
claro por la vitoria de Clavijo
quedando, partirá ricos despojos
con el gran defensor, con el divino
Apóstol, Capitán, y peregrino.

Gran ampliador de la Corona Ibera
éste será, que Ordoño tiene nombre,
adquirirá de Tormes la ribera:
y en Toro gloriosísimo renombre.
Será freno al Gascón, y su bandera
no ha de mirar contrario que no asombre,
a quien feroz a sujeción constriñe
lo que su sien el cerco d'oro ciñe.

El indómito Alfonso es el que viene,
que al Primero, y a ti será Tercero;
de Magno el nombre justamente tiene,
por gran Rector, por ínclito guerrero:
de traiciones el ímpetu detiene,
usando la prudencia, y el acero,
que no permitirá vil asechanza,
el que mantiene justa la balanza.

Es García quien miras a su lado,
qu'en vida de su padre el cetro hereda;
digno por singular, por esforzado,
que sus lenguas la Fama le conceda:
por el de Ayola el escuadrón, que osado
quiso embestir: despedazado queda,
y cautivo trayendo al arrogante,
al patrio suelo volverá triunfante.

Ves al Segundo Ordoño, sabio, y fuerte,
de temida opinión, de clara fama,
que de sangre infiel raudales vierte,
y prende al qu'es caudillo de Abderrama:
dilatando los Reinos de la muerte,
sus nobles sienes con laurel enrama:
viene el mozo Fruela, en seso anciano,
en sangre, y en valor de Ordoño hermano.

Éste, qu'es Cuarto Alfonso, de Fruela
recibe, tras el ser, el Principado;
y dél Ramiro; advierte, cómo vela,
y cómo trata aumentos de su Estado.
Terrible d'Abenaí la hueste asuela,
porque niega el tributo acostumbrado,
quedando de Simancas el asiento,
por testigo fiel del vencimiento.

Tercer Ordoño el hijo de Ramiro
de tierna edad, es el que llega ahora;
con su valor en el postrer suspiro
por poco se verá la gente Mora.
De todo afecto ha de burlar el tiro,
qu'en candidez excederá l'Aurora.
Mas otro Ordoño llega, Cuarto en cuenta,
que su Dictado, y su opinión aumenta.

¡Cuán presto pasa, y cuán aprisa llega
Sancho tras él, con nombre de Primero!:
éste proseguirá la antigua brega
con el usurpador del sitio Ibero:
mas ya se va, ya la Corona entrega
a Ramiro, que a dos será Tercero,
de quien la edad tiene terneza tanta,
que disensión en su confín levanta.

Mendo será tutor, tendrá el gobierno
lo que la edad en el Infante crece,
a quien después el mismo hará su yerno,
gozando el bien que la Ocasión le ofrece.
A Castilla, y León con lazo eterno
de amistad juntará, que resplandece
con paz, y unión la Religión Cristiana,
sirviendo de cuchillo a la Pagana.

Mas Bermudo el Segundo se presenta,

que se dirá por una, y otra hazaña,
prez de León, de la Morisma afrenta,
y la esperanza única de España.
De sus vitorias perderá la cuenta,
si un valeroso Conde le acompaña,
mas entre ellos no pocas disensiones
sembrarán sus diversas condiciones.

Fernán González, de Castilla Conde,
émulo de Bermudo, es el que pasa;
por donde sale el Sol, por do se esconde
famoso, a quien dará Marte su casa:
¡Cuán bien al Godo resplandor responde
su vivo esfuerzo, de los suyos basa!:
dará su muerte general mancilla,
y amparo, y padre perderá Castilla.

Alfonso el Quinto, es el que estás mirando,
menos feliz en obra, qu'en deseo,
aunque Morisca sangre derramando,
saldrá de varios trances con trofeo:
mas Átropos crüel le atierra, cuando
tiene cercado al Moro de Viseo.
Tras él, otro Bermudo aprisa viene,
que corta vida, aunque dispuesto, tiene.

Éste, que la Corona ya se pone
de Asturias, de León, y de Castilla,
a los Nueve la Fama le antepone,
cuando valiente esgrime su cuchilla:
mas estando mortal, mientras dispone
de su Corona, yerra en dividilla,
es Fernando el Primero, y en sus ramas
verterá la ambición ardientes llamas.

Éste, Sancho Segundo, no ofendido,
será terror del Zamorano suelo;
mas por su cuerpo un desleal Bellido
sembrará fieramente mortal yelo:
aunque de tal vivir desposeído
quede, será la voluntad del Cielo
aquel, que de los bienes heredados
dejará sus hermanos despojados.

Al Sexto Alfonso ves, que por el miedo,
que le causa la furia del hermano,

huyendo, acude a la Imperial Toledo,
donde pide favor al Africano:
tal su industria será, tal su desnudo,
que ardiente plomo sufrirá en la mano;
mas plomo, que por pena dará gloria,
y de aquella ciudad triunfo, y vitoria.

Aquel leal, aquel feroz, que ardiendo
en caridad, y en fe, viene a su lado,
gloria será del militar estruendo,
y por honra, y blasón el Cid llamado:
hará que jure el Rey, mas conociendo,
que con él por la Jura está indignado,
vitorias, palmas, triunfos, y tesoros
conseguirá de fronterizos Moros.

De Castilla, y León es heredera
esta que viene, Urraca se apellida,
de limpia Fe, de honestidad entera,
de cuerdo acuerdo, y de inculpable vida.
La Tiara Imperial gozoso espera
el que detrás aguarda su partida;
y así será, su intento no le engaña,
nombre tendrá de Emperador de España.

Al alma excelsa, al corazón bizarro
déste, que Alfonso el Sétimo se llama,
hará el Aragonés, hará el Navarro
para su eterna loa eterna cama.
Del gran Planeta el refulgente carro,
y las veloces plumas de la Fama
con su curso inmortal, no verán hombre
de tan alto, y tan ínclito renombre.

Darale parias el Morisco bando,
y en dos dejará el Reino dividido,
Asturias, y León dará a Fernando;
de Castilla tendrá Sancho el partido.
Ya ves cómo se vienen acercando
a nosotros en paz: pues tan crecido
será el enojo de una, y otra parte,
que casi entre ellas se interponga Marte.

Viendo el Rey de Aragón, y el de Pamplona,
tan impío, y tan discorde su lenguaje,
de Castilla a la espléndida Corona

negará el prometido vasallaje.
Guerra publicará; mas la persona
del Rey contrario, hará que con ultraje
la fe, y el feudo que rompió prosiga,
y qu'en Cortes cualquier le acuda, y siga.

Es el que mueve el paso Alfonso el noble,
en nombre Octavo, y en valor Primero,
que coronas de lauro, grama, y roble
adquirirá con invencible acero:
mas es razón, que su opinión redoble
aquel combate, que tendrá postrero,
horrenda lid, vitoria prodigiosa,
bien cerca de las Navas de Tolosa.

Ya Enrique se apresura, que pequeño
en Castilla será Primer Enrique,
mas una teja hará que eterno sueño
tenga, sin que sus años multiplique.
Será del Reino Berenguela dueño
que viene ya, y es fuerza que publique
eterna voz sus dignas alabanzas,
por las que da celestes esperanzas.

Al que miras da el cetro mientras vive,
por ver interesar a España tanto:
mas quien a tantas glorias se apercibe
es Fernando el Tercero, el fuerte, el santo:
licor tan abundante no recibe,
ni corre tan teñido el Frigio Janto,
cuanto el Betis se ensancha por su tierra,
con sangre haciendo al Oceano guerra.

Suya será la Otava maravilla,
que semejante título merece
la que Híspalis fundó, la gran Sevilla,
que émula a Roma en fábricas parece.
Por su ocasión ya como estrella brilla,
mas antes como Sol ya resplandece
en virtud de aquel Templo suntuoso,
que en ella erigirá su Rey piadoso.

Mira al Noveno Alfonso, siendo en uno
Tolomeo, Herodoto, y Justiniano;
que de Tejada el huésped importuno
ya sujeto, pondrá yugo al Murciano.

Viendo que en partes no le iguala alguno,
será elegido Emperador Romano,
y amparando las letras, dará leyes
con su prudencia, a súbditos, y a Reyes.

¡Oh cómo viene aprisa Sancho el Bravo,
colmado de valor, lleno de bríos!;
Sancho, que hará de libre al Moro esclavo,
venciendo sus campales desafíos:
a la inconstante rueda pondrá clavo,
porque enfrene con él sus desvaríos,
sin que del tiempo las ligeras alas
su nombre baje a las Leteas salas.

Ya Fernando sucede, cuya infancia
(¡oh cuánto al Reino la niñez ofende!)
producirá en su gente l'arrogancia,
por quien cualquiera gobernar pretende:
mas de la edad corrida la distancia,
con qu'el varón lo que le importa entiende,
será a su esfuerzo toda lid propicia,
y premios dando, guardará justicia.

Al qu'es Décimo Alfonso ves delante,
que aunque en naciendo la Corona hereda,
se volverá de niño, gran gigante,
al punto que esgrimir la espada pueda:
será con Moros rayo fulminante,
cualquier loor a su alabanza ceda,
mas quedará del todo celebrado
con la insigne vitoria del Salado.

Será por su equidad llamado Justo,
y es hijo suyo el que tras él, camina;
que como ya le ves, grande, y robusto,
a ser gigante en estatura inclina.
El cándido Alemán, el Indio adusto
oirá la voz de su justicia, dina
de quedar esculpida en jaspe, en cedro,
y en perpetuo metal; su nombre, Pedro.

Es el Segundo Enrique el que se sigue,
valiente hermano del Regente muerto,
que del grande turbión que le persigue
ha de tomar dichosamente puerto.
No es mucho, que a ser pródigo le obligue

querer asegurar un Reino incierto;
y así dará no pocas libertades,
adquiriendo con dones amistades.

Juan el primero es éste, venturoso
en el gobierno más que en la pelea;
pues contra un enemigo valeroso
inútilmente su poder emplea.
Por su pérdida, el lauro vitorioso
será forzoso que en sus sienes vea
el Lusitano; ramo que rompido
el tronco deja de quien fue nacido.

Paces harán en fin; mas el que arriba
qu'es el Tercer Enrique, bien denota,
qu'el orgullo del émulo derriba,
adquirido en la lid d'Aljubarrota:
no, como Juan, tendrá Belona esquiva,
que bien el Portugués la presa escota.
Mas Juan Segundo es el que va llegando,
por niño, con tutela de Fernando.

De Juan es tío, y de leal alcanza
renombre, singular por un desprecio
del Reinado será, cuya esperanza
es para grandes hombres de gran precio.
Mas no dará seguro a la privanza
del Rey el parecer mudable, y recio;
pues admirando al mundo, en un instante,
tal Luna llena dejará menguante.

Este que miras, Príncipe excelente,
del Segundo don Juan ilustre rama,
prestará, con asombro de la gente,
rayos al Sol, y lenguas a la Fama:
Cuarto Enrique será, será clemente,
y adornará con lauro, roble, y grama
las sienes vitoriosas en las lides,
siendo nuevo Alejandro, y nuevo Alcides.

Déstos la inseparable compañía
ejemplo de perfeto matrimonio,
cobrará la Española Monarquía,
dejando de sus hechos testimonio:
la verde vega en fin, la sierra fría,
del primero Jardín, del monte Aonio

en soberbia, y beldad competidores,
publicarán, callando, sus loores.

Serán adversos al ingrato Hebreo,
y harán que salga del dominio Hispano:
ultrajarán, cumpliéndose el deseo
de Colón, las columnas del Tebano.
No por Ausonio mar, no por Egeo,
mas por la inmensidad del Oceano,
abrirán con intento peregrino,
Argonautas intrépidos, camino.

Dará pues, el fiel descubrimiento
a Dios almas sin fin, a ellos tesoros,
premios del celo pío, y justo intento,
mostrado con Hebreos, y con Moros.
Mas de su fin el término violento,
causando graves penas, graves lloros,
hará, que a gobernar dos Reyes grandes,
se retiren a España desde Flandes.

Isabel, y Fernando son aquéllos,
éstos Juana, y Felipe, en quien se mira
grandioso proceder, con rostros bellos,
dignos de culto verso, y dulce lira.
Mas ya se van, ya, como ves, tras ellos,
viene el feroz, que al Universo admira:
¡oh fuerza de valor!, es déste el nombre
Carlo, en sus altas obras más que hombre.

Del diadema Imperial los Electores
descubrirán por él, discordes pechos:
no le darán el título, y honores
algunos, sin razón, mal satisfechos:
mas él, de la Germania los rumores
estirpará con señalados hechos;
y ya vencido el bando repugnante
será de Roma Emperador triunfante.

No sufrirá del Asia el gran Tirano
su pecho osado, y su feroz semblante:
parecerale el Joven soberano
hijo inmortal del inmortal Tonante.
Al voluble Flamenco, al Italiano
por sus máquinas terco y arrogante,
vencerá; y a sus íntimos, y deudos

dará Provincias fértiles en feudos.

Naciones de lo justo divididas,
reducirá su autoridad suprema:
árbitro de las muertes y las vidas,
al Libio monstruo, con Cristiana tema,
freno en Túnez pondrá, ya convertidas
en Águilas del mar las del Diadema,
tímido a quien verá sulcar sus olas
el terror de las playas Españolas.

Rey, que será por ambicioso exceso
de Carlo, en casi nada diferente,
en su Real albergue tendrá preso,
ya que rendido habrá toda su gente.
Neptuno en fin, de su Naval opreso,
dirá, batiendo el húmedo Tridente:
¿No basta a Carlo sojuzgar la tierra,
sin publicar a mi elemento guerra?

Y alborotando su cerúleo velo,
será con él por tal razón prolijo:
mas viendo, que en su pro tendrá en el suelo
cualquier honor, cualquier errante fijo,
alegre entregará, buscando el Cielo,
el Imperio al hermano, el Reino al hijo
que para hacer más único su empleo,
también querrá triunfar de su deseo.

El que con majestad, y con reposo,
al sitio donde estamos, mueve el paso,
Rey de Reyes supremo, y poderoso
ha de ser en Oriente, y en Ocaso.
Siempre invicto será, siempre glorioso,
temido del Hereje, y del del Circaso,
a quien donde obediencia Tetis halla,
ha de vencer con sin igual batalla.

Mas antes del Francés, que con braveza,
la paz rompiendo, esgrime su cuchilla,
despedazada la mayor nobleza,
hará se abraza San Quintín su Villa.
Por eso, un Templo de sublime alteza,
que llamarán Otava maravilla,
ha de ofrecer al mozo soberano³¹,
que echado en brasas, despreció al Tirano.

Y al fin, después que el Portugués valiente
los bríos que engendró tenga difuntos,
y de la Parca el ímpetu inclemente
rinda los que de Marte son trasuntos,
por él, su altivo cetro, y el potente
de Castilla, vendrán a verse juntos,
siendo, sin consentir ajeno agravio,
defensor de la Fe, prudente, y sabio.

Mas ya se va Felipe, y otro viene
Tercero a dos, Monarca soberano,
nota, y verás, cómo su rostro tiene
señales de pacífico, y humano.
Éste querrá, que Astrea premie, y pene
al malo, al bueno, y del confín Hispano
del todo arrancará la falsa gente
del antiguo Tarife decendiente.

Daranle paso al Africano suelo
favorables, Neptuno con Eolo;
donde conseguirá su santo celo
el que era del Pirata abrigo sólo.
En todo ha de tener propicio al Cielo
por su virtud: mas el reciente Apolo,
que tras el padre, refulgente asoma,
ensalzará lo que sustenta Roma.

Entre selvas de picas, y de lanzas
parece, que magnánimo campea:
parece, que sus ciertas esperanzas,
por suyo deja³² lo que el Sol rodea:
no pudiera escribir sus alabanzas
quien las de Grecia en celebrar, se emplea,
que sin duda cien leguas, y cien bocas
se juzgaran para loalle pocas.

De Breda los rebeldes debelados,
mirará de su sien el lauro seco,
infaustos vueltos sus felices Hados,
por él, Adolfo, intruso Rey Süeco.
Sus Leones de triunfos coronados,
y de sus glorias resonante el Eco,
en dar al Orbe luz Febo segundo,
ocuparán los términos del mundo.

¿Qué no podrá Felipe Cuarto, siendo
prenda d'una preciosa Margarita,
por quien España irá casta adquiriendo
de valor, y beldad casi infinita?
Mas la diurna luz, que va saliendo,
que me dilate en más discurso quita,
por eso, a cuanto en esta lid pretende
Carlomano de ti, ¡oh Alfonso!, atiende.

Es de tu fama el vuelo, nada tardo;
vencer batallas tu valor profesa,
mas esta vez con el Francés gallardo,
igual costumbre, igual fortuna cesa:
será de tu sobrino, de Bernardo,
sin duda el digno lauro de la empresa:
será tu General, el triunfo es suyo,
él por ti vaya, él venza en nombre tuyo.

Vendrá el contrario a combatir pujante,
mas no te dé su blasonar cuidado,
que serás el David de tal Gigante,
y tú su orgullo dejarás postrado.
Cualquier socorro te será importante;
el del Moro recibe, si doblado,
no temas, no, feliz suceso espera,
que miel te ofrece su ponzoña fiera.

Al fin destes acentos milagrosos,
abundando de gozo, el Rey despierta,
cuando Febo con rayos luminosos,
del Oriental zafir abre la puerta:
y aunque juzga los sueños fabulosos,
semejante visión tiene por cierta;
y así, fiel, con la divina ausente,
bañado en devoción, habla en su mente:

Doncella, que morando en las alturas,
eres Ninfa de campos celestiales,
tú, que profetizando mis venturas,
señalas con certeza ajenos males,
por el consuelo, y bien que me procuras,
inmensas gracias doy, y si no tales,
que puedan igualar al beneficio,
humilde ofrezco el alma en sacrificio.

Fuera los postes que plantó el de Tebas

en más mundos fijar, más noble empleo;
mas espero, saldrán mis dignas pruebas
de la francesa audacia con trofeo:
bien tú, clarín de tan alegres nuevas,
qu'es pacífico sabes mi deseo;
tú bella pues, que en todo acierte, impetra
de quien del alma lo interior penetra.

Mal la Iglesia en tal forma se socorre;
tendrá la Cristiandad no poco daño;
mas a la lid, no a la razón recorre,
discurriendo colérico, el estraño:
yo no sé quién le guía, y cómo corre
por el campo espacioso de su engaño,
velar pretendo en evitar su ofensa,
qu'es lícita a los hombres la defensa.

LIBRO CUARTO

N tanto que el d'Asturias se apercibe,
y apresta su milicia diligente;
el grande Emperador muestra recibe
en espacioso campo, de su gente.
¡Oh Musa, tú me inspira, tú describe
el numeroso ejército, y presente
hoy por ti se descubra, si pasado,
pues conservar historia, es tu cuidado.

Es la Gascuña, parte de la Francia,
que con España citerior confina;
de amena, y fertilísima distancia,
por Baco, y la qu'es madre a Proserpina.
Aquí pues, en distrito, a quien fragancia
presta silvestre lirio, y clavellina,
los varios escuadrones una tarde
delante de su Rey, hacen alarde.

Muestra su Majestad, y su grandeza,
con venerable aspecto, Carlomano:
rige (armado, y sin yelmo la cabeza)
un soberbio bridón Napolitano:
Alejandro, y Bucéfalo en braveza
publican ser: bastón su diestra mano
empuña; su persona está ceñida

de su guarda, en dos alas dividida.

Bien cerca dél, por la siniestra parte,
en Bético jinete paje hermoso
enarbolado tiene el estandarte,
qu'es por sus nobles Lirios tan famoso.
Quien al sitio Imperial primero parte
con grave paso, y movimiento airoso,
es Dudón el fortísimo, que guía
cuatro mil , que produjo Normandía.

Con pica, morrión, y coselete
el Normando escuadrón en orden pasa:
su arrogante ademán vencer promete,
y a Marte echar de su celeste casa.
Mas ya con gallardía Ricardete
el verde espacio, tras Dudón, compasa,
ser de dos mil conductor le toca,
que conocen por patria Lengadoca.

Desta valiente infantería iguala
cualquiera en presunción al Centimano;
marchando va con alegría, y gala
por su vigor, y ligereza ufano.
Toda bandera tremolante cala
al suelo, donde asiste Carlomano;
toda insignia se postra a su presencia,
es fe de vasallaje, y obediencia.

Cinco mil valerosos Provenzales
luego tras Ricardete, se adelantan,
en estaturas, bríos, y armas, tales,
que a quien la vista en ellos pone, espantan,
tal confianza ya su esfuerzo dales,
que sin combate, la vitoria cantan,
despreciando los hados, los destinos,
y es quien nos acaudilla Valdovinos.

Son los que al Rey el Delfinado ofrece,
con pecho liberal, tres mil Varones,
el menor, Veterano, que merece
gobernar los restantes escuadrones:
el Sol, que donde nace desfallece,
en petos, alabardas, morriones,
sin más fatiga, renacer espera,
tan alegre en su acero reverbera.

Aquilante los guía y amaestra,
en el primor de todos vigilante,
de bravo corazón, de fuerte diestra,
a muchos superior siendo Aquilante;
en alabanzas único, a la muestra
viene brioso, intrépido delante,
volviendo en fe de su valor, valiente
al menos alentado de su gente.

Galán, todo de blanco, don Gaiferos
con belicosa gente se acompaña,
son cuatro mil indómitos guerreros,
a quien dio ser, y alimentó Bretaña:
todos van empuñando los aceros,
y amenazando a la enemiga España,
todos esperan ya triunfos solenes,
y con lauro inmortal ceñir las sienas.

De siete mil la escuadra, que matiza
la campaña con galas diferentes,
a París engrandece, y entroniza,
fecunda madre de infinitas gentes.
Conturba el corazón, el pelo eriza
la braveza de tantos combatientes,
como junta se ve contra los Godos,
y es Montesinos quien gobierna a todos.

Cinco mil Borgoñones arrogantes,
el Paladín Ricarte tras sí lleva,
por quien, más que por émulos gigantes,
el grande Olimpo su temor renueva.
Gruesas ballestas, viras penetrantes
en sus hombros se ven, con quien a prueba
mal estarán adiamantinos pechos,
sin quedar traspasados, y deshechos.

Solas espadas llevan, que más peso
su efectiva presteza vuelve vana,
y solas ellas próspero suceso
en la lid se prometen Asturiana.
Pasado el escuadrón, que con exceso,
al hijo de quien tuvo la manzana
usurpa el apuntar, y flechar dardos,
marchando vienen cuatro mil Picardos.

Con plumas de colores diferentes,
con despojos lucientes, y grabados,
se arman, y componen los valientes,
que del Par Durandarte son guiados:
almas gozosas en alegres frentes
muestran, en su valor tan confiados,
que dejando los suyos envidiosos,
sin combatir, parecen vitoriosos.

La parte en cuyo sitio se presenta
todo Campión, no quiso ser ingrata,
y así los muchos con dos mil aumenta,
gente que en Ceres, y en Lio33 trata:
rústica toda sí, mas corpulenta,
y pobre posesora d'oro, y plata;
por cuya causa advierte su venida,
que sirve mal armada, y mal lucida.

El Narbonés Raimón, varón membrudo,
viene por Coronel destes Gascones,
más bueno por su fuerza para escudo,
que para deleitar con sus razones:
fue cazador gran tiempo, y a menudo
puso en lugar de bélicos blasones,
en sus puertas, cabezas de cerdosos
fieros monteses, y terribles osos.

Pronta acudió la superior Navarra
con cinco mil expertos en milicia,
número d'apariencia tan bizarra,
qu'el militar más digno la codicia.
Deleite causa ver cómo desgarrar;
y cómo el triunfo, el lauro, y la primicia
(sin dar a nadie parte de su gloria)
pretende sólo de la gran vitoria.

Su Capitán es Sansoneto el noble,
de fresca edad, gentil, cortés, y bello,
que aunque viste su pecho acero doble,
Amor le pudo herir, pudo vencello.
Mirto en blandura, y en firmeza roble
ser muestra, y con servir cualquier cabello
de Flori para el de Laberinto,
la deja en fin, por el Planeta quinto.

La varia muchedumbre de Villajes,

qu'en torno están de la selvosa Ardeña,
dio dos mil, que con bandas, y plumajes,
de su número, y brío dan reseña:
furiosos pasan, pronunciando ultrajes
contra León y Asturias, en quien peña
no deja ya su blasonar erguida,
mi planta en pie, ni morador con vida.

Cardano los gobierna, qu'es Cardano
el más rico de todo aquel paraje,
hombre de proceder tan poco humano,
cuanto oscuro, y humilde por linaje:
mas dio a su diestra dadivosa mano
las militar jineta, que coraje
infunde al tosco pecho, y feroz alma,
para aspirar a l'aureola, y palma.

Guido, prudente dueño de Lorena,
y pariente del hijo de Pipino,
se puso, por causar al Godo pena,
con tres mil valerosos en camino:
y en este puesto, a quien la guerra ordena,
se muestra en talle, y gala peregrino,
tanto, que excede a los demás infantes,
y arrebatá los ojos circunstantes.

Mas ya el Romano Emperador, que aspira
al cetro de León, parte del llano,
viendo, que a toda prisa se retira
el Joven amador d'amor anciano.
Deja quien guarda la celeste lira
de luz pobre al Gascón, rico al Indiano,
y así dar muestra en el siguiente día,
propone la restante infantería.

En tanto a sus Cuarteles retirada,
del peso de las armas se despoja,
y cualquier hebilleta destrabada,
ni la molesta más, ni más la enoja.
Sobre la yerbecilla mal lograda,
que al punto del nacer pierde la hoja,
se sienta el huésped, donde vital aura
su fatigado corazón restaura.

El cándido, y sutil lino despliega
todo sirviente, y ya de los señores

la tropa nobilísima se llega
a mesa ornada de silvestres flores.
Por el verde teatro de la vega
tremolan de las luces los ardores,
su resplandor dejando recelosas
las bellas Ninfas de los bosques Diosas.

La vista con tinieblas confundida,
juzga diversas Villas los Cuarteles:
mas ya de pajes variedad lucida
ocupa con viandas los manteles:
sirviendo están con majestad florida
temblantes esmeraldas de doseles,
en quien pomposamente se conserva
las recién engendrada, fruta acerba.

De los Orbes las guardas vigilantes
son sus Gentileshombres de la boca,
deleitando con rostros de diamantes
a quien con alegría a Baco invoca.
Del clarín los acentos resonantes
herir pretenden la celeste roca:
y mientras cenan, por instantes todos
brindan a la vitoria de los Godos.

Sale Cintia a mirarlos, y a su plata
se inclinan sus humildes siervas d'oro,
qu'en tanto, que su luz crece, y dilata,
descubren más escaso su tesoro.
Mas puesto en ocio, ya cualquiera trata,
de que se guarde al sueño su decoro:
ya estar cualquiera retirado, advierte
en el seno espacioso de la muerte.

Ya llega quien dio ansia a las dos bellas,
ya recogido el tenebroso velo,
camina con la Luna, y las estrellas,
la noche a discurrir por otro Cielo.
Ya de Titón no escucha las querellas
la mensajera del señor de Delo,
mas con mejillas de purpúreas rosas,
distintas deja las confusas cosas.

Despierto Apolo, el encendido freno,
ya pone a sus fogosos corredores;
ya el celestial Automedonte, lleno

muestra el rostro de eternos resplandores:
ya por pisar del Cielo el campo ameno
doblan los cuatro fieros sus furores:
y en fin, ya con presteza arrebatada,
parte el carro inmortal de luz dorada.

Al asomar del relumbrante mozo,
los prados ríen, y las plantas lloran,
llanto, no de tristeza, mas de gozo,
viendo, que con su rayo se mejoran.
Las fuentes con dulcísimo alborozo,
y rostro alegre, su venida honoran;
resonando entre yerbas, y entre flores
las Calandrias, Silgueros, Ruiseñores.

Vuelve a cobrar, de resplandor vestido,
la beldad que perdió l'Ártico polo;
compónese la mirla sobre el nido,
y el mal vestido parto deja solo.
Los miembros tiende el bruto entorpecido:
y en tanto que a la luz del nuevo Apolo
Flora descubre su verdosa gala,
gime el becerro, el corderillo bala.

Del blando sitio saltan los dormidos,
y heredando de nuevo sus cuidados,
toman del fino hierro los vestidos,
y van donde con cajas son llamados.
Hieren sonoras trompas los oídos,
avisando, se junten los armados,
que obedeciendo, ocupan ya las sillas,
divididos en tropas, y cuadrillas.

Ya Carlo deja el pabellón precioso
por el ornato y la materia, donde
muerto, tuvo seis horas de reposo,
que Morfeo a la muerte corresponde.
La muestra se prosigue, y al brioso
noble Amadeo, de Saboya Conde,
por amigo del Rey, por su pariente,
toca pasar primero con su gente.

Dio Piemonte, y Saboya (a quien dividen
horribles Alpes) cuatro mil fornidos,
que con bizarra acción el suelo miden,
de túnicas de acero revestidos:

rayos de furia, y cólera despiden
sus labios, y sus ojos encendidos,
siendo, sin ser por Jove, semejantes
en el estruendo, a cautos Coribantes.

Mas el anciano Urgel tras éstos, llega,
con grave aspecto, y juveniles bríos,
señor del llano que fecunda, y riega
el Mincio, y Po, Monarca de los Ríos.
Quiere también hallarse en la refriega,
y enfrenando los Godos desvaríos,
dar con hazañas muestras, que no pierde
valor, quien falto vive de edad verde.

A dos mil Mantuanos trae consigo,
Flamencos en lo rubio, y en lo blanco,
que de regalo es el menor amigo,
y para el uso dél se muestra franco:
antes de ver el rostro al enemigo
ocupar en festín quisiera banco,
y casi a guerrear viene por fuerza,
que mal su remisión su dueño esfuerza.

La máquina soberbia, que fundada
quedó por las reliquias de Aquileya,
siendo del grande Carlo aficionada,
con mil acude, turba no plebeya:
dio en combate Naval fuerte, y osada,
causa al canto que forma Caliopeya,
y enseñada a vencer, pretende ahora
volar hasta los Reinos de l'Aurora.

Siguen los Venecianos a Sigerio,
que altivo deja de Himeneo el lazo,
admitiendo por mengua, y vituperio
tener, reinando Marte, ocioso el brazo:
del tierno hijo, al alma refrigerio,
desprecia el simple hablar, el dulce abrazo,
tanto puede el honor, por quien olvida
el caro albergue, y su mitad querida.

Tres mil de la Comarca Ligurina
suceden, si en comercios, cautelosos,
diestros en belicosa disciplina,
y entre globos de Tetis animosos:
rígelos con audacia peregrina,

Lauso, rama del tronco de Fragosos,
tal, que ya de León los muros sube
cual rayo cuando rompe opaca nube.

Milán la inmensa, rica y abundante,
con el Francés señor se muestra larga,
sin dilación poniéndole delante
gente, que con la pica el hombro carga:
por las armas que viste amenazante,
contra el fiero León la lengua alarga,
presumiendo de sí, llegada apenas,
sus banderas plantar en sus almenas.

Es de dos mil la escuadra, a quien Alberto,
agradable, y cortés sirve de amparo:
con quien del Asturiano el sitio yerto
ya embiste, y menosprecia su reparo:
el fino arnés de que se ve cubierto
le anima a conseguir renombre claro:
de plumas, en color varias, los ojos
alegrando los trémulos despojos.

La Ciudad, que del Arno dividida,
es pomposa Metrópoli de Etruria,
también con mil armados se convida,
en trabada cuestión de ardiente furia.
No fue tan brava hueste conducida
para vengar Porsena ajena injuria,
con íntimos anhelos de vitoria,
a la ocasión que a Scévola dio gloria.

Dinando les da ley, varón, que ausente
estuvo largo tiempo en otra guerra,
y en toda se portó como valiente,
volviendo con trofeos a su tierra:
mas conocido en general, prudente,
para regir al que por nuevo yerra,
tras el Lombardo Alberto, pasa ufano
dando esperanza al escuadrón Toscano.

No menos pronta, su amistad y afeto
mostró la qu'es de los deleites Reina,
la venturosa madre del Sebeto,
en cuyo pie Parténope se peina.
Dio cinco mil para el futuro efeto,
el cuerdo Oltrando, qu'en su pensil reina,

con gentileza rara, en toda parte,
tan vasallos de Amor, como de Marte.

Con bellas catalufas de colores,
afrentan al jazmín, lirio, y retama,
por quien corrido el vulgo de las flores,
escondese quisiera entre la grama:
mas es el que corrige sus errores
Claudio, que tuvo a la virtud por ama;
de escaso hablar, de proceder honesto,
grave con suavidad, galán, dispuesto.

El fértil Reino del ardiente monte,
cuyo florido pie brota placeres,
y en cuyo centro está forjando Bronte
rayos para tonantes menesteres,
donde cuando miraba otro Horizonte,
robada fue su dulce prenda a Ceres;
quiso también hallarse en la conquista,
y así dos mil de su nobleza alista.

A Claudio, y su lucida compañía,
siguen gallardamente los Isleños,
publicando su esfuerzo, y osadía
con lo feroz de sus horribles ceños.
Es el bizarro Ardenio quien los guía,
que aunque supremo allí, tiene por dueños
estrellas dos, que sobre el Sol se encumbran,
y más lucientes a Palermo alumbran.

Después de agradecer socorros tales
el César nuevo, el nuevo Macedonio,
de su fidelidad los Imperiales
intentan dar sublime testimonio.
Dio muestra de tres mil Setentrionales,
con grabados arneses el Sajonio,
gente para ofender d'alguna cuenta,
mas rústica en extremo, y turbulenta.

Del modo que inmovibles torreones,
combaten en las lides, a pie quedo:
usan con los contrarios de baldones,
y en sus pechos jamás alberga miedo.
Quien enfrena sus bravos corazones,
Conrado es, cuyo feroz denuedo
le hace a ajenos ojos tan valiente,

qu'es menos espantoso el rayo ardiente.

La gente a quien ensancha, y autoriza
el caudaloso Imperio del Danubio,
émulo del que a Egipto fertiliza,
derramando sobre él feliz diluvio,
escuadra dio, que poco atemoriza,
vista su blanca tez, y pelo rubio,
contiene mil de juventud florida,
de blanda condición, de alegre vida.

Ernesto los conduce, y amaestra,
en belleza, y edad nuevo Narciso,
que si verde vigor tiene su diestra,
descubre en el gobierno anciano aviso:
único al padre, a sus paisanos muestra
vio dar, y al punto acompañarlos quiso,
haciéndole de todos ser cabeza
su discreción, su brío, y su nobleza.

Viendo partir su vida, se querella
con tristísima voz la madre ansiosa:
llora, y suspira, y él también con ella,
qu'es llorar, con quien llora, humana cosa:
mas hoy pasa tan bello, que la estrella
que anuncia el alba, y es de Chipre diosa,
por él, no por Adonis, se abrasara
si llegara a mirar su talle y cara.

Es de tres mil la escuadra de Baviera,
que al verde sitio tras Ernesto, viene,
como Alemana, arrojadiza, y fiera,
y que siempre con Baco se entretiene.
Las armas de la trémula bandera
dicen ser de Lidoro, que sostiene
peña, que casi es monte, en una mano,
siendo en fuerzas trasunto del Tebano.

Nada menos cuidadoso, y diligente,
que de su voluntad tiene la llave
el gran Francés en la ocasión presente,
muestra con escuadrón de Hesia el Lanzgrave.
Va diciendo su término impaciente,
que bien el uso de las armas sabe,
mas sabelle, y usalle le es forzoso,
siendo pueblo voluble, y sedicioso.

Su coronel es Hugo, que en revueltas
Capitán se nombró de bandoleros,
y atadas para bien, para mal sueltas
las manos tuvo, con diseños fieros:
mas dando en fin, Timbreo varias vueltas,
entre sí volvió, y el robo, y los primeros
pasos dejando, en la milicia anda,
y a mil aquí por valeroso manda.

El Polaco, molesto al Moscovita,
viene, sin que lo impida la distancia,
que cualquier imposible facilita,
por dar favor con cinco mil a Francia.
La codicia que muestra es infinita,
y así grande interés, grande ganancia
sacar en la batalla venidera
del invencible Montañés espera.

En redondo bonete pluma sola,
donde asiste color sin competencia,
lleva, ni viste coselete, o gola,
que funda en su valor su resistencia.
Es Florel su adalid. Mas ya tremola
bandera que obedece, y reverencia
tropa de mil, en quien valor se arguye,
que a César Dinamarca contribuye.

Grosera en las costumbres, y en el traje,
mas de gran duración en la fatiga,
que armado el tosco pecho de coraje,
a vencer, o morir siempre se obliga,
A Vincislao conoce vasallaje,
amigo del Francés, con quien se liga,
dando lugar al Húngaro, qu'el puesto
pisa feroz, fantástico, y dispuesto.

Es ágil, y animoso en la pelea,
y en extremo crüel con el vencido,
a quien oprobrios dice, a quien saquea,
y deja del vivir desposeído.
A Honorio su caudillo lisonjea
de cuatro mil el número lucido,
con cuya espada desde Ocaso al Orto
intentará vencer en plazo corto.

Lotario, qu'en prudencia nuevo Ulises,
al Flamenco flemático regía,
a seguir la derrota de las Lises,
de su distrito cuatro mil envía.
De Troya a Italia el sucesor de Anquises
no trujo tan bizarra infantería
para rüina, y perdición de Turno,
ni de Cartago tal vino a Volturmo.

El valor de Valerio los enfrena,
que con sonora Clío a Delio honora,
aunque a veces a Delio causa pena
la emulación de lira tan sonora.
Ya del muerto León el canto ordena,
a César imitando, mas ahora
docto, da ley a partesana, y pica,
qu'es por armas, y letras Palas rica.

Gozando de franquezas, y de gajes,
prontos se ven Suíceros Grisonos,
los que con largas calzas de follajes,
apellidan por patria los Cantones.
Que las hembras les sirvan de bagajes
hacen en militares ocasiones,
si por la pompa del vestir bizarros,
ostentativos más por los desgarrros.

Arnaldo los gobierna, cuyo gesto
asombro, y miedo a quien le mira infunde:
es para escaramuza poco presto,
que con pesado cuerpo el suelo hunde;
mas siendo guarda de importante puesto,
atroz al más indómito confunde,
y como de valor ha dado prueba,
a su cargo tres mil agora lleva.

En tantas prevenciones belicosas,
el favor del Inglés tan sólo cesa,
a quien recelo dan las valerosas
diestras, que van a la Española empresa,
que entre las dos Coronas poderosas,
enemistad antigua se profesa;
y destrozado el Godo, ya imagina,
que su Reino su ejército arrüina.

Y así, como si el caso fuera cierto,

flacos sitios, y tierras fortifica:
desde la fortaleza, pasa al puerto,
y lo qu'es menester al punto aplica:
al militar, al Capitán experto
antes quejoso, precia y gratifica:
a todo acude, y su cuidado advierte,
que fuerte Rey hace vasallo fuerte.

Falto de sufrimiento, y de reposo,
el terco pecho contra el Galo obstina,
ve, que tiene contrario valeroso,
y a dar favor al Asturiano inclina.
Perturba el enemigo poderoso,
y la razón de Estado determina,
que por huir baldón, incendio, y saco,
se dé socorro contra el fuerte al flaco.

Ostenta así la poderosa hueste,
que ochenta y siete mil de pie numera,
tras quien ordena Carlo, que se apreste
el que a caballo en su cuartel espera.
Han de pasar primero que se acueste
con Oceano la mayor lumbrera,
seis horas, y en su espacio los caballos
que vienen de Francia los vasallos.

Ya terrestres Tritones con clarines,
los Héroes, y los aires alborotan:
ya en sus tropas los fuertes Paladines
orden, posturas, y aderezos notan:
ya los que van con unos mismos fines,
más diestros que Centauros ser denotan:
ya con relinchos, y menudos pasos
renuevan el alarde los Pegasos.

Visten sus bravos dueños capacetes,
gorjales, grebas, faldas, y crestones,
manoplas, musequies, y gocetes,
y celadas en vez de morriones:
lanzas con banderillas, y roquetes,
vistosas y durables guarniciones,
divisas, ristres, cintos, y viseras,
ondeantes penachos, y cimeras.

Cuelga de cada arzón herrada maza,
que tras el asta, el combatir hereda,

y banda blanca a todo cuerpo enlaza
(que a banda otro color el uso veda).
Mas Carlo quiere, que en la verde plaza
primer lugar a Orlando se conceda,
y así comienza a entrar tan bravo y fuerte,
que asombra menos la espantosa muerte.

Seis pajes con seis lanzas van delante
en seis caballos de escogida raza,
trasuntos del mancebo, qu'el Tonante,
águila vuelto, arrebató en la caza,
tras ellos viene el poseedor de Anglante,
con fino yelmo, y lúcida coraza,
y tal plumaje, que parece ha sido
de mil preciosas aves recogido.

Alzada tiene la visera, y lleva
el honroso bastón su diestra mano,
afrentando al primero, que la nueva
dio del bridón, tan bueno al uso humano.
D'un castaño veloz la casta prueba,
que nombre alcanza de Español villano:
mas título de noble pueden dalle
testera, barda, proceder, y talle.

Llegado del Francés a la presencia,
pica al bridón el uno, y otro lado,
salta, y para partir halla licencia,
mas tras corto correr, queda enfrenado:
y sin usar la espuela de clemencia,
por ambiguos rodeos es guiado,
hasta que vuelto al destinado puesto,
se inclina, y pasa de su gente el resto.

Es de tres mil caballos el valiente
escuadrón, tan lucidos, que cualquiera
pudiera bien tirar el carro ardiente,
si el carro de sus cuatro careciera.
Mas ya de Montalbán el impaciente
señor, para pasar, sazón espera,
así, pues sólo a los demás excede,
el segundo lugar se le concede.

Reinaldos, con la pompa referida
de bellos Ciparisos por vanguardia,
de Carlo a la persona obedecida,

muestra la suya intrépida, y gallarda:
furia de su destreza es oprimida,
que a volante saeta vuelve tarda,
de caballo, con partes nada toscas,
dueño de blanca piel con negras moscas.

Por ver, de sus guiados el concierto,
de cuando en cuando el ínclito se para,
y del Águila pronta el desconcierto,
y la inquietud reprime con la vara:
mas ella, que se mira en campo abierto,
relincha, y con la mano el suelo ara,
y parece que dice: Ya me quejo,
de que más se dilate mi manejo.

El tiempo toma con medida, y arte,
y en la silla, cual pluma, va liviano,
haciendo, que del suelo aprisa aparte
los pies el noble, y busque el aire vano:
dos, y tres veces salta, y a la parte,
que primero dejó, vuelve la mano,
y por razón del apremiante freno,
feroz se muestra, y de coraje lleno.

Ya, como mar, ondea bajo, y alto,
que obediente, y ligero, es fuerza acuda
con prontitud, a la corveta, al salto,
conforme su rector de intento muda.
Pudiera dar con este peso asalto
a Olimpo cual Tifón, pues nadie duda
ser, en cuanto a vigor, menos pujante
el Hércules Tirintio, el Moro Atlante.

Pasa con él de cuatro mil la tropa,
lucida de la planta a la cabeza,
que como nave con el viento en popa,
discurre, confiada en su fiereza.
Mas ya se acerca el resplandor de Europa,
la cifra de valor, y de nobleza,
el que sirve de espejo al Caballero,
el más afable, el más galán, Rugero.

Después que por Católicas verdades,
deja los Agarenos desvaríos,
y adquiriendo parientes, y amistades,
a Francia ofrece sus valientes bríos,

ni deja de prender las voluntades,
ni deja en libertad los albedríos,
que viendo en él su fin todo deseo,
es amado del noble, y del plebeo.

Mostrando su bridón, color endrino,
con blanco esmalte entrambos pies guarnece,
y en su frente, con lustre cristalino,
una pequeña estrella resplandece:
bien pudiera llamarse Torbellino,
pues en vez de carrera, vuelo ofrece,
tal, que en el Betis otro no se halla
sin que le ceda en coso, y en batalla.

Tras tenelle abreviado, y encogido,
hace que con presteza se remonte:
el suelo apenas dél se ve ofendido,
y de aliento, y espuma forma un monte:
tan ágil no se vio, ni tan valido
quien al Cielo llevó Belerofonte,
que volando con éste, más seguros
vieran Cenit, Zodíaco, y Coluros.

Los lados deste Sol, son dos estrellas,
que turban d'Ariana la Corona,
y siendo entrambas como Venus, bellas,
ambas valientes son como Belona.
Excede su altivez a la de aquellas,
que siguieron la trágica Amazona,
sin amor una vive, es otra amante,
una Marfisa, y otra Bradamante.

Rayos en breves lazos prisioneros,
menosprecian del oro la fineza:
más fulgentes que Soles, sus luceros,
influyen gozos de vital pureza:
claveles de jazmines tesoreros;
en fin, términos ambas de belleza;
términos ambas de valor profundo,
cual los de Alcides términos del mundo.

A venir antes, de tal Cintio³⁴ Aurora,
dignamente una y otra ser pudiera;
mas admirado quien la mira, ignora,
llegue tanta beldad a ser tan fiera.
Amor con ambas su poder decora

ufano, mas en tanto que cualquiera
altiva de mirar, y de herir trata,
al perseguido de dos muertes mata.

Amar, y ser amada no permite
la dama ilustre de Rugero hermana;
ni amoroso dominio el alma admite,
que de infinitas almas es tirana.
En aspereza, en esquivez compite
con la doncella, que en edad temprana
convirtió, por huir tiernos abrazos,
en raíces, y ramas pies, y brazos.

Ajena libertad, antes segura,
a sus ojos pausó pulsantes bríos;
si bien desdicha no, que era ventura,
por su causa perder los albedríos:
mas a fin de obligar tanta hermosura,
¡oh cuántos ojos se volvieron ríos!
Deidad a quien le vía era su bulto,
los corazones, aras de su culto.

Estilo vario y proceder diverso
descubre la gallarda Bradamante,
pues sin mostrarse al ciego dios adverso,
de quien l'adora es encendido amante.
Cuando vino asombrando el universo
la poderosa hueste de Agramante,
por vengar en París, y en Carlomano
la desdichada muerte de Troyano,

en ella estuvo el ínclito Rugero,
y trabando combates diferentes,
pudo su diestra, su valor, su acero,
destrozar infinitos combatientes:
mas en virtud del hijo del lucero,
que produce amorosos accidentes,
llevaron de su alma los despojos
rizas hebras, dos arcos, y dos ojos.

Armados de dulcísima fiereza,
los vio seguir el bélico ejercicio,
y humilde a su deidad, a su belleza
ofreció el corazón en sacrificio.
Ablandó con el tiempo su dureza
Bradamante, y de amalle dando indicio,

descubrió generosa, que la dama
debe estimar a quien sus partes ama.

Destruído el ejército Africano,
y como en el confín de Laomedonte,
vuelto de humanos trozos monte el llano,
y con golfo de sangre llano el monte,
el amante guerrero, ya Cristiano,
vino a desafialle Rodamonte;
mas en fin, por Rugero el alma bruta
bajó indignada a la Tartárea gruta.

A la vitoria del horrible Anteo,
que puso espanto a la Francesa Corte,
sigue el Coturno, y hacha de Himeneo,
porque el mal padecido se conforte.
Halló la voluntad, halló el deseo
del constante amador su centro, y norte,
y de justa afición llevando palma,
miró dos, convertidas en un alma.

A que deje uno a otro un solo instante
no da lugar el poderoso arquero,
qu'es d'uno al otro el habla y el semblante
de su gozo, y su bien rico minero:
no vive sin Rugero Bradamante,
su fin sin Bradamante, ve Rugero,
no hay quien ausente su dolor reprima,
que dulcemente el uno al otro anima.

Marfisa, que miró su gente rota,
con alma siempre heroica, siempre invita,
viendo, que ya el hermano la Fe ignota
cándido abraza, y la vil secta evita,
quiso imitalle, en recibir devota,
la Crisma, y el licor que culpas quita,
haciéndose vecina, y ciudadana
de la insigne París, por ella ufana.

Su vista deja la ciudad, famosa
por letras y por armas, abrasada,
donde del más gentil la milagrosa
esfera de su rostro es adorada:
si bien quien más merece apenas osa
dejar su voluntad insinuada;
que todo corazón siente desmayos

al fulminar con sus desdenes rayos.

Así pasan los tres por retaguarda
con dos mil de la sangre de Medusa;
que ya el menor con paramento, y barda,
de perezoso, y tardo al viento acusa.
Mas ya se alejan todos, ya se aguarda
en la Palestra el desleal que usa,
movido de interés, de tratos dobles,
por eso aborrecido de los nobles.

Es Galalón, es quien a Carlo engaña
con acciones, y trazas lisonjeras:
que alguno prive, en su presencia, estraña,
y al punto le derriban sus quimeras:
y si agora rendir pudiera a España
de Francia, y sus amigos las banderas,
no quedara por él, mas la presente
guerra dará ocasión a que lo intente.

Son mil y setecientos los regidos
por injusto favor, de tal cabeza:
otro llegando con dos mil lucidos,
claro por su valor, por su nobleza:
es el osado Astolfo, que rompido
a los vientos dejó con la presteza
del volador tan oportuno, y bueno
al alma bella, que engañó Vireno.

A volar enseñado, d'un overo
levemente bizarro, ocupa el lomo,
tan buen correspondiente, tan ligero,
que con él Hipogrifos son de plomo:
vuélvele a toda parte el Caballero;
no toca el suelo corveteando, y como
de querer arrancar, postura tiene,
mas parte apenas, cuando le detiene.

Los ojos que le miran, agradados
dan gracias al Criador por la criatura.
Mas ya el bravo Grifón con mil armados
del estacado ofende la verdura.
No tuvo el Macedón tales soldados
en la Persiana lid, prolija, y dura;
ni con tales deshizo al gran Pompeo
el que volvió feliz feroz deseo.

Bárbaro corredor con piel de argento,
al gallardo Grifón sustenta ufano,
hijo de yegua cándida, y del viento,
qu'es dulce mensajero del Verano:
ésta, al morder el natural sustento,
que liberal le daba un verde llano,
la boca abierta, recibió a Favonio,
y aquél parió del gusto testimonio.

Con soberbio mirar, sigue una senda,
que señalarse por allí pretende,
y obediente al imperio de la rienda,
no muestra mal, que su gobierno entiende:
casi diciendo va: Hoy de mí aprenda
a ser diestro, a ser ágil, quien me atiende.
Vuelve, y revuelve, y con presteza rara
el anca pone donde está la cara.

Ya pone fin al prodigioso alarde
de cuatro mil el escuadrón tremendo,
quien a Marte feroz hace cobarde,
quien gloria es del militar estruendo:
siente no combatir, siente, que tarde
Carlo en dar a León castigo horrendo;
que quiere allí, vengando a su Monarca,
ser furioso ministro de la Parca.

Muchos son primogénitos, que a Palas
por sus ancianos padres se dedican,
cuyos años, los bríos, y las alas
de sus feroces pechos mortifican;
mas de sus ramas el valor, las galas
futuro lauro, y triunfo pronostican,
a Beltrán conociendo por Atlante,
qu'es de antiguo valor gran observante.

Ornado está de venerables canas,
que si bien son librea de la muerte,
en su barba, y cabeza están ufanas,
por ver al poseor tan bravo, y fuerte:
no las deja su ánimo holgazanas
en la ocasión, pues con dichosa suerte,
veloz acude al riesgo, a la proeza,
que con la edad no pierde la presteza.

Mas a quitar veloces las espuelas
acuden mil volantes compañías,
al tiempo que las simples ovejuelas
dejan las circunstantes praderías.
Ya las que son del mundo centinelas,
y entre abismos del mar seguras guías,
se ven salir, ya el adorado en Delo
de Tetis viste el argentado velo.

Ya de tanto galán desamparado,
siente su soledad el sitio herboso,
mas se consuela, y a su pobre estado
vuelve, que mucho bien es peligroso.
Alimentado en fin, cualquier soldado,
rinde los lasos miembros al reposo
del qu'es, si soporífero convida,
ladrón de la mitad de nuestra vida.

LIBRO QUINTO

N tanto, que los fin
es de Occidente
Delio recién nacido vuelve rojos,
ve Europa las que son con faz fulgente,
del firmamento trompas, hablas, ojos:
mas dos horas primero que al Oriente
galán dejasen lúcidos despojos,
vierte Alteo ponzoña por el pecho
de Marsilio, que ocupa blando lecho.

En Abdallá, su padre, transformado,
con habla, y estatura conocida,
toma la blanca barba, y el surcado
rostro, que indicios dan de edad crecida:
el corvo alfanje en el siniestro lado,
con Almalafa larga recogida,
retrato en todo del que hurtó la muerte,
habla con el dormido desta suerte:

Descuidado Marsilio, escucha atento
lo que advierte en tu bien tu padre anciano,
y aprehendan tu alma, y pensamiento,
la fuerza de mi acento más que humano:
si tú duermes, yo velo, que instrumento
soy yo de lo que suele obrar tu mano;

de ti me acuerdo en la región oscura,
que allá el paterno amor aún vive, aún dura.

Sabes, cuántos rencuentros has tenido
con las reliquias de la Goda gente;
y que más de una vez forzoso ha sido
el volver las espaldas a su frente:
ves, que cuanto más va más atrevido,
no sólo en su León no te consiente,
mas tendiendo en lo llano sus banderas
por instantes limita tus fronteras.

Siempre número corto, y mal armado
a fortísimo ejército resiste:
jamás busca reposo, siempre osado
antes de ser acometido, embiste.
Ya sabes cuán confuso, y apremiado
de su valor, de su furor te viste;
y sabes ya, que un Diego apellidando,
discurre, tus escuadras destrozando.

Ya, tras esto, también sabes la saña,
que tiene contra Alfonso Carlomano,
por ver que se retira, y ver que estraña
unir con el Francés al Asturiano:
y por eso a León, y a toda España
amenazando está su armada mano,
y con trompas, y cajas junta gentes
de Reinos, y Provincias diferentes.

Arma también Alfonso; mas ¿qué hueste
puede juntar señor tan limitado,
aunque desde el más viejo al niño apreste,
en defensa del Reino amenazado?
Es inferior en gentes, y armas éste,
es poderoso aquél, y acostumbrado
a vencer los terribles, los valientes;
haciendo alfombras de sus pies sus frentes.

Perderá el Español, si su flaqueza
no esforzaren los Reyes comarcanos,
contra el Francés orgullo, y su braveza,
la suya uniendo Moros, y Cristianos.
Importante será toda presteza,
porque si llegan antes a las manos,
el de menos poder será vencido,

y tú del vencedor luego oprimido.

Seguirá su fortuna, y al instante
hacer querrá más anchos sus confines;
tú que tan cerca estás ¿serás bastante
a que no salgan prósperos sus fines?
Si al Asturiano débil el turbante
humillaste, ¿qué harás a los Paladines?,
y más cuando acometan vencedores,
infundiendo en los ánimos temores.

Di, ¿qué esperas de tantos, y tan fuertes?
¿Acaso esperas muerte, o captiverio?
Aunque morir escogerás, si adviertes,
cuán molesto fue siempre ajeno Imperio:
pues si su sangre, intrépido, no viertes,
cierto, y seguro está tu vituperio:
y dando a mi voz crédito, imagina,
qu'el daño del vecino es tu rüina.

Da pues, socorro al flaco; darle toca
a quien ha de sentir males ajenos:
tú al Montañés ayuda, tú convoca
todo poder de amigos Agarenos.
Tú al más remoto en tu favor provoca,
tú de valientes Moros deja llenos
los campos, y resistan la arrogancia
de la potente, y belicosa Francia.

Y luego que por ti fuere postrada,
que lo será, de la ocasión te vale;
vuelve sin dilación, la gente armada
contra el invicto Godo, y muerte dale:
porque trazado así, tu diestra osada,
de dos a un tiempo con vitoria sale;
así el Francés intento dejas vano,
y así das fin al enemigo anciano.

Y porque tu vencer más cierto sea,
y más fácil el modo, determina,
qu'el adversario en sus escuadras vea
la bellísima Zaida tu sobrina:
el deleite, y ardor de Citerea
despierte en cualquier alma Paladina:
ansias de amor por su respeto pruebe,
robe su libertad, tras sí le lleve.

Sin discurso, y razón con ella vengá,
de su vista atraído, y de su engaño,
y ocupe fuerte roca, donde tenga,
con perpetua prisión, perpetuo daño:
que como al más valiente se detenga,
a quien sirve de Norte, será extraño
combatir sin su amparo, sin su guía,
y que le vencerás cierto confía.

Arma pues, arma, hijo, que presente
me verás a tu lado en todo instante:
yo moveré, yo animaré tu gente;
yo haré, que deje opreso al arrogante.
Y en tanto que habla así con el dormiente,
en su pecho penoso, y anhelante
víboras pone, y su ponzoña vierte,
con que le incita a furia, a rabia, a muerte.

Despierta el Rey, diciendo con voz alta:
No esperes, salgan tus consejos vanos,
amado padre, que armaré sin falta,
y haré montes de cuerpos en los llanos.
Presto verás cómo mi brazo exalta
al qu'es digno Profeta de Africanos;
presto, presto verás cómo derribo
al bravo Godo, y al Francés altivo.

Yo la vitoria d'una, y otra empresa,
si me acompañas tú, juzgo segura;
que no puedo temer fortuna aviesa,
saliendo tú de la región oscura.
Verá, verá el Francés cuánto le pesa
del temerario osar de su locura:
verán los Montañeses vencedores
mal en su bien, culebras entre flores.

Tras esto, la preciosa, y blanda cama,
que Aleto avenenó, furioso deja;
y por llamar al Camarero, llama
¡Guerra!, qu'es guerra sólo quien l'aqueja:
las lenguas, y las plumas de la Fama
por quien con tanto hablar, tanto se aleja,
quisiera poseer, para dar parte
a sus amigos del futuro Marte.

Y apenas el Planeta luminoso
su luz de los Antípodas destierra,
cuando junta en albergue suntuoso,
el Consejo que trata de la guerra:
allí propone, y muestra, ser forzoso
las armas prevenir, y que se yerra
en no acudir a Alfonso, en no ayudarlo,
con haciendas, y vidas contra Carlo.

Siguiendo su intención, se determina,
qu'el ímpetu contrario se detenga,
y que usando de lanza, y jacerina,
el infiel socorro se prevenga:
socorro, en quien Asturias convecina,
fingido bien, mal verdadero tenga;
y concluido así, ya por la Corte,
sólo se siente resonar Mavorte.

Gruta se mira, cuyo pie el Tirreno
guarnece con perfil d'olas y arenas,
como a Neptuno reservado seno,
venerado de Faunos y Sirenas:
tan oculto a los ojos, y tan lleno
de horror sagrado, qu'el silencio apenas
porque en él toda mácula se evite,
aun le habiten las sombras no permite.

Si impulso irreligioso y atrevido
tocó su umbral, movido d'ecos vanos,
con asombro interior, bebió el oído:
¡Lejos d'aquí, lejos d'aquí profanos!
Mas violado su oscuro esclarecido,
no de sujetos puramente humanos,
Malgesí en tal caverna origen tuvo,
de torpe Dría, y de lascivo Incubo.

Éste pues, cuan atroz, sapiente Mago,
que con notas sacrílegas, profesa
enfrenar del Averno el turbio lago,
y sacar el cadáver de la huesa;
deseando de Asturias el estrago,
y cierta dicha a Francia en tal empresa,
sus artes ejercita, mas no halla
quién cantará vitoria en la batalla.

Las estrellas consulta, y su postura

no bien a sus deseos corresponde:
saber del todo la verdad procura,
y cuanto inquiera más, más se le esconde,
los malignos espíritus conjura,
mas ninguno a propósito responde;
viendo, cuán mal en fin, todo le informa,
habla con Carlomano desta forma:

Sé, que te anuncia, ¡oh Rey!, grave rüina
el influjo contrario de Planetas;
sé, qu'el Marcial aspecto determina
al Horóscopo causas inquietas:
no transfiere Saturno su luz trina,
mas por virtudes arduas, y secretas
de oposición mortal, muestra pendiente
el miserable fin de nuestra gente.

Mas si quieres que oprima la influencia,
que contra tu poder daño amenaza,
excelso Emperador, dame licencia
con que ejecute una prudente traza;
que ella podrá quitar la resistencia,
que apresta el Godo en belicosa plaza,
pues causando terror a toda vista,
no habrá quien te contraste en la conquista.

Cuando en esta ocasión Belona, y Marte
iracundos desnuden los aceros,
yo haré que se aparezca de tu parte
innumerable copia de guerreros:
y obrar podré, se muevan con tal arte,
que al embestir den muestras de primeros,
descubriendo a enemigos circunstantes
formas de horror, y muerte amenazantes.

No podrán resistir su asombro, y miedo,
y elegirán la fuga por partido;
tú vencedor saldrás, estando quedo,
saldrá sin guerra el Montañés vencido:
tanto en virtud de mis estudios puedo,
que a tu glorioso lauro me convido,
Señor, ten ya por cierto, que le cobras,
ciertas son mis palabras, y mis obras.

Estimo tus ofertas, y deseos
(responde Carlo), ¡oh Malgesí prudente!,

mas no son de quien soy dignos empleos,
ni el ardid que propones conveniente:
es adquirir con armas sus trofeos
firme altivez de la Francesa gente:
de que gane jamás haya memoria
con guerreros fantásticos vitoria.

Si cuanto ciñe el mar, y el Sol rodea,
fuera de mi conquista altivo objeto,
todo osara rendirlo con pelea,
y aun más dejara con valor sujeto.
El soberbio Español mis fuerzas vea,
y ellas solas le pongan en aprieto:
su perdición mi enojo satisfaga,
y alcance su mudanza justa paga.

Mas en tanto que ordena su castigo
el poderoso brazo de milicia,
tú que de ver a España fuiste amigo,
de lo que importa más me da noticia.
Dime, si tiene algunos mi enemigo
en León, en Asturias, y en Galicia,
que se puedan llamar valientes hombres,
propón su calidad, y di sus nombres.

Refiere, de qué dueños poseída
fue Asturias, desde el punto, que el Ibero
la gloria de su patria vio perdida,
por un traidor, y el Africano acero.
Quede por ti del todo conocida
la temida persona de un guerrero,
a quien llaman Bernardo, y de quien lleva
la Fama al más remoto honrosa nueva.

Haciendo a mis palabras obedientes
tu gusto, ¡oh sumo Rey! (comienza el Mago),
del valor de la España, y de sus gentes,
testigos pueden ser Roma, y Cartago:
de rojo humor indómitas corrientes
formó tal vez el espantoso estrago,
que hicieron en belígeras naciones
sus fuertes brazos, bravos corazones.

Tal vez, si bien intrépidos, y osados,
pudo turbar la luz de sus proezas,
llegar a combatir desordenados,

hallándose en batallas sin cabezas:
mas siendo de prudentes gobernados,
mostraron de sus bríos las finezas;
lauros dando a sus frentes por ornato,
y esto afirme, sin otros, Viriato:

el que trocó cayado por espada,
y con pocos amigos comarcanos,
dejando su provincia libertada,
vibró rayos de furias en Romanos.
Mas Era semejante ya pasada,
vieron altivos Godos en sus manos
los cetros de provincias Españolas,
de dichas adquiriendo hinchadas olas,

pues llegaron a verse, siendo estraños,
de confines tan nobles, y tan ricos
dueños, reinando en ellos largos años,
los Cindos, Recaredos, Vitericos.
Mas libre amor brotando graves daños,
y los grandes por ellos, vueltos chicos,
su digno Imperio al improviso agravia
gente feroz del África, y Arabia.

Parte con armas, parte con cautelas,
ésta se apoderó de su comarca;
sólo escogiendo riscos por rodelas,
reliquias tristes de sangrienta Parca:
y desde allí cuidosas centinelas
contra el Tirano que su Iberia abarca
siendo; de gran varón la fortaleza
eligen, coronada, por cabeza.

Sucediole Fávila, Joven fuerte,
y tanto, que cazando en la montaña,
murió, por dar luchando a un oso muerte,
que vano presumir, no menos daña.
Al Católico Alfonso cupo en suerte
de la remota parte de la España
el Reino, casi niño, sin contienda,
por esposo gentil de Hermenesenda.

A éste en dichos y hechos grande, agosto,
dieron triunfos León y Compostela:
sucediendo en el cetro al Héroe justo,
y en el valor, el ínclito Frúela:

con blando rostro, y corazón robusto,
en dulce paz, en belicosa escuela,
descubrió ser Cristiana maravilla,
ensanchando su prez su angosta silla.

Dejó por sucesor su hermano Aurelio,
metido entre civiles disensiones,
mas en ellas mostrose un monte Pelio,
triunfando de rebeldes sus pendones.
Al contrario infiel del Evangelio
útiles fueron tales turbaciones,
puesto, que todo el curso de la guerra
gozó quieto la usurpada tierra.

La que afea la fábrica más linda,
de la vida de Aurelio corta el hilo,
en su trono sentándose Adosinda
postrera hermana, y su consorte Silo.
Al Moro qu'en su patria se avecinda,
hizo probar de su cuchilla el filo;
ganando su valor vitorias tales,
que toda edad las gozará inmortales.

Mas tras este varón cuerdo, y clemente,
vino, quien causa fue de sumo lloro;
quien fue mengua, y rüina de su gente,
Maure en el medio nombre, en todo Moro:
cuya historia tiránica, y doliente
callo, porque no ofenda tu decoro:
baste decir, que un nuevo Curio osado
al vil dejó del Solio despojado.

Entró pues, a reinar el gran Bermudo,
hijo de Vimarano, digno Infante,
que con estragos vitoriosos pudo
libre dejar su Reino del turbante.
Llegó tras él Alfonso, en quien escudo
tiene la Castidad, aunque importante
fuera, que agora en él no le tuviera,
de casta, puede ser, no careciera.

Este valiente Príncipe, del Moro
pudo alcanzar vitorias diferentes,
y de sus altas partes el tesoro
batir hizo a la envidia torpes dientes.
Copia de finas piedras, copia d'oro

entregó a dos plateros eminentes,
que forjaron con manos celestiales,
la insignia que dio vida a los mortales.

Mas como viese aquel, qu'el mundo llama,
ya ciego lince, y ya niño gigante;
aquel obedido por su llama,
del árbol fijo, y del Planeta errante;
que corre Alfonso a la perpetua cama,
sin tener afición, sin ser amante;
en virtud de su hermana, obró su fuego,
y a descuidado Conde dejó ciego.

Viola una tarde al margen de una fuente,
que lo fue, por su causa, de belleza:
juzgó sirviese, su madeja ardiente
de rayos, no de pompa a su cabeza:
por plata tuvo el campo de su frente,
por plata, mas con lúcida pureza:
conoció en sus dos arcos, que Cupido
en ellos a flechar había aprendido.

Tuvo por sol süave, y amoroso
la una y otra luz, que ardor provoca:
dos listas de Carbunco luminoso
vio que adornaban su pequeña boca:
ser dijo el cuello escaso, mas precioso,
con cárdeno perfil, cristal de roca,
donde envidioso velo por delante
se puso al pensamiento penetrante.

Pedazos de marfil eran las manos,
llenos de claridad, y resplandores:
mostráronse los miembros ser tiranos
con majestad de gracias, y de amores.
De verla están los árboles ufanos,
y lo están las escuadras de las flores;
ellos se abrasan, descaecen ellas,
deseando besar sus plantas bellas.
ESPAÑA DEFENDIDA 149

Idólatra a su amor, corrió el gallardo,
de sus centellas Salamandra hecho:
y aunque al Ícaro osar puso pie tardo
la fe, como castillo de su pecho;
Amor la disparó segundo dardo,

que todo su temor dejó deshecho;
y así la hizo el amador ansioso
de sus deseos Horizonte hermoso.

Sirvió feliz; mas antes de Himeneo
el uno al otro dio palabra, y mano,
y su conforme ardor, y su deseo
produjo niño, de Cupido hermano:
tuvo darle su silla por trofeo
Marte, y Venus su rostro soberano:
agrado el Sol le dio, Jove clemencia,
Mercurio agilidad, Minerva ciencia.

Bello sí, mas sacó del nacimiento,
él en vida prisión, ella clausura,
qu'el Rey sintió la obra, y el intento,
y el grave exceso castigar procura.
Fue con la edad creciendo su ardimiento;
fue Joven, y en lo raso, en la espesura,
del oso no temió, siempre invencible,
el erizado cerro, el ceño horrible.

Bernardo se llamó; fue grato al tío,
qu'el tiempo descubrió del robo el fruto;
mas non quiso jamás mostrarse pío,
ni a los padres por él, quitar el luto.
Mostró, mancebo, en los combates brío,
y obligó³⁵ sin provecho; en fin, al bruto
persiguió infatigable por la sierra,
qu'es la caza retrato de la guerra.

Fue de nuevas promesas incitado,
volvió, y a quien armó dejó vencido;
mas siempre esquivo el Rey, siempre obstinado,
nunca quiso cumplir lo prometido:
así de nuevo al monte retirado,
de Alfonso lastimado, y ofendido,
huyendo de la Corte, y su bullicio,
sigue de Cintia el ágil ejercicio.

No sé decir, si la ocasión presente
le hará dejar el sitio de la sierra;
mas si viene, el Levante, y el Poniente
publicarán, qu'es rayo de la guerra.
De gran turbión horrífica corriente
parece su coraje cuando cierra;

abatiendo sus ímpetus durante
fuertes hombres, insignias tremolantes.

Sin este de León, tiene Galicia,
gloria suya, un mancebo valeroso,
que Numa en paz, que César en milicia
le llama con razón el judicioso:
¡Oh cuántas vidas éste desperdicia
cuando se mete en trance belicoso!
¡Oh cuántos montes deja levantados
de arneses y guerreros destrozados!

Es Fernando de Castro, sobrenombre
del gran César primero conocido;
siendo su Capitán un fuerte hombre
de quien era Castrino el apellido:
en las lides de Julio tuvo nombre;
fue del mismo estimado, y fue querido,
así por las hazañas de su acero,
como por ser prudente Consejero.

Mas el Monarca en Roma sosegado,
aunqu'es patria al valiente toda parte,
quiere Castrino donde fue engendrado,
desenlazar la túnica de Marte.
Licencia a César pide, que premiado
(si bien muestra sentir, que dél se aparte)
a Galicia le envía, donde lleve
de su edad lo más grave, y lo más breve.

De tronco tan feliz ramas famosas
fueron naciendo allí, siempre brotantes:
tras Roma, las Españas belicosas
ocuparon los Godos arrogantes;
mas ellas de contino generosas,
ser de claros renuevos abundantes
mostraron, adquiriendo en su Galicia
heroico nombre, y dignidad Patricia.

Cayó el cetro Español, y en su caída,
firme se vio quedar su invicto Castro,
y su patria dejando defendida,
fijó su nombre en el postrero Astro:
la hueste de los Moros atrevida,
por él siempre dejó sangriento rastro,
haciendo cuerpo a cuerpo, y en cuadrilla,

que su alfanje cediese a su cuchilla.

Fernando pues, tan bien esto mantiene,
que a su frente laureles acumula;
y mientras raudas Líbicas detiene,
los excesos de súbditos regula.
Alcanzó, poco ha, triunfo solene
de un Moro, que con armas le estimula,
por ser su pernicioso comarcano:
llámase Gradamet, Rey Lusitano.

Tiene Vizcaya un ínclito Gonzalo,
que allí de López apellido toma,
varón que usó las armas por regalo,
persiguiendo la secta de Mahoma:
pienso, que atrás le dejo, si le igualo
con los famosos que celebra Roma,
pues hizo solo en varias ocasiones
lo que apenas hicieran cien Tifones.

Por valor, por aviso, y por nobleza,
este sujeto ilustre, y grande hallo,
partes, que a quien las da naturaleza,
el loor se le debe por vasallo.
A su Rey con celosa fortaleza,
en riesgo visto, a pie, muerto el caballo,
el suyo dio, sirviendo en la batalla,
a su señor, su pecho de muralla.

Siendo Garzón, se halló saliendo a caza
solo, a la sombra, y pie de fuerte encina,
cuando de un Oso horrible l'amenaza
su muerte al improviso determina,
mas el bravo Español con él se abraza,
y con aliento, y fuerza peregrina,
sujetando al feroz, en corto trecho,
entre sus brazos le dejó deshecho.

Suena también un Íñigo, que ufana
de León el contorno, y el de Asturia,
nieta de la Escocesa Memorana,
y sucesor del ínclito don Zuria:
todo firme pertrecho, y barbacana
es débil con su esfuerzo, con su furia,
pues no la muestra semejante el mismo
Plutón en las cavernas de su abismo.

En estacado a cinco Sarracinos,
de famosa opinión, dejó sin vidas,
y del oscuro Erebo los caminos
muchas veces cubrió de almas infidas:
bien lo saben los Moros convecinos,
de quien fueron sus manos homicidas,
en cuyas poblaciones, sólo el nombre,
grande, o pequeño hay, a quien no asombre.

La insigne sucesión, que dél se aguarda
procuré rastrear por las estrellas,
y gente tan feliz, como gallarda
vi decender de su Solar por ellas:
pareciome mirar, que en edad tarda,
siguiendo siempre las honrosas huellas
de los suyos, quedaban encumbrados
los Diegos, los Garcías, los Hurtados

No viene Oviedo a ser menos gloriosa
por el gran Montañés Garci Fortuno,
nacido de prosapia generosa,
y no inferior en el esfuerzo a alguno:
nombrarle el Africano apenas osa,
tanto el nombre de aquél juzga importuno;
escarmentado ya de las hazañas,
que temen, y veneran las Españas.

Por éste en un combate se vio preso
Tarfe de Ocaña Rey, valiente mozo,
cuya temeridad, y poco seso,
fue de los suyos rígido destrozo:
mas cuando teme al vitorioso avieso,
recibe dél la libertad con gozo,
enviando después preciosos dones
a quien rompió sin ellos, sus prisiones.

Aborreciendo en paz pasar los días,
siempre la guerra amó, como su centro,
y ordenando importantes correrías,
con los suyos taló la tierra adentro.
Marchitaron ajenas osadías
el golpe horrible, el temeroso encuentro,
que su espada formó, que dio su lanza,
siendo impar su valor, y su pujanza.

Vive en esta Metrópoli, sin éste,
otro varón de superior braveza,
sumo terror de la Morisca hueste,
y rico de valor, si con pobreza:
áspera condición, discurso agreste,
lengua que de colérica tropieza
goza; mas al matar, en lid envuelto,
tiene, si lengua atada, brazo suelto.

Al rico, que por serlo, es arrogante,
teniendo de virtud hacienda escasa,
menosprecia con habla, y con semblante,
y por delante dél cubierto pasa.
Más de una vez su diestra fue bastante,
para echar al Numida de su casa,
haciendo, que heredase su fortuna
los inconstantes rostros de la Luna.

Que a dar vigor apenas Febo entraba
del Tauro etéreo a la cerviz furiosa,
y apenas por los campos apuntaba
la verde mata, y la purpúrea rosa,
cuando Antolín a Marte visitaba,
y al Moro, qu'en sus límites reposa,
perturbando; quitaba su venida
al viviente mortal pulsos de vida.

D'Asturias en diversas poblaciones,
qu'en general Concejos son llamados,
como estrellas en lúcidas regiones,
esparcidos se ven diestros soldados;
alcanzan de Valientes opiniones,
y siendo de los débiles Sagrados,
por donde pasan, como rayos, muertes
sembrando, son asombros de los fuertes.

Ibáñez es el uno, cuyo estoque
rayo parece en las campales lides;
y así su heroico obrar no es mucho apoque
el tremendo de Césares, y Alcides.
De su confín no sufre apenas toque
Moro escuadrón los árboles, y vides,
que le persigue osado, y a su tierra
le hace huir, llevando allá la guerra.

Joven se vio cautivo; y la cadena

rota, quiso escapar, mas dio en las guardas,
cuyas lanzas, cumpliendo una docena,
las alas de sus pies volvieron tardas:
mas él un corvo alfanje desenfrena,
y con tretas veloces, y gallardas,
hace tanto, que l'asta³⁶ usurpa a un Moro,
evitando con ella su indecoro.

Siete heridas sacó de la refriega,
mas remitió seis almas al Erebo,
de cuyos troncos las cabezas siega,
ofreciendo a su vida curso nuevo:
a la paterna casa al cabo llega
con aquellos despojos el mancebo;
causando admiración el ver delante
al preso libre, y libre tan triunfante.

Glorioso por sus hechos resplandece
Sancho Laín en otra casería;
a quien tanto Belona favorece,
que iguala al fundador de Alejandría.
Apenas tras las sombras amanece,
cuando del fino acero se atavía,
y a su bridón, seguido d'aliados,
alas de hierro pone en los costados.

Y emboscándose en partes de enemigos,
cual cazador la presa espera al paso;
dando la vuelta él, y sus amigos
con ella, cuando el Sol corre al Ocaso:
su brazo en dar mortíferos castigos
a Númeridas, jamás se muestra escaso,
que cuando juega el afilado hierro,
de miembros destrozados forma un cerro.

Alvarfáñez acude a mi memoria,
campión de venturoso arrojamiento,
por quien le da León excelsa gloria,
debida bien a su inmortal aliento:
por él más d'una vez cantó vitoria;
por él quitó del lauro el ornamento
a la enemiga sien el Asturiano,
a quien la Parca ya daba la mano.

Porque él, cual nuevo Curcio, al precipicio
del Africano va, y en él se arroja,

y por darse a su patria en sacrificio,
fogoso, de sus fuerzas se despoja:
hizo dos veces ya tal beneficio,
y aunque entrambas miró de sangre roja
su persona, corridos, y burlados,
cuanto a morir, pudo dejar los Hados.

No es justo que Rodrigo se me olvide,
ya que tanto la Fama le celebra;
más resonante voz merece, y pide
de sus proezas la seguida hebra:
rayos cual otro Júpiter, despide,
con que lo más difícil rompe, y quiebra;
y así quien más blasona, se demuda
con ver su espada en la ocasión desnuda.

Su fornida persona manifiesta
con modesto vestir, curioso aliño;
y al militar sudor haciendo fiesta,
aborrece regalos desde niño:
con planta para honor leve, y dispuesta,
perdió a la patria el natural cariño;
y fiero militando en las estrañas,
sembró por ellas ínclitas hazañas.

Vuelto al caro León, sirve de muro
al Godo, que sus breñas acompaña;
a cuya fuerte sombra está seguro,
sin temer la Morisma de la España:
con alto obrar, con proceder maduro,
obliga, a que le honore la Montaña;
sin dejar de acudir con blando pecho,
donde conoce ser d'algún provecho.

Sólo diré (pues dar al hilo nudo,
es bien, de la Corónica Española)
qu'el perpetuo rumor del Dios sañudo,
los ánimos de todos acrisola:
por eso, el menos noble, el qu'es más rudo,
busca en su patria eterna laureola,
siendo en riesgos, fatigas, y sudores
unos de otros allí competidores.

Apenas Malgesí límite había
puesto al decir; cuando un soldado llega,
y con acto de humilde cortesía,

al grande Emperador un libro entrega:
hojas de plomo en cantidad tenía,
mas lo en ellas escrito estorba, y niega,
al que aplica los ojos el sentido,
no siendo tal idioma conocido.

Mas mirándole el Mago circunstante,
ser de misterios Árabes barrunta;
y al portador suspenso (que delante
de Carlo está) dónde le halló, pregunta.
Él, si no de decir copia elegante,
de verdad, por lo menos, copia junta;
para cuya expresión acentos forma,
con que del libro a su señor informa:

Estaba (dice), ¡oh Rey!, en la espesura
de monte que d'aquí no poco dista;
hurtando el ejercicio de la dura,
que tanto de Anteón sintió la vista;
cuando rumor altera mi postura,
y con planta ligera, y arma lista,
allá partiendo, veo, que se mueve
cierva gentil, más cándida que nieve.

Dotada no, de montaraz braveza
se mostraba la fiera referida,
por eso, aficionado a su nobleza,
diligencia no usé contra su vida:
en tanto pues, que cauto con presteza,
procuro sea su fuga detenida,
aunque pienso sin duda, que la toco,
hallo que se desliza, poco a poco.

A mirarme volvía por instantes;
y el curso moderado detenía,
cuando mi pecho, y pulsos anhelantes
remisos mucho en perseguirla vía:
mas haciéndolos yo perseverantes
si inútiles, saqué de tal porfía,
entrarse en una cueva mi cuidado,
donde en la red supuse que había dado.

Veloz tras ella alegre, apenas entro,
cuando se cubre a mis turbados ojos;
y siguiendo su rastro, en breve encuentro
de varias fieras trágicos despojos.

No tiene en sí quien es de penas centro,
quien hace lamentar libres antojos,
tal variedad de monstruos, cual esconde
la bóveda, que a Dite corresponde.

Abominables Hidras, y Panteras,
disformes sapos, hórridas Serpientes
de aquel tremendo albergue son esferas,
a sus espaldas lóbregas pendientes:
pálidos huesos, rancias calaveras,
mortales yerbas, ponzoñosos dientes
de sabandijas Líbicas impuras,
son de entrambas paredes colgaduras.

Lámpara en medio está, que presta lumbre
a globo en cuatro partes dividido;
que por la puesta fuera de costumbre
a un lado dél, no fue de mí entendido:
América leí: mas pesadumbre
dándome, y turbación tan torpe nido,
con fingido vigor me animo, y trato
librarme dél, si puedo, con recato.

Sobre la mesa, en quien descansa el globo,
este librito estaba, que con miedo,
ya de mi mano tímida hecho robo,
salir quise de allí con paso quedo:
mas tal temor no tiene res del lobo,
cual yo tuve al salir de aquel enredo;
oyendo voz que con horror sonante,
dijo: Lleva ese libro al Imperante.

Y apenas, escapado de la cueva,
el rostro vuelvo a su temida boca,
cuando la vi cerrada, cual si nueva
jamás della tuviera mucha, o poca:
será desta verdad el libro prueba,
que sólo verle a suspensión provoca;
y a ti, Señor, humilde le presento,
por observar el misterioso acento.

Calla. Y porque saber Carlo desea,
lo qu'el volumen corto en sí contiene,
a Malgesí comete que le lea,
pues del Árabe hablar noticia tiene.
Ya con admiración el tomo ojea,

y su tenor en su vulgar previene
más veces³⁷ el sagaz, y ya entendido,
en esta forma explica su sentido.

LIBRO SEXTO

Yace España a Levante contrapuesta,
de Europa siendo la postrera parte,
que allí en undoso tálamo se acuesta
el Rey de luces cuando al Indio parte:
provincia fértil, noble, grande, y ésta
en diversos distritos se reparte,
tan apacibles, que cualquiera agravia
a la templada, a la feliz Arabia.

Fue por senos de plata, y oro abiertos,
de estraños corazones codiciada,
y abundando de ríos, y de puertos,
por ellos es de muchos visitada.
Entre grandes llanuras, sitios yertos
descubre; y es de Tetis tan amada,
que fuera isla, a no le dar cortesés
paso por sí los límites Franceses.

Es su remate el Reino que fundado
por Luso fue, valiente, y belicoso,
alegre habitación, sitio templado,
en partes llano, en partes montuoso.
L'ardiente luz, que de Titón helado
la esposa anuncia con semblante hermoso,
süave predomina en esta parte,
y allí la red cogió con ella a Marte.

Allí del Oriental la rica oferta
recibe la Ciudad, que mundos cría;
quien tiene ésta el cetro, tiene cierta
potente, y dilatada Monarquía:
Tajo al umbral de su temida puerta
al inmenso Oceano desafía,
allí osado con él sus fuerzas mide,
y su furor, y su coraje impide.

Hace también a campos diferentes
de fértil proceder no escaso riego;

dilatando por ellos sus corrientes
el noble Duero, el Miño, y el Mondego.
Por una parte de Estremeñas gentes
cercados son, por otra del Gallego,
tronco, ya que no Midas en riqueza,
de los ramos que a España dan nobleza.

Aunque mejor que Arcadia al dios Sileno
cándida oferta de escogida lana,
subministrar pudiera el verde seno,
que riega, y fertiliza Guadiana.
De espanto deja su corriente lleno
al huésped que la mira, en tierra llana
sumergirse de modo, que parece,
que al Leteo voraz parias ofrece.

Acuden a su pasto, y a su abrigo
infinitas manadas forasteras,
cuando el Signo de escarcha, y yelo amigo,
hace a las fuentes ser sus prisioneras:
mas al tiempo que Céfiro (testigo
del Verano) guarnece las riberas,
vuelven para causar con su despojos
gozo y gusto a las bocas, y a los ojos.

Los que produce el abundante suelo,
doctos con lenguas son, fuertes con manos;
para fieras seguir, aves en vuelo,
por distritos fragosos, o por llanos.
Recibe iguales bienes de su Cielo
Mérida, gran Colonia de Romanos,
en quien, contra la cifra de presteza,
aún reliquias se ven de su grandeza.

Mas por su diestro lado, se dilata
la noble, y abundante Andalucía;
por donde el Betis transparente plata
al gran Rector del gran Tridente envía:
su nombre hasta el Antípoda relata,
por los Jinetes que en sus vegas cría
Elisios, de quien célebres memorias
hace el bronce fiel de las Historias.

Por él, desde el Antártico remoto,
sube el rico metal al Sevillano;
honra, y blasón del ínclito Piloto,

que excedió la osadía del Tebano.
Ministros son de la sangrienta Cloto
los naturales del Iberio llano,
conservando allí siempre domicilios,
los Lucanos, los Sénecas, los Silios.

El Tirreno voluble, con despecho,
por haber de rendirse al Oceano,
aumenta su furor, mas el Estrecho
al émulo, de paz toma la mano.
Aunque bien diferente, el justo pecho
le paga, y como noble Cortesano
en sus entrañas los bajeles mete,
al Betis imitando, Guadalete.

La Sierra cana, a cuyo pie se llega,
como al Líbano, el Cedro, el Cidro, el Lauro,
centinela parece de la vega,
por quien unidos van Genil y Dauro:
su templado favor jamás le niega
la franca mano del celeste Tauro,
dejando al alma, que la ve, admirada
la superior beldad de una Granada.

Mas dando paso a la Morena sierra,
en quien pudiera residir Dïana;
su rostro muestra la espaciosa tierra,
que suele ser tan fértil, como llana.
A cuantas gentes la famosa guerra
en las insignias vio, Griega, y Persiana,
sustento diera su abundante brío,
y a más, si más siguieran a Darío.

Bien, a tanta abundancia pone tasa
tal vez, con no pequeño detrimento,
el prolijo tardar, la mano escasa
de la qu'es de su hermana el alimento.
Guadiana también por ella pasa,
sin ser casi su paso de momento,
que al fin, pobre de fuentes, y de ríos,
es siempre rica d'áridos estíos.

Y aunque Júcar, con músico aparato,
de la riscosa Cuenca se desliza,
descubre ser, con proceder ingrato,
inútil a la Mancha fronteriza:

gusta de ser al Valentino grato,
y con riego sus campos fertiliza;
casi, como admitiendo por injuria,
que pueda más para sus bienes Turia.

Mas son los que produce igual distrito,
de maduro saber, de fuerza mucha,
para llegar con barra a largo hito,
para rendir al émulo en la lucha:
bien la voz de su ánimo exquisito,
en armado escuadrón tal vez se escucha,
con adquirir en lides Españolas
claro renombre, y dignas laureolas.

Participa el Murciano convecino
del escaso caudal de su frescura;
y siendo por sus agrios peregrino,
se mira sin licor, en apretura.
Acudir con tesoro cristalino
a su Elisio gentil se ve Segura,
mas mientras parte abraza, deja el resto,
por ser como relámpago, en lo presto.

De Neptuno, y Eolo socorrido
es casi sin cesar, su hambriento estrago;
y un gusano por dalle su vestido,
fenece, con que a Ceres hace pago.
Desde sus corredores el temido
piélago, mira la fiel Cartago,
a quien su nombre dio la poderosa,
ya que no población tan populosa.

África en frente, asiste por testigo
de l'audaz Española valentía,
que su patria usurpando al enemigo,
despojos suyos a la suya envía.
Mas del Murciano el Valenciano amigo,
traba con él su huerta, y pradería;
y porque su valor su lado hiere,
orgullo cobra, elevación adquiere.

Importa mucho el carecer de frío,
y mucho ser el labrador astuto,
pues hace renacer con regadío,
en cansada heredad doblado fruto.
A Palas, a Esculapio, a Marte, a Clío

sus hijos pagan general tributo;
prestando al dulce clima su ternura
la diosa amante, y tipo de belleza.

Al mar se arrima con veloz corriente,
desdeñando extranjeras sujeciones,
Júcar; mas Turia humilde, y obediente,
besa los Valencianos torreones:
hacen que llegue allí menos valiente,
varios Jardines, varias poblaciones,
que sangran su licor, siendo de suerte,
que cuando causa vida, adquiere muerte.

Cerca se ve Sagunto, puesta en alto,
su antigua prez trayendo a la memoria;
pues de valor jamás su hijo faltó,
si vencido quedó, quedó con gloria:
del gran Cartaginés el fiero asalto
tuvo, tras largo cerco, la vitoria,
mas con fin tan mortal, y tan sangriento,
que más pérdida fue, que vencimiento.

Más adelante, al de Valencia unido,
estado se descubre montuoso,
reino en poder, cuyo habitante ha sido
cuchillo del Morisco belicoso:
el alto Perineo, qu'el vestido
tiene de plata, caro al codicioso,
limita su dominio, y tal embargo,
indicios da de qu'es estrecho, y largo.

Deleita con su vista al navegante,
al mediodía puesta, Tarragona,
gozosa, esenta, ínclita, triunfante,
por dar renombre antiguo a su Corona.
El Castellano Ebro con volante
paso, más caudaloso que Garona
es de Tortosa huésped, donde en breve
sedienta Tetis su corriente bebe.

Las Baleares ínsulas doradas
(de su fertilidad título dino)
del Catalán se miran amparadas,
sin que lo estorbe el húmedo camino:
con él, en poco estiman las armadas
con que amenazan Trace, y Sarracino;

ofreciendo en marítimos combates
de sangre a Doris rápidos Eufrates.

Es Zaragoza déstos la Señora,
que allí hace triángulo perfeto,
con quien tenaz cualquiera se incorpora,
que ella de su obediencia es el objeto:
Céfiro allí, allí Vertuno mora,
raras veces perdido su respeto,
por quien Ebro despeja sus alcobas,
coronado de juncos, juncias, ovas.

No vio jamás la luz de eterna vida
parte más apacible, o más copiosa,
siendo la gente natural, valida
del fuerte dios, y de la sabia diosa.
Jaca por sus estrechos más temida,
que por los suyos la Provincia undosa,
abraza con larguísimo rodeo,
a la que dio Bautismo Clodoveo.

En intratables riscos cierzo airado,
montañas junta de nevada alteza,
con que subir al cóncavo estrellado
pudiera de Titanes la fiereza:
mas en tiempo más cuerdo, y más templado
escuadrones de cándida belleza,
gozando de Favonio los favores,
destroncan los arrimos de las flores.

Mas no dejando aquel primer camino,
que al centro de la España se endereza,
al Manchego se sigue el peregrino
sitio, que sublimó naturaleza:
Toledo de Tiara asiento dino,
es quien al cuerpo sirve de cabeza,
y de pies, el delgado, el caudaloso
Tajo, que va de ser sus pies gozoso.

El Rey famoso de Españoles ríos,
y cifra de las minas más preciosas,
altivo guarda en sus cristales fríos
Ninfas, que son de la belleza diosas:
allí asisten Melpómenes, y Clíos,
siendo siempre sus vegas olorosas
émulas de Parnaso; que allí sólo

siempre su eterna lira pulsa Apolo.

Uno y otro Planeta soberano
no hay bien que a su distrito no conceda,
con qu'el loor de Elisios torne vano,
con que, Cielo, eclipsar Pensiles pueda:
cuanto sagaz dispone ingenio humano
superior en bondad a todo queda;
y su Sagra, tras ser de mieses rica,
pompas a Baco en pámpanos dedica.

No lejos, el sincero Manzanares
traba amistad perpetua con Jarama,
ambos de breves cursos, ambos pares
en opinión, en calidad, en fama.
Bien cerca de sus reinos corre Henares,
que tanto como entrambos se encarama,
viendo, que iguala en ciencia al Ateniense
el qu'él baña Museo Complutense.

Mas a los dos de noble, y cortesano
ventajas dignas Manzanares lleva;
y de triunfante Reina, siendo enano,
en su extrema beldad la vista ceba:
con fijo pie quisiera, qu'el Verano
le diera nuevo ser, verdura nueva,
por infundir recreos, y alegrías
en las que van a él celestes Drías.

De aquella gran Señora el sitio esento
con pirámides altas se enriquece;
torres, a quien sustenta el elemento,
que en el confín de Cintia permanece.
Alcázar Imperial, qu'el vago asiento
a las nubes usurpa, la ennoblece
de tan prima labor, que diera envidias
a los doctos Vitrubios, y a los Fidias.

A él dos grandes puertas dan entrada,
en quien el arte guarda sus niveles;
de lisa piedra, que mejor labrada
dejar no la pudiera Praxiteles.
Sobre la frente de altivez armada,
como plumajes, ricos chapiteles
avisan desde lejos, que allí mora
deidad terrena, universal Señora.

Crece del edificio la hermosura,
pasado el frontispicio, y torreones,
en dos patios de insigne arquitectura,
de bellas, y arqueadas divisiones:
de las columnas la mediana altura
con medidas y justas proporciones,
los corredores salen, y oportunas
dellos más basas, arcos, y columnas.

La casa del Planeta hermoso, y grave
a Faetón no se mostró tan grata,
cuando pidiendo de la luz la llave,
de esplendores en vez, llamas dilata:
en ésta pues por una, y otra nave
alegre Sol envía luz de plata,
esmaltando con ella sus vidrieras,
ventanas, claraboyas, y troneras.

Al justo centro de los patios yace
de artificio novel, ancha escalera,
que de dos una, y d'una dos se hace,
dividida tal vez, y tal entera.
Ave, que superior a todas nace,
y con sacro diadema al Orbe impera,
de aplausos, triunfos, y trofeos rica,
en proporción los muros califica.

Mas en torno la máquina grandiosa,
que la imaginación casi limita,
tropa de conejuelos temerosa,
su decoro, y ornato al suelo quita.
El cazador, qu'en la desnuda diosa
concitó, por su mal, ira infinita,
vive al paso que tímido, seguro
a la sombra temida de su muro.

Sirve al sublime Encelado de Hiblea
delectación, distrito puesto enfrente,
donde al olfato varia flor recrea,
donde alterna placer fruto pendiente:
por preso mar el Rey Ligurio ondea,
llorando la caída del pariente;
que a no volar, que a no regir el Cielo
cisne aprendió del temerario vuelo

Aquí en tazas ofrecen sus cristales,
fuentes por murmurantes, deleitosas,
haciendo a listas d'árboles iguales
ufanas por los pies perlas copiosas:
hieren sus cimas siempre auras vitales,
alivios de las horas calurosas;
siendo, para quien mira el sitio ameno,
vistoso mapa de prodigios lleno.

Un nuevo paraíso a voces llama,
mucho más que éste bello, y más valido,
si bien tal es su nombre, y tal su fama,
que se verá callando, encarecido:
el Tajo por su medio se derrama
de Jarama, y su amigo recibido,
siendo el sitio en la caza, en la florida
copia, nueva Pancaya, y nuevo Ida

Tercer Elisio en parte bien selvosa,
Manzanares arriba, está fundado;
donde asisten clavel, jazmín, y rosa,
donde paze el conejo, y el venado.
Fábrica tan perfeta, cuan costosa
es quien sirve al contorno de sagrado,
Pardo en nombre, mas blanco de belleza,
y caro albergue de suprema alteza.

Al pie del empinado Guadarrama,
el monstruoso bulto se divisa,
a quien el Escorial la gente llama,
y el claro ser con las esferas frisa:
la lengua que por Febo más se inflama,
en loalle será corta, y remisa,
y así conviene, que se rinda, y calle
lengua que bien no ha de saber loalle.

Jamás pudieron ver humanos ojos
de Rey magnificencia semejante;
ni el tierno Joven de los rayos rojos
otra jamás su igual tuvo delante.
Aquí de las dos Indias los despojos
juntos están; de Zeusis, de Timante
los asombros aquí se ven colgados,
y aquí de mil Vitrubios los dechados.

Mas discurriendo el Apenino Hispano,

qu'en división las dos Castillas tiene,
al distrito que dan nombre de anciano,
con menos pena el caminante viene:
la bella que pobló biforme Jano,
en sí copia tan varia no contiene;
dando crías de Pan, robos de Caco,
copiosa Ceres, y abundante Baco.

Aquí el hermoso Pincia, ufano cobra
título por dos Plazas, de famoso;
en Campo casas de moderna obra
es de la una círculo vistoso:
es otra Coliseo, y tal, que sobra
al Romano en lo bello, en lo costoso,
pues parece, que allí venido haya
con todo su metal, toda Vizcaya.

De la inmortal Doncella el largo aliento
por todo el Orbe su nobleza canta;
y viendo de su Ciencia el fundamento,
a todos en estudios l'adelanta:
el gran Pisuerga, loco de contento,
viendo tanto valor, belleza tanta,
consagra su caudal a sus almenas,
aljófares sembrando en las arenas.

Muestra de sí, no lejos, da Palencia,
antigua población, como abundante,
que un tiempo escuela fue de toda Ciencia,
mas en su bien no fue perseverante.
Su caudalosa y rápida presencia
Carrión manifiesta al caminante,
que tras corta jornada, todo alberga
en la profunda madre de Pisuerga.

Entre diversos convecinos, uno
a su derecha mano se descubre,
por Líbero famoso, y por Vertuno
en la sazón del Mayo, y del Octubre:
Duero, siendo con él poco oportuno,
desde lejos le mira, mas se encubre
a quién de más valor compete lauro,
si al Toro Hispano, si al celeste Tauro.

Lugar déste se ve poco apartado,
que causa fue de la crüel rencilla,

a cuyo muro Duero, limitado
antes con Toro, su corriente humilla.
Desde allí se descubre el dilatado
Campos, fértil granero de Castilla;
que ser vecino de León pretende,
tanto sus nobles límites estiende.

A la siniestra mano se desvía
el sitio sin igual que Tormes baña,
donde con ingeniosa maestría,
residen los Ulpianos de la España.
Tuvo caverna sabia en la Magía,
mas como el uso della tanto daña,
por evitar común inconveniente,
cerrada la dejó brazo prudente.

Numancia lejos dista en parte llana;
margen vuelta de Duero no crecido;
que asombro a la República Romana
dio de su resistencia el estampido;
su Capitán la cerca, y no la gana,
ni al fuerte morador mira vencido,
que a sí mismo dejó despedazado,
por no quedar vencido, ni ganado.

Hace a Castilla fértil, y opulenta,
sin los que como Reyes la socorren,
ríos de poco nombre, y poca cuenta,
que como venas por su cuerpo corren:
mas en tanto que Clío representa
contornos tales, no es razón que borren
de la memoria el tiempo, ni el olvido
el Asturiano, y Leonés partido.

Es con todo respeto venerada
del Asturiano la famosa Oviedo,
por antigua cabeza, consagrada
con las santas Reliquias de Toledo.
Allí la gente poca, y mal armada,
que al sangriento destrozo robó el miedo,
el pie detuvo; y con osada mano
comenzó a ser terror del Africano.

Áspera parte sí, mas nada escasa
de lo que pide el natural sustento:
volando el oro por su puerta pasa,

y dél su morador queda sediento:
mas de su libertad l'antigua basa
desnuda se miró de tal intento,
pues con sudor perpetuo, a todas horas
cavó en las minas de gargantas Moras.

Generoso León es su vecino,
en las peleas brazo de la muerte;
cuyas garras temiendo el Sarracino,
lugar fue dando a su primera suerte:
robusto dios, que viste acero fino,
jamás se descubrió tan bravo, y fuerte;
mas su valor, y su denuedo abona
de sus guedejas la triunfal Corona.

El Cántabro con ánimo guerrero,
allí del Setentrion mira la frente,
rico del qu'es hermano del acero,
y en extremo leal, si no elocuente:
exceder al Troyano marinero
en la región del húmedo Tridente
pudiera con su aviso, y experiencia,
y enseñar al Cosmógrafo su ciencia.

Es conveniente bien su fortaleza,
para el áspero sitio pedregoso;
y para ver domada la braveza
del vasto Jabalí, del feroz Oso.
Albergues de pacífica nobleza
tiene contra Neptuno proceloso,
robando entre los pies de sus caballos
sus escamosos, tímidos vasallos.

De Bóreas los airados accidentes
a los tres ocasionan grandes fríos;
mas pasados, les dan brotantes fuentes
alentada delicia en los estíos:
forman de sus tesoros las corrientes
mil arroyos, que aspiran a ser ríos;
y el que aplica los ojos a las peñas
halla recreo en lágrimas risueñas.

Ven Leonés, Asturiano, y Vizcaíno
al pueblo, que Arlanzón por siervo tiene,
y en las Castillas, de primer Quirino
nombre; por quien en Cortes mal se aviene.

Copiosa, con dorado vellocino,
la Rioja gentil su ser mantiene,
que se puede llamar vellón dorado
con fértil Ceres, fértil Pan casado.

De Navarra es confín, cuya Corona
con gozo, por su precio, y hermosura,
se pone la fiel, fuerte Pamplona,
que su distrito ampara, y asegura.
El contrario, el feroz, que más blasona
huye de su altivez, de su postura;
pues si acomete osado, al punto advierte,
que se retira al seno de la muerte.

Ebro, que casi ve su nacimiento
allí, por ser más poderoso anhela;
y con escasa vista, su elemento
mira los chapiteles de Tudela.
Mas de mi pluma el curso, el noble asiento
qu'es blanco de su intento ya nivela;
y para describir lo que señala
resonantes acentos acaudala.

Tiene el Reino Navarro cierta parte
de inaccesibles riscos coronada,
tal, que los ojos dicen, ser del arte,
no de naturaleza fabricada:
al estruendo Marcial, de baluarte
sirve intratable allí peña tajada;
pagando a su aspereza largo censo
la cumbre más cerril del Alpe inmenso.

Del largo sitio el círculo espacioso,
contiene en sí diversas poblaciones,
qu'en cristal fugitivo, en prado herboso,
ven beber y pacer blancos vellones:
servir pudiera a Roma de pomposo
Coliseo en las fieras disensiones;
tan vario a quien del llano se desvía,
que ha menester su laberinto guía.

Despéñanse veloces de las Rocas
de varias fuentes émulos licores,
que a desgredadas peñas ponen tocas,
y al suelo donde llegan prestan flores:
no se ven en su espacio frutas pocas,

ni de Líbero escasos los honores:
toda cumbre, en frondosas soledades,
obelisco gentil de amenidades.

De los arroyos los crecientes bríos
aumentan por momentos su Dictado,
hasta formar dos vagarosos Ríos,
éste Lagón, aquél Arga llamado:
jamás los dos se ven de humor vacíos,
que siempre con imperio dilatado,
del llano riegan las torcidas calles:
y este sitio se llama Roncesvalles.

Entre montes, que exceden la coluna
en que la etérea máquina reposa,
con intrincadas vueltas, se ve una
senda, trillada sí, mas no espaciosa:
ésta por menos ardua, es oportuna
para pasar tu armada numerosa,
y así por ella, ¡oh tú que escuchas!, baja
al rüido de trompa, al son de caja.

Revela, y canta estos prodigios nuevos
del volumen la péndola erudita,
y a Iberia ver con ínclitos renuevos,
ya juzga Carlo, y su esplendor medita:
mas siendo efetos de futuros Evos,
qu'es, piensa lo que oyó fábula escrita,
y que máquinas finge, con que engaña
en la felicidad que anuncia a España.

Quiere, si bien no alcanza lo importante
del nuevo ser que su enemiga espera,
a lo menos valerse el Imperante
del advertencia³⁸ que escuchó postrera:
qu'el Real de Gascuña se levante,
y que empiece a marchar cualquier bandera
a Roncesvalles manda, que por ellos
de Iberia piensa ver los campos bellos.

En tanto, que León armas previene,
todo súbdito en ecos convocado,
de su tío Bernardo avisos tiene,
siendo su conclusión el ser llamado.
Mira, tras escusarse, que conviene
obedecer, sin nota de obstinado,

y aunque el rigor qu'el Rey usó, le indina
partir para la Corte determina.

Era Bernardo en vez de libre, siervo,
de quien ablanda la Marcial fiereza,
de quien si estira de su arco el niervo,
rinde la más heroica fortaleza;
que vivir al varón grave, y acerbo
fuera, no amando feminil belleza;
¡oh amor, niño gigante, flaco fuerte,
igual en dar heridas a la muerte!

Publica el pez, saltando en su elemento,
que obedece al amor, que ardiendo ama,
hiere d'amor el pajarillo el viento,
brama el gamo d'amor entre la rama;
aman los Astros, y en tercer asiento,
Venus inspira amor, d'amor se inflama,
todos aman en fin, que amor se encierra,
y vive en Cielo, en aire, en agua, en tierra.

Amaba pues, Bernardo a doña Elvira,
de tronco noble, cifra de hermosura;
era correspondido, que una vira
entrambos pechos provocó a ternura:
al dulce lazo de Himeneo aspira
de entrambos l'afición honesta, y pura,
en el ínter gozando los favores,
que resultan de lícitos amores.

Luego que a hurto la infeliz Infanta
(ceñido el corazón de gozo, y pena)
manifestó la generosa planta,
que de honor, y de gloria a España llena;
el Conde amante (a quien ventura tanta
dio flaco que los fuertes encadena)
en la Sierra tener quiso escondido
el caro para él recién nacido.

Y a Nuño de Guevara, su aliado,
Montañés de Pendón y de Caldera,
(que entonces desta suerte fue llamado
quien poderoso en las Asturias era),
de dar crianza al niño dio cuidado,
por la seguridad, como pudiera
en general de todos ser tenido

cuando de su mitad fuera nacido.

Mas en tanto que allí mayor se hace,
con semejante traza oculto al tío,
de su querida a Nuño Elvira nace,
para doblar de Amor el poderío:
cuya belleza, así le satisface,
que orgulloso con ella el albedrío
quiere ligar del huésped de su casa,
y apenas sabe hablar, cuando le abrasa.

Cualquiera en el Oriente de su vida
(¡oh cuánto Amor desde pequeño creces!)
la cifra del querer dejó esculpida
con ojos y con señas muchas veces.
Por divertirse en la estación florida,
pasadas ya dulcísimas niñeces,
frecuentaban los dos el aldeano
pensil, que censuraba culta mano.

Solícito el Garzón, cortaba rosa,
y en el pecho de Elvira la ponía,
mas quedaba al instante vergonzosa,
viendo, que más que daba recibía:
color le daba su mejilla hermosa,
y olor su dulce aliento le infundía,
color, y olor más bello, y más süave,
que le prestó quien engendralla sabe.

Jazmines en sus rizos deshojaba,
(en substancia feliz, blando accidente)
mas su blanco denuedo marchitaba
la cándida lisura de su frente.
A su olfato, tal vez, clavel llegaba
y con ser de las flores presidente,
sacaba mil ofensas, mil agravios
del carmín encendido de sus labios.

Planta, que orna verdor nunca extinguido
cuando Ninfa, no fue tan peregrina;
con más perfeto ser causando olvido
a la fatal del Ilión rüina:
suavísima lisonja del sentido
era mirada, su beldad divina,
epílogo de bienes al deseo,
deleite al corazón, al alma empleo.

Aquella inseparable compañía,
aquel conforme obrar, conforme intento,
pudo, con admirable simpatía,
hacer de dos un solo pensamiento:
lo que ordenaba el uno, el otro hacía,
era común la pena, y el contento,
quitando las tristezas, los enojos,
sus almas, residentes en sus ojos.

Siempre cortos lugares dan licencia,
para salir al Reino de Pomona,
albergue de salud, cuya presencia
las más rebeldes almas aficiona;
y como de su cetro la tenencia
antiguamente al campo dio Belona,
los dos en él, de Cintia los volantes
súbditos persiguieron por instantes.

Por emular divinas cazadoras,
ella, con pensamientos veladores,
antes que diesen matutinas horas
indicios ni de mínimos albores,
sus Soles fueron de la selva Auroras;
los prados a sus pies debiendo flores,
luzes³⁹ lo que más lejos se divisa,
las plantas esplendor, las fuentes risa.

Por ellos, del conejo la vileza,
mostraba de su mal ser adivina;
pues inútil saliendo su presteza,
en lazo vio desgracia repentina:
la liebre, qu'en la cama con torpeza,
no recela asechanza campesina,
por ellos descubrió, cuánto conviene
estar despierto al que enemigos tiene.

Mas visto de repente el orgulloso
contrario, al escapar abre camino;
vuelto en el duelo presuroso,
si ella rayo de pelo, él torbellino:
síguelos por lo llano, y lo fragoso,
del Coturno el engaste cristalino;
y de la Dama (¡oh feliz suerte!) al suelo
flores le vale el fugitivo vuelo.

Dulcemente entre fieras, montaraces,
y al par que ellas dispuestos, y veloces,
en los mayores riesgos más audaces,
privaban del vivir las más feroces:
de los gamos sus ímpetus secuaces,
tras el prolijo alcance, y tras las voces,
la Corcilla ligera, como brava,
tal vez de sus arpones era aljaba.

Del Alcándara el Caco de Noruega
ya libre, y tan audaz, rápido en vuelo,
que con vista de Lince, si antes ciega,
en puntas sulca piélagos del Cielo;
a quien por ellos tímida navega
vieron por él precipitar al suelo,
salteada y opresa en su derrota
en tanto que veloz el aire azota.

Cuando Timbreo en la mitad del Cielo
hace, qu'el Can celeste rabie, y muerda;
los dos buscando sombra, y verde suelo,
daban paz a la flecha, y a la cuerda.
De su rostro el aljófar con el velo,
porque tanta riqueza no se pierda,
cogía el mozo, y a su boca atento,
casi robar quería el dulce aliento.

A tanta dicha, a tanto bien rendido,
todo en el caro objeto se transforma,
y el júbilo mayor puesto en olvido,
elige por deidad su bella forma:
con varias perfecciones abstraído,
fijo mirar de su afición informa,
tan lejos que otra causa la reporte,
que como nuevo Imán bebe su Norte.

Jamás Tórtolas bellas tan unidas
(aunque con observancia diferente)
pisaron las verdosas, las floridas
márgenes del arroyo, y de la fuente:
mas cuando de sus flechas perseguidas
las fieras son, Amor la suya ardiente
dispara, al uno y otro en un instante,
por medio de una voz, haciendo amante.

Apenas ésta publicó la nueva

de la prisión del Conde, y de su esposa,
cuando otra al Rey del hijo aviso lleva,
y el nombre de la casa donde posa.
Ya pues, Bernardo por Elvira prueba
llama, con otro fin, mas amorosa;
que ser, para su bien, la Fama dijo
del preso Conde, y no de Nuño hijo.

Fue singular su amor, tan sólo dando
a los ojos su lícito recreo,
la voluntad del Joven aspirando,
al fin, que ordena plácido Himeneo.
El Casto quiso conocelle, y cuando
estuvo ausente, ardió más su deseo;
y tras las fiestas, y el morisco encuentro,
aquel lugar buscó, como su centro.

Y luego que triunfantes a las Cruces
de medias Lunas su valor dejaba,
de su querida a las süaves luces,
como a puerto feliz, se retiraba.
¡Oh poderoso Amor cómo reduces
a suavidad la condición más brava!
¡Cuán poco resistir contigo vale!
Decirlo puede Alcides con Onfale.

La Corte huyendo, que congoja espira,
del antiguo lugar se satisface,
que dulcemente el hombre allí respira,
donde tierno se cría, y donde nace:
mas solo agora estando con Elvira,
de la jornada, que a la Corte hace
dándole cuenta, su licencia pide,
y della en esta forma se despide:

¡Oh más bella que el Sol Elvira amada,
de mi encendido amor seguro Norte,
en quien está mi gloria vinculada,
feliz nacida para mi consorte!;
sabe el Cielo, si aquí llega turbada
el alma que te deja por la Corte,
mas a dejarte en vano se apercibe,
si en ella vives tú, si ella en ti vive.

Que parta pues, sin alma se conceda
al cuerpo, y a mi honra no se niegue;

baja el Francés, por ti mi brazo pueda
triunfar de su braveza, cuando llegue.
Fija por ti la nunca fija rueda
espero ver, haciendo, que me entregue
Palas su lanza en la ocasión presente,
y el belicoso dios su espada ardiente.

Serás, llegado el punto del combate,
tú sola mi estandarte, y mi lucero,
a quien verá la España cómo abate
su temido Guion el extranjero.
Que por todo, tu nombre se dilate,
haré, tu Capitán, tu Caballero;
volviendo a ver el Cielo de tus ojos
ceñido de trofeos, y despojos.

¿Qué no podré vencer con tal patrona?,
o ¿quién igualará mi fortaleza?
Del mundo así la universal Corona
presto espero ofrecer a tu belleza:
si Amor a sus devotos galardona,
presto pienso ponella en tu cabeza;
y entonces quedarás, ¡oh prenda hermosa!,
del vencedor tú sola vitoriosa.

En semejante forma, el valeroso
del caro Serafín se despedía;
a quien mostró, ser su partir forzoso
con tierna, y regalada cortesía.
Un poco muda, estuvo al amoroso
discurso, perturbando su alegría,
la bella Elvira, en fin, hirió el rosado
labio con este acento delicado:

Es urgente ocasión la que te incita,
a no dejar el militar rüido,
pues contra vas del que a tu patria quita
de antigua libertad el apellido:
Francia sin causa a nuestra gente irrita,
tú con razón amparas su partido:
ve, y en favor de nuestro Reino asiste,
defiende al que otras veces defendiste.

Que cuando Marte al Asturiano abrasa,
y está de su poder juntando el resto,
sonara mal, quedar ocioso en casa

mancebo tan valiente, y tan dispuesto:
arrogante el Francés los montes pasa,
de Bernardo el valor conozca presto;
parte veloz a conseguir vitoria,
qu'es mío sabes ya tu honor, tu gloria.

Mas concede, Señor, que te acompañe,
esto no más al alma se permita;
ni tal intento tu cordura estrañe,
que mi morir sólo con él se evita.
Con sangriento licor haré que bañe
el campo quien la guerra solicita:
no juzgues mis acentos desvaríos,
pues tienes experiencia de mis bríos.

Es mi ser femenil tan animoso,
que, como viste, en hábito sucinto,
tal vez osé llevar bridón fogoso,
por montaña más áspera que Cinto:
temor no diera al pecho generoso
la inmensa furia del Planeta quinto,
que usurpalle pensara los despojos,
siendo favorecida de tus ojos.

Bien sabes ya, que al Jabalí cerdoso,
contigo frecuentando la floresta,
tal vez con Jabalina, en el forzoso
paso esperé, triunfando de su testa:
sabes también, que no juzgué penoso
luciente arnés; y que mi mano presta
se descubre al manejo de la lanza,
que ya vigor para su peso alcanza.

Si no del Lauro, iré del gozo a parte;
y aun con él me ornaré, si voy contigo,
yo Belona seré, si tú eres Marte,
juzgárame por tal el enemigo.
Hembras siguieron de milicia el arte,
que ser queriendo de su patria abrigo,
hierro empuñaron, y vistieron malla,
rayos mostrando ser en la batalla.

Diversas veces provocado fuiste
a Lides de moriscas ocasiones,
mas no me vi como al presente triste,
considerando el riesgo a que te pones:

es el que agora al Asturiano embiste
número de fortísimos Varones,
cuyas diestras ministras de vitorias,
en hazañas vinculan sus memorias.

Júntanse con Franceses otros tales,
(Fama lo dice así no mentirosa)
formando de Italianos, de Imperiales
Carlo, su César, hueste numerosa:
conozco cuánto en las batallas vales,
mas el amor me vuelve recelosa;
y así quiero seguirte, porque sea
a tu lado feroz Pentesea.

Es doliente, es mortal cualquier ausencia,
su ansia de mi pecho se desvíe;
y en fin, con tal favor, con tal licencia,
la vista al corazón consuelo envíe:
el bien que me produce tu presencia
no pierda, y lo demás el Cielo guíe;
pues para mí la más dichosa suerte
es en parte asistir que pueda verte.

Dijo: y dejó al amante con cuidado
la osada pretensión de su querida;
bien desigual del cuerpo delicado,
y del justo sosiego de su vida:
de su tierna razón, siendo apremiado,
le muestra voluntad agradecida;
mas viendo, que salir no le conviene,
el ímpetu amoroso así detiene:

Ya sé, desde que supe conocerte,
que la beldad con el valor igualas:
sé, qu'el bello semblante, el brazo fuerte
pueden poner al firmamento escalas;
mas no tenga el Francés tan dulce muerte,
ni le destroce tan süave Palas:
es indigna su gente de tu vista,
que venciera, muriendo, en la conquista.

No es justo, no, que tu deidad se humille,
saliendo por tan poco de su esfera:
aquí todo contrario se arrodille,
venga, y póstrese aquí toda bandera:
ruego, que mi partir no te amancille,

ni de ausencia el dolor tu pecho hiera,
que si bien su rigor mi planta mueve,
tendrá poco vigor, pues será breve.

Niega el sí deste modo a la Doncella,
el qu'es espejo, y prez de Caballeros:
mas alterada, descubrió la bella,
que eran conchas de perlas sus luceros:
la copia a las palabras atropella,
y en fin, dando lugar sus tesoreros,
a Cítarea con su flor retrata,
y tiernamente así la voz desata:

¡Oh más duro a mis ruegos, y a mis quejas
que fluctuante mar, que fuerte roca!
¡Oh tú cual Áspid sordo, que te alejas
de quien doliente tu piedad invoca!
Parte, y la paz te siga que me dejas;
será, tras tu partir, mi vida poca;
mas ya deseo ya, que poca sea,
porque en ansias de ausencia no se vea.

Tu discurso no yerra; bien avisa:
que en este sitio quede es importante;
mas puesto, quieres, que retrate a Elisa,
dime el inconveniente repugnante.
¿También no viene a guerrear Marfisa?
¿No viene con Rugero Bradamante?
¿Es cualquiera más áspera, y más dura?,
o ¿es de ser diferente por ventura?

Si aquella continuada compañía,
de quien nuestra niñez fue fundamento;
si tan firme, amorosa Simpatía,
no tuviera por fin unido intento,
bien osara decir, me aborrecía
quien a mi alma causa tal tormento,
pues en las cosas lícitas, es justo,
que dé el amante a lo que ama gusto.

Mas en negalle, ¡ay triste!, no repares,
endurece a mis ruegos el oído,
que aunque muera con armas de pesares,
de mi fe, y afición serás seguido:
a tu lado estaré donde te hallares,
desnuda sombra de mortal vestido;

gozando así de más dichosa suerte,
pues lo que en vida no, tendré en la muerte.

Esto diciendo, deja su presencia,
sin que pueda Bernardo respondelle;
haciendo a sus caricias resistencia,
y mostrando, que gusta de no velle:
mas del ciego desnudo la potencia,
el enojo templando, a obedecelle
fuerza la voluntad enterneçada,
y a que sin ir, consienta la partida.

Ya van aperciendo sus arneses
los Ricoshombres de Bernardo amigos:
ya descuelgan las astas, y paveses,
que de su vivo esfuerzo son testigos:
muestran los valerosos Montañeses
despreciar tan soberbios enemigos;
con prometer a damas, y a parientes
a la vuelta, preseas diferentes.

Afierran de los padres las rodillas
llorosos, los noveles pimpolluelos,
ellos los alzan, besan sus mejillas,
y sus lágrimas dan a blancos velos:
sus mujeres honestas, y sencillas
ceñidas de temores, y recelos,
encubren cuanto pueden la tristeza,
por crecer de los suyos la braveza.

A punto estando, los amados cuellos
enlazan de los hijos, y consortes;
mas, Llanto, ven⁴⁰; no es justo, con aquellos
instrumentos de amor, que te reportes:
bañan las tiernas pues, sus rostros bellos,
y a pena incitan los que son sus Nortes:
aunque ellos se endurecen, dando ellas
breve fin a sus lloros, y querellas.

La plaza del palacio, donde habita
el valeroso Joven, ciñen todos:
deciende, y con su vista facilita
la vitoria a la escuadra de los Godos:
agradece de todos la visita,
y a todos honra por diversos modos;
y antes qu'el Sol al Occidente baje,

a León enderezan su viaje.

El poeta pide al Llanto que acuda a la ocasión.

LIBRO SÉPTIMO

Ccuando quedó sujeta aquella libre,
aquella que del mundo fue cabeza,
recelosa, que en ella César vibre
los rayos que despide su fiereza;
a las riberas del anciano Tibre
(Tibre, que vence al Tigris en nobleza),
a ver salió gozosa, y festejante
el venerado rostro del triunfante.

Allí se vieron hembras, y varones
vertiendo ramos de laurel, y oliva,
decir, loando al vencedor, canciones,
y repetir alegres, ¡César viva!:
hoy en tus sienes, gran Patricio, pones
del sagrado laurel la rama altiva,
bien dignamente, pues allí pregona,
que sola impera al Orbe tu persona.

¡Oh gloria!, ¡oh resplandor de nuestra Italia,
que sujetaste cuanto el mar circunda!,
triunfa dichoso, triunfa por la Galia,
triunfa por el opreso de Daymunda;
triunfa tercera vez por la Tesalia,
y pues tanto valor en ti se funda,
cuarto triunfo que ofrezca el Africano,
quinto el Armenio, a quien venció tu mano.

No temiste las ondas, ni los vientos,
esperando ocupar supremo Solio,
mas ya te ves en él; ya sus asientos
te rinde el respectado Capitolio.
Iban de todos juntos los acentos
al triunfante formando igual escolio;
haciendo, ufana, por quien fuertes doma,
solenes fiestas, y alegrías Roma.

Así León, cuando noticia cierta
tuvo, de que Bernardo ya venía,
acude velocísimo a la puerta,

por donde el esperado entrar debía:
mas otra cada cual en tanto, abierta
deja en su blando pecho al alegría,
viendo, que ya a su muro se endereza
el qu'es su gloria, amparo, y fortaleza.

Mas ya que la gozosa muchedumbre,
que atenta, apenas las pestañas bate,
ve de repente relumbrar la cumbre,
que sirve a corto cerro de remate:
ya cerca el Sol, de quien espera lumbre,
la tierna voz es fuerza que desate,
diciendo con el gozo que en sí tiene,
semejantes palabras al que viene:

Felizmente, Caudillo generoso,
llegues a ver el pueblo que te ama;
llegues, para que salgas vitorioso
de quien de Marte al ejercicio llama:
tú, que por tantos hechos tan glorioso,
haces, que falten lenguas a la Fama,
entra en León, que allí los corazones
de sus hijos tu vista hará Leones.

Entra feliz, y templarás las quejas
de tus aficionados combatientes,
fundadas solamente, en que los dejas,
que mal de ti pueden estar ausentes.
León contigo dejará bermejas
las campañas en torno residentes,
que al Francés escuadrón pondrán amarras
con tu brazo invictísimo sus garras.

Tú, defensor de la sagrada Crisma,
que en campales encuentros animoso,
destrozaste escuadrones de Morisma,
y en sus Reinos turbaste su reposo;
con el mismo valor, y fuerza misma
lauro conseguirás del orgulloso,
que agora las Montañas atraviesa,
con poder aspirante a injusta empresa.

Eche de ver, que por su mal se arrisca,
a dar sin causa al Español enojos;
de tu furor, ¡oh fuerte!, la ventisca
hiera al pasar sus arrogantes ojos.

Sólo contigo admite la Morisca
hueste, para que traiga los despojos;
pues tan altos serán los montes dellos,
que no podrá tu ejército traellos.

Esto la gente alegre pronunciaba,
haciendo rueda al Capitán querido;
mas él en tanto, a cada cual mostraba
con blandura, semblante agradecido:
cualquiera su persona acompañaba,
de todos era en general seguido;
llega a Palacio, ni la turba cesa,
hasta que, entrando, al Rey la mano besa.

Era el ínclito Alfonso casi anciano,
de venerable rostro, y apariencia,
de perfecta virtud, de franca mano,
singular en justicia, y en clemencia:
aquel que de las almas es tirano,
en él halló continua resistencia;
de castidad al vínculo obediente
fue, por honestos fines solamente.

Dióle pena gravísima, saliese
frágil, la que era de su tronco rama:
no experto, acriminó, que se rindiese
a las leyes de amor, amante dama:
suma beldad y mérito que fuese
siempre solicitado de quien ama,
mal resiste, y peor, si tal deseo
acompañado viene de Himeneo.

Mas descubriendo el Rey, que su sobrino
es de valor, es de nobleza objeto,
de su gracia, y amor le juzga dino,
que si la causa no, ama el efeto:
ve, que llamado, a su presencia vino;
conocer lo que vale en el aprieto,
quien produjo su ira ya no vive,
¿qué mucho pues, si alegre le recibe?

En tanto que León las prevenciones,
para enfrenar de Francia la braveza,
prosigue; entran en él treinta varones,
armados de la planta a la cabeza:
todos mostrando recias trabazones,

aseguran no poca fortaleza,
mas delante un mancebo al ver se ofrece,
que ser de todos Capitán parece.

A Palacio, seguidos de la gente,
con brios postura, el paso guían,
donde al Casto, magnánimo, y prudente,
para poder hablar mensaje envían:
concedió la licencia incontinente,
y aquel, a quien los treinta obedecían
subiendo, tras cortés recibimiento,
esto formó, con dulce, y grave acento:

Del Inglés Eduardo soy sobrino,
Ricardo soy, ¡oh Rey!, que de Levante
seguí con cuatro naves el camino,
mas tuve al mar, y al Cielo repugnante:
perdidas tres, con una me convino
(obedeciendo al ímpetu imperante
de Euro) arrojar el áncora en tu tierra,
donde tuve noticia desta guerra.

Contome un ganadero de Galicia,
la injusta pretensión de tu contrario,
a quien mueve ambición, rinde codicia,
haciéndole con todos temerario.
Propuse dedicarme a tu milicia;
y siendo tan común el adversario,
mientras empuño en tu favor la lanza,
de antigua enemistad tomar venganza.

Mi voluntad, llena de amor, recibe,
y esta escuadra, qu'el mar dejó con vida,
por ser de poca gente no se esquite,
que de esfuerzo, y valor está ceñida:
viejo rancor contra el Francés concibe,
dél su diestra será pronta homicida;
años siguió la militar escuela;
no ha menester para el combate espuela.

A esto el Rey del Asturiano invito,
vencido del cortés ofrecimiento,
mostró en la frente al Caballero escrito,
debido amor, y agradecido intento:
tiene amistad con el Inglés distrito,
que para el Africano vencimiento,

en él halló más de una vez ayuda,
y así en esta verdad no pone duda.

El darse a conocer no convenía
(responde el Rey) al qu'es tan conocido;
Señor, ya vuestra heroica valentía
ocupó en toda parte todo oído:
feliz lleguéis; qu'es la ventura mía
de venir a ganar tan buen perdido:
si fue con vos Neptuno riguroso,
conmigo fue süave, y fue piadoso.

Con vos límite pongo a mi cuidado;
pues con vos tengo cierta la vitoria:
yo el primero seré vuestro soldado,
y de mi triunfo a vos daré la gloria:
estos de quien venís acompañado,
sé, dejarán de sí digna memoria,
mas no será dejalla maravilla,
si tan fuerte varón los acaudilla.

Todos de mí estimados, como es justo,
serán, y de mis súbditos servidos,
que en trances otra vez del dios robusto,
los dejó su braveza socorridos:
hoy del naufragio y padecido susto
reintegrados serán, y bastecidos:
todos conocerán, si me señalo
en su comodidad, y en su regalo.

Con semejante agrado el Rey acoge
al valeroso Inglés; y al punto ordena,
que en nobles casas su escuadrón aloje,
y en tanto con favores le encadena:
mas ya en contorno de León descoge
sus banderas el Moro; ya resuena
el son de su añafil, de su dulzaina,
y bizarro su alfanje desenvaina.

Viene de toda escuadra la cabeza
a dar a Alfonso de su Rey mensaje;
y humillando el turbante a su grandeza,
pide, que a ver los que conduce, baje.
El veneno mortal, con la corteza
del rostro encubre, y el futuro ultraje
disimula tan bien, que sólo el Cielo

correr pudiera de su engaño el velo.

Después qu'el Rey de la Cesárea Augusta
hubo sus adherentes convocado,
para dar el favor, con que se ajusta
tras el fingido bien, el mal trazado;
hace saber al Casto, cómo gusta
(moviéndole también razón de Estado)
aunque sean de leyes diferentes,
contra Francia serville con sus gentes.

Sagaz, fue proponiendo el grave daño,
que al Español Imperio seguiría,
cuando en León, o Asturias el estraño
llegase a ejecutar su demasía:
que mal seguro en su Real escaño
con su poder Alfonso se vería,
viniendo contra él todo Levante,
atrevido, colérico, arrogante.

Que viese, concluyó, cuán conveniente
en ocasión tan ardua, y tan forzosa,
era, juntar la suya con su gente,
cierta haciendo vitoria tan dudosa:
guardar palabra, y fe inviolablemente
prometiendo, con alma cautelosa,
mostró, que en esto acude a lo que debe,
y qu'es útil común el que le mueve.

Así los mensajeros de Marsilio
(antes que junte tan copiosa hueste)
piden, que acete el Español Pompilio
el mal previsto en la visión celeste.
Propúsose en Consejo igual auxilio,
y que tan pronto y liberal le apreste
quien falso y vil, con intención proterva,
jamás palabra cumple, ni fe observa.

En varios pareceres divididos,
altercando estuvieron grande rato;
que quien favores da, sin ser pedidos,
es sospechoso, o con extremo grato:
así los Consejeros prevenidos,
recelan en Marsilio doble trato,
que obliga a no estimalle, ni admitille,
ver, que ofrezca socorro sin pedille.

Alfonso, que al votar está presente,
y advierte su cuidado, y su recelo,
gusta de ver la Junta tan prudente,
notando en cada cual cordura, y celo:
mas como la visión dejó patente
el riesgo, y fue la voluntad del Cielo,
qu'el Moro se admitiese; en esto fijo,
con majestad, así a los suyos dijo:

Vuestro saber descubre su fineza
en las dudas que pone en este caso;
desmenuzáis del Moro la franqueza,
sabiendo ya, qu'es de dobleces vaso:
mas el Señor de celestial alteza,
que gusta de impedir a Francia el paso,
gusta también, de qu'el doblado amigo
con su traición ordene su castigo.

Venga, no se despida el Agareno,
venga a probar en sí celeste ira,
que le dará la muerte su veneno,
siendo su mismo daño, su mentira:
venga, y ayude a ser parte del freno,
que se ordena al Francés, y si conspira
contra nuestra Corona, y si amenaza,
su perdición, no su vitoria, traza.

Pues d'él saldrá mi ejército invencible,
refrenando sus locas osadías;
qu'es prontísimo el Cielo, qu'es terrible
en castigar traidoras tiranías.
Será, si se mostrare al mal movible,
África Jezabel, León Elías,
que siempre eternos son, y celestiales
los bienes que Dios saca de los males.

En el celeste campo inmoble, y fija,
tuvo la vista el Rey, al decir esto,
tal, que dirán, su voz el Cielo elija,
para sólo expresar lo en Él dispuesto:
al Cónclave dudoso regocija
el cierto fin, que anuncia al Moro opuesto,
y que se admita intrépido decreta
aquel dragón, de su maldad cometa.

Con esto a su Señor dieron la vuelta
los Moros, que llevaron la embajada,
diciendo, cómo Asturias, ya resuelta,
de consentir su perdición, se agrada:
a sus amigos el aviso suelta
Marsilio, y su intención en él traslada,
ignorando, ha de ser en tal extremo,
Ulises el Leonés, y él Polifemo.

Llegan pues, los Moriscos escuadrones,
a quien Aldeas dan lo necesario,
mostrando contra Francia ser Gelones,
y freno de su curso temerario.
Mas pide ya los naturales dones,
quien es de los estómagos cosario,
ya cualquier dilación juzga molesta,
toda mesa por eso, ya se apresta.

Tarda en ponerse más la de Palacio,
que la sirven ministros diferentes,
y aunque ninguno allí vive despacio,
es largo en los pomposos adherentes:
el Zafir, la Esmeralda, y el Topacio
en los aguamaniles, y en las fuentes,
qu'el admirable aparador encierra,
con bella emulación se hacen guerra.

Allí de variedad copiosa el gusto
bien puede bastecer cualquier deseo,
qu'el gran banquete del primero Augusto,
no fue de más valor, ni más empleo:
cuanto del frío Belga al Indio adusto
mira del Orbe el lúcido correo,
que de humano sustento nombre tiene,
allí junto se halla, y allí viene.

Siéntase el grande Alfonso, y a Ricardo
pone a su diestra mano; la siniestra
Ramiro ocupa; el ínclito Bernardo
enfrente al Casto, su persona muestra.
Que nadie en el servir proceda tardo
avisa, quien a todos amaestra,
haciendo, que se acuda con recato,
a ministrar la copa, a poner plato.

Mas habiendo tomado del sustento

modestamente lo que el cuerpo pide,
tras las frutas, y dulces, al momento
el divisado lino se despide.
Deja todo sirviente el aposento,
y cuanto hay hasta el Estado mide,
sus dueños en viandas no imitados,
que en dorados Trincheos comen cuidados⁴¹.

Los cuatro solos, vuelto el Asturiano
Rey a Ricardo, así con él platica:
¡Oh Joven, cuya sien, y cuya mano
se ve de lauros, y de palmas rica;
héroe conmigo tan cortés y humano,
que su valor a mi defensa aplica;
por quien ya me parece que consigo
la futura opresión del enemigo!

Decid la causa, qu'el paterno techo
(si para vos no es el decilla grave)
dejar os hizo, entrando en el estrecho,
y mal seguro albergue de la nave.
Sepa, si puedo ser de algún provecho
al que obligar a los estraños sabe,
o si de ver curioso pensamiento,
tan sólo fue quien dio velas al viento.

Esto al Inglés aqueja; mas no quiere,
que en cortesía el Español le venza;
y al sentimiento, que vigor adquiere,
gusta, que el noble término convenza.
Su blanda vista a la del Casto hiere,
y grata a su atención, así comienza,
con acentos pausados, y maduros,
lentos de afecto, en el ornato puros:

Mándasme renovar, ¡oh Rey supremo!,
el ansia inmensa, que en mi alma asiste,
cifra de perdición, de mal extremo,
caso infeliz, y grave, historia triste:
dirla sí, mas al decilla, temo
(tan flacamente el corazón resiste,
tan interno dolor oculta el caso)
sea del vivir el referilla Ocaso.

Con ejército grueso contra Francia
pasó mi padre desde Ingalaterra,

donde unida a valor, mostró constancia,
y de rojo licor cubrió su tierra:
mas ¡ay qué infausta fue toda ganancia!,
pues cuando más feroz, murió en la guerra;
sin él quedando su temida gente
cual sin cabeza el cuerpo más valiente.

Visto pequeño, y huérfano, mi tío
en su Alcázar previno mi crianza,
y como con las fuentes crece el río,
con los años así cobré pujanza:
creciendo el corazón, crecía el brío,
dando de algún valor cierta esperanza;
y en su conformidad, llegado a hombre,
en diferentes lides tuve nombre.

En tanto, que en Palacio me criaba,
recibiendo favores de su clima,
saca Amor pronta flecha de su aljaba,
con quien mi tierno corazón lastima:
¿quién puede resistir su furia brava?
Rendido pues a ella, amé a mi prima;
de aquel que administraba mi tutela
única, con el nombre de Isabela.

Prestaba un Sol, de suavidad ceñido,
luces a los dos suyos infinitas:
un clavel en dos listas dividido,
guarda era allí de Joyas exquisitas:
dejaba en rayos trémulos Cupido
cifras de gozo en cada sien escritas;
siendo los que ley daban al tesoro,
preciosos yugos, y coyundas d'oro.

Mostró participar de mis ardores,
y yo solo, solícito, y secreto,
recibí de su mano mil favores,
sin alterar las leyes del respeto.
Esta conversación, estos amores,
que envidia daban al Pastor d'Admeto,
encienden la Doncella, y tanto, que osa
palabra dar, de que será mi esposa.

Sobre hermosa y gentil, siendo heredera
del Reino que rodea el Oceano,
eché de ver, cuán acertado era,

dalle, sin dilación, la fe, y la mano:
mas apenas la doy, cuando la fiera
Belona con la entrada del Verano,
manda, que nuestra armada se aperciba,
y al opuesto Francés se muestre esquiva.

Yo fui su General, gustando dello
el propio Rey, que nuestro amor ignora;
mas fue tal honra el lazo de mi cuello,
y el tenebroso Ocaso de mi Aurora.
Convino obedecer; y así del bello
celestes Serafín, que el alma adora,
me despedí; con tales accidentes,
viendo nacer de sus estrellas fuentes.

Dudar en su constancia, en su firmeza,
fuera dudar, si en Febo luz asiste,
adoré cierta noche su belleza,
en su gracia quedé, partime triste.
De favorables vientos la presteza
en mi valiente armada se reviste,
con ella, sin contrario desconcierto,
tomando en Francia el deseado puerto.

Puesto cerco a Calés, presto rendile;
luego con los Ingleses escuadrones,
hacia París guie, sin Carlo vile,
y embestí sus temidos torreones:
mas otro tales hechos recopile,
que aquí superfluas son ostentaciones;
sólo diré, que rico de despojos
a ver volví los deseados ojos.

No Jasón en Tesalia tan gozoso,
sobre quien fue del mar primer correo,
entrar se vio con el vellón precioso,
que de la grande empresa fue trofeo,
como en Londres entré; donde el hermoso
Elisio de mi alma apenas veo,
cuando marchitas descubrí las flores,
que pomposas criaron mis amores.

Hallose resfriado aquel lucero,
que en mi partida se mostró encendido;
viéndole ya mudado del primero
intento, y l'afición puesta en olvido.

Daba al áspero hablar, rostro severo,
y corazón en todo desabrido,
como si nuestro amor, vana quimera
fuera, ni entre los dos pasado hubiera.

Para podella hablar donde solía,
lugar no daba, siempre desdeñosa;
mas en fin conseguille pudo un día,
una Doncella de mi mal piadosa.
Hasta llegar la hora el agonía
en mí se vio de muerte perezosa;
mas vino, y dije, bien que opreso el brío
de un pálido temor, de un sudor frío:

¡Oh querida Isabela!, ¿qué mudanza
es esta tan crüel, tan repentina?
¿Cómo produce abrojos mi esperanza?
¿Quién alberga en tu pecho?, ¿quién le indina?
¿Quién en tu mano del rigor la lanza
pone? ¡Triste!, ¿quién fragua mi rüina?
¿Cómo el amor, cómo el intento cesa?
¿Dónde está la palabra, y la promesa?

Bien sabes ya, que a tu semblante bello
tengo el alma ofrecida en sacrificio,
bien sabes, que en mis hombros, que en mi cuello
ya puesto el yugo está de tu servicio:
que soy tu esclavo sabes, y que en sello
adquiero soberano beneficio;
siendo así, ¿quién perturba tu celeste
rostro? ¿Qué novedad, qué yelo es éste?

¿Cómo llevó con tal presteza el viento
el son de los acentos regalados,
que en aquel lastimoso apartamiento,
en mi favor por ti fueron formados?
Cese, cese, dijiste, el sentimiento,
que mientras alma, y cuerpo estén casados,
en ellos vivirás; alegre parte;
sigue quieto al proceloso Marte.

El triste imaginar de ti destierra;
templa el dolor, tu pena se reporte:
no temas, no, que en amorosa guerra
el hilo de mi fe la ausencia corte:
qu'en firme asiento imitaré la tierra,

y en fijo proceder al fijo Norte:
parte feliz, feliz la vuelta sea,
que no saldrás en tanto de mi idea.

Acaso no, que fue de mí eligida
por voluntad del Cielo, tu persona,
que la virtud con el valor unida,
en ti quien rige el Orbe galardona:
penosa para mí fuera la vida,
triste el gozo sin ti, vil la Corona;
y así, gozar de todo bien el colmo
pienso, siendo tu vid, y tú mi olmo.

Amor, que sin agüeros infelices,
de nosotros nació, cual tierno infante,
echando profundísimas raíces,
forma cobró de altísimo gigante;
pues d'él fines espera tan felices,
como principios tuvo: sé constante
en despreciar los miedos del ausencia,
tomando a tus recelos residencia.

Esto dijiste, ¡oh fiera!, y al decillo,
tus pestañas en perlas engastaste;
¡llanto infiel!, pues de la fe el anillo
tras él, sin ocasión, despedazaste:
mas si esquiva, si ingrata, en amarillo
de mi esperanza el verde al fin trocaste,
dime la causa, que moverte pudo,
a desatar de tu firmeza el nudo.

Di, si te hicieron relación siniestra;
di, si de mi verdad dudas acaso.
¿Quién fue de mis favores Clitenestra?
¿Quién impidió de nuestro amor el paso?
Mas vario proceder Cupido muestra,
en cuerpo feminil, qu'es corto vaso,
y de correspondencia siempre ajeno,
despide lo que tiene, estando lleno.

Mas si pretendes ser conmigo fiera,
sin ablandar la condición esquiva,
en tu presencia quien te ama, muera,
que no quiere su mal, que sin ti viva.
Tú, su morir, ¡oh rígida!, acelera;
cese con él tu furia vengativa;

toma la daga, y con seguro tino,
abre al difunto corazón camino.

Desnuda está, desnudo mira el pecho.
Vesle, ¿qué tardas más, qué te detienes?
Dé tu crueldad ejecución al hecho,
sólo con él a eternizarte vienes:
¡Ay, por ti guarda Amor igual derecho!,
¡por ti largo servir saca estos bienes!
Mas así nos hará la Fama templo,
tú de rigor, yo de firmeza ejemplo.

Esto escuchó Isabela, con semblante
adornado de insólita entereza,
en el áspero modo, semejante
a quien oye palabras de bajeza:
y así, después, su voz precipitante
a responder a mi discurso empieza,
dando el veneno, que la boca vierte
a mi sincero corazón la muerte:

Ricardo, yo te quise, y aún te quiero;
digna de ser amada es tu persona,
mas Amor mal seguro Consejero,
varios inconvenientes ocasiona:
juzgué, tú ausente, fácil, y ligero
el pecho de mujer, que se apasiona,
que se enternece, y que de amor se inflama,
sin mirar por su honor, y por su fama.

El disponer de sí, no es conveniente
a Dama que sujeta al padre vive,
qu'el Cielo tal desorden no consiente,
y la ley de obediencia lo prohíbe:
tú, pues eres tan cuerdo, cuan valiente,
la voluntad que puedo dar, recibe;
justo será, que lo que quiero ames,
y así ni dura, ni áspera me llames.

Palabra de ser tuya, no lo niego,
di, mientras vanamente discurría;
ardía el corazón, templé su fuego,
y hallé, que daba cosa, que no es mía:
puso el entendimiento, entonces ciego,
al alma tierna, honesta cobardía,
reconociendo en el primer intento

del uno, y otro incauto el perdimiento.

Puedes seguro estar, de que te estimo,
ten paz, y mi sosiego no inquietes,
solamente a lo lícito te animo,
a lo lícito, es bien, que te sujetes,
lleno estás de valor, eres mi primo,
pues tanto de mi padre te prometes,
procura tener fácil de su parte
el sí, que yo sin él, mal puedo darte.

Grave se fue tras esto: considera,
¡oh magnánimo Rey!, cuál quedaría,
el que vio tan infausta aquella esfera
de quien vital aliento recibía;
mas presumiendo yo, que tan severa
tan sólo el celo del honor, la haría,
quise sufrir, quise admitir consuelo
en el grande oceano de mi duelo.

Cuidadoso vivía, y mi cuidado
era de mi adorada cauta espía,
con presteza dejándome avisado
de cuanto dentro, y fuera sucedía:
supe, que la mudanza de mi estado
de causa bien diversa procedía;
viendo presto nacer de mis desvelos,
¡ay de mí, triste!, averiguados celos.

A la sazón en Londres alojaba
Prudencio, de la Escocia el heredero;
a quien la voz de Ingalaterra daba
el nombre de cumplido Caballero:
éste pues, con secreto procuraba
la influencia gentil de mi lucero;
tratando la intención con que negocia
unir a Ingalaterra con Escocia.

Supe, ¡oh fiero dolor!, que era admitido
el Escocés de mi enemiga ingrata;
y habiendo dado a su afición oído,
a su talle mostraba vista grata:
yo por eso, indignado, y ofendido,
quise, no le saliese tan barata
aquella joya, para mí fingida,
que en trance tal pudo poner mi vida.

Encontrele una noche en cierta parte,
hablando con la pérfida Isabela;
y fui, mientras habló, su baluarte,
y de su recelar la centinela:
mas a seguir de simular el arte,
y a no correr con más veloz espuela,
pudo obligarme el riesgo que corría
della el honor, si allí rumor hacía.

Su plática duró: mas yo entretanto,
atónito me vi, falto de aliento,
qu'el corazón con el horrible espanto,
detuvo su pulsante movimiento:
desta noche el silencio, el triste manto
a la boca acudió, y al pensamiento;
sin salir de mi sitio, hasta el instante,
que dio fin al discurso el nuevo amante.

Dél entonces me hice enconradizo;
hablome, y cual amigo, holgó de verme,
fingida cortesía el habla hizo
al émulo, que trata de ofenderme:
mas mientras su salida sutilizo,
preguntando la causa, por hacerme
sabidor de su bien; mi mal me cuenta,
y la intención con que su amor fomenta.

Lo que me ofende su afición, no sabe,
y es largo en referírmela Prudencio,
mas concluyendo, en caso qu'es tan grave,
hallé ser dañosísimo el silencio:
que la trabada lengua se destrabe
procuro, y el temor della licencio,
el peligroso punto en que me hallaba,
diciendo, a quien su gozo me contaba.

Humilde le pedí, que del asedio
en que el dolor terrible me tenía,
me quisiese librar, dando remedio
digno de su piedad, y cortesía:
de ruegos me valí, por cuyo medio
convencido quedó, y el ansia mía
algo templó, si no sanó del todo,
su pecho declarando deste modo:

Vine a Londres, Ricardo, solamente
por tratar de Isabela el casamiento,
Vila, hablela, y servila diligente,
que éste de amor es el primer cimiento:
favores tuve della, vos ausente,
y ya tan abrasado el pensamiento
se vio, que eternidad le parecía
el punto, que en pedilla difería.

Esto sin entender, que hubiese sido
jamás de vos servida la Princesa,
que a sabello, no hubiera permitido
disgusto en vuestro amor, ni en su promesa:
de mí sois estimado, sois querido,
y obliga l'amistad que se profesa
entre los dos, a qu'el lugar os deje,
y a que de tal intento el alma aleje.

La tristeza perded, y estad seguro,
de que turbe jamás vuestra ventura,
vuestra yedra será, seréis su muro,
vos solo gozaréis de su hermosura:
pierda vuestra esperanza el verde oscuro,
cobre su claro, que afición tan pura,
es razón, que de premio no carezca,
y el bien a que aspiró a gozar merezca.

Verá de su rigor cómo se escuda
mi pecho, aquel desnudo, aquel tirano:
verá, qué presto su disinio muda,
presto verá, que no rogáis en vano:
si acaso en lo que ofrezco ponéis duda,
doy de cumplillo la palabra, y mano:
de que os pude agradar gustoso quedo,
reconoced si en más serviros puedo.

Esto dijo; y tal gozo, y alegría
en mí produjo el Escocés acento,
qu'el habla me trabó su demasía,
siendo casi homicida igual contento:
grato en fin, a la nueva cortesía,
habiendo el corazón cobrado aliento,
por las restituidas confianzas,
la lengua desaté en sus alabanzas.

Así del uno el otro despedido,

parte a buscar el natural reposo,
quedando, sin tenelle, mi sentido
de la falsa Isabela receloso.
Obligome su trato fementido,
a ser más prevenido, y cauteloso,
sin ver, que la celosa pena mía
fuese jamás cobrando mejoría.

Dar al indigno amor perpetuo olvido
con agravio tan público, debiera,
mas tan en lo profundo estaba herido,
que al ponello por obra, me muriera.
Menospreció mi ruego, y mi gemido
la ingrata desleal, siempre severa:
de todo me valí, fue vano todo,
sin podella mover por algún modo.

Viéndola en mi dolor tan obstinada,
y que era el lloro, y que era el ruego vano,
ver quise, puesto en la primer celada,
si Prudencio tenía trato llano:
vi, que llegó donde la vez pasada,
después de muchas noches, el villano:
vi, que dando la seña, hablar quería,
si le diera lugar la furia mía.

Salí pues, de l'oculto de repente,
y al traidor con palabras injuriosas,
descubrí, que en agravio tan patente,
no tenía las manos perezosas:
cuando el celo d'amor no fuera urgente,
las causas del honor son tan forzosas,
que obligan a perder una, y mil vidas,
por dar castigo a lenguas fementidas.

Viéndose de mi cólera asaltado,
aunque falto de ánimo, y de brío,
con el acero que traía al lado,
quiso oponerse al fulminar del mío:
mas no pudo, qu'el pecho atravesado
sacó del temerario desvarío;
corriendo yo, ya de su muerte cierto,
a un pueblo mío, en la marina puerto.

Alborotose Londres; y el suceso
Eduardo escuchó con suma pena,

y castigar queriendo tal exceso,
con gruesa escuadra mi prisión ordena:
mas yo que no procuro verme preso,
el ala desplegando de una entena
al sagrado del mar, ya prevenido,
recorro, siendo d'otras tres seguido.

De ver la bella Italia deseoso,
por su rumbo la proa enderezaba,
con tiempo a los principios tan dichoso,
que a dormir los pilotos convidaba:
mas del escaso bien de su reposo
la mar se arrepintió, mostrose brava,
perdonando su ímpetu importuno
de los cuatro navíos, sólo al uno.

Y ¡ojalá mi destino permitiera,
que Tetis, sin cesar embravecida,
cuando me tuvo en su dominio, diera
acerbo fin a mi penosa vida!
Que así la qu'es tan varia, como fiera,
fuera de dos amantes homicida,
y no viviera, ¡ay no!, el aborrecido,
ya que por su ocasión murió el querido.

Así del escocés dice Ricardo
la muerte, así el agravio de Isabela,
y aunque en puntos de Venus frío, y tardo,
el noble Alfonso su dolor consuela:
más que a los dos da lástima a Bernardo
del caso infausto la infelice tela,
y conociendo su persona, dina
de su amistad, a su amistad inclina.

Apenas esto el desdichado amante,
con ansia desigual, contado había,
cuando al supremo Rey, por importante
negocio, un extranjero hablar quería:
tuvo licencia, entró; viose delante
de quien imaginó muerto yacía,
y de suceso tal sobresaltado,
sin voz su lengua vio, quedó turbado.

Era Guillermo, que llevaba el uno
de los cuatro bajeles a su cargo,
y por el fiero campo de Neptuno

veloz corriendo, derrotó más largo:
mas mostrándose ya más oportuno
el falso reino del licor amargo,
a Vizcaya llegó, tomando puerto
allí su dueño, más que vivo, muerto.

Su Capitán ahora en su destrozo,
a pedir el favor del Casto viene:
mas a Ricardo vee, y el sumo gozo
de tal intento la expresión detiene:
corre a los pies del agradable mozo
tras el éxtasis dulce, sin que enfrene
del soberano Alfonso la presencia
el acto de humildad, y reverencia.

Los fuertes brazos por los hombros tiende
Ricardo de Guillermo, a quien levanta;
y con grande alegría dél entiende,
que está salva, y segura su Almiranta.
Mas que luego se dé lo que pretende
ordena el Rey, y con largueza tanta,
que con admiración juzga el estraño,
haber venido por su bien, su daño.

Llena en tanto se ve de armada gente
de León toda villa, y toda aldea;
insufrible, colérica, impaciente,
ya por marchar, y hallarse en la pelea.
Primero quiere el superior Regente
verla, y así se manda a quien desea
descubrir su valor, y bizarría,
que a punto esté para el siguiente día.

De la fuente de luz los arreboles,
ya de bordar dejaban el Ocaso;
que las que son del Cielo Girasoles
hacen apresurar su largo paso:
muestran los Horizontes Españoles
con rosas de oro, de su techo el raso;
y el carro, por la noche conducido,
camina de crepúsculos ceñido.

LIBRO OCTAVO

AS ya corriendo la estrellada diosa
por quien veloz desaparece el día,
vía resplandecer alguna cosa
del negro bulto de su sombra fría:
del alba el rostro de azucena, y rosa
ya el manto de la yerba humedecía,
ya con música suena la floresta,
que al nuevo albor hacen las aves fiesta.

Tras verter el Aurora tierno lloro,
porque el lecho dejó del dulce amante;
el Oriente alegró con frente de oro
de tanta estrella el Mayoral volante:
ya el verde, y salutífero tesoro
de los Campos, divierte a su tratante;
que con espigas ya casi doradas,
verá cumbres en llanos levantadas.

Deja el hombre, solícito, el reposo,
y su fatiga, y su cuidado hereda,
ejecuta sus trazas el mañoso,
buscando del provecho la vereda:
a los doctos acude el estudioso,
visita el cazador el arboleda,
todo mortal lo que profesa abraza,
sea tráfago, ciencia, arte, o caza.

Los ecos de trompetas y tambores
ya el Horizonte de León atruenan;
y de Moras dulzainas los clamores
por monte y valle trémulos resuenan:
ya en sangre, y puestos los que son mayores
con lucimiento igual, galas ordenan;
caballos y armas, cautos, aperciben,
y braveza y orgullo en sí conciben.

Fuera de la ciudad, sitio espacioso,
capaz de tanta multitud, se elige,
donde Trono magnífico, y precioso
para Godo Señor Dédalo erige:
muéstrase prevenido y cuidadoso
el que allí superior escuadra rige,
buscando varias trazas, varios modos
con que pueda llevar ventaja a todos.

El Rey deja el Alcázar de mañana,

y se encamina al puesto señalado,
de la guarda Leonesa, y Asturiana
ceñido, y de los nobles rodeado:
sigue tras él, la turba cortesana,
que sale a ver la muestra; mas llegado,
con sonoro, marcial recibimiento,
sube por doce gradas al asiento.

La silla de brocado, a quien ampara
rico dosel, ocupa: en una parte
tremolando en lo alto de una vara,
se ve del gran León el estandarte:
desnuda espada en otra, que declara,
cómo Justicia a súbditos reparte:
y con la guarda a diestra, y a siniestra,
se da principio a la famosa muestra.

Siendo los Moros en pasar primeros,
con nueve mil ya Ferraguto llega,
todos de buena edad, todos flecheros,
y todos de valor en la refriega.
Usan corvos, y cortos los aceros,
y cualquiera tan diestro el suyo juega,
que si con Marte, acaso, peleara,
de la mano el estoque le quitara.

A los prados afrentan sus colores,
haciéndoles sus trajes más briosos,
con que, y con algazaras, dan pavores
en combates a muchos animosos.
Éstos por defensores, y ofensores,
y cual piensa, por útiles dañosos,
el pérfido Marsilio al Casto envía,
con Ferraguto el bravo, que los guía.

Es éste su sobrino, y tan valiente,
que su nombre por todo se derrama:
en Francia aventurero combatiente,
tal vez ganó con Paladines fama:
es su término noble; y así siente
del falso tío la engañosa trama,
mas el bien de la patria, y la enemiga
gente, a callar, y a consentir le obliga.

Con cinco mil del suelo Valentino,
tras Ferraguto, ya Selín se apresta;

en su modo cualquiera peregrino,
de fortísimo brazo, y planta presta.
No a Colcos por ganar el Vellochino
fue la Tesala gente tan dispuesta,
ni al Lazio por Lavinia la Troyana,
como aquí se presenta l'Africana.

Selín, que a tantos hoy sirve de escudo,
siguiendo de Marsilio los pendones,
tinto dejó el alfanje, y el desnudo
brazo, en mil Asturianas ocasiones:
y allí tan valeroso, y tan sañudo
se mostró, que está puesto en opiniones,
quién causase al Cristiano mayor luto
en guerras, si Selín, si Ferraguto.

Abdenago, con alma Proculeya,
de Cataluña siete mil envía;
que puesto, son los más gente plebeya,
muestran en la ocasión tener valía:
rígelos el valiente Abenumeya,
que solo, al universo desafía,
queriendo hacer a su querida mora
de cuanto abraza universal Señora.

El venir a la guerra no rehúsa,
viendo siempre crecer la de su altiva:
nuevo Alfeo, siguió nueva Aretusa,
áspera, rigurosa, y fugitiva:
mas ya de tardo al Asturiano acusa,
porque el Francés orgullo no derriba,
para volver a verla; tanto siente
estar un punto de quien ama, ausente.

Ozmín, que rige a Murcia, y Cartagena,
y de Lorca los campos abundantes,
tropa de cuatro mil, de miedo ajena,
junta con los amigos maquinantes:
a toda vista de recreo llena
la selva de almaizares, y turbantes,
que se va divisando en sus fronteras,
al pasar ordenadas las hileras.

Es de Tarfe la rara fortaleza
quien allí los gobierna, y los ampara:
mas ya gente de Úbeda, y Baeza

sucediéndole va con algazara:
tener publica sobra de riqueza,
y en la distribución no ser avara,
según va descubriendo en su pasaje
el bizarro, el alegre, el rico traje.

Los campos, que de flores recamados,
amenazan desprecio a las estrellas,
envidian de los émulos soldados
las ricas galas, y las formas bellas:
los Cielos, si de joyas adornados,
por inferioridad forman querellas;
y a fin de lamentar justos enojos,
por lenguas dieran sus dorados ojos.

Son cinco mil, con ellos viene Hamete
del dueño de Jaén hijo segundo,
que con años apenas decisiete,
tratando está de conquistar el mundo:
el pronto brío en más edad, promete
tendrá su posesor valor profundo,
mas hastaquí⁴² del cuerpo la terneza
en Zambra mostró sólo ligereza.

La ociosidad en que se ve desama,
arde, y para venir pide licencia,
pídela a quien estima, y a quien ama
más que su misma vida, su presencia:
no se la da; mas viendo cómo clama,
siendo vana con él la resistencia,
con los suyos le envía, y pasa ahora
copioso de las partes de Pandora.

Mas de Granada el escuadrón se ofrece,
que casi lleva a todos la ventaja;
con alegres despojos se guarnece,
cuyo color a la de Tiro ultraja:
el regirle, y mandarle pertenece
a Muza, que soberbio hiende, y raja,
anunciando feroz funestos fines
a Carlo, y sus Franceses Paladines.

Muza, del vulgo objeto generoso,
en palabras cortés, en obras blando,
y en todas sus acciones primoroso;
o cuando retiraba opuesto bando

(más que todos galán, y mas brioso)
con asta leve, que fue Ninfa, o cuando
en Coso, para gozo de su dama,
fulminaba relámpagos Jarama.

Del Señor de Granada es Muza hermano,
sospechoso por grato y apacible,
nuevo en varios destierros Coriolano,
por ser del Rey la condición terrible:
del Moro Cordobés, su comarcano,
que al Granadino se mostró insufrible,
ganó despojos, adquirió loores,
siendo en armas feliz, más que en amores.

El Rey que usurpa el Lusitano suelo,
del Gallego turbado por instantes,
a los de su nación muestra su celo,
socorro dando de seis mil infantes:
al Godo vienen, y al Francés Düelo,
más bravos que feroces Garamantes,
de flechas, de azagayas bastecidos,
y atronando con voces los oídos.

Su Capitán es Albenzaide el fuerte,
que muchas veces General ha sido,
con Galicia teniendo infausta suerte,
qu'en ella varias veces fue rompido:
mas amenazas en secreto vierte
contra quien le dejó tan ofendido;
y piensa presto, unido a sus paisanos,
vengarse de Gallegos, y Asturianos.

De Badajoz, de Mérida, y Trujillo,
son ocho mil los que a la guerra vienen,
sirve Zeilán a todos de caudillo,
a quien amor por agradable tienen:
llega con intención de ser cuchillo
de los qu'el bando de Jesús mantienen;
y en España, cesando su porfía,
fijar bien l'Africana Monarquía.

Olid el valeroso, de quien toma
fértil, y ameno valle su apellido,
tras el bravo Zeilán, bizarro asoma,
con escuadrón de número crecido:
éste contra León, y contra Roma,

fue con toda largueza socorrido
de gentes, bastimentos, plata, y oro,
por Salamanca, por Zamora, y Toro.

Mas ya, tras los Infantes, se apresuran
arrogantes escuadras de Jinetes,
qu'en batallas las vidas aventuran,
sin grebas, sin corazas, sin almetes:
con adargas, y lanzas, ser procuran
saetas de cristianos Filotetes;
siendo cualquiera en el Marcial ensayo,
trueno al acometer, al huir rayo.

Ya con tres mil caballos Cordobeses,
el dispuesto Gomel entra en la plaza,
casi los más Benegas, y Alaveses,
de frescos años, y de airosa traza:
éste y aquél a Godos, y a Franceses,
en su lengua desprecia, y amenaza,
descubriendo entre Sol, Luna, y Bootes
de sus adargas, diferentes motes.

Almanzor los envía, que gobierna
a Córdoba, y su tierra comarcana:
ama a Gomel con afición paterna,
por leal, y por hijo de su hermana:
es su persona en pelear moderna,
mas diestra en ejercicios de Diana;
y así en la guerra, que retrata el monte,
se imagina un nuevo Rodamonte.

Mas con seis mil dispuestos Sevillanos,
armado de furor, entra Zulema,
todos a punto, y todos Veteranos,
a quien ninguno mira, que no tema:
ferocísimos son estos Paganos,
y al León su corona, y su diadema
al Águila, usurpar por cierto tienen,
tan grande es la arrogancia con que vienen.

Mil éstos dio Jerez de la Frontera,
pláticos mucho en defender la playa;
que émulos de Aquilón en la carrera
fueron, al avisar del atalaya:
cualquier cosario que arboló bandera,
hizo tener su resistencia a raya,

recibiendo por eso largos dones
del sitio que encerró los Geriones.

Ya se muestra Abenámar de Toledo
conducidor de cinco mil volantes;
cuya disposición, cuyo desnudo
llena de admiración los circunstantes:
no vio jamás el belicoso Oviedo
en sus guerras tan fuertes militantes
acometer las breñas de sus montes,
cual son estos perjuros Laomedontes.

El viejo Hacén, que al Toledano impera,
quiere mostrar lo que su cetro puede,
y con éstos allí se confedera,
porque asombrado el que los mira, quede,
mas pasando su gente; a la postrera
el teatro de Marte ya concede;
es de tres mil el escuadrón lucido,
de aventureros, número escogido.

Las plumas, los costosos almaizares,
las marlotas, adargas, y jaeces,
los hacen entre todos singulares,
y únicos sus desgarros, y altiveces:
no temen de Fortuna los azares,
que fiando en sus fuerzas, y dobleces,
dejar con ellas conquistado trazan
cuanto los Reinos de Anfitrite abrazan.

De Marsilio hijo caro Alí, quien guía
es la tropa de tantos Caballeros,
bello, afable, y cortés; dando alegría
de sus floridos años los aceros:
mas del Clarín Cristiano el armonía
que se acerquen avisa sus guerreros,
y así del todo el sitio despejando,
entrando viene el sin igual Fernando.

Con bizarro ademán primero pasa,
lleno de majestad, y de grandeza,
siendo, como cabeza de su casa,
de siete mil fortísimos cabeza:
a Marte de su esfera desencasa
del valiente caudillo la braveza;
por quien el fiero ardor trocado en yelo,

subirse quiere a más seguro Cielo.

Viste dorado arnés el César nuevo,
con celada pomposa el rostro cubre,
cuya visera alzada, como Febo
sin trabado vapor, su luz descubre.
Es galán, es airoso, y es mancebo,
mas su valor su poca edad encubre,
publicando, en su loa, ajenos daños,
que vencen sus proezas a sus años.

Quiso prestalle el Sol para este día,
el uno de los cuatro con que vuela;
cuya belleza, talle, y lozanía
va descubriendo bien su parentela:
los más de la bizarra compañía
son hijos de la insigne Compostela:
dos mil armados a caballo vienen,
los cinco mil de infantes nombre tienen.

Espadas, picas, cotas, morriones
llevan los nobles: mas tras ellos, llegan
de la Cantabria cuatro mil varones;
que de más fuertes lauro a todos niegan:
de su patria en los pechos traen los dones,
y dellos hechas las que vidas siegan,
por quien de Cloto el instrumento sobra,
cuando por ellos puestas son en obra.

Gonzalo es Capitán destos armados,
mil de caballo son, tres mil peones,
a quien suceden ocho mil soldados,
que produjo León, todos Leones:
dejan con sus aspectos desmayados
a los más animosos corazones,
dando el valor, que cada cual alcanza,
de vitoria certísima esperanza.

Son éstos de su patria fuertes muros,
y Egeones, trabando escaramuzas,
sin que dellos, jamás estar seguros
pudiesen los Zulemas, ni los Muzas.
Tal vez los golpes de sus brazos duros
sonaron en las playas Andaluzas,
que de la Fama el vuelo prevenido
allá pasó el asombro, y el rüido.

Los cuatro mil a la común usanza,
armados, en Bucéfalos pelean,
y al fino arnés, y a la fornida lanza
con bizarras acciones lisonjean:
de los de pie no es menos la pujanza,
mas a que iguales en esfuerzo sean,
el incesable Marte les obliga;
Marte, qu'el ocio vil feroz castiga.

Íñigo es el Coronel valiente,
que con saber anciano rige a todos,
dando su vista, y ánimo excelente
ardiente brío a sus secuaces Godos:
el gran Tebano, que venció el Oriente,
con menos pena, y más seguros modos,
dejara el universo conquistado,
si tuviera mil éstos a su lado.

legando vienen los que Oviedo aloja,
y los que contribuyen sus Concejos,
gente de tanta furia, si se enoja,
que causa asombro a los que están más lejos:
jugar la pica, y esgrimir la hoja,
en los combates pláticos, y viejos,
saben con perfección, siendo testigos
desta verdad los cuellos enemigos.

Son cinco mil de pie, son mil bridones,
todos de todas armas adornados;
tocando a tan intrépidos varones
ser de Garci Fortuno gobernados:
este varón, de envidias los turbiones
a desacreditalle enderezados,
pudo sufrir, dejando satisfecho
al Casto Rey con acendrado pecho.

Siendo en extremo noble, aborrecía
el torpe proceder del lisonjero,
por no escuchalle, de Palacio huía,
causa de parecer grave, y severo:
mas el Rey su prudencia, y valentía
conociendo, y su ánimo sincero,
sin jamás admitir sospecha mala,
por Adalid de Oviedo le señala.

Ya llega de Bernardo la famosa
escuadra, de nobleza aventurera,
tan bella, tan gallarda, y tan briosa,
que ver otra su igual, ninguno espera:
hácela su Caudillo más gloriosa,
siendo de su valor su rostro esfera;
sólo por él, jamás en la batalla
quién acometa, o quién resista, halla.

Dirán, que todos a Milán robaron
las armas, los plumajes, los colores,
que sus potros al Betis usurparon,
y a Marte, y a Belona sus furores:
mas ya que sus paseos terminaron
los bellos regalados voladores,
mientras la trompa, y la dulzaina suena,
que se llame Bernardo Alfonso ordena.

Óyese ya, subir el nombre amado
por mil lenguas al sitio de la Luna,
voz, que tan sólo al Árabe doblado,
por el temor que infunde, es importuna:
el orden obedece el esforzado
mancebo, que de Asturias es coluna,
llegando al trono rico, y eminente,
con general aplauso de la gente.

Deja el bridón, y sube hasta la silla,
que ocupa Alfonso, y con modesto agrado,
su mano pide, hincada la rodilla,
siendo del grande ejército mirado:
al soberbio Africano maravilla
ver tan humilde un Joven tan osado,
y el Cristiano por eso le bendice,
mas el Rey, sin alzalle, así le dice:

Este bastón recibe: en nombre mío
tú el ejército rige, y la arrogancia
con este ejecutor de mi albedrío,
parte a humillar de la potente Francia:
sólo de ti tan ardua empresa fío,
conozco tu valor, tu vigilancia:
mas en tanto, que al Galo pones freno,
téngate cuidadoso el Agareno.

Qu'es infiel, qu'es lleno de asechanzas,

su trato es doble, y su amistad fingida,
mas en flor cortarás sus esperanzas,
cuando cortes el hilo de su vida:
quedarán tus cuchillas, y tus lanzas,
de todos vitoriosas: la partida
conviene, que dispongas, que aceleres,
y admite en todo sabios pareceres.

Por tan alto favor tu mano beso
(responde con magnánimo semblante),
y aunque a mi débil hombro impones peso,
que merece el de Alcides, o el de Atlante:
tu voz, tu Capitán, feliz suceso
espero en ocasión tan importante,
haciendo, qu'el Francés bese tus plantas,
por lo que me sublimas, y levantas.

Todo poder de Carlo derribado,
con pecho cauto, y vigilantes ojos,
dejaré, si traidor, despedazado
al Moro, consiguiendo sus despojos.
En esta forma el ínclito soldado,
dando gracias, olvida los enojos,
que las lenguas de justos y discretos
entre agravios, de amor gastan concetos.

Mas ya el asiento el Rey de Asturias deja,
y hacia su Alcázar guía en noble overo,
tras él, de gente el sitio se despeja,
su luz negando el superior lucero:
con alma alegre al General festeja
el Plebeyo, el Hidalgo, el Caballero,
dando el parche, y clarín, que el aire atruena,
del supremo bastón la enhorabuena.

Alfonso en su retrete retirado,
parte la hueste al caro alojamiento,
siendo el Godo Camilo visitado
de toda la nobleza en su aposento:
Ricardo asiste a su derecho lado,
más que todos fiel, y más contento,
que desde que le vio la vez primera,
en su amistad, ardiente persevera.

Apenas fin la cena dado había,
cuando con un papel entró correo,

que con volante diligencia envía
quien tiene a cargo el puerto de Bermeo:
el Merino en su carta al Rey decía,
cómo aportaron, tras algún rodeo
a que les obligó tiempo discorde,
allí siete navíos de alto borde.

Que éstos vinieron, asimismo avisa,
lentos de Inglesa gente, toda armada,
por el gran Eduardo a toda prisa,
al socorro de Asturias enviada:
concluye, cómo ya la playa pisa,
y que viene a León enderezada,
veloz por no llegar, si puede, tarde
al destinado, general alarde.

El pronto aviso ocasionó contento
al Rey, a su sobrino, y a Ricardo,
oyendo ser conductor el viento
del qu'es en la ocasión fuerte y gallardo:
ordena al punto el superior acento
con corredor del Euro menos tardo,
que toda población por donde pasa,
en su regalo no se muestre escasa.

En fin, todo pertrecho prevenido,
el General hace marchar la gente;
de las cajas y trompas el rüido
volviendo al más remiso diligente:
alguna ya en León retrata a Dido,
alguna es fuerza ya, que se lamente,
por ver que Francia quita de su lado
al dulce amante y al esposo amado.

Si acaso corta el hilo de la vida
la Parca, su dolor dura un instante:
mas el ansia de ausencia tan temida,
de eterna muerte sirve al tierno amante:
es forzoso, qu'el alma se divida
luego que se desvía del semblante
amado el amador; mas todo calma,
el cuerpo muere, y se divide el alma.

Abril salió, que al Alba infunde sueño,
dejando el cetro de la tierra a Mayo,
Mayo, que entra a regir blando, y risueño,

con verde capa, y con florido sayo:
mas hacia donde muestra pardo ceño,
con blanca barba, el Navarrés Moncayo,
del rapante León la hueste parte,
siempre con prevención de cuerdo Marte.

Siempre delante envía corredores,
de fraudes linceos, el Rector prudente,
para que sin cesar, de exploradores
vayan sirviendo a la Española gente:
mas apenas los fuertes defensores
el rostro de Navarra ven presente,
cuando llega una espía, aviso dando,
de cómo ya el Francés viene marchando.

Alborózanse todos, y los bríos
de sí dan esperanzas fulminantes,
y como de repente mansos ríos
con torrentes, se muestran inundantes,
tal, los que sin la nueva estaban fríos,
con ella tan ardientes, tan pujantes
quedan, que sus semblantes, y sus manos
aseguran excesos inhumanos.

Ve, que marchar con toda prisa importa,
por coger algún paso de angostura,
el General, y a que se haga, exhorta,
dejando por los cerros la llanura:
camina tanto, que al confín aporta,
por quien Lagón sus ondas apresura,
y en tanto que veloz quiere pasalle,
de trompas oye resonar el valle.

Ser el contrario ejército denota
el largo aliento del metal sonoro;
y así con nuevo orgullo se alborota
el valiente Asturiano, el fuerte Moro:
mas tal alteración Bernardo nota,
y obligando a respeto, y a decoro,
sabiendo cuánto el retardar convenga,
concluye, que su furia se detenga.

Por la parte que a Francia se camina
desde los valles con mayor anchura,
ver los valles el Magno determina
con todo el grueso, en bélica postura:

tener no sospechaba tan vecina
de su grandioso exceso la censura,
que imaginó quitar corona, y garra
al León en Asturias, no en Navarra.

Mas por cautas espías avisado
del gran poder con que León se escuda,
pues apenas hay hombre en su Dictado
que a la defensa con placer, no acuda;
de peligrosos pasos obligado,
enfrenando el furor, de intento muda;
y con el cuerpo de la gente para
donde su espalda un alto monte ampara.

La verde falda, que dos leguas tiene
de fuentes, y malezas abundante,
cerca; y en este límite detiene
la furia de su gente amenazante:
ya plantado el Real, Zapas previene,
sirviendo todo armado, todo infante
allí de gastador, porque con foso,
pueda tener seguro su reposo.

A trechos pone vivos torreones,
Argos con lenguas, que provocan ira,
mas ya cuarteles dando a las naciones,
al suyo cada una se retira:
causa la unión de tantas divisiones
no poca admiración a quien la mira;
aunque mayor Bernardo la recibe
de ver cómo el contrario se apercibe.

Topar a Carlo presumió en campaña,
donde al instante la batalla diera;
nota su grueso ejército, y estraña,
que por Asilo elija igual ladera:
el seguro que ofrece la montaña
a su espalda, y las postas considera;
el foso advierte, y por ningún camino
puede de su intención ser adivino.

Viniendo tan furioso a la conquista,
tiene por novedad que se detenga:
dudoso está; no sabe si le embista,
o si fortificado, se entretenga:
tendiendo por su círculo la vista,

ve, que cuando con él a manos venga,
aunque de su valor descubra el resto,
le tiene gran ventaja, por el puesto.

Juzga por tal razón cierto su agravio,
y trata de tomar otro partido;
los modos imagina, como sabio,
de ofender, sin quedar muy ofendido:
en fin, le ocurre el valeroso Fabio,
que tardando, a Anibal dejó perdido;
y a entretenerse en algún sitio inclina,
hasta ver lo que Carlo determina.

Hace sobre Lagón un ancho puente,
y su hondo seno elige por frontera;
compone media Luna de su gente,
y el escuadrón morisco deja fuera:
en esta forma el Frigio Simoente
vio habitada del Griego su ribera
la vez que por el robo de la Dama
al soberbio Ilión llevó la llama.

De sí Bernardo al Árabe desvía,
poniendo en medio cauta centinela;
y tanto dél, cuanto de Carlo fía,
que de entrambos a un modo se recela:
mas ya en defensa puesto, huye el día;
ya por donde pasó, la noche vuela;
asomándose a oír trompas sonoras
del Campo azul las Ninfas veladoras..

Como el Francés, y el Godo carruaje,
seguro de contrario impedimento,
a los de su nación halla pasaje,
abunda un Campo, y otro de sustento:
con él pagan la deuda y vasallaje,
tan repetido, al cobrador violento,
que pronto recociendo la comida,
con la substancia infunde pulso y vida.

En tanto, que se ocupan en la cena,
del vecino Francés están hablando:
quién a su Rey trágico fin ordena,
quién desprecia a Rugero, quién a Orlando:
quién a Reinaldos rinde, y encadena,
quién solo a todos vence: al fin llegando

el qu'es, tras las fatigas, y sudores,
calma de los sentidos exteriores.

Impaciente el ejército contrario,
forma bravosidades más hinchadas,
piensa en la dicha retratar a Mario,
destrozándolo todo sus espadas:
en tal sitio se cierra involuntario,
y ser las dilaciones escusadas
con desabrido corazón publica,
deseando jugar estoque, y pica.

Mas ya salir la Antorcha relumbrante
se ve por las campañas de Neptuno,
en su carro l'Aurora va delante,
rosada, hermosa, y sin nublado alguno:
ya con ligera planta, la volante
noche cogiendo está velo importuno,
ya se parten veloces al Ocaso
Harpócrates, Morfeo, Orón⁴³, Fantaso.

Apenas resplandece la mañana,
que cubre a Roncesvalles de alegría;
cuando a Carlo, por ver la tierra llana,
deja l'aventurera compañía:
llena de presunción, altiva, ufana,
por el florido campo discurría,
gozosa mucho, por hallarse en parte
donde ya puede ejercitar a Marte.

Al Español su trompa desafía,
que con el son es fuerza se alboroce;
mas quien es de León espejo, y guía,
puesto en alto, la gente reconoce:
quiere que su valor, y bizarría,
sin dilación, de lo que pide goce;
y porque muestran ser aventureros
en divisas, y en lúcidos aceros.

La escuadra de quien él era cabeza,
antes qu'el gran bastón le diese el tío,
manda, que el puente pase con presteza,
acetando el contrario desafío:
comete el gobernar su fortaleza
de su amigo Ricardo al albedrío,
que como de su pecho, de su gente

le quiere hacer partícipe, y teniente.

Y por si acaso el enemigo arriba
con socorro, trabada la reyerta,
ordena, que su gente se aperciba,
y para combatir se halle alerta:
mas ya toda visera se derriba,
ya toda lanza, con la mira cierta,
todo arnés, todo yelmo deja herido;
cualquiera embiste ya, y es embestido.

Son Beltrán, y Ricardo los primeros,
en convertir las astas en astillas:
firmes quedan los ínclitos guerreros,
plantados, como torres, en las sillas:
revuelven animosos, y ligeros,
sacando, y esgrimiendo las cuchillas,
y aunque de más edad, muestra a Ricardo
Beltrán, qu'es tan brioso, y tan gallardo.

El valiente Alvarfáñez acomete,
con alma heroica, al Parisiense Albida;
por la flaca visera el asta mete,
y a su dueño infeliz deja sin vida:
y contra Rosimundo, que promete
ser de la fuerte Asturias homicida,
saca el estoque, y por el diestro lado
le deja del aliento despojado.

Iñíguez se divisa en otra parte,
feroz, despedazando cuanto encuentra:
vanos son contra él, esfuerzo, y arte,
que sale el alma por do el hierro entra:
del bravo Arsindo, que retrata a Marte,
el seno donde más se reconcentra
todo manjar, con estocada hiere,
y no manjar, sino vivir digiere.

Al fuerte brazo, a la cuchilla ardiente
del gallardo Antolín, gloria de Oviedo,
se postra el más osado, el más valiente,
sembrando con la vista asombro, y miedo:
divide a Florisel con un fendiente,
y la orgullosa vida de Tancredo,
en la sazón más verde, y más florida,
destronca el fiero con horrenda herida.

Con la maza el indómito Rodrigo
derribando guerreros, se descubre:
de su valor el campo es buen testigo,
a quien de sangre, y miembros llena, y cubre:
no se muestra tan áspero enemigo
contra las hojas el rigor de Octubre,
como con ellos el mancebo fuerte
ministro inexorable de la muerte.

No da ventaja a éstos el destrozo,
que la furia de Ibáñez deja hecho,
pues arrojado de la lanza el trozo,
con la espada traspasa a Linco el pecho:
osado había el arrogante mozo
prometer de pasar por el estrecho
de opuestas armas, no con paso tardo,
por traer la cabeza de Bernardo.

Mas su promesa, en la vibrante punta
del enemigo acero halló guarida,
por quien la boca con la tierra junta,
tarde del blasonar arrepentida:
luego de Belisén dejó difunta
la fábrica tan noble, cuan temida,
por haber sido en varias ocasiones,
el terror de contrarios escuadrones.

Sancho, de ilustre tronco heroica rama,
da de su antigua prez honrosa muestra,
ansias, y horrores de Átropos derrama
su ardiente brío, su invencible diestra:
jamás vieron los ojos de la Fama
tan recios golpes en Marcial Palestra;
con qu'el impar destronca, parte, y hiende
a quien su furia contrastar pretende.

Cuando con los ardores de su greña
el ya elevado padre de Faetonte
vuelve la nieve líquida, y risueña,
y cálido el más frígido Horizonte;
tal, espumante arroyo se despeña
por las toscas espaldas d'alto monte;
así tronchando enebros, y lentiscos,
guerra amenaza a los soberbios riscos.

El gran Laínez el estoque esgrime,
ardiendo todo en iracunda saña,
mortal ya, por su causa, el uno gime;
ya con su sangre el otro el suelo baña:
de Coradino el ímpetu reprime,
a quien briosos juventud engaña;
y con la punta el pecho le escudriña;
funesto fin de temeraria riña.

Roba un Ladrón de singular Guevara
las más preciosas vidas de Franceses,
y por truenos, y rayos quien repara,
juzgando está sus tajos, y reveses:
no es posible esperalle cara a cara,
sin recibir sangrientos intereses;
y así, como turbión, que pase, dejan
los que en tal punto del morir se alejan.

¿Quién pintará del furibundo Mendo
el memorable esfuerzo, y valentía?
Veloz discurre, sin cesar, hiriendo,
y cuanto se le opone al suelo envía:
mas hago error, si referir pretendo
todo lo prodigioso deste día,
baste apuntar, que por diversos modos,
espantables se muestran casi todos.

No son del bando opuesto las proezas,
en cantidad, y en calidad menores;
que cortan piernas, brazos, y cabezas
de varios combatientes los furores:
a Nuño de Alvear partido en piezas,
esparce encima de silvestres flores,
el corajoso Provenzal Fisberto,
y d'un mandoble a Orduña deja muerto.

El robusto Serván priva de aliento
al Cántabro Fermín, y con presteza,
hace que pruebe el último tormento
Diego, contrastador de su fiereza:
cayó sobre el arzón el cuello esento,
que aun muerto ya, manifestó entereza,
si de quien le miró con maravilla
rato después desocupó la silla.

El furor del intrépido Vivaldo

usurpa de la Parca el ejercicio:
por él viste algún rostro color gualdo,
viendo de tanta vida el desperdicio:
mas deja atrás el impaciente Arnaldo
a cuantos siguen el sangriento oficio;
de Guarino la cólera quebranta,
y abre puerta a su orgullo en su garganta.

A Ginés combatiente primerizo,
de la silla que ocupa desencasa;
y en pena de que fue tan movedizo,
sobre él, cual rayo, el formidable pasa:
de salir a campaña antojadizo,
menospreció regalos de su casa;
mas agora, muriendo atropellado,
suspiros da por el primer estado.

Petronio de Pasquier, membrudo Atlante,
laurel fabrica a sus altivas sienes,
corre contra Antolín precipitante,
y males mezcla en sus triunfantes bienes:
un repentino golpe fue bastante
a turbar los aplausos más solenes,
que otorgaron jamás propias, y estrañas
gentes a invictos, en razón de hazañas.

Embistiole con hórrida bravura,
en tanto que con Flerio combatía,
y a su siniestro brazo dio abertura,
rasgando la nervosa compañía:
forma luego altibajo, que asegura
convertir al contrario en tierra fría,
mas Antolín el golpe del sañudo
repara, haciendo de su estoque escudo.

El natural, furioso movimiento
eclipsa del violento la pujanza,
y da lugar al enemigo intento,
para que hiriendo, logre su esperanza:
Antolínez colérico, y sediento
de mortal, y prestísima venganza,
comienza a despedir sobre el avieso,
golpes que exceden al granizo espeso.

Hirióle al fin, en partes diferentes,
y sin duda Pasquier su muerte viera,

si tropel de oprimidos combatientes
a los dos, sin pensar, no dividiera.
Varios son de la lid los accidentes,
quién embiste, quién huye, quién espera,
y quién de su nobleza compelido,
morir con honra elige por partido.

El combatir del uno, y otro bando
tesón iba cobrando más ardiente,
iguales siempre en competencia, cuando
se vio turbado el aire de repente:
su imperio negras nubes ocupando,
denso tapiz de máquina fulgente,
mostraron ser, brotando de sus fríos
senos, arroyos con caudal de ríos.

Del horrible turbión el ceño grave
en su favor a Bóreas apellida,
y él, que servir en las borrascas sabe,
para rayos, y truenos se convida:
es fuerza, que el rencuentro se destrabe
en corto espacio, por buscar guarida,
vuelve el Francés el rostro, a cuyos ojos
rigor de viento, y lluvia causa enojos.

A la gente de Asturias sólo hiere
por detrás, el furor del aguacero,
y así ventaja en el combate adquiere,
siguiendo, y aterrando al delantero:
tener al Cielo de su parte infiere
quien los reparos puede entrar primero:
tal ve de su esperanza oscuro el verde,
pues antes de llegar, la vida pierde.

Viendo el noble Beltrán a los que rige
divididos, confusos, y turbados,
del escuadrón la retaguarda elige,
por unir, y esforzar los acosados:
mas como en vano el miedo se corrige,
y el feroz proceder de los nublados
con fieros, y amenazas no se aplaca,
sólo de su fatiga, enojo saca.

Impide a quien vozea la obediencia
de batidoras armas el rüido;
y hace del temporal la turbulencia,

que menosprecie el tímido al temido:
escogiendo por medio la violencia,
castiga al opresor, y al oprimido:
mas en Ricardo cólera provoca,
y con suprema furia con él choca.

El ímpetu del Joven al anciano,
herido a muerte, del bridón derriba,
por quien rompido el edificio humano,
libre sale a volar el alma altiva.
Al volver el ya muerto, al vivo ufano,
en él despierta la piedad nativa,
y quiere que varón de prendas tantas,
suelo no venga a ser de viles plantas.

¡Oh Beltrán sin segundo! (dice, en tanto
que con él parten), hoy tus confianzas
a los tuyos darán tristeza y llanto,
que era tu vista el nervio de sus lanzas:
¿quién formará de tu valor el canto,
si debieran forjar tus alabanzas
los Homeros, los Fidias, los Apeles,
con plumas, con buriles, con pinceles?

Tras esto, a recoger la trompa suena,
juzgando tal alcance no seguro;
porque teme el Caudillo, que lo ordena,
tener cercano el enemigo muro:
mal su coraje el Español enfrena,
mas es acento igual fuerte conjuro,
y así porque Ricardo no se enoje,
veloz todo guerrero se recoge.

LIBRO NONO

A el Sol mostraba la divina lumbre
de su rubia guirnalda; ya los prados
libres de la nublosa pesadumbre
campeaban risueños, y argentados.
Del alto monte en la selvosa cumbre
ya capillas de músicos pintados
cantan diversos motes de alegría,
por la serenidad que el Cielo envía.

Ya la impaciente fiera, que en la gruta
se vio cercada del diluvio breve,
en conservar su ser pronta y astuta,
para buscar sustento el paso mueve.
Ya el pesado y undoso arnés permuta
quien peleó, con otro enjuto y leve;
y ya para el combate venidero
limpio de todo humor deja el acero.

Apenas toca la Francesa gente
el sagrado Imperial, donde se ampara,
cuando menos echó con vehemente
dolor, del gran Beltrán la vida cara:
era amado de todos el valiente;
así, por su ocasión, nadie repara
en el riesgo que corre, si le busca;
que grande amor cualquier discurso ofusca.

Al punto pues, se ofrecen infinitos
a no volver sin él, o vivo, o muerto;
buscando sin cesar, varios distritos,
hasta que tengan dél aviso cierto.
En tanto se oyen lastimosos gritos,
y queriendo impedir su desconcierto,
que forma ven lamentación tan alta
la huérfana familia del que falta.

Carlo, que cese manda el desconsuelo,
premio ofrecido conveniente al grado
de su antiguo servir, cuando el recelo
quedase infaustamente confirmado.
Luego, comete a diez, que émulo vuelo,
cuanto contiene el valle penetrado,
ejerciten por él; obedecido
siendo al punto del número escogido.

Los sitios buscan de l'atroz pelea
de sangre tintos, y de horror cubiertos,
y éste y aquél por ver a quien desea,
examina la escuadra de los muertos.
La Parca variamente horrible, y fea,
con destrozos confusos, deja inciertos
los que del Adalid las señas piden;
y así, por encontralle, se dividen.

En esto en el ejército Asturiano

al arma tocan la trompeta, y caja,
por mirar que d'un cerro a un verde llano
un lucido escuadrón con orden baja:
mas pronto corredor qu'es el Britano
manifestó, con que el rumor se ataja,
los Católicos ojos alegrando
el noble objeto del amigo bando.

Recibe el General con gozo, y fiesta,
el cuerpo altivo de la Inglesa huete,
y del Galo jayán la erguida cresta
cierto espera postrar sólo con éste:
cuartel para los huéspedes apresta,
y porque el tratamiento manifieste
del amor entrañable las primicias,
interpone regalos, y caricias.

Mas ven dos de los diez, a quienes toca
rastrear de Beltrán la oculta huella,
que por entre unos árboles, desboca
serrana tan briosa, como bella:
no juzgan ambos a ventura poca
su aparecer; y al improviso della,
antes que plumas ponga al pie ligero,
se informan del ausente Caballero.

Varón d'esas insignias (les responde)
muerto le vi en el límite, qu'encierra
los fuertes de León guerreros, donde
voy a vender los frutos de mi tierra:
a las señas en todo corresponde;
mas porque, como veis, la noche cierra,
y ya se esconde el Sol, en el Ocaso,
a Dios, y permitid que alargue el paso.

Esto apenas formó, cuando su vuelo
las alas más ligeras no alcanzaran;
infundiendo en los dos, tal desconsuelo,
que en si parte, o si queda, no reparan:
quitado pues, de su ignorancia el velo,
con la nocturna oscuridad se amparan;
del armado talón haciendo prueba,
hasta que a César dan la triste nueva.

El sentimiento en todos excesivo
llanto pudo sacar de muchos ojos;

y osó llamar, a los que cuando vivo
governaba Beltrán, Campiones flojos.
Mas viendo Carlo en cautiverio esquivo
del venerable anciano los despojos,
quiere, que de su parte se hable, y ruegue
al General, para qu'el cuerpo entregue.

Ya parte escuadra con funesto traje,
y donde está Bernardo en breve llega,
a quien manifestando su mensaje,
que su demanda otorgue, humilde ruega.
Al vencedor (responde) hiciera ultraje
quien hiciera sin él, igual entrega,
por Ricardo Beltrán perpetuo sueño
cobró; disponga dél, qu'él es su dueño.

Inútil es conmigo la porfía
de ruegos, fomentados con suspiros;
veis a Ricardo aquí, la lengua mía
sólo podrá de intercesor servir:
mas pedid, que su mucha cortesía
no querrá sin tal gracia despediros.
Dijo: y Ricardo, que su loa advierte,
con sumisión, discurre desta suerte:

Si del qu'es en el campo de aquel Cielo,
luciente obrero de fatiga eterna,
propios los partos son, que engendra el suelo
su fuerza obrando en la materia tierna;
de toda lid el vitorioso vuelo
propio será también del que gobierna;
siendo, sin que de obrar la espada trate,
su prudencia, y su brío quien combate.

Según esto, Señor, a ti debido
es el honor de todo vencimiento;
que tú, Sol de milicia esclarecido,
comunicas vigor, prestas aliento.
Así los dos se ensalzan; y al vencido
entregan de común consentimiento;
queriendo se le den, al entregallo,
sus armas, su divisa, y su caballo.

Ya en hombros sacan el honroso peso,
y al campo marchan con fúnebre pompa:
ya el dolor más oculto deja expreso

el triste son de enronquecida trompa:
es forzoso, qu'el trágico suceso
otra cualquiera plática interrompa;
obligando a narrar del conducido
las altas partes, y el valor crecido.

Ya llegado al Real, le hacen corona
los Pares, y la gente más lucida;
y el mismo Emperador quiere en persona
el cadáver honrar, que amaba en vida.
Mas si aquí la virtud se galardona
con ser llorada en la postrer partida,
la de Beltrán halló premios honrosos
en varones, sin número, llorosos.

Carlo, puestas en él las nobles luces,
esto formó, con reposado aliento:
¡Oh tú, que ya como Planeta luces,
desencasando, al quinto de su asiento;
tú, que tan larga edad las blancas Cruces,
con alma invicta, y único ardimiento,
podiste hacer triunfar de lunas blancas,
siendo en su perdición, tus manos francas!

Ya que para cobrar fiero tributo
de tu vida, la muerte halló licencia;
ya que cortó de la virtud el fruto,
que en el suelo causaba tu presencia;
pues te consta el dolor, tristeza, y luto,
que todos heredamos con tu ausencia,
¡oh varón singular!, allá en la gloria
no pierdas de los tuyos la memoria.

Ya que Francia sin ti, cual Polifemo
sin vista, y con asombro, es fuerza quede,
delante agora del Rector supremo
por tus caros amigos intercede:
que sólo de tu pérdida el extremo
con presupuesto igual, templarse puede,
y aun así en nuestras haces habrá hecho
la Parca menos daño, y más provecho.

Calló; y un edificio se levanta
como en tal ocasión mejor se pudo,
que los ornados huesos de honra tanta
usurpe al tiempo de piedad desnudo:

tras esto, en brazos de robusta planta
cuelgan divisa, espada, arnés, y escudo;
grabando largas letras, cuya forma
así del bulto al caminante informa:

Para, ¡oh huésped! Aquí Beltrán se encierra,
impar batallador, Par sin segundo,
blando en la paz, intrépido en la guerra,
de hazañas celebérrimas fecundo:
volvióle infeliz hado poca tierra,
mas porque a su pesar le honore el mundo,
entre inmortales triunfos, y vitorias,
la eternidad pregonará sus glorias.

Dejan colgada en torno de la Pira,
muchedumbre de insignias, y trofeos,
de su altivez, y generosa ira
empresas dignas, y únicos empleos.
Mas porque el Sol en el Oriente espira,
y los hermosos campos vuelve feos
la escuridad, que del Poniente sale,
al Guerrero se da el último Vale.

Hecho el piadoso oficio; contra el fiero
matador ya cualquier rayos vomita:
pretende en la venganza ser primero
cualquiera, y en furor se precipita:
mas la voz respetada alzó Rugero
(a quien de enojo el corazón palpita,
por ser del sepultado fiel amigo),
diciendo: Escuchen todos lo que digo.

Yo la venganza del Francés Aquiles
pretendo hacer en singular pelea,
yo, el temerario Inglés de fieras viles
formidable sustento haré que sea:
con este fin, mañana los cerriles
términos dejaré desta trinchea:
esto debo al amor, esto al respeto
de qu'es digno Beltrán, y esto prometo.

Del famoso Africano la promesa
aplausos concitó, produjo gozo:
y sola Bradamante se embelesa
con el común mumúreo, y alborozo.
Aspiras, ¡oh Rugero!, a grave empresa,

que no es menos que tú, gallardo el mozo;
mas ¿cómo tanto a tu pasión te rindes,
que del modesto hablar dejas los lindes?

Del público propuesto desafío,
para alcanzar licencia al Magno llega,
y él, que tiene noticia de su brío,
loando su valor, no se la niega:
ya de la noche el velo oscuro, y frío
la máquina del mundo ofusca, y ciega,
sosiega el hombre, al campo sale el bruto,
del sustento aplicándose el tributo.

A Bradamante ya, quietud, y sueño
quita el incierto fin de lo tratado,
como amante recela, y a su dueño
libre gustara ver de tal cuidado:
quisiérale sacar de aquel empeño
por su persona: en fin, el que su lado
dichoso goza, al vacilar despierta,
para podelle hablar, abriendo puerta.

Si no duermes (le dice), ¡oh dulce esposo!,
los dos de lo que importa un rato hablemos,
ya que para más sueño, y más reposo,
con más comodidad, tiempo tendremos:
tengo ser femenil tan animoso,
que de mujeres huye los extremos;
son prolijas, son tiernas, son medrosas,
para mi inclinación partes odiosas.

Mas no mirar los riesgos, es locura,
que nunca el animoso es temerario,
y si hay en lid desdicha, si hay ventura,
estimar es prudencia al adversario:
así, mi bien, por nuestro amor, procura,
pues de Fortuna el proceder es vario,
que pruebe tu enemigo en la Palestra
los fulminantes rayos de tu diestra.

Saben los Cielos, saben, si quisiera
ser yo del homicida la ofensora,
porque en peligro, aun mínimo, no viera
el noble pecho, en que mi alma mora:
aunque tu corazón muy bien pudiera
usar menos rigor con quien le adora,

dejando de ofrecerse a desafíos
para temer, no ajenos, sino míos.

En esta forma advierte, y se querella,
al labio de rubí poniendo sello,
mas él, que nota el ansia de la bella,
con los brazos circunda el blanco cuello:
¡Oh tú de mis naufragios firme estrella!
¡Oh tú deidad por quien los hados huella!
Perfectísimo albergue de bellezas,
¿diciendo cómo en ti reinan tristezas?

¿Dónde el aviso está, dónde el desnudo
de tu persona dotes singulares?
¿Dudan de mi valor? Pues darles puedo
de sus obras, no lejos ejemplares:
¿mostró descuido, acaso, mostró miedo,
tantas veces lidiando con los Pares?,
o ¿será más valiente aquel Ricardo,
que el fiero Rodamonte, o Mandricardo?

¿Cómo lugar en ti recelo halla?
Despídele; no más; cese la pena;
qu' es cosa indigna de quien viste malla,
temer sin causa adversidad terrena.
Segura estar podrás, que en la batalla
asiré la Ocasión por la melena,
y cierta, que pondré en estoque, y lanza,
la destreza que alcanzo, y la pujanza.

Bien por entero sabes, lo que debo
del ínclito Beltrán a la memoria;
fue mi segundo padre, fue mi Febo,
para seguir la senda de la gloria:
sin causa pues, ¡oh vida!, no me muevo,
antes, como tan justa, la vitoria
me dará del Inglés, y así desecha
de contrario suceso la sospecha.

Dijo; y tierno doblando los abrazos,
a Endimión imita con Diana,
y con dulce Morfeo, en tales lazos,
los encuentra envidiosa la mañana.
Ya los instantes juzga largos plazos
por armarse Rugero; mas la hermana,
que triunfar imagina del Britano,

presupone ganalle por la mano.

Y apenas el Aurora de su risa
al soñoliento mundo muestras daba,
cuando dejado el lecho, el suelo pisa,
precipitosa, y como Tigre, brava:
el conocido arnés, y la divisa,
con que ser pudo admiración octava,
deja por otro, de su pecho dino
si por lustroso no, por temple fino.

Tan sólo de un trompeta se acompaña,
y así desconocida el campo deja,
antes que el valedor de la campaña
por las cumbres esparza su madeja:
llegada al sitio, en que la luz de España
hace al viento ondear la Cruz bermeja,
manda tocar al punto el metal hueco,
y que batalla pida con el eco.

Mas porque, sólo aquel guerrero acuda,
su nombre esprime a la primera posta;
de que, admirada, tiene por sin duda,
que ya la flor de su esperanza agosta.
Adonde estaba aquél, otro se muda,
y suelto, sigue una vereda angosta,
cuya corta distancia a parar viene
donde su pabellón Bernardo tiene.

Vestido estaba, porque de otra forma
jamás le vio la expedición presente;
que así ronda el Real, que así se informa
del contrario escuadrón, que aloja enfrente:
siempre sirve a los súbditos de norma
quien ocupa lugar más preeminente:
mas con debido término, el soldado
en el tenor siguiente dio el recado:

Señor, cierto guerrero, que hasta ora
tan sólo manifiesta su osadía,
por Ricardo pregunta, y con canora
trompa, sólo a Ricardo desafía:
a mi puesto llegó cuando l'Aurora,
y primero que fuerzas cobre el día,
pide, que se comience la pelea,
que no esperar, sino vencer desea.

Desta provocación se lleve aviso
al valeroso Inglés, que a su persona
de tal competidor el fin preciso
ya previniendo está triunfal Corona.
Si prisa trae, con paso no remiso
la osada vida rendirá a Belona.
Apenas esto el General formaba,
cuando en su habitación Ricardo entraba.

I

El largo aliento, que el clarín derrama
sus plantas, y su ánimo apresura;
y ambicioso de honor, de quien le llama,
ya ver quisiera el talle, y la postura.
De generoso espíritu se inflama,
y con afecto, agrado, y compostura,
para salir a dar aquel castigo,
pide licencia a su cordial amigo.

¿No sabremos (Bernardo dice al dalla)
quién es primero el que a la lid incita?
Que si de calidad falta se halla,
en vano devanea, en vano grita.
Debo acetar en duda la batalla,
responde el provocado; y porque irrita
con pesadas razones el de afuera,
el poner todas piezas acelera.

En el caballo sube, el puente pasa,
y al novel enemigo reconoce,
la celada miró de pompa rasa;
y en todo quién oculta desconoce:
dícele al fin, no con modestia escasa:
¿Eres acaso alguno de los Doce?,
que sólo puede ser, si disfrazado,
un Paladín, guerrero tan osado.

No atiende a su decir Marfisa, y trata
sólo de acometer, sin dar respuesta,
mas viendo ya, que el embestir dilata,
con arrogante modo le denuesta.
Ricardo, para herir quien le maltrata,
previene su vigor, su lanza apresta,
y el uno para el otro arremetiendo,
forman con firme toque horrible estruendo.

No de las astas el vigor crecido
pudo causar en ambos movimiento,
mas al parar la indómita, rompido
halló de su celada el ligamento.
Hizo ondear, sin dilación, Cupido
vaga madeja de oro por el viento;
y mostrando al Varón la Fénix hembra,
llamas de amor en sus entrañas siembra.

Si del alma los ojos son cristales,
seguidores temáticos de antojos,
hallándose en los bienes, y en los males
las almas asomadas a los ojos;
¿qué mucho, que bellezas celestiales
adquieran ojos, y almas por despojos?
¿Qué mucho, que se vuelva en un instante,
el libre siervo, y el esquivo amante?

Él viendo pues, que con airada tema,
a nueva disensión la Dama instiga,
Detente (dice), que deidad suprema
no es justo, que los mínimos persiga.
¿Sólo en rigor tanta beldad se extrema?
¡Ay, que no es bien! Repórtate, y mitiga,
primero qu'el ardor desa bravura,
el violento poder de tu hermosura.

Templa tus ojos, rígidos soldados,
que a quien su luz precipitante mira,
comunicando asombros regalados,
incendios subministra, y rayos tira.
Ya por oculta fuerza de los hados
mi voluntad a sujeción aspira:
¿A qué el estoque sacas? Tente. ¡Ay triste!,
tu prisionero soy, ya me venciste.

En esta forma, y otra más extensa,
que pudiera abrasar la nieve fría,
al duro objeto de beldad inmensa
Ricardo, amante ya, su amor decía.
Mas en tanto que así movella piensa,
llega un varón, con poca compañía,
y parándose allí, la dulce hebra
de su amoroso hablar, airado quiebra.

¿Qué's esto? (dice, vuelto a la guerrera)

¿Tratas de guerra, o paz?, ¿a qué has venido?
¿Dónde tu yelmo, dónde la cimera
pudo quedar? ¿Dónde el arnés lucido?
¿Es lo que miro en ti sueño, o quimera?
Mas ya tu pecho, hermana, está sabido;
bien clara está tu pretensión; ya veo,
que aspiras a mi lauro, a mi trofeo.

Mas di, ¿por qué me ofendes? ¿Por qué intentas
tener en poco a quien el mundo honora?
¿Por qué quieres, publique mis afrentas
en toda edad la Fama vividora?
¿Es posible, Marfisa, que no sientas,
ser de mi deshonor causa, y autora?
Dijo; y mientras el yelmo se adereza,
a hablar así con el Britano empieza:

¿Sois por ventura, aquel, que acompañado
de muchas gentes, dio muerte a uno solo?
Solo en valor, y solo en ser soldado
famoso, deste al contrapuesto Polo;
que si sois, os propongo en estacado,
que no con valentía, mas con dolo,
eclipsastes el sol de aquella vida,
que fue tan respetada, cuan temida.

Yo soy (responde el Joven) quien bastante
puede ser a rendir un mundo entero;
y quien, como debió, quedó triunfante
del que apuntas insigne Caballero:
y a ti, que muestras ser tan arrogante,
probaré con los filos deste acero,
que la verdad de lo que fue destierras,
y que en sentirlo en otra forma yerras.

Faltole al duelante el sufrimiento,
y furioso ya casi arremetía,
mas de Marfisa el ímpetu violento,
el suyo al improviso detenía:
muévase la valiente con intento
de dar remate a la primer porfía,
No es tuya (dice) esta refriega, hermano,
qu'es por razón más propia de mi mano.

Pues antes vine, y éste me ha ofendido,
en dejar desarmada mi cabeza,

yo batalla con él primero pido,
que a mí bastante causa la endereza.
Brama Rugero, en cólera encendido,
y de la bella Palas la estrañeza
no pudiendo frenar por algún modo,
viene a romper con el sufrir del todo.

L'altiva Bradamante, que se hallaba
acompañando a su querido esposo,
visto el nuevo debate, que se traba,
quiere, que su valor no asista ocioso:
en tanto que esta riña se destraba,
dice al Inglés atónito: El reposo
que tenemos, es justo que perdamos,
y que los dos a solas combatamos.

Responde: Bien será; y apercebido,
ya para acometer, atrás se hacía,
mas de la esposa el acto vio el marido,
y al punto a disturballos acudía:
¿Qué's esto? (dice) ¿Acaso sin sentido
estáis las dos? ¿No veis qu'es cobardía,
no sólo perturbar muchos a uno,
sino manchar el crédito de alguno?

¿Usan los que produce Claramonte
en ministerio igual, de modos tales?
Y tú, si planta de fragoso monte,
¿pudiste aprender esto entre animales?
Cuando el laurel del fiero Rodamonte
mis sienes en París dejó triunfales,
¿fue menester, decid, que vuestro estorbo
quitase el golpe de su alfanje corvo?

Así hiere a las dos: mas no aprovecha,
que ya su obstinación se vuelve sorda,
y más cuanto más dice se despecha,
que airado aviso del deber discorda:
mirando en fin, borrasca tan deshecha,
de su furia el bajel Rugero aborda,
juzgando a su decoro necesario
defender de las Damas al contrario.

Puesto a su lado pues, Nadie se mueva
(prosigue), o verme espere descompuesto;
y tú esta vez en don la vida lleva,

aunque pienso quitártela bien presto:
con brevedad, vendremos a la prueba
de las armas, y en este, o vario puesto,
libre de quien aquí me contradice,
veras obrar lo que mi lengua dice.

Tras esto, a entrambas con blandura obliga
a que den al ejército la vuelta,
si bien, la bella, y áspera enemiga
de volver al combate va resuelta.
Viendo partir la que su arbitrio liga
el abrasado mozo la voz suelta,
mas del tierno, amoroso pensamiento,
partícipe tan sólo queda el viento.

¿Por qué (dice), Campión, por qué afirmaste,
que recibiese en don de ti la vida,
si me deja sin ella en el contraste,
la que partió bellísima homicida?
Cortés, conmigo cortesía usaste,
mas ser de mí no puede agradecida,
que en tiempo tal fue la blandura acerba,
pues para graves penas me reserva.

Todo albedrío su esplendor conquista,
con süave violencia, sin estruendo,
que a tan bello poder no hay quien resista,
si un muelle que rompí me deja ardiendo;
con la dulce influencia de su vista,
más sujeción que libertad pretendo,
ya desde que la vi, no sé si vivo,
vida tendré, si fuere su cautivo.

El guerrero quedó, bien como en prado,
pastor entre relámpagos, y truenos,
que de flechas de Jove amenazado,
libre escapó, cuando pensaba menos:
sólo de aquel rumor sacó el cuidado
de volver apacibles, y serenos
ojos de tal rigor, a cuya Ara
ya todo en sacrificio se prepara.

A todo aquel suceso estuvo alerta,
y del arnés ceñido el Asturiano,
por dar, si menester, en la reyerta,
socorro con escuadras al Britano:

mas ya la oculta causa descubierta
de haber salido el desafío vano,
el de más opinión, y el que más vale
con rostro alegre, a recibirle sale.

Mas en tanto, que allí con vista opuesta
el uno, y otro ejército se mira;
Marsilio llama, cuando el Sol se acuesta,
Zaida qu'en hermosura al mundo admira:
el enviar sin dilación, a ésta
a ser del Franco penetrante vira,
en la crüel memoria tiene fijo,
que así Aletto en Abdallá, se lo dijo.

Era Zaida en sus años virgen rosa,
a quien l'aurora de su verde nudo
desata el rosicler; beldad ociosa,
que tiene la vergüenza por escudo:
de todos deseada; deseosa
de nadie; sin afecto, pecho rudo;
y así cualquier acción de tierno amante
purpureó la tez de su semblante.

Por trofeo, o costumbre, sus esferas
brotaban amorosos accidentes;
consiguiendo entre todas, las primeras
alabanzas de lenguas elocuentes:
arco fatal en yermos de las fieras,
dulce arpón en poblados de las gentes,
que su desdén, su discreción, su brío
universal gozaban señorío.

Feliz unido, pretendió cualquiera
de tal planta tener caros renuevos,
mas sus alas al Sol fueron de cera,
todos en sed de amor Tántalos nuevos:
de sus años asi la primavera
se deslizaba estéril; ni en mancebos,
mayores en fortuna, o sus iguales
de afición imprimió jamás señales.

Llegada pues, le dice: ¡Oh dulce prenda,
hija cuanto al amor, mas que sobrina;
a cuyo raro aviso, larga ofrenda
debe la discreción más peregrina!;
a que se menoscabe, a que se ofenda

el altivo Francés mi intento inclina;
pues será cierto, a no impedirle el paso,
el producir su Oriente nuestro Ocaso.

Sabes, que convoqué para el efeto
cuantos Moros turbantes mira España,
que le pondrán en turbación, y aprieto,
si esperanza tan sólida no engaña:
mas sólo a ti previene Policleto
bulto inmortal por inaudita hazaña;
sólo de ti nuestra ventura pende,
lo que pretendo es esto, Zaida atiende:

No quisiera el Francés en Roncesvalles,
dar a su expedición Ocasión calva,
de los nuestros estima aliento y talles,
y así su gente en baluartes salva:
mas conviene que tú la entrada halles,
y ya que excedes en belleza al alba,
con beldad sus reparos acomete,
que vitoria Cupido te promete.

Usa cuantos ardides, y atraimientos
pueden hallarse en amorosa escuela;
arde los más helados pensamientos;
y alguna vez el más ardiente yela:
fomenta con caricias los intentos;
asalta, rinde, y sobre todo, vela,
en que los asaltados, y rendidos
sean, pudiendo ser, los más validos.

Colmarán de placer nuestros deseos
los más que sujetares de los Doce,
y verá interrumpidos sus trofeos,
quando de su valor Carlo no goce:
el Hércules serás destos Anteos,
su fuerza con blandura se destroce;
ciego te siga, y quede el más robusto
en prisión, por tu traza, y por su gusto.

Con dulce modo, y plácido semblante,
esto Marsilio a su sobrina pide;
mas el tenor de caso semejante,
su rostro enciende, y su palabra impide:
su honesta obligación tiene delante,
y niega, que a tal hecho se convide;

que en Doncella tan ínclita, desdice,
el libre obrar de lo que el Rey le dice.

Mas viendo cuánto lo que trata importa,
y qu'es bien de la patria, y de su tío,
ella su corazón al hecho exhorta,
y al fin, en él renuncia su albedrío:
de palabras inútiles acorta,
y del rapaz gigante el poderío
llevar por guía en tal empresa ofrece,
y así agrada a Marsilio, así obedece.

Contento sin igual recibe el viejo,
viendo, que lo que pide, no le niega;
su frente besa, abrázala, y por deajo,
que con presteza parta pide, y ruega.
Ella recibe alegre su consejo,
y hasta dejar su albergue no sosiega;
preveniando, cuidosa, lo importante,
que suele dar alivio al caminante.

Al seguir el camino de Navarra,
consigo sus engaños comunica;
contémplase bellísima, y bizarra,
y en su virtud, mil máquinas fabrica:
a su esperanza juzga verde parra,
que fértiles racimos pronostica;
y en tanto, que llegar al campo trata,
plantas, yerbas, y flores de amor mata.

Mas óyense del Magno en los cuarteles,
no vistos alborotos, y rumores,
cuando el Sol de la tierra los doseles
por despedida, borda de colores.
Allí voces se dan; aquí tropeles
se sienten, de diversos corredores,
y volando la voz, dice al oído,
que de una pretensión nace el rüido.

En tanto, que al farol de Francia y Roma
desde Lagón , Rugero el paso mueve,
y que en sentido próspero se toma,
sabida la ocasión, la vuelta breve;
pues nadie ignora ya, cuán mal se doma
cólera femenil cuando se atreve,
el vulgo, como suele, en los cantones,

trata de venideras provisiones.

Del cargo de Beltrán publica dino,
tal, al Señor de Brava solamente,
tal, a Reinaldos pone más vecino,
por no menos brioso, que prudente.
Tal, sigue con amor otro camino,
y el gran bastón de aventurera gente,
afirma, que a Rugero es justo darse,
pues debe por su causa aventurarse.

También Dudón, Gaiferos, y Ricarte,
para tal elección son admitidos,
por ver que embiste, hiende, rompe, y parte
en los trances cualquiera más temidos.
No falta quien propone a Durandarte,
si bien entre sus míseros rendidos
le pone Amor, mas esto no le daña,
qu'es Píramo en ciudad, Marte en campaña.

Son pocos los que eligen a Carloto,
que reconocen ser mozo, y travieso,
y siempre con su padre estando roto,
gran tiempo hallose por su orden preso.
El que pudo romper del fiero Noto
el cuerpo vano, con humano peso,
ya por más cuerdo, y menos atrevido
se nombra, y es de algunos elegido.

Destas altercaciones la quimera
entra por los oídos de los Pares,
mas rumor semejante a nadie altera,
porque son en modestia singulares:
sola de Galalón el alma fiera
juzga las elecciones por azares,
de que nadie le nombra, ya se agravia,
y casi muere de dolor, y rabia.

Con modo vil, y abominable trato,
del grande Emperador la gracia ocupa:
sin par en lucimiento, y en ornato,
por quien sagaz la sangre al Reino chupa:
semejante en estruendo y aparato
al que compone Egipcia Catadupa⁴⁵:
entre guerreros, tímido terrible,
al ver, como al obrar, aborrecible.

Entra mal admitido en cierta Junta,
donde están el de Anglante, y don Gaiferos,
y si alcanzan acaso, les pregunta
quién Caudillo será de aventureros.
Aunque (responde Orlando) el vulgo apunta
ya su elección, sus ecos son parleros,
pues ninguno hasta ora, cierto sabe
a quién puede tocar el baston grave.

No sabello (replica) es desvarío,
estando tan patente, y manifiesto,
que ese bastón, es por derecho mío,
y lo verá, quien lo dudare presto.
De su injusta ambición visto el bajío,
mirole Orlando con sañudo gesto,
Y ¿quién eres (le dice), oh tú que entablas
tanto tu estimación con lo que hablas?

Yo soy (prosigue el otro) el que estimado
es del Emperador por valeroso,
y quien en paz, y guerra señalado
le pudo hacer su proceder honroso.
Cuando la posesión de lo tratado
conviniera entregar a un alevoso,
nadie (responde Orlando) la quitara
al noble Galalón de doble cara.

Viéndose maltratar al improviso,
el vil cobarde, del Señor de Brava;
sintiendo alteración, decirle quiso,
que sin duda en lo dicho se engañaba:
mas el Campián, que con airado aviso
las palabras del tímido escuchaba,
con acto pronto confirmó sus miedos,
y en su rostro estampó los cinco dedos.

Hecho el tiro, confúndese la rueda,
y el azar del agravio se baraja;
siendo forzoso al fin, que retroceda
el vano pretensor con frente baja.
Gaste (publica Orlando) esa moneda
quien supone en sus méritos ventaja,
siendo, cual es, públicamente indino,
y pague su ambición, y desatino.

Siempre, no con espada, ni con brazos,
que pena igual a su locura cuadra
defenderé tan sólo a puntillazos,
a solas me lo pida, o en escuadra.
Mas como las traiciones son sus lazos,
y es perro, que no muerde, si bien ladra,
tendrá para reparo de su mengua,
si en las manos temor, hiel en la lengua.

Ya con quejosa voz el agraviado
clama, y su ofensa dice al Imperante,
la justa indignación del alterado
calla, y niega haber sido provocante:
mas César, con semblante sosegado,
no quiere permitir pase adelante;
y con acción, que rectitud promete,
a voz neutral la relación comete.

A Galalón culpó; bien que disgusto
le ocasionase Orlando con lo hecho;
que donde asiste el Príncipe, no es justo,
que por sí quede nadie satisfecho:
tampoco es bien, que el débil al robusto
de pública ignominia rinda pecho;
aunque esta vez el pérfido atrevido
pagó, como debió, lo merecido.

Mas para dar señal de sentimiento;
y porque desto allí otro se abstenga,
quiere Carlo, que el Conde en escarmiento,
su mismo pabellón por cárcel tenga.
Oyó del Rey Orlando el mandamiento,
y del ministro la cortés arenga,
no acabando de oír: ¡Cesa! (le dice)
¿Prisión a mí? ¿Por qué? ¿Qué es lo que hice?

¿Por dar a un vil castigo, Carlo prende
quien fue en las lides de su Reino escudo?
Mas infórmase mal, y mal entiende
juez, que de pasión no está desnudo.
¡Qu'el falso hablar del que a su patria vende,
lugar hallase en él, movelle pudo!
Ve, Nuncio, ve, refiere a quien te envía,
que en más estime la persona mía.

Dile asimismo, que por causa leve

el más plebeyo la prisión desdeña;
que crédito no preste a lengua aleve
ni en la presente disensión pequeña:
también sabrá por ti, qu'en tiempo breve
(pues tan resuelto mi valor empeña)
a campaña saldré; su voz impere
qu'en campaña me prenda quien pudiere.

Dijo en cólera ardiendo; mas el fuerte
Reinaldos con templanza habló al Merino:
Al Rey da la respuesta de otra suerte,
que está impaciente agora su Sobrino.
Dile, ser imposible, que se acierte,
hallándose el contrario tan vecino,
en detener varón que tanto vale;
y que no es bien, qu'el bueno al malo iguale.

Despídele con esto, y vuelto al primo,
así placar su enojo determina:
Pues sabes lo que amo, y lo que estimo
tu sombra, sola de respeto dina;
quisiera ser en Oratoria Alcimo,
porque te persuadiera, cuánto afina
la obediencia el valor; mas bien lo alcanza
quien sirve en guerra con bastón, y lanza.

En ser obedecidos, su eminencia
fundan, y bien, los más sublimes dueños:
mandan en general, y su obediencia
de los grandes aprenden los pequeños.
Querer hacer a un Reino resistencia,
sin duda son difíciles empeños:
mal se contrasta, Conde, y mal se riñe
con quien empuña cetro, y lauro ciñe.

Al Rey obedecer será acertado,
y que de aquí momento no te quites,
aunque esta vez valor tan dilatado
en tan estrechos límites limites.
Hállase agora César enojado,
y justo no será, que más le irrites,
dale lugar; turbión será su ira,
que recio viene, y con presteza espira.

A estas, y otras sólidas razones
se rinde Orlando, y su coraje aplaca,

que al veneno de airados corazones
sirve razón bien dicha, de triaca.
La noche ya sus hórridos pendones,
para tender sobre la tierra saca;
de sueños, y fantasmas ya se arrea,
y entre tinieblas tímida campea.

LIBRO DÉCIMO

EL viviente mortal la bella estancia,
el manto de la luz ya se cubría,
por quien incierta, y lóbrega distancia,
de sí a los ojos certidumbre envía.
Ya en el dormido ejército de Francia
con lados⁴⁶ de dos albas, nace el día,
ambas llenas de amor, ambas gozosas,
ambas con igualdad, claras, y hermosas.

Mas causa gozo sólo la divina,
brota la humana gozo, ardor, y espanto:
cualquier mortal a su beldad se inclina,
cualquier ave a su loa ofrece canto.
Muéstrase en todo a todos peregrina,
manifestando a quien la mira, en tanto,
que corona de luz frente, y cabello,
pródigo de blandura⁴⁷ el rostro bello.

Cortas del noble ser comparaciones
fueran soles, jazmines, y claveles:
¡Oh cuántas de primor ostentaciones
hallaran en su bulto los sinceles!
¡Oh cuántas de las tuyas perfecciones
para Venus formar, copiara Apeles!
y ¡oh cuántos de afición nobles despojos
ya cuelgan de los Orbes de sus ojos!

Es ésta Zaida; y a matar la enseña,
cual Basilisco, el ciego con la vista:
arde la planta, abrázase la breña,
y a su hermoso poder no hay quien resista.
Su libertad todo albedrío empeña
por su ocasión; y tal a la conquista
viene, que el corazón más riguroso,
ya suspiros previene, de amoroso.

Las lenguas la subliman, y los ojos
lentos de admiración, la lisonjean:
ella lo echa de ver, y sus despojos
ciertos, sin dilación, juzga que sean:
tan bien entre las flores los abrojos
mañosa encubre, que los más desean
tenerla por su Norte, y hemisferio,
y vivir en tan dulce cautiverio.

Carloto la encontró, que a ver salía
l'aurora, ornada de jazmín y rosa.
Nueva deidad (le dijo), que sería
imposible, ser vos humana cosa;
decid, ¿a qué venís?, y ¿quién os guía
a parte ya, por vos, tan venturosa?
Y pues mi voluntad libre os concedo,
mirad si en algo aquí serviros puedo.

Del afecto curioso salteada,
casto rubí su ebúrnea tez rubrica,
y así como imprevista y recatada,
en el tenor de su decir se implica:
el cortesano hablar al rostro agrada,
que con blandura estimación publica,
y en voz, para dejarle más rendido,
arpón süave penetró su oído.

No es la que ves deidad, Señor (responde),
sino planta que al nada se desliza,
de corteza, que lástimas esconde,
de existencia inconstante y quebradiza:
quisiera hallar quien me guiara donde
asiste el que su nombre inmortaliza,
César, puesto que allá moviera el paso,
importándome hablarle en cierto caso.

De un hijo suyo ha sido la ventura
(le replica) de haberos encontrado;
y lo será mayor, que esa hermosura
le deje en sus disinios ocupado.
Yo, para que lleguéis a tal altura,
al punto os serviré de humilde grado:
venid conmigo, que será colijo,
no mal tercero con el padre, el hijo.

Agradeciendo Zaida igual oferta,
gozosa, della en la ocasión se vale,
y así el Joven, no en miedo Melicerta,
escudereando va la nueva Onfale.
Llegados ya, no se quedó a la puerta
la guía, que sin ojos de sí sale,
mas entra al padre luego, y le requiere,
con que estrangera Dama hablarle quiere.

¿Tú el recado me das? ¿Eres padrino,
o paje tú, de la mujer que dices?
Seraslo todo, pues ¿por tal camino
es bien que tus acciones autorices?
Con esto el decendiente de Pipino
del hijo al rostro hace salir matices,
con esto le atajó; mas su clemencia
dio lugar presto a la esperada audiencia.

El rastro había de los dos seguido
la juventud más noble, y de más cuenta,
y viendo dentro entrar la que ha venido,
quiere saber, curiosa, lo que intenta.
Mas ya la qu'en belleza excede a Dido,
de Carlo el pecho con industria tienta:
ya hechas cortesías convenientes,
lo que se sigue escuchan los presentes:

Derivo, Rey, de generosa casta;
nací de un cetro única heredera,
si bien, quien mal su adversidad contrasta,
fuera mucho mejor, que no naciera;
que en cerco de dolor su vida engasta,
quien pasa deste mundo la carrera,
trocado el ser, que tuvo d'oro, en cobre,
y estando en él con calidad, y pobre.

Padre, y madre perdí; quedé pequeña,
y entró en mi nombre, un tío en el gobierno,
que dando de bondad no corta seña,
manifestó tenerme amor interno:
mas la Ocasión trabando de la greña,
de su lealtad hizo el Verano Invierno;
pues del impulso d'ambición vencido,
quedó solo en el Reino introducido.

Tenía un hijo, casi de mis años,

de libre proceder, falto de modo,
albergue de mentiras, y de engaños,
indiscreto; y avaro sobre todo:
secuaz era su talle destos daños,
pues ya casi pasaba el sexto codo,
sin proporción airosa, su estatura,
y en lo demás, molesta su figura.

Siempre su voluntad en amar fría,
era quien apoyaba sus defetos;
aunque tenelle el necio no podía
que amor es sólo pasto de discretos.
Con éste el fiero padre pretendía
concertar de mis bodas los efetos;
porque gozase, al ver su horror delante,
en tálamo infeliz, ansia incesante.

Mas en tanto, que cauta se retira
mi alma de tan ásperas prisiones,
huyendo al desigual, qu'es, si se mira,
amor conformidad de inclinaciones;
el tío injusto, en quien despierta ira,
el ver, que yo me escude con razones,
pierde por mi desprecio la paciencia,
y me excluye del Reino, y de la herencia.

Púdolo presto hacer, por tener puestos
su mano los Alcaldes en las rocas:
menospreció mis débiles recuestos,
y osó llamar mis pretensiones locas:
vi pocos de mi parte; pocos, y éstos
con tibia voluntad, con fuerzas pocas,
rogué, pedí, lloré, y en tal asedio
cierto mi daño vi, mas no remedio.

Quedé huérfana, triste, y sin Corona,
doncella desechada, y abatida,
y qu'es crüel hallé, cuando perdona
tal vez la muerte a miserable vida.
Notorios son los males que ocasiona
violenta sujeción, vara torcida,
pues déstos poco a poco se ha valido
del Reino ajeno el posesor infido.

Del Orbe los más viles instrumentos,
blancos, si centros no, de imperfecciones,

abonan, por salir con sus intentos,
el horrendo tenor de sus acciones:
no engendran tan mortíferos portentos
en sus Sirtes las Áfricas regiones,
ni del humano ser tan enemigos;
¡Oh Cielo cómo tardan tus castigos!

Ávido siempre, a los vasallos quita
sin causa, libertades, honras, bienes,
la nobleza se altera, el vulgo grita,
y da la Regia máquina vaivenes.
Ya contra el qu'en crueldad retrata al Scita,
del pecho por los ojos dan rehenes;
ya muerte quieren ser de su verdugo,
librando la cerviz de injusto yugo.

Sabiendo que asistía en un Castillo
(después que por temor dejé al tirano)
a su fidelidad abren portillo,
y el cetro dar prometen a mi mano.
Ya mi nombre apetecen por Caudillo;
y el de menos ardor, vuelto Vulcano,
rayos tonantes forja, y la Morisca
lanza previene, y con amor se arrisca.

Mas carecen de cautos Adalides
todas sus prevenciones, y sus bríos:
Atlantes quieren ser, piden Alcides,
que puedan gobernar sus albedríos:
largos frutos prometen estas vides,
si el cierzo no los yela, por ser míos,
aunque tengo en el Cielo confianza,
que los verá maduros mi esperanza.

En esto sucedió la diferencia,
por quien hoy arma Francia, y arma Asturias,
hacer mayor del flaco la potencia
quiso el Moro, temiendo vuestras furias:
fue de Marsilio igual inteligencia,
de Marsilio, el autor de mis injurias,
y porque tú su inclinación no tuerzas,
le acude, como sabes, con sus fuerzas.

Quedó por esta causa la Morisma
inútil, despoblada, y sin defensa,
temiendo, que las gentes de la Crisma

lleven allá su irremediable ofensa.
El tiempo es éste de trabar la cisma
contra el crüel: ¡oh príncipe!, dispensa,
y de cien mil que tienes a tu mando,
ciento me da, secuaces de mi bando.

Que con ellos entrando de secreto,
en la ciudad insigne, que Ebro baña,
tendrá sin duda mi disinio efeto,
siendo tuyo el honor, tuya la hazaña.
Cuando el Garzón, que fue pastor de Admeto
refulgente, al Antípoda acompaña,
avisan, se dará puerta segura
al que conmigo fuere a la conjura.

Y al Rey acometiendo de repente,
de tal suceso ajeno, y descuidado,
será fuerza, quitalle de la frente
el cerco de oro, el cetro, y el dictado.
¡Oh tú César magnánimo, y potente,
del fuerte horror, del tímido sagrado,
ruego, que por Alá, desto te agrades,
y de mi triste estado te apiades!

Tuyo será mi Reino, y tu Colonia
se nombrará, cuanto tuviere vida:
serás nuevo Señor de Macedonia,
y desta Troya el triunfador Atrida.
Tu estatua con incienso, y ceremonia
haré siempre tratar; será guarida
del que acudiere a ella a cualquier hora,
y librárá quien fue libertadora.

Con esta prevención, con esta trama,
la tela de su engaño Zaida urdía,
y al paso que exagera, y tierna clama,
cual, o cual perla al párpado acudía:
ya el circunstante al Rey Marsilio infama,
culpando su crueldad, y alevosía,
ya juzga necesario, y conveniente
acudir a la Dama con su gente.

Mas no porque esta voz tenga propicia,
Carlo la suya en su favor declara,
conoce ya, qu'es hembra la malicia,
que en toda ocasión hembra l'ampara.

Su cauta ancianidad tiene noticia
de falso lloro, y de fingida cara:
vuelve, y revuelve, sin saber por dónde
poder echar; y en fin así responde:

He sentido cual propia, vuestra pena,
que en mí reina piedad, si en otros reino,
desde mi juventud, defensa ajena
profesando hastaquí48, que canas peino:
mas volverse más d'uno Amfesibena
he visto yo, por usurpar un Reino,
no es nuevo para mí, que ya penetro,
si es leve, o no, la tentación del cetro.

A Marsilio cegó fuerte sujeto,
fuerte, mas no por eso le disculpo,
antes de tiranía el vil objeto
nacido de ambición, cual debo, culpo:
según esto, en el campo de mi peto
podéis creer, que vuestro agravio esculpo,
para vengalle, y daros la Corona,
si fuere menester, por mi persona.

Mas la ocasión presente no permite,
que tan justa demanda se conceda,
primero, que el estorbo no se quite
de quien hoy de León el paso veda:
luego sí, que su verde se marchite,
luego que su poder al nuestro ceda,
pasar con el ejército confío
a quitar de la silla vuestro tío.

Vuestra será su posesión, y para
que esté sin prevención quien Rey se nombra,
siempre secreto esté quien se declara,
que advierte el mal, si intempestivo asombra.
Dama, tened quietud, pues os ampara
de mis triunfantes Águilas la sombra,
y en tanto, que a Marsilio rinde Marte,
os quedad, si queréis, en esta parte.

Así el ínclito Carlo da consuelo
al fingido dolor de Zaida hermosa,
sin perder de traiciones el recelo,
que siempre cana edad fue cautelosa:
mas turbado al instante se vio el Cielo

del bello rostro, donde amor reposa,
y en sentimiento, vieron los presentes
vueltas sus luces de improviso fuentes.

¡Oh fuerza de mi hado riguroso!
(exclamó, derribando entrambas luces)
¡Ay cuánto puedes! ¡Ay cómo al forzoso
querer tuyo los míseros reduces!
Mas, ¡oh tú, que por digno, y por famoso,
cual nuevo Sol, por todo el mundo luces,
de no tener efeto mi alegría,
no es tuya, no, la culpa, sino mía!

Tan grandes son los infortunios míos,
que si acaso la sed me molestara,
el licor se me huyera de los ríos,
y el aire fresco aliento me negara:
mi suerte vuelve a los ardientes, fríos;
mi dicha oscura, y mi desdicha clara,
mis esperanzas débiles, y lacias
centro dicen que soy de las desgracias.

¡Triste!, ¿a quién sino a mí, negar pudiera
su resplandor el Sol de la milicia?
¿Por quién sino por mí, se detuviera
el raudal de piedad, y de justicia?
Mas ya que puede hacer mi suerte fiera,
que salga sin castigo la malicia,
en remota caverna tierna planta
libre me dejará de angustia tanta.

Donde sin ver jamás del Sol las hebras,
a perpetuo dolor siempre rendida,
entre horrores de lívidas culebras,
el fin veré de tan penosa vida.
Reinaldos l'atajó, diciendo: Quiebras
con eso el alma más endurecida:
tal hay aquí, pendiente de tus labios,
que calla, y sabe deshacer agravios.

No pasen adelante los extremos,
harto, Dama, dijiste, y harto oímos;
y pues con tales títulos traemos
la espada al lado, y el arnés vestimos,
¿por qué el socorro desta detenemos,
y a causa qu'es tan justa no acudimos?

(dijo mirando a Carlo) Y ¿por qué luego no fenece Marsilio a sangre, y fuego?

De Reinaldos fomentan las razones,
fundadas en la ley Caballescaca,
de los que están allí varios varones,
con quien alegre, Amor ya traba gresca.
Dicen, faltar a sus obligaciones
los que gozan edad más verde, y fresca,
en no mostrar a tales ofensores,
en favor de las Damas, sus furoros.

Tanta importunación al Magno rinde,
y replica, negar más no pudiendo:
No aquí, si cumple, o no, más se deslinde,
cese la turbación, cese el estruendo.
Temo, que en vuestras almas se avecinde
cierto perturbador, que estoy ya viendo,
cierto, de quien los lazos, y las redes
prenden desalumbrados Ganimedes.

Sé, que mi parecer era acertado,
y lo en él publicado convenía,
que como con la edad está templado,
tan sólo a la razón lleva por guía:
ésta consiga el fin de lo apuntado,
de vuestra voluntad, no de la mía,
no se resista más; désele gente,
y ojalá cese todo inconveniente.

Apenas esto dijo, cuando ciegos
quedaron todos los que allí asistían,
viendo, que terminando amargos riegos,
los dos soles de Zaida se reían.
Logrados pues, tan bien sus falsos ruegos,
acentos forma, que dulzuras crían,
y con ellos a César blandamente
las gracias rinde del favor presente.

Vanse todos tras esto; y a la Mora
se aloja en pabellón rico, y vistoso,
ya toda voluntad se ve deudora
del bello cuerpo, y rostro luminoso.
Ella con vista dulce, y robadora,
agradece el albergue afectuoso,
así deleita, así las almas liga,

y cuánto más recibe, más obliga.

Mas Galalón, a quien vergüenza roe
el alado Señor, qu'el cuerpo anima,
ponzoña vierte, cual serpiente Boe,
viendo, que hasta el menor le desestima:
quiere ignorar, que no es razón se loe
quien quita honor a valeroso clima⁴⁹,
su mal es quien le aqueja, mas no arde
de mirarse traidor, como cobarde.

Satisfacción el pérfido no alcanza,
y contra el superior el alma indina,
y porque no se quede sin venganza,
hacer, lo que acostumbra, determina.
A rama vil del tronco de Maganza,
en la lengua Asturiana bien ladina,
al Real de León enviar se atreve,
porque este aviso de su parte lleve.

Propón (comienza) al General de España,
que un Caballero, y dile el nombre mío,
que por causas legítimas estraña
de Carlomano el proceder impío;
sabiendo cierto, qu'en su honor le daña,
no castigando un loco desvarío,
quiere, vea, se vuelve en corto espacio
por agravios Sinón, el fiel Horacio.

Dirás también, que sirve de cabeza
a mil y setecientos combatientes,
de cuidado, de brío, y fortaleza,
y no menos que bravos, obedientes:
que acudirán, afirma, con certeza,
cuando se les mandare, y diligentes
abrirán por su parte puerta franca
a la roja señal contra la blanca.

Qu'es buena la ocasión le representa,
para poder dar fin a dudas tantas:
que si valerse della, acaso intenta,
cuando yo le diré, mueva las plantas;
pues podrá, si con esto tiene cuenta,
a cuchillo pasar muchas gargantas,
cuyos troncos en sueños sepultados,
quedarán, sin pensar, despedazados.

Añade, que esto dentro de dos días
puede efeto tener, si dello gusta,
que no hallará remisas, ni tardías
mis prudentes industrias, si se ajusta.
Proseguirás, que desde las más frías
partes, hasta la tierra más adusta,
su nombre se oirá, si en lo tratado
breve, acude con obra, y con cuidado.

Que puede ya poner, le persüade,
esta vitoria célebre en su lista,
diciéndole también, que se apiade
del daño general desta conquista,
y porque más lo referido agrade,
ni tenga oposición que lo resista,
letra de mano mía quiero darte,
con que pueda mejor acreditarte.

Al Magancés indigno su pariente,
en esta forma el desleal despacha,
cuando corre veloz por Occidente,
quien de los Cielos es eterna hacha:
la torpe noche, que con negra frente,
al malo solicita, al bueno empacha,
vuelto el velar de toda posta vano,
le conduce seguro al Asturiano.

Cielo en tal sazón estorbos puso
a sus ojos, perpetuos veladores,
que quiere por no verle, estar confuso,
tanto al Cielo molestan los traidores:
con todo, dellos no se pierde el uso,
y aun útiles los llaman los señores,
si bien es opinión, ya confirmada,
que la traición, mas no el traidor agrada.

Llega pues, cuando el alba vergonzosa
entre pardos celajes se encubría:
dijo, venir por importante cosa,
y que luego a Bernardo hablar quería:
sargento, que asistiendo no reposa,
tras breve preguntar, allá le guía,
entró, humillose, y de don Sancho al hijo
la carta dando, su mensaje dijo.

Estimo (le responde) el buen deseo,
que muestra Galalón en este caso,
y escluyendo en su honor todo rodeo,
conozco bien, qu'es suficiente vaso:
mas no gusto, que en premio igual trofeo
tenga l'admiración de Helicarnaso;
valor profeso, y con su medio sólo,
quiero fundar más digno Mauseolo.

Dile, que aunque el efeto no se siga,
la voluntad su mérito no pierde,
que tal vez, sin obrar, la lengua obliga,
y así la suya hará, que dél me acuerde.
Por camino más lícito consiga
satisfacción de lo que le remuerde,
que, si se mira bien, no es acertado
vengarse en quien no agravia, el agraviado.

Despidiolo con esto; y tan frustrado
quedó de su intención el Magancino,
que casi, de dolor desesperado,
hubiera de morir por el camino:
mas donde estaba el infiel llegado,
le dio luego a entender, que en triste Sino
fue de tales despachos estafeta,
pues el Leonés, a lo que fue, no aceta.

Enfurécese el viejo, y con sus manos
su barba arranca, y hiere su semblante,
blasfema en general de los Cristianos,
y gustara traer moro turbante.
Mas queden en silencio entrambos Janos,
indignos de pasar más adelante,
puesto, que obliga a más ilustre suma
el ver al General tomar la pluma.

Bernardo deseó, que conociese
el Rey, cómo no quiso que su daño
por desleal camino se siguiese,
vencer no apeteciendo con engaño.
Quiso también, que desde allí tuviese
del vil autor patente desengaño,
así toma papel, y desta forma,
con estilo modesto, a Carlo informa:

Señor, no singulares diferencias,

no intereses de Reinos, ni de Estados
pueden menospreciar las excelencias,
que reinan en los ínclitos soldados:
antes suelen tal vez, las competencias
los émulos dejar aficionados,
porque son las hazañas atraimientos
de nobles almas, y altos pensamientos.

Movido pues, del encumbrado vuelo,
que tu nombre recobra por instantes,
siendo el loor con que le ensalza el suelo
corto Pigmeo en méritos Gigantes;
amo al nuevo señor, nacido en Delo,
y honorando sus Águilas triunfantes,
de virtud, y valor le entrego palma,
ambos ornatos sólidos del alma.

Así, que por iguales incentivos,
nunca tu mal, sino tu bien deseo,
y ojalá, que pacíficos olivos
fueran de nuestras manos el empleo,
pues son como las pagas, los recibos
en lides; y hay David, si hay Filisteo,
sé de mí, que quisiera en este sitio
no servir de Plutón, sino de Pitio.

Mas ya que ordenan hados no entendidos,
que ofensas, y defensas se propongan,
los Cielos de refriegas, o partidos,
con los modos más útiles, dispongan.
En tanto es bien, que Reyes advertidos
los buenos a los malos antepongan,
y sepan con astucia, y con cuidado,
quiénes son los que asisten a su lado.

Que Galalón aspira a tu privanza,
dice la voz, si bien no hay quien la crea,
conociendo, cuán poco se abalanza
al riesgo en ocasiones de pelea:
y aunque de hablar modesto la templanza
digna de loa en toda parte sea,
puedo decir, que goza fama ronca,
soldado, que ni mata, ni destronca.

Mas porque de su ser noticia tengas,
y de su pretensión le desengañes,

gusto, con esa carta te entretengas,
y que cuerdo, su hablar desenmarañes:
cuando a quedar bien enterado vengas,
sé de ti mismo Oráculo; ni estrañes,
que deste modo la traición te avise,
que pues no l'admití, mal no te quise.

Acentos tales, que nobleza espiran,
en sellado papel corren al Mano,
recíbelos cortés, y a un tiempo admira
el grave aviso, y modo cortesano.
Ya con él sus cuidados se retiran,
y quieren al que daban tanta mano,
dar el justo castigo, que se debe
a vasallo infiel, a siervo aleve.

Premiado quiere despachar primero
al lator de la carta⁵⁰, y da respuesta
süave, y apacible por entero,
en traza dulce, y en tenor modesta.
Ensalza grandemente al Caballero,
publica voluntad pronta, y dispuesta
a cuanto se ofreciere de su gusto,
juzgando igual ofrecimiento justo.

En silencio dejó las pretensiones,
como cosas de enfado, y pesadumbre;
pues perturbar sinceros corazones
tienen tan sólo siempre por costumbre:
saludes acompaña, y junta dones
con esto, el qu'es de militantes lumbre,
dando para que deje su presencia
al Mercurio Español franca licencia.

Manda, que Galalón venga tras esto,
que quiere hablalle en importante cosa,
entra, y en el alegre, en el compuesto
rostro, dirán, que la lealtad reposa.
Ya sabes (dice el Imperante) el puesto
que tienes en mi gracia, pues no osa
aun mirarte Carloto desabrido,
por mi colateral, por mi valido.

Que ignoras no es posible, lo que fío
de tu madura edad, de tu prudencia,
pues por Embajador siempre te envío

de lo que determina mi potencia:
mas algo ahora este calor enfrío
en consideración d'una advertencia,
y así pretendo, aquí me satisfagas,
si con traición mis beneficios pagas.

Desto más de una vez fuiste acusado,
mas nunca pudo ser de mí creído,
que pues siempre de ti tanto he fiado,
jamás llegué a tenerte por infido.
De perdonarte estoy determinado,
por más que me tuvieses ofendido,
como luego confieses; mas si niegas,
de tu perdón las esperanzas siegas.

¿Traición en mí? ¿Cómo, Señor? ¿Qué's eso?
(responde, y finge alteración, y susto)
¿Cómo que pensamiento tan avieso
pueda caber en un sujeto augusto?
Tener yo fin peor, que tuvo Reso
a ser eso verdad, ¿no fuera justo?
¿Qué envidioso tu gracia me confisca?
¿De qué Bóreas procede la ventisca?

¡Ah Señor, cuántas veces he propuesto,
el grande riesgo, qu'el ministro tiene,
pues con obrar a complacer dispuesto,
mal en gracia de todos se mantiene!
Háblale el pretensor, y porque presto
no alcanza, juzga ser quien le detiene,
también sobre él, su mal despacho carga,
y contra su opinión la lengua alarga.

Como las gracias del poder humano
de su naturaleza son finitas,
el que mira salir su intento vano,
forma agravios, y quejas infinitas:
del corazón el roedor gusano
sus ansias en la frente deja escritas,
mas de sus mal fundados sentimientos
siempre quedan los Príncipes esentos.

Clara es esta verdad: pues como acudo
a despachos de paz por orden tuya,
que tendré muchos émulo no dudo,
sin sentir bien de mi opinión la suya:

mas yo, cual sabes, siempre al bueno ayudo,
y de mi condición jamás se arguya,
puedan ser de mi lengua los adornos
espíritus, nacidos de sobornos.

Como ande bien, y lo que debo haga,
las envidias me ladren, muerdan Momos,
qu'el bien servir es de sí mismo paga,
pues de alabanzas forma grandes tomos.
Esta razón tu pecho satisfaga,
basten de mi limpieza estos asomos;
que no fueran descargos, sino cargas
en causa tan odiosa arengas largas.

Así dijo. Y a César admirado
hace el diestro pincel de sus astucias,
con que discretamente iluminado
lo externo dejan sus entrañas sucias.
Mas le replica: Vives engañado,
mal, Galalón, apoyas tus fiucias,
yo sé, qu'es al contrario, y que la mengua
habla en tu corazón, calla en tu lengua.

Si no responde, y dime, ¿qué negocio
se te pudo ofrecer con mi enemigo,
que le escribes? ¿Tener la pluma en ocio
sientes acaso aquí? Mira el testigo:
mira si es bien, que aquel con quien negocio,
aquel a quien con dádivas obligo,
con oculto papel crédito pida
a quien le tiene de quitar mi vida.

¿Cómo callas? ¿Qué dices? ¿Dónde ahora
están de tu limpieza los abonos?
¿Cómo tu infamia ya no se decora?
¿Cómo no son tus labios tus patronos?
Mas ¿qué podrán decir, si nadie ignora
la dulce hiel de sus astutos tonos?
De aquí te aparta, y de tu culpa piensa,
que sacarás debida recompensa.

Quitósele al momento de delante,
mas apenas de allí partido había,
cuando el vil Magancés Polidamante
en estrechas prisiones se ponía.
Tras esto, al dueño del insigne Anglante

quita acento Imperial las que tenía,
y por templar de su furor la llama
para otra vez, adonde está le llama.

Venido a su presencia, dice el grave:
No es menester, que tu desmán me abones,
mal lo podrás hacer, porque se sabe,
que donde no hay razón, faltan razones.
¿Cómo quieres qu'el ímpetu se alabe,
si es valor, no ponerse en ocasiones?
Cegote leve causa, y vano antojo,
alteraste el Real, dísteme enojo.

¿Qué dirán las naciones, cuando vean,
que mis bandos se rompen por los míos?
Nadie aquí vive esento, todos crean,
que Océano soy yo, son ellos ríos:
en refrenar indómitos emplean
estas caudales Águilas sus bríos:
mas de mí las escuadras, ¿qué conceto
tendrán, si es del Bastón alma el respeto?

Responderás, que fuiste provocado,
en razón de que indigno se ensalzase,
precipitante enojo, injusto enfado
el que de igual motivo resultase:
aspira el más plebeyo al Consulado,
quiere enseñar el rudo en docta Clase,
piensa alguno, que a todos sobrepuja,
y de bellos colores se dibuja.

Con este error el mundo se conserva,
lentos los más de honrosos pensamientos,
si bien, es mies, que a veces muere en yerba,
tal, que piensa tener merecimientos:
mas al que pone en su lugar Minerva
toca la distinción de los talentos,
a él juzgar tan sólo pertenece,
quién demérito es, y quién merece.

¿Piensas acaso tú, que estoy ajeno
de quién es Galalón? Pues mucho yerras,
penetrado l'oculto de su seno,
de su desigualdad noté las sierras:
mas porque sitio malo, y sitio bueno
se suele hallar en unas mismas tierras,

la parte que a propósito se juzga,
es justo, que a provecho se reduzga.

Aunqu'es de toda alevosía basa
el Magancés, es hábil en papeles,
mostré tal vez por eso, mano escasa
en castigar sus tratos infieles.
Mas tu discurso, Orlando, mal compasa,
estimando a los gozques por lebreles,
¿es Galalón tu igual?, o ¿acaso mides
con los cortos Pigmeos los Alcides?

Él está preso, y pagará sin duda,
esa temeridad con otras tales,
sabe qu'es pino, y que resinas suda,
tú Cinamomo, olores Orientales.
De condición de aquí adelante muda;
trata de competir con tus iguales,
y porque tu valor en más se estime,
contra el débil los ímpetus reprime.

Reprehende en tal forma, así sujeta
al guerrero indomable el claro tío,
qu'es de cortés minero rica veta,
y mar en quien razón no ve bajío:
alabándole está, cuando le aprieta,
mezclando con blandura su desvío,
así, sin replicalle a su disgusto,
deja al anciano Rey el Par robusto.

Reinan las sombras ya; mas entretanto
que Carlo considera desde el lecho,
de aquella guerra el desigual quebranto,
y cuidadoso, examina su derecho;
tener quisiera en su presencia a Manto,
para que allí con adivino pecho,
del caso le dijera la importancia,
en favor de León, o en pro de Francia.

El cuerdo Emperador su mal recela,
conociendo las vueltas de Fortuna,
qu'es fuerza ser con ella centinela,
quien sirve a muchas gentes de coluna.
Todo aquí por mudanzas se nivela,
y hasta en el Cielo, es ejemplar la Luna,
no sirve al fuerte que destroce, o raje,

qu'es de felicidad escaso el gaje.

En tanto, que entre dudas sepultado,
ni bien dormido está, ni bien despierto,
delante, al improviso, ve un soldado,
de luciente metal todo cubierto:
mirado bien, conoce que el costado,
con penetrante herida tiene abierto,
herida sí, mas tal, que sin horrores,
despide en vez de sangre, resplandores.

Habla el Rey con la vista, que ligada
la lengua tiene admiración crecida,
mas viendo un rato a la visión callada,
quita el estorbo, en parte, a la impedida.
¿Quién eres, quién, oh tú forma sagrada
(pregunta), de presencia esclarecida?
Tú, que dejas por verme, en mis desvelos,
el soberano Alcázar de los Cielos?

Dime ¿a qué vienes? Di, si se procura
mi bien, el cómo debo conseguille.
Deja, dando lugar al armadura,
que lo caduco a lo inmortal se humille.
El misterio me di desa rotura.
Forma el acento ya, forma, y oílle
breve espacio no más se me conceda.
quien es del Cielo, como tal proceda,

Esto el anciano apenas le decía,
con celo superior, con ansia ardiente,
cuando del rostro el velo se desvía,
y al guerrero Beltrán deja presente.
Carlo dos, y más vezes a porfía
corre por abrazalle diligente,
mas sin provecho corre, y se embaraza,
porque en lugar de cuerpo, sombra abraza.

Del inmortal la celestial belleza
la noticia del muerto no quitaba,
antes al vivo, la mortal graveza
el fantástico bulto retrataba.
El Magno en él con singular terneza,
ya que los brazos no, las luces clava,
mas en tanto, que ven vanos despojos,
dan a la lengua algún lugar los ojos.

¡Oh caro amigo! (dice) ¡Oh noble alma,
que siempre en la virtud perseverante,
mereciste alcanzar corona, y palma,
y conseguir asiento de diamante!;
tú, que del bien gozando eterna calma,
llegaste a ser divino militante,
gracias te doy, que con celeste vuelo,
quieras forjar, piadoso, mi consuelo.

¡Ay, sabe Dios, cuán lamentada ha sido
tu pérdida importante de mi gente!
Si bien templó el dolor, templó el gemido,
con ver, que ibas a ser claro viviente:
mas pues vales, cortés, a un desvalido,
lleno de amor, en ocasión urgente,
mi triste estado a lástima te mueva,
y de mis cosas dame alguna nueva.

¡Oh Carlo (el aparente le responde),
cuán fijo te conservo en la memoria,
pues me aparto, por ti, del sitio, donde
gozo con vista eterna inmensa gloria!:
cual ves, desde los Cielos corresponde
alma, que deja vida transitoria,
pues desde allá se muestra agradecida
a la firme amistad, que tuvo en vida.

Por ésta, que obra fue de ajeno brazo,
pude volar a la suprema altura,
diome de su rigor el corto plazo,
para un pesar piadosa coyuntura,
que quien al alma pone débil lazo,
hasta el último fin su bien procura;
tuve sumo dolor de haber venido
a seguir, sin justicia, tu partido.

Éste pudo llevarme al improviso,
a ser uno de aquellos ciudadanos,
que siempre en el celeste Paraíso,
gozando están deleites soberanos.
¡Oh quién pudiera dar entero aviso
del bien destes gloriosos Cortesanos!
Mas a cosa criada no es posible,
decir del Increado lo indecible.

Tienen sin pausa allí la vista atenta
en la inmensa Deidad, qu'el mundo rige,
cuya excelsa visión les representa,
cuanto por gusto el desear elige.
A quien con gozo, y júbilo alimenta,
su amor cualquier espíritu dirige,
arde, y en lo que mira transformado,
por misteriosa unión queda endiosado.

Sagrado incendio, vida verdadera,
y paz tranquila, es este Amor divino,
eterna fruición por compañera
tiene, y por fin el sumo bien vecino:
con palmas las vitorias remunera,
para toda virtud abre camino,
de toda pura idea campo ameno,
de perfecciones luz, de afectos freno.

Príncipes, Potestades, Querubines,
y los demás que de los Nueve restan,
loalle, sin cesar, tienen por fines,
y en parte sus grandezas manifiestan.
Allí divinas Laudes, y Maitines
siempre oyendo se están, y siempre aprestan
los encumbrados Cielos sus historias,
como para pregones de sus glorias.

Con su ser infinito se entretiene,
y es el primero móvil su correo:
la eternidad por mayordomo tiene,
y el rostro de las aguas por paseo:
la Luna, y Sol por hachas; y a ser viene
su reloj de los Signos el rodeo:
son los truenos, y rayos sus armadas,
y la noche, y el día sus criadas.

Del objeto vencidos, de sí salen
los que llegan a ver cosas tan raras,
reconociendo allí, cuán poco valen
las Coronas, los Cetros, las Tiaras.
Admíranse de ver, qué tanto valen
los humanos, por cosas que tan claras
demonstraciones dan de vana esencia,
siendo como de sombra, su presencia.

Es, si no de virtud, frágil el modo

con que el mortal de sí deja noticia,
premio de su ambición caduco lodo,
vana pompa, librada en Pira Egipcia:
Juzga corto distrito el mundo todo,
corto círculo el Orbe a su codicia,
sin ver, que cuando paga lo que debe,
sella apenas su polvo mármol breve.

Tú pues, Emperador, que tanto afanas
armado siempre, en adquirir Estados,
¿piensas ser inmortal con lo que ganas?,
o ¿a qué blanco enderezas tus cuidados?
¿Qué quieres de las breñas Asturianas
cuando sus sitios dejes sojuzgados?
Dime, ¿qué más tendrás? ¿Su fin te llama,
para mejor manjar, vestido, o cama?

Si las leyes los términos dividen,
hoy tú ¿con cuál su límite pretendes?
Razones claras tu disinio impiden,
tu error te tiraniza, y mal entiendes.
Su libertad los Montañeses piden,
a oprimírsela tú, sin causa, atiendes:
Sigues, sigues, ¡oh Carlo!, empresa injusta,
ni la tierra, ni el Cielo della gusta.

La quietud interior a tanto llega,
del Rey opuesto; así en lo justo fía,
que con vez suya, su poder entrega,
y otro que venza en su lugar envía:
por suceso feliz humilde ruego
al Cielo, y su oración devota y pía,
aroma, con veloz, fragante vuelo
en brasas exhalada, sube al Cielo.

Déjale libre, y vuélvete, ni olvides
que infelice cometa te amenaza,
mal con tu adversidad tus fuerzas mides,
que hasta el Infierno tu rüina traza:
no sufre el Cielo a quien como Aristides,
con el deleite de ambición se abraza,
y así permite, que su daño eterno
en vida le prevenga el mismo Infierno.

La borrasca pasada, fue movida
de la furia infernal contra mi escuadra,

que de propios respetos conmovida,
los elementos contra ti taladra;
te daña sí, mas no verá cumplida
la pretensión por quien Cerbero ladra,
él, con ánimo pérfido, se opone,
y el Cielo de otra suerte lo dispone.

Él mueve al Moro con doblado intento,
y el Cielo de su hiel, dulzura saca:
conoce el Montañés su movimiento,
y cauto imita al morador de Itaca.
Ya prevenido está su perdimiento,
y contra su veneno la triaca,
que Dios pone en Asturias blanda vista,
y le aplica de España la conquista.

Será pues, de sus hijos, que no tuya,
y así amaina las velas de tu celo,
que lo ajeno al Señor se restituya
el derecho publica, y quiere el Cielo.
Mas porque el advertir es bien concluya,
en paz te queda, que encamino el vuelo
al Señor soberano, que me envía.
Dijo: despierta el Rey, y rompe el día.

LIBRO UNDÉCIMO

A enferma el mundo, ya su fuerza pierde;
ya su fecundo ser se muestra vano,
ya triste, amarillea lo más verde,
ya marchito se ve lo más lozano:
salamandra del Sol ya vuelto, muerde
rabiando el Can del sitio soberano,
ya llega, ya; ya con ardiente brío,
el cetro empuña el intratable Estío.

Su fogoso espirar el aire abrasa,
y priva al hombre del vital aliento,
ciérrale en los confines de su casa,
colmado de prolijo dejamiento:
sólo se siente al alba un aura escasa
del corazón dulcísimo alimento,
mas corto ser, y corto nombre adquiere,
que apenas llega Delio, cuando muere.

En tanto, que el viandante ardiendo anhela,
y aljófares sin fín brota su frente,
de su planta veloz corta la espuela,
y álamo elige, al pie de clara fuente;
con su sombra se alivia, y se consuela,
y recobrando espíritu viviente,
por el solaz que a su cansancio aplica,
futura adoración le pronostica.

Valiente segador deja las eras
de los dones del campo coronadas,
a quien osan troncar las cabelleras
tablas con fuertes puntas engastadas.
Late todo animal, y en las pesqueras
de sus juntos caudales despojadas,
se ven saltar los peces, casi enjutos,
por negalles las cumbres sus tributos.

El río, que en el ínter empobrece,
a las fuentes sus siervas, secas mira,
y de ver cuán veloz pasa, y fenece
lo bello de sus márgenes, se admira.
Todo agostado está, todo padece:
la humedad a su centro se retira,
y del gigante Febo la saetas
abren en las campañas hondas grietas.

Topan por pastos, simples descontentas
en vez de yerbas, ásperos escobos,
y cuando a los arroyos van sedientas,
hallan en sus corrientes hechos robos:
quieren estar de noche al aire esentas,
temiendo los ahogos, más que lobos,
que respirar a nadie no consiente
signo, de Julio ya pompa rugiente.

Libre se mira el aire, el suelo mudo,
que el ardor a las aves amedrenta,
a trechos sólo suena el canto rudo
de quien tanto porfía, que revienta.
El que sigue Anteón no tiene escudo
en todo cuanto al ver se representa,
ijadean caballos, y sabuesos,
todo produce enfados, todo excesos.

Véense, como de cólera encendidos,
de fuego los Reales abrasados,
y de ardientes fatigas oprimidos,
desenlazan las armas los soldados:
cánsanles los adornos, y vestidos,
que aun los velos allí fueran pesados,
y hallando corto aplauso entrellos Ceres,
quieren sólo con Baco sus placeres.

Unos de no sentir allí las siestas
sirven, con referir diversos cuentos,
intervienen preguntas, y respuestas,
réplicas varias, varios argumentos.
Otros juzgan pesadas, y molestas
las pláticas de Marte, y por intentos
eligiendo amorosos accidentes,
sólo acuerdan sus Damas, sus ausentes.

Mas lo ausente ¿qué vale? Lo que importa
es quien allí reside; es Zaida bella,
que de cualquiera el alma deja absorta,
siendo de cualquier alma firme estrella:
con la vista al más Sísifo conforta,
las molestias endulza sola ella,
nadie padece allí, porque al instante
del peso de su mal, es ella Atlante.

Son, con los suyos, tus impulsos flojos
Niño, cuando las almas inquiéticas,
y son para adquirir nobles despojos
tus trazas, con las tuyas, imperfectas;
que donde están las flechas de sus ojos,
vanas son de tu aljaba las saetas,
y así pues su veloz herir no igualas,
pliega el bello volumen de tus alas.

Corría el más esquivo, el más esento,
a rendirse, a postrarse diligente,
nada menos que pronto al rendimiento,
a requerir de la Ocasión la frente:
arder y helar se vía el pensamiento,
que cauto en su hermosura, dulcemente
Amor, para romper nativas paces,
reinaba, con bellísimos disfraces,

Allí trémulos rayos sus cabellos,

a los del Sol dejaban envidiosos
por asistir menos lucientes qu'ellos,
y menos para lazos poderosos.
Propicios al mirar sus ojos bellos
Nortes cuanto süaves luminosos,
entre rápidas ondas de pasiones
guiaban naufragantes aficiones.

El pabellón visitan por momentos,
del ejército Franco los mejores;
unos gozosos, otros descontentos,
por los que ven allí competidores.
Con los ojos tal vez sus pensamientos
a descubrir se atreven los menores,
mas con las lenguas no, que las impide
el decoro, debido a quien preside.

Los mayores, sus penas sinifican
con menos arte, y con mayor denuedo,
oro, medio eficaz, prontos aplican,
y de no conseguir pierden el miedo:
mas frágil muro, al sí, todos fabrican
que sabe más su industria, y más su enredo,
pues ni excluye, ni niega, ni concede,
y hace que todo amante alegre quede.

Ceñida de varones una tarde,
introdujo el hablar de su enemigo.
Hizo el Amor en esta junta alarde,
y todo su poder llevó consigo.
Guárdese el fatigado, el pecho guarde,
si aquí contra el ardor pretende abrigo,
que fuego aquí toda quietud contrasta,
fuego se vende aquí, fuego se gasta.

¡Oh cuánto (dice, vuelta al circunstante)
la presente tardanza es importuna!
¡Oh cuánto alguna vez es importante
el tiempo prevenir a la Fortuna!
Siempre fue la Ocasión precipitante,
y cuanto a variedad, vence la Luna,
así pide cuidado a maravilla,
para esperar, para en llegando, asilla,

Si un secreto de seis, de tres, de uno,
tal vez desliza, dando voz al viento,

si no será posible, que Neptuno
lo esconda entre el rumor de su elemento;
si no pudo encubrir el suyo a Juno,
quien tuvo en el Olimpo nacimiento;
¿qué mucho tema, que imitando a Ío
en la desdicha, se descubra el mío?

Sé, que conspiran muchos, mas no cuerdos
todos serán, los que mi bien resuelven:
muchos, sin discurrir, mudan acuerdos,
y muchos por hablar, faltos se vuelven.
Mas, ¡triste!, ¿de qué sirven los recuerdos
si largas dilaciones los revuelven,
si sólo espero aquí, por tarda mano,
quedar burlada, haber venido en vano?

¡Ay, no suceda así, pues mi ventura,
oh fuertes, donde estáis trujo mis plantas!
A César disponed, y esté segura
de que ésta admita entre proezas tantas.
Las que ciñe el Jardín desta conjura
hará vuestro valor fértiles plantas,
mas su esterilidad está patente,
si el licor se les niega de su fuente.

Comunicar su luz, del Sol es propio,
en esto le imitad, heroicos Soles,
yo os seguiré, seré vuestro Heliotropio,
nave en tormenta soy, seréis faroles.
El conceder tardando, es siempre impropio,
que del dar las prestezas son crisoles:
Pedid, pues sois de cortesía escuela,
qu'el favor concedido calce espuela.

Esto formaba: mas Dudón que asido
está de las que tiene por verdades,
de amor, más que de celo, conmovido,
así vierte feroz bravosidades:
Cuando nadie siguiera tu partido,
olvidando sus justas calidades,
sólo con este brazo, y esta espada,
yo solo te dejara coronada.

Yo solo diera muerte al vil Tirano,
y vengara yo solo tus injurias,
solo pudiera, bien que Centimano,

a sus ciento quitar armas, y furias.
Ten ya por cierto el fin de aquel Pagano,
que si bien nos detienen las Asturias,
tras esta dilación, ¡oh Zaida!, juro,
que en el Infierno aun no estará seguro.

Prometo desde luego su cabeza,
sólo porque a tus pies sirva de alfombra;
y esto que digo aquí, tendrá certeza,
que Dudón desde hoy tuyo se nombra.
Así del Par ardiente la braveza
los falsos miedos de la bella escombra,
su afición en tal forma representa,
con tal industria enamoralla intenta.

Reinaldo está presente, y en l'oculto
rabia de que Dudón tanto blasone,
juzga por demasía, y por insulto,
que de su lauro aquél ya se corone.
Mas la sagaz: Si bien no dificulto
la forma en que Dudón mi bien dispone
(dice tierna, al mirarle con blandura),
¡oh Señor, de vos oiga mi ventura!

Oiga lo que obraréis por mi respeto,
llegada la ocasión de vuestras obras.
Yo, nada (le responde) te prometo,
pues desde aquí lo que perdiste, cobras.
No doy favor sino donde hay aprieto,
que nunca apetecí servir de sobras,
cuanto más, que después que espada mando,
en batallas profeso obrar callando.

Quien habla, sabe obrar (Dudón replica
sañudo), y puede ser más que quien calla,
pues con dichos jamás se magnifica,
cuando ocasión para los hechos halla:
y quien con el silencio se amplifica,
juzgando ser fortísima muralla,
lo puede ver en singular pelea,
y si quisiere luego, luego sea

Tras esto, en pie se puso, y la cuchilla
dispuso bien: mas el contrario salta,
queriendo dar principio a la rencilla,
después que d'ira interna el rostro esmalta.

Ya Zaida descolora su mejilla,
llena de turbación, de esfuerzo falta,
mas viéndose perder, con diligencia
cobra vigor, y estorba la pendencia.

Y con voz querelosa, cuan süave,
en medio puesta, dice: ¡Ay Dios!, conviene,
que sola yo infeliz la vida acabe,
porque vuestra borrasca se serene.
¡Ay Dios!, dirá, quien trae la mejor ave,
que la discordia a sus escuadras viene,
temeraria, insolente, perniciosa,
no mujer, como yo, menesterosa.

Y que se aleje, y se destierre luego
justamente querrá de sus confines,
la que con su demanda pone fuego
entre sus estimados Paladines.
Por Dios, que os reportéis; valga mi ruego,
valga, y mirad, que destruí mis fines,
la primera merced que os pido es ésta,
paz pido, y paz pretendo por respuesta.

Esa ferocidad es bien se ocupe
en perseguir, y en aterrar contrarios,
vuestros pechos agora desocupe,
pues no son sus efetos necesarios:
sé, que la de los dos rayos escupe,
y que suele forjar destrozos varios,
pues ambos alcanzáis dignos blasones,
superfluas son aquí satisfaciones.

Tanto dijo, y bastó, pues obedientes,
arrimaron al punto los rancores,
que temen rigurosos accidentes,
si van contra las órdenes de amores.
Alégranse mirando los presentes
en blanduras trocados sus rigores,
y de que fuese allí quien los enfrena,
más dulce voz que en el Caístro⁵² suena.

Todos se van, porque el Lucero avisa,
que ya llega veloz la tenebrosa,
de quien huyendo Apolo la pesquisa,
el Cielo borda con purpúrea rosa.
Cualquiera busca la quietud precisa,

el uno, y otro ejército reposa,
ya sin moverse, muestran ser trasuntos
ambos, más que de vivos, de difuntos.

En el de Asturias juntos dos sencillos
soldados, ocio a su fatiga daban,
sobre sanos colchones de tomillos,
que injuriados, su olor comunicaban:
los retintines de cercanos grillos
al sueño al más despierto convidaban,
bien, mezclado con mal, daño apacible,
que perdido una vez, no es redimible.

El uno éstos duerme, el otro vela,
siguiendo de sus cosas el sendero,
qu'es fuerza, que Himeneo le compela
a ser de sus reposos usurero.
Oye cuando los ojos encarcela,
despertar con rüido al compañero,
y temiendo su mal, más se le junta,
y amoroso, qué tiene, le pregunta.

Nada (responde el otro), sino sueño,
que entorpece del todo mis sentidos,
mostrándose gustoso, y halagüeño,
por no vellos, velando, divertidos.
Sin duda debió ser algún ensueño
(el amigo prosigue), a los quejidos,
y pesadas acciones que mostraste,
cuando de aquel Tirano te libraste.

¿Qué soñaba dijiste? ¡Y de qué suerte!
(replica con presteza el soñoliento)
Y el caso más notable, si se advierte,
que cabe en prevenido fingimiento:
y si quieres por dicha, entretenerte,
teniendo con el sueño quebramiento,
le podré referir. Y el otro añade:
Eso mi voluntad te persüade.

Sabrás (comienza) pues, que yo me vía,
¡oh misterioso sueño!, en una vega,
por quien raudal de rojo humor corría,
nacido allí d'una mortal refriega.
De Cristianos, y Moros la porfía
en grande rato a ningún lado pliega,

si bien en gente al escuadrón Cristiano,
grandemente excedía el Africano.

Tanto se peleó, qu'el de la Crisma
falto d'armas se ve con quien le ultraja,
por quien ánimo cobra la Morisma,
redoblando el acento de la caja:
mas un robusto corre, y con la misma
fuerza de Alcides, un troncón desgaja,
y torna pronto; vuelto con él sólo
en la codicia de aterrar, Mausolo.

Otros, con este ejemplo, ya las manos
de hierro sí, no de valor vacías,
aplican a los árboles, que humanos,
las huellas dan tan fuertes como pías:
ya con ellas fenecen los Paganos,
ya suenan vitoriosas alegrías,
ya se conturba el Moro, y con huida
solicita, salvarse cualquier vida.

Apenas se entonaba la vitoria,
y los troncos los brazos despedían,
cuando de un bosque, habitación de gloria,
cien bellísimos Ángeles salían:
¡Oh fuertes, esta lid no transitoria
(cantaban las que a Euterpe desafían)
será, que por Ocaso, y por Oriente
celebrando se irá de gente en gente!

No serán transitorias las hazañas,
que nuestra honestidad han defendido,
que entre naciones propias, y entre estrañas,
resonará su aplauso repetido.
No teman ya las ínclitas Españas
del Libio monstró el ponzoñoso aullido,
quiten alegres ya, quiten sus lutos,
pues a cesar comienzan sus tributos.

Ya sabéis, ¡oh varones valerosos!,
que a la virtud el Cielo galardona,
y que el mundo también alza Colosos
al que honrosos sudores amontona:
mas si eligiros todos por esposos
nuestro agradecimiento en parte abona,
todas os eligimos, vamos luego

donde derrame Himen su santo fuego.

Vanse con esto alegres ambos sexos,
y yo desalumbrado, y mal seguro
quedo, cual suele aquel que los reflejos
mira del Sol, saliendo de l'oscuro:
ya la feliz escuadra estaba lejos,
ya yo mover d'allí el paso procuro,
mas apenas dejar pretendo el llano,
cuando delante veo noble anciano.

Ponderado su bulto, con antojos
sus ojos indispuestos se cubrían,
de cándido metal largos manojos
sobre el trémulo pecho decendían;
subministraba arrimos a pies cojos,
alas sus hombros débiles ceñían,
y en todo lo demás le considero,
como se pinta el erizado Enero.

Detente (dijo), si saber deseas
bien de raíz la verdadera historia
de las que ser debían Timocleas,
a no tener tan célebre vitoria:
dame un rato atención, y porque creas
lo que fijar pretendo en tu memoria,
ten noticia, que soy en este estado,
quien sabe lo presente, y lo pasado.

Yo, si bien tan opreso, y tan caído,
los huesos de la tierra desmorono,
padre soy, según dicen, del olvido,
y de las cosas ínclitas patrono:
soy con el valeroso agradecido,
y sin cesar sus méritos pregono,
que sólo al Ateísta, al Epicuro,
en dejando la vida, dejo oscuro.

Buenos se ven, mas en el mundo hay tales,
que vestidos de sedas, y brocados,
distan poco de aquellos animales,
que Atlantes son de pesos destemplados:
pobres se ven de dones naturales,
que como ser no pueden heredados,
el que no los adquiere, vive pobre,
por más que el oro en sus retretes sobre.

Mas dejo aparte historia diferente,
y vuelvo a la que tengo comenzada,
qu'es juzgada mi voz impertinente,
cuando vicios de Sátrapas traslada:
fue de Galicia aquella invicta gente,
que miraste de triunfos coronada,
y aquel primero que el bastón empuña,
reconoce por patria La Coruña.

Allí tuvo opinión, tuvo nobleza,
rico de amigos fue, más que de bienes,
si bien es ésta la mayor riqueza,
pues no teme infortunios, ni vaivenes.
Amó Vativa una sin par belleza,
así se llama el que enramó sus sienes,
a cierta amó de las que viste ahora,
honesta, y noble; en lo demás Pandora.

Amaba, y era amado de Rosarda,
su nombre es éste, al firme agradecida,
qu'es justo sí, que quien enciende, arda,
por quien tenga la llama merecida.
Daba lugar al Joven la gallarda,
para dejar su pena encarecida,
por entre las heridas d'una puerta,
qu'en su favor quisiera verse abierta.

Las lenguas encendidas, de las almas
eran bien entendidas mensajeras,
de dulces sentimientos dando palmas
a los que allí d'amor eran esferas:
mas turbaron de presto tales calmas
nuevas, que se esparcieron lastimeras,
dicen, que llega el Africano bruto,
y que viene, ¡ay dolor!, por el tributo.

No es plata en barras no, ni es oro en pellas,
qu'en cosa de más prez consiste el trato,
es miserable ofrenda de Doncellas,
que concede el indigno Mauregato:
ciento cabales son, la mitad dellas
de nobleza requiere el aparato,
son las otras plebeyas, mas hermosas,
que aun hastallí⁵³ las feas son dichosas.

Quién de muchas será, sale por suerte,
¡oh ventura mortal!, ¡oh infausto acierto,
donde la honestidad consigue muerte,
donde el honor se pierde en un desierto!
Ya palidez en su mejilla vierte
cualquiera virgen, por estar incierto,
a quién en ocasión tan arriscada,
nombre deba tocar de desdichada.

Ya quien retrata el público, se junta,
y ya que salga el quién, sólo se aguarda,
ya tierno infante, que cual flor despunta,
la mano aplica, de piadosa tarda:
la voz apenas todo nombre apunta,
cuando al tercero, resonó Rosarda:
¡oh prodigioso acento!, ¡oh nueva esquivá!
¡Rosarda feneció, murió Vativa!

Mas cobra esfuerzo el descaído amante,
por dar remedio, si posible, al daño,
no deja en su favor cosa importante,
y un no viene a sacar por desengaño.
Ya el punto de su muerte ve delante,
ya le consume un accidente extraño,
ya espira, ya; más que mortal se halla,
su amada entiende, y antes quiere hablalla.

Llega, y están los dos mudos un rato,
mas, ¡oh cuánto los ojos son parleros,
siendo, mientras de mármol son retrato,
del dolor los sentidos prisioneros!
¡Triste de mí!, ¿por qué el hablar dilato?
(dijo Rosarda, dando sus luceros
perlas) ¿Por qué no admito algún consuelo
con la presencia de quien es mi Cielo?

¡Oh mi querido bien!, ¡oh mi Vativa,
que yo he de ir, que tengo de perderte!
¿Qué podré ser sino de tí cautiva?
¡Ay, no es posible! ¡Ay no, venga la muerte!
Mas ¿cómo de su extremo no derriba
la triste vida imaginar tan fuerte?
Aunque ya la postró, ya nada siento,
ya no tiene que obrar el sentimiento.

Con justa causa el entregarme huyo,

de que mía no soy, bien advertida,
que si algo bueno en mí se halla, es tuyo,
tuya la libertad, tuya la vida:
¿cuándo el Orbe dejó el asiento suyo?
¿Yo fuera de mi centro conducida?
¿Yo si no de mi Jove, infausta Leda?
¡Ay, ni lo quiera Dios, ni tal suceda!

Antes que ver en mi desdicha tanta,
convertida al instante yo me vea,
cual Lica en piedra, y como Mirra en planta,
cual Ío en bruto, en ave como Ardea;
en Leona feroz como Atalanta,
y lo qu'es más, de mí Cócrides sea;
Aretusa me vuelva el llanto mío,
o, pues ser puede, como Bibli en río.

Inclinación de celestial influjo
nos pudo unir desde la edad más verde,
y a mi querer a sujeción redujo,
y así con ella es bien siempre concuerde:
¡oh parto acerbo, y más quien le introdujo,
pues la vida, y honor con él se pierde!
¡Oh pecho infame el que partido toma
de entregar, por salvarse, una paloma!

Mas no será conmigo dese modo,
aunque lo ordene incontrastable hado,
falte el concierto vil, piérdase todo,
yo, viva, o muerta, he de tener tu lado.
Deje el lamento ya (prorrumpe el Godo)
la qu'es del Sol bellissimo traslado,
¿llanto en el Sol? ¡Ay!, ¿no se considera,
que no consiente humor su ardiente esfera?

Grande infelicidad la nuestra ha sido,
mas arrimalle el hombro es conveniente,
que el mal tal vez de más rigor vestido,
ser suele oculto bien, mal aparente:
vida, sólo deseo, y sólo pido,
que en tan grave infortunio estés paciente,
no es justo, al Cielo límite se ponga,
Él, pues conoce el mal, el bien disponga

Tú irás cuando las otras, y confío,
que si fueres, no irás a ser sujeta,

que Dios a las estrellas quita el brío,
y no sale mortal todo cometa.
Dirás que en lo apuntado desvarío,
y que pretendo ser falso profeta,
pues tan ambiguo está, pues tanto implica
lo que mi voz agora pronostica.

Sea lo que fuere, en fin pido, que vayas,
las órdenes se cumplan, bien que injustas,
qu'el verdadero amor tiene atalayas,
tiene para el honor guardas robustas.
No pues, de tu vigor, Rosa, descayas,
aunque plantas te cerquen tan adustas,
podrá ser vean en sí fogoso trueco,
si está cerca d'arder lo que está seco.

En tanto, que así el Joven la consuela,
obedecer Rosarda determina,
que del juez Amor ninguno apela,
y sólo en la obediencia se refina.
Vativa, en partes su intención revela,
y veloz una escuadra peregrina
junta, imitando en la prudencia a Tales
de fuertes, sus amigos, y parciales.

Y antes que se aprestase el Africano,
deja los patrios Lares, y se embosca
en la selva, qu'es margen deste llano,
donde, cual cauta víbora, se enrosca.
Ya el partir de las ciento al más profano
perturba el corazón, la vista enfosca,
viendo, que aquel furor bárbaro, en breve,
llevar tanta beldad consigo debe.

Las madres de llorar enronquecidas,
formar apenas pueden alaridos,
y de las tiernas vírgines asidas,
redoblan los sollozos, y gemidos:
llaman iguales parias fementidas,
y viles con extremo a los maridos,
y sobre sus pimpollos reclinadas,
se miran, por momentos, desmayadas.

Escondidos se hallan los varones,
que de vergüenza parecer no osan,
y juzgando a sus hijas ya Quiones,

por su causa inquietos, no reposan.
Arden los oprimidos corazones,
y a los dueños con ímpetus acosan,
para vengar tan bárbara insolencia,
mas detiene sus furias la obediencia.

Ya sin aliento está cualquier doncella,
sangre, en lugar de lloro, derramando,
sin hacer en el Moro alguna mella,
por ser cualquiera como peña, blando.
En vano se deshace, y se querella,
grita, y a nadie mira de su bando,
vuélvese al Cielo, y su favor invoca,
y entretanto a que marche el fiero toca.

Despídese Rosarda, con semblante
de más valor, ni sabe quién la exhorta:
mirando alrededor, no ve al amante,
y a veces teme, a veces se conforta:
confía en su feroz Alcidamante,
mas luego al esperar el hilo corta,
apuntando las luces sus tesoros,
por ver tan grande el número de Moros.

¿Qué puede hacer con pocos contra tantos,
cuando salga con ellos a librala?
Esta duda fomenta los espantos,
y al punto el paso del discurso encalla.
Pensando pues, que muertes, y quebrantos
tan sólo sacará de la batalla,
morir, antes que lleguen, imagina,
porque su bien evite su ruina.

Mas el gusto de verle antes que muera,
aquel intento al improviso embarga,
piensa, que sólo así su mal prospera,
y hasta que llegue a ser, la vida alarga.
En tanto, que confía, y desespera,
oye del añafil la voz amarga,
y ve, que en los confines desta vega
el pendón Africano se despliega.

No de algazara el desplegallo nace,
mas de ver una escuadra al improviso,
Cristianos son, por quien el fiero Trace,
tocando al arma, asegurarse quiso.

Seña de paz quien se descubre, hace,
con blanca banderilla dando aviso,
de que pretende hablar, antes que llegue
el punto extremo en que la espada juegue.

Apenas ciento son los que amenazan,
son quinientos y más los que los miran,
y así su daño, y cautiverio trazan,
si por algún respeto a guerra aspiran.
Juzgan, que sus intentos embarazan,
y a los que ya por batallar suspiran,
motivo ofrecen, que licencia explica,
por eso, allá Vativa el paso aplica.

Dos van con él, sirviendo de testigos
de su buen proceder anticipado,
que no quiere arriscar a los amigos,
si en paz consigue el fin de su cuidado.
Al que gobierna pues, sus enemigos
habla como valiente, y denodado,
dando a entender, movido allí venía
no de temor, sino de cortesía.

Amé (le dice) desde mis primeros
años una, que sigue tu ordenanza,
correspondiome amando, y con sinceros
favores, mi tormenta halló bonanza:
amantes siendo un tiempo, y compañeros,
fue creciendo el amor; por semejanza,
como crece la espuma, y como es cierto
crecer la calidad en el inserto.

Fecundo estaba, y ya brotar quería
perpetua paz, perpetuo ayuntamiento,
mas de tu cierzo el riguroso día
fue de tan dulce parto impedimento.
Tocole la desgracia, y siendo mía,
aquí viene por tuya entre las ciento:
mas el amor, que al tránsito se halla,
con término cortés quiere libralla.

No la niegues, Caudillo, que prometo
digna veneración a tu apellido:
sólo de cuantas llevas, ésta exceto,
ésta sola deseo, y ésta pido.
Dijo. Y responde el Moro: En buen conceto

debes de ser, ¡oh Coruñés!, tenido,
pues sales hoy a recobrar tu Dama
de tu gusto ambicioso, y de tu fama.

Pésame, que no pueda complacerte
en lo que causa fue de tu venida,
en suerte entró, si le tocó la suerte,
a nadie puede ser restituida:
así, por esta vez podrás volverte,
y en otra, voluntad tan encendida
aplica, que piadosa a tu querella,
con brevedad deje de ser Doncella.

Pues saben ya los riesgos con que viven
las que la flor de castidad conservan,
¿para qué dilaciones aperciben?
¿A quién, o para cuándo se reservan?
¿Por qué por sus esposos no reciben
los que la ley de su beldad observan?
Con tal respuesta en fin, su intento mide
el Adalid, con esto le despide.

Ya que el Joven con ruegos nada mueve
a la descortesía, dura hembra,
a cerrar con los bárbaros se atreve,
y en lugar de plegarias, muertes siembra.
Ya todo fuerte brazo, y planta leve,
aquí mata, allí hiere, allí desmiembra,
ya el Moro por huir tan gran fortuna,
entregara cincuenta en vez de una.

Ensélvanse las vírgines en tanto,
colmadas de pavor, y el ruego ejercen,
y a su Custodio, y de su nombre al Santo
piden, que a sus domésticos esfuerce:
ellos del Moro crecen el espanto,
sus fuerzas menguan, y sus golpes tuercen,
porque saliendo bien de sus furoros
no queden desfloradas tantas flores.

En este punto estaba la refriega,
cuando te truje aquí, para que fueses
fiel testigo de la prez Gallega,
y aunque pasada, atónito la vieses.
Mi larga edad, que los indignos ciega,
presta eterno verdor a dignas mieses,

jamás la loa del valor oculto,
que huesos sí, no méritos sepulto.

En premio pues, los ínclitos llevaron
el destinado pasto de dragones,
y porque la batalla terminaron
como tú lo miraste, con bastones,
en tanto que al lugar se enderezaron,
cinco hojas de higuera por blasones,
de quien está, cual ves, llena la tierra,
tomó el autor primero de la guerra.

Y de allí derivando su apellido,
rico el tronco quedó de nobles ramas:
mas lo futuro excede, lo que ha sido,
él cipreses hará las que eran gramas.
Sabrás, ¡oh tú, que de sudor ceñido,
las letras sigues, las historias amas!,
que a semejante estirpe quiere el Cielo
vestir de honrosas galas en el suelo.

Duques, Marqueses, Condes sus ornatos
han de ser en edades prolongadas,
sacaré de Marciales aparatos,
sus sienes de proezas coronadas:
siempre la mirará con ojos gratos
el autor de riquezas estrelladas;
mas rica sumamente de una Feria
ha de salir en l'abundante Iberia.

Entre tantos Héroes deste linaje,
ya dos, como dos Febos, se descubren,
que rinden a los Hércules ultraje,
y la luz de los Césares encubren:
ya les rinde Fortuna el homenaje,
viendo el velo inmortal con que se cubren,
y así por más que Zoilo sea prolijo,
jamás podrá morder al padre, al hijo.

El padre en nombre de un Monarca invito,
veo, que llega a la triunfante Roma,
donde al gran Visorrey del Infinito
la planta besa, que el Infierno doma:
de allí partiendo, en el Francés conflicto
del triste opreso la defensa toma,
y como dél la libertad codicia,

por dársela, sus bienes desperdicia.

A la querida patria al cabo vuelto,
en los actos de Astrea se ejercita;
rigiendo al Catalán, enfrena al suelto,
y todo miedo al caminante quita:
viendo su proceder grave, y resuelto,
y en sus acciones su prudencia escrita,
de allí le envía un Superior prudente
a gobernar la Siciliana gente.

Mantiene su quietud, y su abundancia,
con süave aspereza algunos años,
mas hácenle negocios de importancia
dejar aquellos límites estraños:
en tanto, de Laquesis la jatancia
causa, con propio fin ajenos daños,
por quien el noble a su rigor sujeto
queda, donde a morir corre Sebeto.

Falta su muerte hará, será sentida,
mas llenará de golpe tal vacío,
planta gentil de juventud florida,
que abundará de generoso brío:
verá la Sena, y su ciudad temida
su tropa, insigne en talle, y atavío,
que pisará, siguiéndole, su playa,
cuando el pésame a dar de lutos vaya.

Como su genitor, y al mismo efeto,
irá primero a ver al sumo Padre,
y de su merecer alto conceto
tendrá la qu'es de tanto César madre:
menoscabar tan ínclito sujeto,
la envidia no podrá, por más que ladre,
sólo podrá batir rabiosos dientes,
por verle celebrado de las gentes.

¡Oh cuántos resplandores su prudencia
irá brotando en la ocasión presente!;
conocerase bien en la excelencia
de la rama, el valor del tronco ausente:
harale venerable su presencia,
será franco, magnánimo, elocuente,
y por su ser, será digno de cetros,
de eterna fama, y de inmortales metros.

Mas esto sólo con veloz estilo,
pude formar, siguiendo mi carrera,
hasta qu'en otra edad cobrando el hilo,
su claro nombre cuelgue de la esfera;
que bien promete el Español Camilo
prez a su patria, asombro a la extranjera,
mas a Dios, que ya el Alba toma puerto,
dijo el anciano, y yo quedé despierto.

LIBRO DUODÉCIMO

En tanto qu'el León y el Can mantienen
ardiente liga, el cuándo a Zaida aqueja,
piensa, que sus desdichas la detienen,
y triste, ya de su rigor se queja:
seguro oprobrio sus promesas tienen,
si interrumpido el gran negocio deja,
y así no olvida industria, y asechanza,
como fuerte peón desta labranza.

Tanto obligó con dichos, y con ruegos,
que el Imperante a su querer dispuso,
su ayuda dando, en ocasión, los ciegos,
que de otro ciego siguen el abuso:
turbados ya de muchos los sosiegos,
sienten del padecer el común uso,
y a la planta de amor rinden el cuello,
Clicies queriendo ser de Sol tan bello.

Confúndese el discurso, y el jüicio,
en pretender cualquiera ser nombrado:
aspira todo héroe a ser Fabricio,
sólo en bienes de amor interesado:
corre del ir la voz; anda el bullicio,
viéndose destemplar el más templado,
pues publica, le mueve el caso justo
a partir, no la fuerza de su gusto.

Ya la ocasión del Godo menosprecia,
por la que el corazón tiene inflamado;
sólo por ésta muere, y ésta precia,
de su honor, y sus prendas olvidado:
no pues, con tal ardor la amiga Grecia

la bandera siguió del agraviado,
como el lisiado amante allí procura
dedicarse a la cifra de hermosura.

Dar quiere el Superior solos cincuenta,
y son cincuenta mil los prevenidos:
toda alma de la suerte está sedienta,
que l'abrasan deseos encendidos:
gustara ser en tal sazón Carmenta,
por ver, quiénes serán los escogidos,
mas el Emperador lo determina,
haciendo a pronta urna su adivina.

Docientos nombres entran; los primeros
cincuenta, deben ir con la fingida,
déstos casi los más aventureros,
toda gente tan noble, cuan lucida.
Reinaldos, Montesinos, y Gaiferos
en el vaso también hallan cabida,
sin quedarse Dudón, porque muriera,
si por desdicha suya allá no fuera.

No se atreve Carloto a decir nada,
l'austeridad del padre recelando,
mas bien espera verse en la jornada,
sin que lo estorben obediencia, y mando:
es Zaida déste más que de otro, amada,
qu'es sólo con Amor cortés, y blando.
Orlando, está a la mira en su sentido,
del suceso de Angélica advertido.

Óyese ya Pasquier: sale Fisberto,
tras ellos, Montesinos, y Vivaldo,
ya está Dudón de su ventura cierto,
síguele Berlingerio, y luego Arnaldo.
De no verse ya fuera casi muerto
don Gaiferos está, y está Reinaldo,
mas ya éste, y aquél se ve excluido,
y es causa, hallarse el número cumplido.

Saltan de gozo ya los señalados,
revientan de dolor los que se quedan:
unos son de los otros envidiados,
si bien sus dichas en l'oculto heredan:
los rostros de las sombras ofuscados,
que distinción a los humanos vedan,

aguardan sólo allí los descontentos,
para poder salir con sus intentos.

Bien lo conoce Zaida, y aunque advierte
ser corta de su maña la cosecha,
sabe el poder, sabe el ardid del fuerte,
que ciego acierta con dorada flecha;
por él, más rica espera ver la suerte,
que pues en su dominio el noble pecha,
pide su prevención mayor ganancia
del lastimado ejército de Francia.

Triunfando parte, y deja su partida
desnudo de alegría aquel contorno,
mustia se ve la vecindad florida,
y echan menos los árboles su adorno:
de todos blandamente despedida,
promete en general breve retorno,
que Reina ya, quiere besar la mano
no de dones vacía, a Carlomano.

Distancia de dos leguas destinada
es para de tres horas al correo,
qu'es la primera la mayor jornada,
por tener el partir largo paseo:
al señalado albergue ya llegada,
se anticipa de todos el deseo,
por poder cada mísero valella,
cuando del palafren baje la bella.

Todos gentileshombres de su boca
pretenden ser, llegada ya la cena:
dichoso aquel a quien la fuente toca,
feliz quien vierte del cristal la vena:
hacerle plato allí, no es dicha poca,
aunque mientras le sirve, se enajena
el trinchante, y la vista en otro objeto,
el diestro menester deja imperfeto.

Apenas dan las dos purpúreas listas
lugar al ejercicio de las perlas,
apenas en las almas por las vistas,
penetra el gozo que nació de verlas,
cuando voces de cuerdas, y hombres mistas
principio dan, cantando, a suspenderlas,
cuando varios acentos dulcemente

forman, con sostenidos, lo siguiente:

Amantes, ¿no miráis como la rosa
en la materna rama recogida,
despunta poco a poco vergonzosa,
esperando de Febo la venida?
Y ¿no miráis, qu'en viéndole gozosa,
menos estrecha ya, más esparcida,
al nuevo requebrante muestra el seno
de suavidad, y de rocío lleno?

Cogerse debe así por la mañana,
que si siente el ardor de mediodía,
marchita cae la que se vio lozana,
de fuerza falta, y de frescor vacía:
en esta forma es la belleza humana,
en su primer principio corta, y fría,
hasta que el amador su yelo enciende,
el fruto consiguiendo, que pretende.

Mas si mal advertida, se resiste,
y esquivamente el sí rehuye, y niega,
la que alegre se vio, se mira triste,
cuando ve, que al umbral la edad se llega:
pues sólo en el gozarse el bien consiste,
a digno amante tu tesoro entrega,
¡oh belleza mortal!, ni a más se aguarde,
que importa poco arrepentirse tarde.

Tú, en quien puso influencia soberana
divino ser por único trofeo,
admite, grata, la afición humana,
ni desdeñes ofrendas del deseo:
si por Endimión ardió Dïana,
la Reina de las ondas por Peleo,
aceta los que triunfos te dirigen,
que no quiere el amor por el origen.

Persuadida en tal forma, su viaje
la tropa sigue cuando el alba asoma,
tiempo en que posesión del vasallaje
de Reinaldo, y Gaiferos Amor toma:
llegar también se vio con sólo un paje,
el hijo del a quien diadema Roma
libra a su sien, como a su bulto bronce,
si primero soberbio, humilde entonces.

Su ausencia en tanto pues, que Carlo siente,
la pasada visión tiene delante,
repara en su tenor como prudente,
y estima a quien le habló por su Calcante;
de su deseo enfrena la corriente
la advertencia de sueño semejante,
y con madura vista, y cuerdo paso,
las horas pasa, examinando el caso.

Casi la vuelta escoge, mas la impide
de tanta prevención el aparato,
y juzga, si el ejército divide,
faltas tantas naciones de recato:
ya teme su motín, y aunque preside,
duda si podrá ser justo Torcato,
que siempre el prevenir fue de discreto,
el que nadie se atreva a su respeto.

Tal vez se rinde al débil el robusto,
y el despeño tal vez desde la Luna,
en la fuerza se funda de lo justo,
temiendo siempre el Sabio a la Fortuna:
la pompa y majestad del Solio Augusto
al alma implica, a la quietud repuna,
¡oh falaz ambición!, nave es la vida
en el piélagos humano sumergida.

Al fin manda, se junte en tiempo breve,
el qu'es de mayor número cabeza,
y de la Junta la ocasión no leve
facundamente a proponer empieza:
Tenéis noticia (dice) cómo debe
quien rige, unir templanza a fortaleza,
que nadie ignora ya, toca a su peso
de ajeno obrar el bueno, o mal suceso.

Yo las armas tomé contra Asturianos,
movido con enojo, y justa ira,
y aunque éstos ser pudieran Coriolanos,
en no poner en el vengar la mira,
juzgan tal vez los Reyes soberanos,
ajeno variar por recia vira,
advirtiendo, cuán poco les respete
quien les falta, en no dar lo que promete.

Quiso ofrecerme Alfonso, sin violencia,
su cetro, en el remate de sus días,
yo con amor, no repudié la herencia,
por oprimir Paganas tiranías:
faltome, despreciando mi potencia,
confiado en ajenas valentías,
más que en viva razón; pues justo fuera,
que tan sin causa atrás no se volviera.

Recibió de mi parte Embajadores,
que el fin de la promesa le pidieron,
respondioles con bríos superiores,
y así mal despachados se volvieron:
vista su obstinación, mis blancas flores
a la patria del Euro se atrevieron,
del atambor, y del clarín la instancia,
convocando el poder de toda Francia.

Quisiéronme acudir los feudatarios,
y dar pronto socorros los amigos,
si bien, tenidos no por necesarios,
en razón de tan pocos enemigos:
vine hastaquí⁵⁵, donde por casos varios,
escogí destos riscos los abrigos,
pues cualquiera juzgara, en pocos meses,
pocas las prevenciones de Leoneses.

Cintia dos veces vio su rostro lleno,
después que en este sitio el pie fijamos,
y en él juzgado de poder ajeno,
según sabéis, fuerte defensa hallamos:
si tan fácil será ponelle freno,
como al principio se entendió, dudamos;
qu'es ejército grueso el que gobierna
un dichoso Alejandro en edad tierna.

De las escaramuzas por lo menos,
que en dos meses aquí varias han sido,
Tigris mostraron ser a nuestros Renos⁵⁶,
tal de su recia rauda fue el rüido:
sin duda rayos son, si somos truenos,
pueden decir el daño recibido
diversos trances, sobre todo, el fiero,
que de Beltrán escureció el lucero.

A volver a París por eso inclino,

interrumpiendo el riesgo que se espera,
desta resolución dando al vecino
fuerte competidor, noticia entera:
sabrá, que desde luego determino
dejar libre de Marte su frontera,
no con recelo de futuro daño,
porque sólo me mueve un desengaño.

Que a la verdad sudores belicosos
tienen la posesión de aquellas peñas,
dando en ellas sus hijos valerosos,
de fuerza desigual bastantes señas:
pues lo que suyo es, gocen dichosos,
no turben su quietud causas pequeñas:
cesen de pretensiones los extremos,
razones venzan hoy, armas dejemos.

Hoy aquí para esto os he juntado,
todos decid, si es bien, que esto se siga,
pues abona a cualquier valor, y grado,
libre su parecer cualquiera diga.
Calla. Y Urgel al punto levantado,
cuya vejez a que antes hable obliga,
se inclina a Carlomano, y a su asiento
ya vuelto, forma, grave, tal acento:

En su mano, Señor, los Reyes tienen
guerra, y paz; suyo es el declarallas,
que guerra, y paz con su poder mantienen,
siendo de guerra, y paz fuertes murallas;
por eso, en una, y otra no intervienen
los que usan sedas, los que visten mallas,
como rectores, como guías dellas,
sino como quien sigue ajenas huellas.

Que respondo con esto, me parece
a lo que hacer estamos obligados,
y así mi escuadra la obediencia ofrece,
cualquiera elijas de los dos estados:
mas porque suele oír quien envejece
tal vez, dejando puestos encumbrados,
del vulgo lenguaraz las opiniones,
escucha en razón desto, mis razones.

Entraste con los tuyos tan adentro,
que tienes ya difícil la salida,

vencer debes buscar, como tu centro,
toda fuerza contraria reprimida:
llegar es justo a general rencuentro,
a esto ya necesidad convida,
por el decoro al tremolar debido
de tu Guión, de tantos tan temido.

A miedo juzgarán los Asturianos
lo que nace de celo, y cortesía,
y a Imperiales, Franceses, y a Italianos
soberbios, notarán de cobardía:
volver tampoco sin obrar las manos
querrá la hueste de quien eres guía,
prometiendo por premio sus proezas
los que mira despojos, y riquezas.

Varias en gustos son tan varias gentes,
causa de hacer dudosa su obediencia,
y así como de ríos las crecientes,
debes temer su ímpetu, y violencia:
hastaquí procedieron impacientes,
culpando tu madura providencia,
con decir, que tus fuerzas disminuyes,
si más con dilación del riesgo huyes.

Feroz Hidra es el vulgo, y despojalle
no es posible de todas sus cabezas,
que novedad en sí es fuerza halle
con que pueda fundar sus ligerezas:
mas quien deste bajel es gobernalle,
previene astutamente sus flaquezas,
evitando ocasión con blandos modos,
importante remedio, más que todos.

Siguiendo pues, hasta su fin, la empresa,
trabas la osada lengua al enemigo,
y el brazo, si del brío la represa
sueñas de tanto súbdito, y amigo.
Si causa obligación cualquier promesa,
tu causa obligación tiene consigo,
qu'es justo, un Rey supremo se desabra
de que inferior le rompa la palabra.

Dijo. Y Turpín, que en el Consejo asiste,
como Prelado, a su opinión se opuso,
los bienes que se siguen, si desiste

el grande Emperador, delante puso:
sinificó, cuán afligida, y triste
tiene a la Iglesia el belicoso abuso,
cuando entre sí le ejercen los Cristianos,
fuerzas acaudalando los Paganos.

Del Vicediós los ruegos interpone,
y afirma, ser inspiración del Cielo,
pone toda eficacia, y no dispone,
qu'es su piadoso ardor juzgado yelo.
Cualquiera lo que Urgel, dice y propone,
y que la expedición consiga vuelo,
porque se evite todo inconveniente,
pide de parte suya, y de su gente.

Notable pesadumbre a Carlomano
causa la conclusión precipitante:
que su pecho imitara al de Trajano,
equidad y clemencia respirante,
quisiera, mas allí lo intenta en vano,
qu'es todo lo que advierte disonante,
visto en dureza pues, cualquiera un Eta,
que batalla se dé Carlo decreta.

Deshecha la Sesión, la voz se estiende
ya por todo el Real de lo tratado:
alguno lo dispuesto, mal entiende,
y queda sin razón alborotado,
partir no gusta, pelear pretende,
ni quiere estar como hastallí cercado;
siendo quien más se altera, y más blasona
del sedicioso Hugo la persona.

En medio puesto de los mil que rige,
¡Oh compañeros! (dice) ¿Quién os quita,
que vuestros nombres en los orbes fije
la que muertas cenizas resucita?
¿Cómo la triste nueva no os aflige,
si vuestro deshonor a voces grita?
¿Vos a la dulce patria sin trofeos?
Primero os suman rápidos Leteos.

Aún vivo yo; mi nombre aún se celebra,
aún valeroso ardor mi pecho inflama;
aún este brazo rinde, rompe, y quiebra,
aún acumulo plumas a mi fama:

¿Viose jamás en mis hazañas quiebra?
¿Quién el osado, y fuerte no me llama?
¿A quién en cualquier lid no puse yugo?
Mas ya conoce Europa quién es Hugo.

Yo como Sol, mis rayos comunico,
ya en vos, ¡oh mis queridos!, reverberan,
con ellos doy vigor al grande, al chico,
todos con ellos méritos adquieran.
Que venceréis al Español publico:
vamos, no más sus daños se difieran,
que en estos robles faltarán, si vamos,
para poder hacer coronas, ramos.

Hugo con esto incita, y alborota
los que tiene a su cargo, y el estoque
sacando, cual relámpago, derrota,
siendo causa, que el campo se provoque:
con su furor frenético denota,
que hacer lo mismo a cada uno toque,
y así ya los más tercios de Alemania
siguen de Hugo el ímpetu, y la insania.

Él corriendo entre todos, dice a voces:
Presto, presto a las armas; armas vengan,
Alemanes temidos, y feroces,
vuestros furores más no se detengan:
sola es justo, nación, que el lauro goces,
sin que en él otras gentes intervengan,
vamos, vamos valientes compatriotas,
hoy tan largas prisiones queden rotas.

Estese en su regalo sumergido
el anciano Francés de sangre fría,
ni del combate elijan el partido
los fuertes, que con él la Francia envía,
estese en sus cuarteles recogido
el de Aquileya, Etruria, y Lombardía,
y asista siempre inútil, y galano
aquí el Partenopeo, y Siciliano.

Que sin éstos, serán de mas provecho
los siempre poderosos Alemanes,
y harán pagar, sin ellos, mortal pecho
a Moros, y Leoneses Capitanes.
Salgamos d'una⁵⁷ vez deste repecho,

que cansa ya vivir tan holgazanes,
los tibios corazones se alborocen,
los brazos hiendan, partan, y destrocen.

No pide el hecho, no, más largo examen,
las armas son los verdaderos medios,
qu'es de la honra sólido el dictamen,
y aborrece prolijos intermedios.
Con este hablar obliga a que rebramen,
porque luego se rompan los asedios,
y lo qu'es más, obliga a que no esperen,
ya pues a punto están, ya salir quieren.

Viendo los Italianos, y Franceses
el libre proceder de los furiosos,
recelando sus bárbaros reveses,
armas, y orden eligen cautelosos.
A César destes actos descorteses
avisos van llegando presurosos,
y él, sabiendo que importa su presencia,
quiere frenar con ella la insolencia.

La silla ocupa de bridón lozano,
de su guarda, y domésticos ceñido:
por cetro lleva en la derecha mano
vara, con que el caballo es oprimido:
hacen traje Imperial, y rostro anciano
más venerable al dueño, y más temido,
a quien por ver gente sin fín concurre
mientras por el ejército discurre.

Al leal va mirando blandamente,
de su fidelidad gracias rindiendo,
mas llega donde el Alemán torrente
llamas de rabia, y furia está vertiendo.
Ya con sólo un mirar, bajar la frente
hace al más temerario, al más horrendo,
ya mansa está la condición más brava,
y ya mudo se ve, quien gritos daba.

Llenos de majestad voz, y semblante,
¿Quién (dice) causa fue destes motines?
¿Discordes vos? ¿Quién pudo ser bastante
a que aspiréis a tan indignos fines?
¿Quién hace en ocasión tan importante
encontrar con los Ródanos los Rines?

El Rin del Franco al Alemán divida,
mas el confín, no su lealtad impida.

¿Qué atrevido mi sombra no respeta,
si en mí fue siempre igual, castigo, y premio?
¿De mí no tiembla el intratable Geta?
¿Su rustiquez no reducí a mi gremio?
¿Aquí toda nación no está sujeta?
¿Al más cerril a obedecer no apremio?
¿Cómo en mí piensa hallar misericordia,
quien vierte en vuestros pechos tal discordia?

¿Los que siempre juzgué por más leales,
en la fidelidad, hoy titubean?
¿Los que título tienen de Imperiales,
con nota igual su calidad afean?
¿Los nidos de mis Águilas caudales,
su menoscabo, y turbación desean?
No sea así; dejad la traza esquiva,
volved en vos, seguid razón tan viva.

Con esto el gran Caudillo los sosiega,
todos perdón pidiendo del exceso,
él le concede, y sólo desta brega,
el revoltoso Hugo sale preso:
nada el culpado en su favor alega,
mas pudiera alegar su poco seso,
su furia, y proceder arrebatado,
y sobre todo, estar mal informado.

Lo referido en tanto que aquí pasa,
Elvira en la Montaña se consume,
ausencia la persigue, amor la abrasa,
y en morir, tanto daño se resume:
el pecho al corazón es corta casa,
sucesos varios contra sí presume,
llama al ave pesada, al viento tardo,
para traerle avisos de Bernardo.

Tres amorosas cartas ha tenido,
después que fue a la guerra su valiente,
mas quisiera tres mil hubieran sido,
y así le culpa ya de negligente:
el grande riesgo en que le ve metido
con toda el alma, por instantes siente,
bien sabe qu'es gallardo, y qu'es brioso,

mas juzga al enemigo poderoso.

Quisiera verle, mas palabra diole
de estar allí, rompérsela no es justo;
si bien, que la más firme se interpole,
suele determinar la ley del gusto:
no convenir, que contra ella arbole
insignia, pensamiento tan robusto
advierte sí, mas el remedio ignora,
que teme disgustar a quien adora.

Son continua ocasión de su desvelo
cuidados, más que tiene el mar arenas,
y del temor helado, y del recelo
la ponzoña se estiende por sus venas:
en cuanto escucha, o ve, no halla consuelo,
naufraga en la corriente de sus penas;
y el mal que siente, el ansia que la ahoga
flebil, así lamenta, así desfoga:

¡Ay Dios!, ¿qué debe hacer, quien rodeada
de tal dolor se mira por momentos?
¿Debe poner al pecho aguda espada,
y acabar con la vida sus tormentos?
¡Ay Dios, sin duda tienen conjurada
su fuerza contra mí los elementos!
¿Viose jamás desdicha tan espresa
como que estando libre, viva presa?

¡Que en mí contemple espíritu guerrero,
y que infelice suerte me le impida!
¡Que la obediencia cause triste agüero,
y no deba por mí quedar rompida!
¡Oh respeto mortal, oh infausto arquero,
en qué extremo los dos tenéis mi vida!
El uno quita, el otro pone espuela,
y si me enciende aquél, éste me yela.

¡Oh precepto crüel, oh ley severa,
ministros de mi mal, porque camino
queréis que pene, permitís que muera,
favor prestando a mi funesto Sino!
Mas tú, dulce ocasión desta quimera,
no fueras de mis males adivino.
¿Ya no echabas de ver, ya no sabías,
que habían de ser sin ti, cortos mis días?

No sé, si en el lugar del fuego inmenso
alma se puede hallar tan afligida.
¡Resolución, oh corazón suspenso,
pues el tomalla es puerto de la vida!
Mas ¡ay, que fuerza de dolor intenso
tiene la tuya ciega, y oprimida!
Turbado estás, ya ponderar no sabes,
ya impiden tu elección tus penas graves.

¡Oh mi querido ausente!, ¿no dejaras,
que de paje de lanza te sirviera?
¿Ésta poner entre sus obras claras
tu generoso nombre no pudiera?
¡Ay Dios, qué mal a un desdichado amparas!
¿Por qué conmigo, ¡ay Dios!, alma tan fiera?
¿Por qué tanto rigor tu pecho ofrece,
si mi fe, si mi amor no le merece?

¿Qué harás agora, amado bien? ¿Qué estado
tendrán allá las cosas de la guerra?
¿Si estarás en dar muertes ocupado?
¿Si ya tu brazo al enemigo atierra?
Mas, ¡ay triste de mí, si adverso hado
que en lugar de acertar, de envidia yerra,
a tu fogoso obrar contrario fuese,
y a tu vida su hierro se atreviese!

¡Ay, si herido te ves, cuán importante
fuera para tu alivio mi presencia!
¡Cómo acudiera yo con pie volante!
¡Cuán pronta fuera allí mi diligencia!
Mas siendo mi asistencia relevante,
¿de qué sirve tan vana resistencia?
¡Esfuerzo, Elvira, esfuerzo!, y parte luego,
antes que en polvo te convierta el fuego.

Quéjase así. Mas ya velo prolijo
confunden los matices d'hoja, y fruto;
ya de cuatro elementos, el más fijo,
sus miembros cubre de improviso luto:
ya de las sombras el callado hijo
ata la lengua al hombre, al ave, al bruto,
y ya de su esplendor no deja rastro
el qu'es sublime honor de cualquier Astro.

Reposa el mundo, y sin quietud Elvira
ignora lo que hacer en pena tanta,
la obediencia tal vez su osar retira,
tal, el amor su ánimo adelanta:
gritos forma tal vez, y tal se mira
anudada su lengua a su garganta,
y el grande sentimiento por los ojos
saca del pecho Nilos en despojos.

Su corazón se anega, y con violento
ardor, juzga su albergue estrecho vaso,
y muestra, retirada en su aposento,
semblante cuidadoso, hablar escaso:
mesa veloz, reposo turbulento
goza, mientras se ofusca el negro Ocaso,
y mientras resplandece el bello Oriente
rico balcón de Febo refulgente.

Mas ya resuelta, sale del retrete
en busca de un arnés que vio colgado,
los delicados miembros en él mete,
sin que vestido igual juzguen pesado:
allí greba no deja, o brazalete,
ni cuanto suele usar varón armado,
ayudando a ponello fiel esclava,
y estoque ciñe en fin, que cerca estaba.

Ya puesta pues, en forma de Belona,
con sobrevista ornada, y con cimera,
potro andaluz, a quien su patria abona,
de su común albergue saca fuera;
y en él subiendo, apenas su corona
muestra la esposa, de Semele nuera,
cuando a la sierva aquel secreto encarga,
y del lugar donde nació se alarga.

Toda alentada en sí, toda briosa,
pesado tronco, si a su diestra un pelo,
empuña, y la de piel basa orgullosa,
al Cierra ensaya, y apercibe al vuelo:
partiendo la saeta presurosa ,
dirá quien ve, que con el clavo el suelo,
en el tropel amaga, mas no sella,
ni logra el polvo de su pie la huella.

Cuatro jornadas hizo, y en la quinta

apenas por el fresco entró temprano,
cuando la luz, que aún no las cosas pinta,
confusos bultos señaló en un llano:
mas ya cualquiera cosa bien distinta,
y lo que vio distante ya cercano,
la Dama descubrió varios rendidos,
de cantidad de Moros conducidos.

Publican en los trajes ser Cristianos,
y todos en los rostros Caballeros,
tienen en duros lazos pies, y manos,
con más rigor, qu'es dado a prisioneros.
Ya sus ojos en ellos pone humanos,
aborreciendo tales desafueros,
la bella Elvira, y ya cortés pregunta,
quién es, y dónde guía aquella junta.

Prosigue, Caballero, tu viaje
(con rostro avieso, un Moro le responde),
que no importa oír nuestro mensaje,
ni saber el por qué vamos ni dónde.
La Dama se alteró; mas del ultraje
el miedo impide ya, que más ahonde,
que sus fuerzas ¿podrán, aunque gallardas,
si ciento, y mas son las Moriscas guardas?

Ya pues, sin más hablar, volver quería
la rienda, su camino prosiguiendo,
cuando: Señor, notable alevosía
es (un preso formó) la que estás viendo;
si profesas seguir Caballería,
estos nobles cautivos te encomiendo,
que será cierto el fin destes Paganos,
como uno pueda desatar las manos.

Apenas esto dijo el prisionero,
cuando derriba Elvira la celada,
el fresno pone, y del que habló primero,
deja con él, la vida terminada:
no le falta la lanza hasta el tercero,
mata al cuarto, y al quinto con la espada,
haciendo en corto espacio tanta riza,
que al más soberbio Moro atemoriza.

Con el favor de tales desconciertos,
se libran poco a poco los cautivos,

y con las armas, sobras de los muertos,
principio dan a destrozarse los vivos.
De sangre pues, sin dilación, cubiertos,
con ánimos ostentan vengativos,
cuyo valor, atenta, viendo Elvira,
la diestra espada del matar retira.

Del Moro fue la resistencia corta,
que tímido en la lid no persevera,
mas tras vencerle, la razón exhorta,
que a su libertador honre cualquiera.
Ella de sumisión el hilo corta,
y porque detenerse no quisiera,
a subir a caballo, humana, obliga,
y a que, andando, el suceso se le diga.
XII-83 Por no cansarte, relación elijo
de acentos breves, sí, mas verdaderos,
todos somos Franceses (uno dijo),
todos de calidad, todos guerreros:
yo soy Carloto, y soy de César hijo,
éstos Dudón, Reinaldos, y Gaiferos,
y aunque de los demás callo los nombres,
primogénitos son de ricoshombres.

Sabes, que Carlo con Asturias tiene,
por cierta pretensión, guerra trabada,
y que uno, y otro campo se detiene
en Roncesvalles, sin hacer jornada:
estando pues allí, vemos que viene
hermosa Circe, de traición armada,
a mi padre, que a míseros escuda,
para un Reino cobrar, pidiendo ayuda.

Negola por entonces, mas su lloro,
y nuestra intercesión salió con ella:
Amor mostraba en ésta su tesoro,
que era gallarda, y por extremo bella.
Ya olvidando cualquiera su decoro,
la desea, y pretende por estrella,
ya por gozar sin émulo, su vista,
con su amigo, el amigo se enemista.

Ella, con dulces modos, atraía,
a sí las más rebeldes voluntades,
ya ciertas esperanzas infundía,
y ya enfrenaba ardientes calidades:

de su partida en fin, llegado el día,
ciegos se ven andar grados, y edades,
quieren seguirla todos; Carlo advierte
su error, y elige el medio de la suerte.

Salieron los que ves, y sin tocarles,
Gaiferos, y Reinaldos acudieron,
y yo también propuse acompañarles,
que ausentes, llamas mis deseos fueron.
La Mora no dejó de acariciarles,
ni sus fingidos modos fenecieron,
hasta que albergue busca en Zaragoza,
cuando el Sol muestra al Indio su carroza.

Con gran secreto en la ciudad entramos,
cualquiera hallando noble alojamiento,
mas sin el Sol que nos guió, quedamos
todos pobres de luz, faltos de aliento:
tras la cena, los lechos ocupamos,
no con cansancio igual al sentimiento;
mas apenas Morfeo, Mago astuto
cobra de ajenos ojos su tributo,

cuando se halla el mísero dormido
de bien armados Moros rodeado,
que con rigor negándole el vestido,
le dejan en prisiones confinado.
Vuelve a cualquiera el trato fementido,
ya no menos confuso, que indignado,
mas ¿qué podrán hacer sus esperanzas
entre selvas de alfanjes, y de lanzas?

Un solo Baharí se ve en tres días,
traer manjar escaso a cada uno,
que de sí despidiendo villanías,
a quien le quiere hablar, llama importuno:
siéntense al cuarto, recias baterías
a fin de que en su fe quede ninguno,
ofreciendo al que siga tal intento,
con riquezas a Zaida en casamiento.

Abominable a todos fue la oferta,
honrando con injurias el envite;
pues viendo el Rey al sí cerrada puerta,
manda, que toda vida el hierro quite:
mas Zaida, no de lástima desierta,

advierte convenir, que esto se evite,
siendo sumo rigor poner las manos
en vidas de tan ínclitos Cristianos.

Propone, ser más digno, qu'en prisiones
vamos al Rey de Asturias por presente,
porque atónito mire las pensiones,
que el valor paga a pecho inteligente.
Tienen sumo poder las ambiciones,
así en Marsilio obraron de repente,
pues gustó de enviarnos luego al Casto,
con gente armada, y no pequeño fasto.

Íbamos a León enderezados,
cuando tú aquí, Señor, nos encontraste,
y aunque por ti quedamos desatados,
no libres con tus obras nos dejaste:
a tu valor nos vemos obligados,
y más presos salimos del contraste,
mas que diga tal dueño, es justa cosa,
su nombre, y su familia generosa.

Cesó de Carlo el hijo: a quien la Dama
dice: Tengo, Señor, a suerte buena
haber hecho placer a quien la fama
del más heroico armígero encadena:
de asechanza, doblez, malicia, y trama
la Morisca nación siempre está llena,
y así para evitar trances amargos,
conviene ser con ella alertos Argos.

Seguro estoy, que semejante presa
fuera al Rey Asturiano malsonante,
el ánimo admitid, y porque apriesa
solo debo seguir cosa importante,
a Dios todos quedad, si bien me pesa,
de no poder cont vos ir adelante.
Esto diciendo Elvira, alarga el paso,
causando asombro al que se queda el caso.

LIBRO DECIMOTERCIO

A con pesar cualquiera se detiene,
que pertinaz por combatir se halla:

ya por cesar rumor, que dé conviene,
el uno, y otro ejército batalla:
pues aplazada ya, Carlo previene,
y Bernardo su gente, para dalla,
ya deja las trincheas por el llano,
el Imperial, Francés, Moro, Asturiano.

El uno, y otro número crecido
forma de media luna va cobrando,
queda el infante en medio, socorrido
en la ocasión del Pegaseo bando.
Da la diestra Bernardo, agradecido,
al Inglés, y con él junta a Fernando,
queriendo, que les haga compañía
l' Asturiana, y Leonesa infantería.

Qu'el Jinete Africano la siniestra
ocupe ordena, y que su gente ampare,
hace al Cántabro centro, cuya diestra
reserva a que los ímpetus repare:
la fuerte escuadra, a quien Ricardo adiestra,
no quiere, la siniestra desampare,
porque la lid trabada, al Agareno,
si tratare de huir, sirva de freno.

El General, solícito, las Haces
dispone con prudencia, y con aviso,
con los ojos incita a los audaces,
y con la lengua anima al más remiso:
en todos sus palabras eficaces
feroz braveza infunden de improviso,
a todos pronostican fin felice,
mas vuelto a sus paisanos, esto dice:

En vosotros, amigos, está puesta
la vitoria, y la suma de las cosas,
causa seguís aquí justa, y honesta,
contrapuestos a fuerzas ambiciosas.
Hoy libraréis de sujeción molesta
la patria, las haciendas, las esposas,
hoy se verán de toda mengua lejos
las respetadas canas de los viejos.

¡Oh fuertes domadores de arrogantes,
prodigioso terror de sus fierezas!,
muestren hoy vuestras diestras fulminantes

sus siempre poderosas fortalezas,
que si aquí sois a vos hoy semejantes,
daréis efeto a sólidas proezas;
obrad, como soléis, que este es el día
de campear con vuestra valentía.

Ya estáis en la ocasión tan deseada,
delante la tenéis, ¡oh valerosos!,
hoy sirvan, su soberbia derribada,
de suelo a vuestros pies los orgullosos.
Mas ¿de qué sirve, que esto persüada
a los siempre invencibles, y gloriosos?
¿Ignoro yo quién sois en los contrastes?
¿Conmigo varias veces no triunfastes?

¿No conozco los nombres, y los hechos?
¿Dellos no darán fe mis propios ojos?
¿No vi, dejar ejércitos deshechos,
y sus riquezas ser vuestros despojos?
Id pues, y atravesad contrarios pechos,
al soberbio quitad vanos antojos,
y el sitio donde ufano gallardea,
de sus tragedias hoy teatro sea.

A sujetar endebles enseñado,
olvida los destrozos de Leones,
quién sois olvida, y ciego, y obstinado,
por vuestro bien juntó tantas naciones:
¿a qué os detengo más, si ya el airado
semblante vuestro usurpa sus blasones?
Ya cualquiera de sangre el campo tiñe,
ya con roble, y laurel su frente cine.

Ya vencedores sois, ya está seguro
el honor de mi Rey, el vuestro, el mío,
presente hallé, lo que juzgué futuro,
ya miro roto el Franco poderío.
Así quien es de las Asturias muro
a sus gentes provoca al desafío;
dejando a todos de furores llenos
la emulación de méritos ajenos.

Vuelve el bridón tras esto, y considera
de cualquier escuadrón modo, y postura,
mostrando el rostro va por la visera
lleno de majestad, y compostura:

la vitoria con él, a quien la espera,
confirma, y al dudoso l'asegura,
a quién ensalza, a quién promete honores,
y a quién con discreción sueldos mayores.

Más de lo acostumbrado resplandece
Augusto, y grande en hablas, y en acciones:
las riquezas de Francia al Moro ofrece,
y añade generosas persuasiones:
el extranjero término engrandece,
traza menesterosas prevenciones,
acude, y corre, pronto, y vigilante,
ni olvida cuanto ve ser importante.

Para, donde Ricardo altivo, y fuerte,
su incontrastable escuadra componía,
y dice: En ti, Señor, la feliz suerte
está, y el buen suceso deste día.
Tú deste lado la lealtad advierte,
que monstros, sin cesar, África cría,
y en tanto que al Francés eres cuchillo,
cierra a toda traición todo portillo.

Con éstos en los grandes menesteres
darás socorro, infundirás aliento,
precipitoso, el paso no aceleres,
sino procede en la ocasión, con tiento:
de tu escuadra el ardor es bien moderes,
no cause con su furia rompimiento:
mas, amigo, perdona, pues agravio
en dar recuerdos a quien es tan sabio.

Mientras el General cual ave vuela,
entre los de caballo, y los peones,
Carlomano su ejército nivela,
lugares señalando a las naciones.
Del opuesto escuadrón sigue el modelo,
y ampara los de pie con los bridones,
abrigando los lados populares
con las valientes tropas de los Pares.

Encima de caballo poderoso,
por las gentes discurre, y las anima,
válese aquí, y allí de hablar grandioso,
y en todo al enemigo desestima.
Estoy (dice) suspenso, estoy dudoso,

si será bien, que lo secreto esprima:
siento tan cortos ver vuestros afanes,
Franceses, Italianos, Alemanes.

A toda Europa armada, el mundo todo
fuera, bien claro está, fácil conquista,
ved, contra quién sus fuerzas acomodo,
gran mengua, que con ellas hoy embista.
Un bárbaro Numida, un débil Godo,
decid, ¿será posible las resista?
¡Oh Imperiales!, ¡oh súbditos!, ¡oh amigos,
quién viera más potentes enemigos!

Si al paso qu'es de mérito el vencido,
suele cobrar renombre el vitorioso,
que el nuestro limitado, y descaído
sea, en tal ocasión será forzoso:
menos será el provecho, qu'el rüido,
y el triunfo más indigno, que glorioso,
mas tal vez castigar al insolente,
no es seco lauro de guerrera frente.

Así, por no perder vuestros decoros,
mientras frustrados sois destes motivos,
Polínestores sed, sean Polidoros,
y despojados sí, mas queden vivos:
por esclavos llevad aquellos Moros,
y esotros Españoles por cautivos,
todos de sujeción título cobren,
siervos de España en vuestras patrias sobren.

La lengua en esta forma menosprecia,
mas habla el corazón diversamente,
que Troya teme ser de aquella Grecia,
hallando en corto río gran creciente:
tanto el valor del General aprecia,
que en su virtud, al tímido potente
ya juzga, y piensa ya perder la palma,
qu'el buen Regente es de los suyos alma.

Que cualquier ala de las dos se estienda
manda, porque el contrario quede en medio,
y porque entrar pretende en la contienda,
huye del batallón, como de asedio:
señala para sí, y a sí encomienda
l'aventurera escuadra, que el remedio

más eficaz en el mortal combate,
ha de ser de cualquiera desbarate.

En tanto que se acercan por momentos,
llegan a su Real los engañados,
con su presencia alegres, y contentos,
dejando a los amigos, y aliados:
mas ya la ocupación no admite cuentos,
qu'en pelear consisten los cuidados,
por eso todo Par declara en breve,
que falsa fue, que fue la Mora aleve.

Tan sereno jamás, ni tan hermoso
el aire se miró, cual este día,
el alba, con semblante luminoso,
cubrió el campo de gozo, y de alegría;
los rayos del Caudillo presuroso
todos, al parecer, en sí tenía,
luz era todo allí, que ver sin velo
tan memorables obras quiso el Cielo.

A toda vista admiración causaba,
cuando aquel, y este campo a verse vino,
tanta varia bandera, que ondeaba,
tanto plumaje, y tanto yelmo fino.
Una selva espesísima formaba
allí el herrado Abeto, el Fresno, el Pino.
Deleitando diversos exteriores
d'armas, empresas, trajes, y colores.

Descúbrese por una, y otra parte,
orgullo, gala, garbo, y lozanía,
en cualquiera infundiendo el fiero Marte
ardimiento, valor, y gallardía.
Tremola aquí de Alfonso el Estandarte.
Allá de la Francesa Monarquía,
y del Imperio el ínclito decoro,
publica el Ave excelsa, el Lirio d'oro.

Arcos, dardos, y lanzas ya se aprestan,
ya el general, jinetes, y bridones
sus furias con relinchos manifiestan,
imitando el ardor de sus varones.
Ya se ve todo en orden, ya molestan
estorbos, ya embravecen dilaciones,
ya pronta pues, de aquí, y allí la ira,

entra en el campo de León Elvira.

El galope no deja, hasta que toma
lugar del grande ejército en la frente,
vuelta Lince al pasar, mira si asoma
de su oculta tiniebla el bello Oriente:
mas el rumor de la batalla doma
el deseo más tierno, y más ardiente,
allí pausa el amor hace al instante,
qu'es del honor allí cualquier amante.

Tocó la trompa el Español primero,
tocola el Galo, y el envite aceta,
por quien a todo infante, y Caballero
mandan clarín, y caja, que acometa.
Ya intrépido camina el delantero,
ya toda escuadra, por llegar, se aprieta,
ya se amenaza el belicoso estrago,
ya suenan san Dionís, y Santiago.

Con valerosa acción, con planta leve,
con fiero ardor, si con oculta saña,
con pompa igual, ya rápida se mueve
de aquella parte Francia, y ésta España;
en esta forma, por centella breve,
tal vez devora el fuego la campaña,
y aquí de sangre, por temosa guerra,
bebe diluvios ya voraz la tierra.

Cupo primero allí de herir la suerte
a la sin par fortísima Asturiana,
dio con la lanza a Solidonio muerte,
nacido en el distrito de Secuana.
Con discurso veloz la punta fuerte,
que de acertar el blanco tuvo gana,
por la visera encaminó la herida,
perdiendo el dueño la soberbia vida.

Ya causa envidia el golpe, mas la nueva
Camila, ya con otros l'acompaña,
el ansia de morir por ella prueba,
ya Tibaldo, mancebo de Bretaña.
El asta rota, el combatir renueva
el estoque, con quien no menos daña,
quitó seis vidas casi en un momento,
y a no llegar Grifón, quitara ciento,

Con ella traba disensión tremenda,
mas hállala igualmente valerosa,
que Elvira a su furor poniendo rienda,
ya la defensa en él hace forzosa.
Siguiéron largo espacio la contienda,
no con sangriento humor, si fervorosa,
que se mostraron de contino raros
ambos en movimientos, y en reparos.

Mas los estorban tropas diferentes,
que turbaron, lidiando, aquel distrito,
por quien los dos, mezclados con sus gentes,
sin fin dejaron el mortal conflicto.
Muestran los unos, y otros combatientes
los furores, y estruendos de Cocito,
cayendo por momentos destrozados
hombres en cantidad de pie, y armados.

Orlando con los suyos acomete
a la escuadra del Moro aventurera,
por el pecho de Omfí la espada mete,
y a Ormuso impide la vital carrera.
Tiembra lleno de horror, cualquier Jinete,
y ya, como fatal, la muerte espera,
viendo, que al suelo envía por instantes,
infinitas cabezas, y turbantes.

Feroz, a su Adalid privó de aliento,
haciendo que rabiando el suelo muerda:
mas con la nueva de su fin violento,
no es mucho que Marsilio el seso pierda:
tenía en medio de su alma asiento
Alí, de edad aunque florida cuerda,
amábale por verle siempre en todo,
inclinado a su gusto, y a su modo.

Mas hoy fenece el hijo infelizmente,
del tercio que regía acompañado,
que deja aquel horrible, aquel valiente
todo cuanto se opone destrozado.
Descúbrese no menos inclemente,
el formidable Astolfo en otro lado,
mortal haciendo con los suyos guerra
al de Granada, y su Nevada Sierra.

En tanto, que feroz Muza pelea,
haciendo estar al Paladín a raya,
la flojedad de su cuadrilla afea,
por ver, que ya se turba, y ya desmaya.
Ánimo, gente Líbica (vocea),
todos mostrad vigor, nadie descaya,
aquí ley, vida, y honra se sostiene,
hoy vencer, o morir aquí conviene.

Mas claman estas voces en desierto,
que no es el Moro a resistir bastante,
y así por su estrechez, paso abierto
halla de Astolfo el escuadrón volante:
destrúyelos allí su desconcierto,
que como sin Aguja, navegante,
los hace vacilar, hasta qu'el hilo
de toda vida tronca agudo filo.

No menos el fortísimo Aquilante
horror y asombro vierte donde llega,
puesto que su cuchilla, fulminante
abre pechos veloz, gargantas siega;
no a herir, viene a morir precipitante,
cual suele en lumbre mariposa ciega,
quien audaz le acomete, o quien resiste
al bando que gobierna cuando embiste.

Las dos invictas Damas, y Rugero
traban con el Inglés fiero combate,
donde ya de cualquiera el fino acero
muestra con varias muertes, su quilate.
El soberbio soldado, y marinero,
tanto valor unido mal rebate,
mas allí renovando el odio antiguo,
con más furia destroza su enemigo.

Y arremetiendo a la Francesa tropa,
del modo mismo qu'es tratado, trata,
fuerte, y veloz derriba lo que topa,
y lo más concertado desbarata:
mas el ternario número se atropa,
y con tanto coraje hiere, y mata,
que ya el Inglés, de su enemigo espanto,
siente, sólo por él, mortal quebranto.

Moro de Pisuerga, el Toledano,

y el qu'el sitio Andaluz por patria tiene,
del Milanés, Etrurio, y Veneciano
lleno de orgullo, el ímpetu detiene.
Oprime el Valentino al Mantüano;
el de Sicilia, y Nápoles mantiene
con el de Cataluña igual pelea,
y ya el uno, y ya el otro titubea.

De Fisberto l'audacia reprimida
deja el fuerte Caudillo de Granada,
que en él su elevación halló caída,
cuando más satisfecha y confiada:
puerta encontró para su fin la vida,
de sangriento licor la pronta espada,
que toda furia a la venganza indujo,
pródiga desatando largo flujo.

Los de León, y Asturias esforzados
dan a los del Imperio carga horrenda,
y de su General acompañados,
al último valor sueltan la rienda:
en lo justo que amparan confiados,
dar por ello las vidas en ofrenda
quieren, y así combaten diez por ciento,
siendo de la batalla fundamento.

El furor con que miembros amontona
el General, nadie podrá expresallo,
muere luego quien cae, que no perdona
la vida a nadie el hollador caballo:
nadie el bulto feroz de su persona
puede un punto sufrir, ni osa esperallo,
asombrando al más fuerte que los mira
los recientes estragos de su ira.

A la escuadra de Francia aventurera
el Aquiles Británico resiste,
mas halla como un Héctor a cualquiera,
y es la ocasión, que en ella Carlo asiste.
La persona Imperial cortés venera
Ricardo, y aunque puede, no la embiste,
que aquella majestad, y Real presencia
mueve a respeto, incita a reverencia.

Con singular valor el Galiciano
deshace la Francesa infantería,

con su Rector lo más difícil llano
dejando, en la mortífera porfía.
De Fernando el furor resiste en vano,
quien solo lidia, o riñe en compañía;
mete a Linier, nacido en Lenguadoca,
la poderosa punta por la boca.

Siendo de Durandarte grande amigo,
su fin acerbo con extremo siente,
delante dél pasó, dél fue testigo,
y así quiere vengalle incontinente.
Dice con alta voz: Solo conmigo
ven a probarte, ¡oh matador valiente!,
que importa el ansia de la muerte tragues,
porque en lo mismo, lo que debes, pagues.

Castro cierra con él, sin dar respuesta,
mas tal silencio a fenecelle inclina:
a herir cualquier espada acude presta,
ya diestra en semejante disciplina:
cualquiera la pujanza manifiesta
de su Señor, pues sin cesar fulmina,
cualquiera en trance tal, y en tal aprieto,
procura penetrar lo más secreto.

No poco batallaron fuertemente,
llenos de generosa competencia,
mas el impar Fernando, ya impaciente,
nuevo furor añade a su potencia:
ya turba a Durandarte su creciente:
ya va faltando en él la resistencia,
ya laso está, ya mortalmente herido,
dejar la riña elige por partido.

Vuelve la rienda, y no le sigue el fiero,
mas convierte en los muchos su braveza,
ejercitando el uso del acero,
cual rayo, en pecho, en brazo, y en cabeza.
Ninguno por su mano muere entero,
mas muere, si en pedazos, con presteza,
que todo golpe suyo usurpa vida,
y Átropos entra por cualquier herida.

No tanto llenan de arrogancia, y brío
al pintado Pavón soberbias plumas;
ni tanto en mar con raudo desvarío,

al Cielo crecen cándidas espumas;
no tanto encogimiento, y tanto frío
de Enero causan ateridas brumas,
cuanto en la lid Florel se muestra hinchado,
y cuanto siembra en ella miedo helado.

Mas mientras riñe, con valor perfeto,
con él, furioso, cierra el esforzado
Ibáñez, y menguando su conceto,
le deja del aliento despojado:
el furibundo brazo dando efeto
a la fatal resolución del Hado,
hace, en tanto qu'el hierro en él embebe,
de su Fortuna el soplo escaso, y breve.

D'Álvaro sobre sí ve la pujanza
Vivaldo, que sin fin hombres atierra,
y para hacer de todos la venganza,
los pies fija en los hombros de la tierra:
ya del horrendo cesa la matanza,
que de su cuerpo el alma ya destierra
herida superior, volviendo el vivo
al ya difunto, infelizmente altivo.

Donde triunfa Selván, Guevara corre,
y obra, que de matar pierda el cuidado,
en vano su coraje le socorre,
pues queda al imprevisto derribado:
así, quebranta el rayo excelsa torre,
así, chopo galán, risueño prado
se ve por Bóreas, de piedad desnudo,
huérfano de verdor, d'hojas viudo.

Tras esta hazaña, no tan presuroso
en brazos de las horas corre el día,
cuanto por el distrito belicoso
vuela, prestando a Marte valentía:
con fuerte pecho, y corazón brioso,
mientras a muchos solo desafía,
Noviembre suele ser, cual él con ellos;
desdeñoso ladrón de verdes cuellos.

No globos de cristal tantos graniza
preñada nube, como heridas llueve
Laín, con que su nombre inmortaliza,
trece a los Doce, y décimo a los Nueve.

Cual rayo al más feroz atemoriza;
su furia a ejecutar nadie se atreve,
que valor tan impar que esfuerzo tanto
impedida la deja con espanto.

De su escuadrón, del todo destruido,
hacer venganza Lauso se promete,
cuando Garci Fortuno prevenido,
con violencia infinita le acomete;
el hierro en sangre hasta la Cruz teñido,
por su pulsante sien rápido mete,
con que su fin ve de improviso Lauso,
y el matador, no transitorio aplauso.

El orden ya de las escuadras cesa
ya están todos confusos, y mezclados:
ya d'unos, y otros la batalla engruesa,
en muertes atrocísimas cebados.
Ya su espada Belona esgrime aprieta,
ya deja de cadáveres poblados
los convecinos términos, ya ríos
de sangre, y cerros ya de miembros fríos.

Dirán, que de sus Ejes desasidas
de los Orbes las fábricas eternas,
torrentes caen, o que se ven movidas
de su abismo las partes más internas:
al repartir tan hórridas heridas,
rimbomban en sus centros las cavernas,
y trémulo al estruendo, y vacilante,
su frente inclina el Navarrés Atlante.

Ya fabrican sus golpes excesivos
altísima pared de humanos muertos,
ya se ven espirar los más altivos,
y ya quedar los más fogosos, yertos:
allí palpitan unos medios vivos,
otros desde la frente al hombro abiertos,
causan triste espectáculo a los ojos,
que los llegan a ver, libres de enojos.

Tal cuerpo allí se ve con sólo el cuello,
tal con brazo, o con muslo cercenado,
tal echa por las llagas el resuello,
tal queda por el pecho atravesado:
vuelve la Parca horrible al qu'es más bello,

y al de más arrogancia, más hollado
deja con los herrados pies vecinos,
tropezando en sus propios intestinos.

Véense, cuando las almas sus guaridas
dejan por increíbles aberturas,
con ojos vueltos, bocas retorcidas,
espantosos visajes, y figuras.
Hacen los bravos, al perder las vidas,
feroces ademanes, y posturas,
y espumajos sangrientos derramando,
se vuelven boca abajo agonizando.

Las divisas, las armas, las banderas,
que fueron antes de la vista gozos,
ya de sí daban muestras lastimeras,
todas desbaratadas, y hechas trozos:
perdidas de hermosura las primeras
formas, en ellas ya fieros destrozos,
ya rüinas, ya estragos diferentes,
hacen embravecidos combatientes.

Mueren juntos caballo, y Caballero,
y cerca de un amigo el otro acaba,
del vencido, quien vence es compañero,
y queda muerto el que matando estaba:
tal vez una fortuna, y un sendero
siguen el agravado, y el que agrava,
sólo oyéndose allí rumores d'ira,
gemidos de quien pena, y quien espira.

¡Oh cuántos fieramente despedaza
el brazo de García poderoso!
Con sólo verle, el más furioso embaza,
y encalma en verle el más tempestuoso:
por donde hiriendo va le hacen plaza,
bien como a toro suelen en el coso,
que él solo de la vida despojados
deja este día a muchos señalados.

Perdió por él su vigoroso aliento
Lidor el de las fuerzas excesivas,
que con él no le fueron de momento
sus fuerzas, ni sus furias vengativas.
Por él mirando están su abatimiento
las banderas intrépidas, y altivas,

que sin recelo, al paso que ondeaban,
las glorias de Baviera publicaban.

Ensancha el valeroso sus estrechos,
en herir, y en matar perseverante,
y así desbaratados, y deshechos
los deja su braveza en un instante.
Mas celebre otra voz sus altos hechos,
que mi Plectro esta vez es fuerza cante
tan solamente algunos, de infinitos,
que forman en la lid de brazos invitos.

Cuando nada inferior, ni descompuesto
aquel número, y éste se conserva,
en sí probando está furor funesto
del soberbio Danubio la caterva.
El pecho ofende al desdichado Ernesto
la fortísima Elvira: ¡Oh Parca acerba!
¿por qué tan presto cortas una vida,
tan llena de beldad, y tan florida?

Probará con la nueva el ansia Ticia
la madre, por extremo sin ventura,
y sin duda en llegando a su noticia,
su alma dejará su cárcel dura:
¡oh caso nunca visto en la milicia,
que mate la belleza a la hermosura!
Sumo rigor, mas no le vio la cara,
que a verla, su piedad le perdonara.

Desfallece el Germano, viendo ausente
su farol, y ya prueba su ruina,
la muerte ya con el dolor no siente,
causa por quien su esfuerzo se efemina.
Mas ¿quién podrá decir el inclemente
estrago de la furia Vizcaína?
Al Flamenco deshizo, y al Sajonio,
dando de su coraje testimonio.

Ponen los de León con brazos fuertes,
al escuadrón Francés en grande aprieto,
en él cometen infinitas muertes,
siendo cualquiera en fortaleza Himeto:
mas tú solo de sangre arroyos viertes,
tú la vida quitaste a Ricardeto;
tú poderoso Íñigo, tú solo

erigiste de muertos un Tetmolo58.

Herrados fresnos con cerrada frente
su intrépido coraje dividiendo,
de turbión improviso la creciente
es menor en orgullo y en estruendo:
no se descubre a la vecina gente
tan espantable, no, ni tan horrendo
cuando exhala de llamas el Vesubio,
fulminante Jayán, fatal diluvio.

¡Oh grande sucesor de excelso Infante!,
pues tu valor aquí tanto se extrema,
tú solo por heroico militante,
eras digno de historia, y de poema:
perdona pues si ceso, que delante
miro varón de autoridad suprema,
varón de celestiales ornamentos,
cuyos hechos usurpan mis acentos.

Bernardo, con intrépida violencia,
por entre el grande ejército camina,
causa por donde va fiera dolencia,
y almas sin fin lejos d'allí confina:
aterrar la plebeya menudencia
desdeña el fiero, que a quien más se empina,
que a quien muestra más brío en el combate,
quiere postrar, y sólo al bravo abate.

Tras destrozarse diversos militares,
se encuentra con Dudón el valeroso,
Dudón, de claro nombre entre los Pares,
y por hazañas ínclitas glorioso:
ya pues, los dos varones singulares
dan principio a combate prodigioso,
ya los dos cuerpo a cuerpo escaramuzan,
y ya las finas armas desmenuzan.

Horrendos golpes, sin cesar, dispara,
de rabia lleno, el Paladín valiente,
a lo más peligroso siempre encara,
soltando de su furia la corriente:
mas Bernardo sus ímpetus repara;
y aunque en furor, no menos qu'él ardiente,
con recogido esfuerzo, y mano tarda,
de herille a muerte coyuntura aguarda.

Presto llegó, que descubierta un lado
el Franco deja cuando un tajo tira,
hállase aquél de acero despojado,
y el General allí pone la mira:
por él abre camino el hierro osado,
y ya por él, del Par el alma espira,
sin quien, el cuerpo altivo da en el suelo,
sembrando el caso en muchos pechos yelo.

Mas a vengalle, con suprema audacia,
acuden Oliveros, y Ricarte,
que vieron con sus ojos la desgracia,
y así embisten los dos por una parte;
por otra, con no menos pertinacia,
cercan al Asturiano balüarte,
Gaiferos, Montesinos, Sansoneto,
por quien siente el impar mortal aprieto.

Cinco son, y la cólera los ciega
de forma, que acometen cinco a uno,
mientras con ellos lidia, al solo llega
socorro tan feroz, cuan oportuno:
la peligrosa, y desigual refriega
igualan ya, sin dilación, Fortuno,
Antolín, Alvarfáñez, y Ricardo,
cualquiera tan fiel, como gallardo.

Elvira ¿dónde estás? ¡Oh si tú vieras
a tu querido en riesgo semejante,
en riesgo de morir, cómo acudieras
torrente, todo obstáculo inundante!
Certificaran bien las obras fieras,
de que era el dueño embravecida amante,
amante, que al opreso en tanto estima,
qu'es él, más que su alma, quien l'anima.

Tremenda de los diez es la batalla,
por ser cualquiera militar perfeto,
allí frágiles son acero, y malla,
que tiene todo golpe pronto efeto:
a Ricarte Antolín en contra halla,
a Ricardo le cupo Sansoneto,
Álvaro a Montesinos; Oliveros
a Fortuno; Bernardo a don Gaiferos.

Llenos de admiración los circunstantes,
forman, sin estorbar, plaza espaciosa,
a sus ojos hacer participantes
queriendo de refriega tan famosa.
No mostraron los hórridos gigantes
saña tan pertinaz, tan espantosa,
contra el fulminador omnipotente,
como la que éstos muestran al presente.

Esfuerzo sumo a todos acompaña,
redoblando los golpes por momentos:
con igualdad el uno al otro daña,
usando de veloces movimientos.
Mas ya el dios de la guerra inclina a España,
ya ordena rigurosos rompimientos,
ya previniendo está sangrientos fines
contra los esforzados Paladines.

El gallardo varón; que a Elvira ama,
tan mal herido a don Gaiferos tiene,
que por la mucha sangre que derrama,
apenas en la silla se mantiene:
en tanto, qu'en su ayuda a Flori llama
el Joven Sansoneto, Cloto viene,
y le deja, quitando su cuidado,
de la flor de la vida despojado.

Tú magnánimo Inglés principio diste
a vitoria que estuvo tan incierta,
tú primero tu empresa feneciste,
abriendo a los demás dichosa puerta:
en los cuatro de Asturias se reviste,
ya de las tres, la furia más experta,
por ver, qu'en su presencia el extranjero
nombre ganó de vencedor primero.

Con su enemigo pues, cualquiera cierra,
y su vibrante furia en él descarga,
y siguiendo al Heroe de Ingalaterra,
ya de su obligación se desencarga:
dejada ya su habitación de tierra,
de Ricarte el espíritu se alarga,
tras él, al punto parte el de Gaiferos,
no dejando su rastro el de Oliveros.

Solo Antolín con Montesinos queda,

aunque tanto al Francés turba el suceso,
que ya en su corazón la muerte hospeda,
más del dolor, que del contrario opreso:
muere, en razón de que vengar no pueda
en tales cuatro el cometido exceso,
procurando, si puede, en la partida
a su batallador quitar la vida.

Ya tajos forma, y ya estocadas tira,
por terminar, veloz, tantas ambages,
turbulenta pasión; donde la ira
la lengua incita a que respire ultrajes:
así el humo, que al Cielo se retira,
crece, vasto volumen de celajes,
vapores son de enojos los que exhala,
quien el callar con el obrar no iguala.

Con tal ansia le hiere en la celada,
que si doblada, y por extremo fina,
rompella puede la furiosa espada,
casi por do la vista se encamina:
la terrible improvisa cuchillada
al Montañés conturba, y desatina,
tanto, que ya rendido a su fiereza,
sobre el arzón inclina la cabeza.

Con otra acude el enemigo airado,
antes que muera, de matar resuelto,
mas de llano con ella al desmayado,
hiriendo sólo, en sí le deja vuelto:
el valiente Antolín, no acostumbrado
a ver su rostro en propia sangre envuelto,
con ardor acompaña tal librea,
y por él, como fuego, centellea.

Una, y otra estocada tira el fiero,
mas es inútil ya su muchedumbre,
que el Paladín buscando otro hemisfero,
deja ya de mirar del Sol la lumbre:
la sangre de la cara al Caballero
causa no imaginada pesadumbre,
y así parte a buscar quien la restañe,
antes qu'el largo flujo más le dañe.

Tarfe, Muza, Selín, y Ferraguto,
con diestras de valor enriquecidas,

a la voraz Laquesis en tributo
van ofreciendo innumerables vidas.
De los suyos no fue pequeño el fruto,
que ellos desbaratadas, y rompidas
con obras, y semblantes de Vulcanos,
dejaron las escuadras de Italianos.

Deja Selín de un golpe la garganta
de Vicencio en dos partes dividida,
Vicencio mozo de brñosa planta,
llena de entonación desvanecida:
en la patria d'aquel, que a Eneas canta
el miserable tuvo ser, y vida,
dando con su improviso acabamiento
en el suelo sus máquinas de viento.

Priva de Claudio Muza el Granadino
al pueblo, qu'el Vesubio ve cercano,
de Claudio el singular, el peregrino,
por galán, por afable, y cortesano:
pierde del todo el ánimo, y el tino,
sin éste, el infeliz Napolitano,
y tanto aquella pérdida le aqueja,
que ya, sin resistir, matar se deja.

En esto llega Orlando, y su matanza
con ojos nota de piedad ceñidos,
y sin orden mirando su ordenanza,
quiere servir de Norte a los perdidos:
feroz de Claudio ordena la venganza,
por consolar los suyos afligidos,
y con sumo vigor embiste a Muza,
que ya de verle tiembla, y se espeluzna.

Parece al Africano el Paladino
más que mortal varón en el semblante,
juzga el que mira en él, valor divino,
y su espada por rayo fulminante:
en esto el belicoso torbellino
derriba su cabeza, y su turbante,
dejando el fiero golpe de una espada
de su defensa huérfana a Granada.

Zulema, nombre entre los suyos goza
de animoso, de intrépido, y valiente,
y a todos con hazañas alborozna,

un Marte vuelto en la ocasión presente:
mas en tanto que mata, y que destroza,
el de Anglante comienza a herir su frente,
y el golpe horrendo que partiera un monte,
remite el alma al paso de Aqueronte.

Ni con sólo este daño se contenta
el Señor ferocísimo de Brava,
que del bravo Selín el pecho tienta,
y en él hasta la Cruz el hierro clava:
ya el herido se rinde a la violenta,
y con su sangre ya l'ajena lava,
ya cual valiente muere el Valentino,
sin hacer en la muerte un acto indino.

Ya viendo ausentes vidas semejantes,
difunta queda la Morisca turba,
ya quien era Tifón un poco antes,
se avasalla, se encoge, y se conturba:
el uno, y otro caso los pujantes
bríos del corazón impide, y turba,
huye por eso el Moro amedrentado,
de Orlando, y de los suyos acosado.

Mas casi luego su dañosa huida
estorban los furiosos Vizcaínos,
que en brega tan igual, como reñida,
enfrenan los que rige Valdovinos.
Volved, volved, no hay por aquí salida,
por aquí están cerrados los caminos,
dice con voz llena de horror, y furia,
el memorable sucesor de Zuria.

Huyendo, no se adquieren vencimientos,
¿ya olvidáis, que os ampara el brazo Godo?
Pues si en parte imitáis sus ardimientos,
no os podrá hacer huir el mundo todo:
las diestras han de ser los instrumentos,
hoy del vivir, no hay vida en otro modo,
volved Moros, volved, y larga calle
vuestro furor entre las muertes halle.

Oye el Moro la voz, que le lastima,
y alfanje, y rostro aplica a la pelea,
a cuya atrocidad el pecho arrima,
ya que arrimar la espalda tanto afea.

Mas de Reinaldos el valor, la estima
aquí mi pluma con razón saltea,
y a los demás por él pone en destierro,
mas para él quisiera voz de hierro.

Sagacidad, ardid, fuerza, osadía,
descubre siempre en la Marcial jornada,
rindiendo ajena furia, y valentía,
siempre el furor de su tajante espada:
difunto lo que topa al suelo envía,
o forme punta, o tire cuchillada,
con tan vivo coraje, y tanto brío,
que gime el aire, y se suspende el río.

Sirviendo a los que rige de muralla,
siempre delante va feroz, horrendo:
por todas partes sigue la batalla,
de sí vibrantes puntas despidiendo,
al más templado acero, y fina malla
con pujanza Tesífona va abriendo,
robando alientos, y quitando vidas,
al paso que ejecuta las heridas.

En tanto, que de riesgos no se excluye,
de brío el corazón y el brazo llenos,
al gran Varón gran multitud circuye
en brevísimo espacio, de Agarenos:
mas los en quienes golpes distribuye,
que fulmine imaginan rayos, truenos,
y así el que más indignación espira,
sus hechos envidiosamente admira.

Al Moro Cordobés tocó primero
sentir del fuerte la mortal ruina,
abre Gomel a los demás sendero,
por ser quien lleva la primer propina:
él, antes que otro, quiso ser obrero
en derribar la roca diamantina,
que dio al mundo Beatriz, y el desdichado
en lugar de postrar, quedó postrado.

Tras éste, mata al orgulloso Hamete,
de cinco mil Caudillo valeroso,
siguiéndole Braín diestro jinete,
que a la muerte recorre presuroso:
destrozado el de Córdoba, arremete

a Olid, de quien tomó nombre famoso
el ínclito lugar, que llamas vierte,
y dale en premio, repentina muerte.

Luego en el Zamorano, en el de Toro
sus crecidos furores ejercita,
y en un instante llora el triste Moro
de su gente la pérdida exquisita:
mas a la vista apenas llega el lloro,
cuando el pecho en Laquesis precipita,
y el que llanto formó por causa ajena,
por la suya el de sangre desenfrena.

El valor, que al estoque comunica
mientras le juega entre la gente Mora,
vidas en cantidad hurta, y aplica
por sustento a la Parca tragadora:
jamás dellas tan próspera, y tan rica
se vio la inexorable como ahora,
en forma igual, de yelo un Signo armado,
horas al día, y yerbas roba al prado.

Discurre así con proceder inorme,
de Montalbán el dueño monstruoso,
y su escuadrón en ánimo conforme,
no es menos que su guía borrascoso:
mas uno, y otro es fuerza, que reforme
obrar qu'es tan sangriento, y riguroso,
que a ser su freno llega de repente
Íñigo el bravo, y su tremenda gente.

Los Caudillos se embisten, y pelean
con crecido vigor éstos, y aquéllos,
los unos y otros aferrar desean
la ocasión de matar por los cabellos.
Como en hierro nacidos, no blandean
los que en Vizcaya gozan libres cuellos,
antes con los Franceses Oriones
descubren invencibles corazones.

El magnánimo Carlo, a quien ampara
el número de nobles, y valientes,
aquí, y allí la venerable cara
vuelve, animando a sus diversas gentes:
así lidiando están, y aún no declara
el dios de los sangrientos accidentes,

cuál de las partes dos sea meritoria,
para triunfar, para cantar vitoria.

Acude el gran Bernardo a toda parte,
haciendo hazañas de inmortal sonido,
sin que su lado deje el Estandarte,
por quien queda de todos conocido:
muertes y ánimo en tanto que reparte,
con él encuentra el Magancés infido,
que en la prisión la lid dejó olvidado,
sin ser, como era justo, castigado.

Al noble General del Asturiano,
con grande extremo el pérfido aborrece,
porque a su alevosía dio de mano,
y contra él por eso se enfurece;
mas siendo yelo, al Montañés Vulcano
mirando, se conturba y se estremece,
con todo, tal vigor el odio alcanza,
que por detrás intenta su venganza.

Al embestirle, grita el fementido:
Bien este fin merece quien dislata,
hoy, porque despreciaste su partido,
incauto mozo, Galalón te mata.
Llegó la voz al Español oído,
que el golpe no, y a quien le desacata,
haciendo en su espaldar sutil rasguño,
responde, no con lengua, mas con puño.

Asida a su fiador deja la espada,
y contra el ya temblante, airado cierra:
llega, y estampa el puño en su celada,
con tal furor, que da con él en tierra:
un monte deshiciera la puñada,
¿qué mucho pues, si al agresor atierra?,
muere en fin, entre plantas de animales,
más qu'él, si brutos, nobles, y leales.

Destrozos en la gente Catalana
el volante Grifón, furioso, hizo,
por quien traga en razón de Galiana,
Abenumeya Loto olvidadizo;
que el templo del amor Marte profana,
y vuelve inútil su eficaz hechizo,
cuando se enoja, y en batalla ardiente,

ni hay blando pecho, ni ánimo clemente.

Furor su vista brota, horror su mano,
una y otra en las obras inclemente,
por quien en su escuadrón el Africano
apenas, de veloz, el morir siente:
así Tetis airada, así Vulcano,
en las calamidades de repente,
globos de fuego y agua al Cielo envía,
fomentada del viento su porfía.

En el ínter que Moros despedaza
el horrible Grifón, Rodrigo llega,
y descargando en él la fuerte maza,
a dura muerte al matador entrega:
el recio tronco, qu'el vivir emplaza,
de sangre y sesos la campaña riega,
y del varón tan digno de memoria,
alcanza un golpe solo la vitoria.

Por el Sajón, Flamenco, y Dinamarco,
los de Lorca, de Murcia, y Cartagena
miran en sí la muerte de Anaxarco,
qu'en vano el nombre de Mahoma suena:
del anciano Carón el negro barco
de Moras almas el Polaco llena,
dejando destrozada la nobleza
de Úbeda, Jaén, y de Baeza.

Los que en mayores riesgos más osados,
aquí y allí mortales golpes tiran,
de sangre al verse en golfos anegados,
ni mudan corazón, ni pie retiran:
Alpes se manifiestan animados
al penoso gemir de los que espiran,
penetrando con ímpetus durables,
muros de armada selva impenetrables.

Mas ¿quién podrá contar las muertes varias,
y las altas proezas deste día?
Musas venid, que todas necesarias
sois bien, para inflamar mi lengua fría:
vos todas las decid; vos las contrarias
huestes dejad loadas a porfía,
que celebrar mi acento dificulta
los altos hechos, que la edad oculta.

Canten, ¡oh bellas!, canten vuestras voces
los trances, los furores, los aprietos,
los horribles estragos de feroces,
pues sólo dellas son dignos sujetos:
que a las mías aquí correr veloces
conviene, como faltas de concetos,
que no toca expresar de tanta alteza
el todo más cabal a mi rudeza.

¡Oh tú que vas hollando el universo,
Ninfa siempre locuaz, siempre volante,
disimula el desmayo de mi verso,
y lo que deja él, tu voz discante:
con otro graba más sonoro, y terso
en viva peña, en inmortal diamante,
destas ardientes bregas, y rencillas
el gran tesón, las altas maravillas.

Los famosos Leoneses, y Asturianos
crecen siempre en valor, y gallardía;
por quien del todo espira por sus manos
el Grisón, el Polaco, y el de Hungría:
al que contra Franceses, y Toscanos
la discordia incitó, mata García,
al orgulloso Hugo, cuyo acero
presumió conquistar un mundo entero.

Triunfa Elvira de Guido de Lorena,
y el osado Antolínez de Cardano,
y de Amadeo la vital cadena
en otra parte, rompe el gran Britano.
Al cazador Raimón, que l'Agarena
gente despedazó, fiero, inhumano,
a que deje el vivir la Parca exhorta,
y es de Castro la espada quien le corta.

Tropas después embiste, temerario,
que si anima el valor, la ira ciega,
y su cuchilla, horrible al adversario,
cual de Cloto guadaña, miembros siega:
falanges rompe con destrozo vario,
cuya pujanza en la feroz refriega
¡Oh cuánto luto vierte en toda vida!
y ¡oh cuánta sangre en vano defendida!

En tanto pues, que así muestra la una,
y otra parte valor desesperado,
por León se declara la Fortuna,
en un punto poniéndose a su lado:
no gusta ser hermana de la Luna
esta vez, en tener voluble estado,
mas quiere, desechando sus mudanzas,
asegurar dudosas esperanzas.

Las más de las escuadras, sin cabezas
viéndose, pierden ánimos, y bríos,
y ya de los contrarios las bravezas
por rayos juzgan sus esfuerzos fríos:
ya quieren ejercer sus ligerezas,
viendo, cuánto les daña el ser tardíos,
ya previenen los míseros las plantas,
por evitar en sí rüinas tantas.

Ya de muertos pedazos son entierros
las quebras de los montes más altivos,
ya triunfan, ya, los Españoles hierros,
siendo terror, y asombro de los vivos:
ya escalan los remates de los cerros,
vueltos los arrogantes, fugitivos,
turbadas ya, por sus fragosas faldas
vuelven varias naciones las espaldas.

LIBRO DECIMOCUARTO

Puestos ya los contrarios en huida,
tremendo a todos el postrero trance,
a quien con prestos pies salva la vida
daban los vitoriosos el alcance:
es el ave del miedo detenida,
y de enemiga lanza fácil lance
piensa qu'es ya, los átomos juzgando
brazos, y estoques del opuesto bando.

Los Montes de Navarra, que erizados
hurtan de Atlante, y Pindo oficio, y fama,
haciendo con sus hombros empinados
al transparente Cielo dura cama,
émulos suyos ven, de los formados,
que deja el fuerte, que a Santiago llama,

con montones de miembros palpitantes,
y embravecen con ceños sus semblantes.

De cólera, y pavor torpes, y ciegos,
corren los vencedores, y vencidos,
vierten ojos, y brazos, unos, fuegos,
y otros de sangre arroyos denegridos.
Allí salen inútiles los ruegos,
allí vanos se ven los alaridos,
sólo reina el rigor en esta parte,
sólo Cloto discurre, y corre Marte.

El Reino como tiene pasos fuertes,
y abrigándose en ellos los que huyen,
pueden volver el cambio de las muertes,
ya las trompetas el alcance excluyen:
mas echadas del todo están las suertes,
tarde con obediencia contribuyen,
porque tienen los más a sus sonidos,
de pedazos de rocas los oídos.

Marfisa, que hastallí con vista, y manos
flechas creció al amor, a Marte sañas,
con paredes de muertos Africanos,
mausoleo erigía a sus hazañas:
ministros son de efectos inhumanos
allí, suma beldad, fuerzas estrañas,
mas de infinitas armas oprimida,
en punto estaba de perder la vida.

Roto el arnés, y la celada rota
tiene, y el rico adorno derribado,
con abollado escudo, espada bota,
y de jinetes el bridón cercado:
es tierna en fin, y su vigor agota
de tantos el tesón tan porfiado,
no es muerta ya, que todo brazo viva
quiere llevarla en su poder cautiva.

Cuando llega Ricardo, y de repente
el estraño espectáculo divisa,
de su querida ingrata el riesgo siente,
y pone por salvarla esfuerzo, y prisa:
aparta, con furor, todo batiente,
y animoso le dice: Ya Marfisa
sabes, que fui por ti desafiado,

sabes, que fue el combate perturbado.

Agora aquí te encuentro, si bien antes
fuiste de mí buscada, y quiero agora
ver, si acaso tus hechos discordantes
se hallan de tu lengua incitadora:
deja, deja la lid de los turbantes,
¡oh tú valiente de mi honor deudora!,
y mis huellas estampa, porque aparte,
pueda, sin estos émulos, probarte.

Vamos (responde), ¡oh tú, que con cuadrillas
asegurado, el desafío acuerdas!,
que verás, siendo fin destas rencillas,
hacer mis obras mis palabras cuerdas:
dejaré los alfanjes, y cuchillas,
porque tú solo, ¡oh fuerte!, el suelo muerdas,
porque pagues, cual debes, la valía,
de matar a Beltrán en compañía.

Engañaste, réplica, y reprimiendo
las armas, que se oponen, da la vuelta,
tímido vuela él, mas que tremendo,
ella le sigue ufana, y desenvuelta:
en generoso fuego toda ardiendo,
quisiera ver trabada la revuelta,
mas llegan donde un risco con su frente,
ocultos los dejaba a toda gente.

Ya en acto de batalla se había puesto
la guerrera gentil, ya herir quería,
cuando Ricardo dijo: Aún es muy presto,
tente, y escucha un poco en cortesía:
pregunto, a quien venciere en este puesto,
¿qué premio le dará su valentía?
Bien, que a no errar, que sea es necesario
el que matando, triunfe del contrario.

Pues yo estoy muerto ya, ya triunfar puedes,
no más guerra, no más, baste la hecha,
soy luchador de amor, seré Cleomedes,
causa daré sin premio, a triste endecha:
oye tú, que en rigor al risco excedes,
y estás de tus rigores satisfecha,
la urgente causa, que me mueve a darte
triunfo de mí, sin el rigor de Marte.

Rindiome amor, rindiome el mismo día,
¡ay, no sé si infeliz, si venturoso!,
que la Fortuna, más qu'el asta mía,
descubierto dejó tu rostro hermoso:
muerto quedé, quedó con ufanía
el flaco en cuerpo, en fuerzas poderoso
por ver, que de mí triunfa de repente
en virtud del bellísimo accidente.

Preso quedé, y a mi prisión ayudan
fuerzas de voluntad, y entendimiento,
que todas concurriendo, es bien acudan
donde ven singular merecimiento:
jamás los firmes su firmeza mudan,
firme ha sido, y será mi pensamiento,
o al Cielo de tu gracia quede asido,
o se anegue en las ondas de tu olvido.

No digo yo, que igual correspondencia
deba divino ser a ser humano,
mas digo, que se adorne de clemencia,
qu'el Sol no se retira del gusano:
nadie hacer puede al Cielo resistencia,
pena de errar, pena de ser profano,
y así me rindo al pie de tu desvío,
¡oh ser divino!, ¡oh Sol!, ¡oh Cielo mío!

Ya que sabes quien soy, sabe mi intento,
quiero tu amor para perpetuo lazo,
para que al corazón sirva de aliento,
¡Ay, quién de tanta dicha viera el plazo!
Mas tenga fin este prolijo acento,
pues con él te molesto, y embarazo,
y tenga efeto, qu'es razón, conmigo
ese rigor, bellísimo enemigo.

Enfurézcase bien, su punto cobre,
mate al cuerpo infeliz quien le amenaza,
que a quien de dichas nace, y vive pobre,
la muerte, con justicia, se le traza:
mas porque sin estorbo el hierro obre,
quiero desenlazarme la coraza,
toma la espada, ya dejé el escudo,
pásame el pecho, mírale desnudo.

Con esta de afición süave, y pura
facundia, que dictó plácido amante,
quien desdicha esperaba, halló ventura,
¡oh fuerza del decir! en un instante:
en tanto pues, que al Fenix de hermosura,
con calidad espera de diamante,
al paso qu'el Inglés tierno suspira,
depone la magnánima la ira.

Y su voz salteando: Los clamores
cesen, cesen (le dice), y considera
Ricardo, que templaron tus ardores
mis yelos, no soy risco, no soy fiera:
esa humildad sujeta mis rigores,
venciste ya, ya soy tu prisionera,
ya ni soy singular, ni me desdeño,
de que te llames desde hoy mi dueño.

Esto tierna formó. ¡Oh amor! ¿Qué haces?
Dime, ¿sabes acaso a quién domeñas?
Sí, que con dos palabras eficaces,
tu cetro apoyas, tu poder enseñas:
allí quien busca guerra, elige paces;
sin dádivas allí quebrantan peñas;
mas ¿qué mayor blasón, qué mayor palma,
que conseguir la posesión del alma?

Quedó con esto el Joven, de la traza,
que suele aquel que llevan al suplicio,
a quien aplica filo, o cuello enlaza
el que a la Parca usurpa el vil oficio:
que mientras de su mal pende la plaza,
llega de su vivir el beneficio,
y el muerto corazón cobra al instante,
con gozoso sentir, vigor pulsante.

Lo mismo pasa aquí: Ricardo prueba
en sí propio lo vario desta suerte,
pues cuando de morir le llega nueva,
en otra, sin pensar, su vida advierte:
bien con razón la vida en premio lleva
el que tan pronto se ofreció a la muerte,
mas al oír tan alta maravilla,
veloz, se precipita de la silla.

Y asiendo del estribo, humildemente

el generoso pie quiso besalle,
mas ella le retira diligente,
y en su lugar, la mano gusta dalle.
Con tal suceso, donde está la gente
ambos la vuelta dan, dejando el valle,
ya no se trata más de quitar vidas,
mas de probar de amor dulces heridas.

El sangriento destrozo caminaba,
sin que su ardor perdiese una centella,
que fomento al matar furiosa daba
aquella que entre siete es quinta estrella:
en tanto Elvira furibunda, y brava,
aquí embiste, allí hiere, aquí atropella,
al acero, y campión de más ventajas
con notable coraje, haciendo rajás.

Estorbos velozmente destrozando,
por entre los que huyen discurría,
cuando cerca descubre a Lope Hernando,
que de escudero al General servía:
hablarle quiere, y la visera alzando,
ya conocida dél, así decía:
¡Oh Lope, cuán ligero, vano, y loco
es quien presume mucho, y sabe poco!

Con fingida humildad, dicen, que muerdes,
sin reparar, a diestro, y a siniestro,
pues ganas poco en ello, y mucho pierdes,
deja del arte a Momo el ser maestro:
en tanto es bien, que de tu ser te acuerdes,
que conocer sus faltas es de diestro,
y pues tiene tu hablar cortos realces,
tus zuecos toma, y no coturnos calces.

¿Heroico tú? Di cómo, si carecen
de gravedad en ti dichos, y acciones.
Hiel tus entrañas son, y oír merecen
en igual ocasión tales razones:
como vulgar, entre vulgares crecen
aplausos material, tus opiniones,
mas no siendo de aquí palabras muchas,
advierte, por qué digo lo que escuchas.

Cuando dejó Bernardo la Montaña,
por la ocasión, qu'es de la vista objeto,

seguirle quise, porque viese España
en imperfeto ser, valor perfeto:
y aunque tal vez el confiar engaña,
a mí la confianza de un secreto,
cierto vigor, y fuerzas me infundía,
para hallarme en la prueba deste día.

A Bernardo lo dije, mas negolo,
por algunos respetos que propuso,
y por venir a la defensa solo,
llamó la ley de mi valor abuso:
mas el ruego eficaz, de amantes Polo,
casi a lo que pedía le dispuso,
y apenas duda en concederlo, cuando
se opone al sí propicio Lope Hernando.

Sabías nuestro amor, y bien sabías,
curioso impertinente, lo que digo,
y como siempre al mal la lengua guías,
lo propio allí quisiste hacer conmigo.
Flacas, dijiste, ser mis osadías,
altas cañas, estériles de trigo,
nombraste mis promesas, y palabras,
que das a los demás lo que tú labras.

Bernardo en fin, siguiendo tu consejo,
el Sol de mi esperanza vuelve oscuro,
dejome pues allá, mas este dejo
no pudo ser de mis recelos muro,
vine sola a este sitio, qu'es espejo,
donde su rostro ve valor más puro,
haciendo en el camino algunas cosas,
aunque con brevedad, no poco honrosas.

Ve pues a tu Señor, ¡oh Lope!, y dile
esto que ves, y desde aquí adelante,
tu lengua a los valientes no aniquile,
ni a impedir sus laureles sea bastante.
Así diciendo, porque no deshile
la tela de sus glorias breve instante,
sigue al Francés, dejando al escudero,
como torrente en campo a pasajero.

Atónito, y veloz busca a Bernardo,
y de cuanto escuchó le da noticia,
por sueño aviso tal tiene el gallardo,

y aquella voz por de cantante Licia:
mas viendo en su Señor crédito tardo,
sagaz, el que refiere le codicia,
y con ahínco jura, y le protesta,
que a Elvira vio, que la verdad es ésta.

El General, que su porfía advierte,
y que conoce el alma de su Elvira,
juzga posible, ser de aquella suerte,
y la incredulidad de sí retira:
solo quiere buscarla, y porque acierte
con quien, por verse a solas, ya suspira,
por las señas pregunta al escudero,
que al punto las relata por entero.

Mas antes a Ricardo, y a Marfisa
a quien da de la unión enhorabuena,
que en tanto suplan su faltar avisa,
ya que causa fatal su ausencia ordena.
Parte, vuelve, y revuelve, y no divisa
a quien le sirve de amorosa Hiena,
a quien callando llama, y tiene talle
en llegándole a ver de amor matalle.

Sin nota inquiere, que al partir quitose
lo qu'es de General pompa y ornato.
Buscó cuidadoso, y sin hallar cansose,
que nunca grande bien sale barato:
al elegir lugar donde repose,
suspenso en dudas, con semblante grato,
un bosque se convida a su sosiego,
y a su sitio la rienda vuelve luego.

Entró la selva el Español valiente
de sangre, polvo, y de sudor cubierto,
cuando el Sol se acercaba al Occidente,
dejando a Oriente de su luz desierto:
oyó pasando el curso de una fuente,
que siendo a su cansancio dulce puerto,
suelto el laso bridón, con sus licores,
templó de rostro y manos los ardores.

Reclinando los miembros fatigados,
sus sentidos ligó sueño profundo,
ocio del alma, tregua de cuidados,
y muerte, y vida del pequeño mundo:

Cintia mostró sus rayos plateados,
siendo al Orbe inferior Febo segundo,
y allí su luz ser centinela advierte,
del lucero Español, del Héroe fuerte.

El Argos velador, el leal vasallo
reposaba en tal forma, así dormía,
ni el arroyo, temiendo despertarlo,
ni Céfiro en los árboles se oía:
mas relinchando en esto su caballo,
otro, no lejos dél, le respondía,
con que despierta el Capitán dormido,
y algo más cerca ya, siente rüido.

Puesto por su ocasión, en pie ligero,
hombre a caballo se ofreció a sus ojos,
que llegado a su sitio, ser guerrero
publicaron sus bélicos despojos:
estaban los espacios de su acero
despedazados, y de sangre rojos,
y en el arzón, con abollado escudo,
yelmo, de militar pompa desnudo.

Mostraba el destrozado combatiente,
grande estatura, y miembros bien fornidos,
copiosas cejas, espaciosa frente,
crecida barba, y ojos encendidos.
Bernardo ignora, si el que ve presente,
es de los vencedores, o vencidos,
y por quitar la duda, en que se vía,
con abultada voz, así decía:

Detén el paso, ¡oh tú!, ni más camines,
si ver no quieres tus intentos vanos,
y di, si de vencidos Paladines
eres, o vencedores Asturianos.
Tú, que preguntas, calla, y no me indines,
si quieres escaparte de mis manos,
a la demanda altiva del mancebo,
esto responde, el que llegó de nuevo.

No se detiene más, y en si es amigo,
o no, quien le pregunta, no repara.
Mas Bernardo prosigue: Tente, digo,
y quién eres al punto me declara;
que siendo del ejército enemigo,

de famosa opinión, de sangre clara,
probar el tuyo mi valor desea,
de cuerpo a cuerpo, en singular pelea.

¿Quién soy saber deseas? Arrogante
teme (le respondió) mi brazo fuerte,
huye, pues llegas a tener delante
al más feroz ministro de la muerte;
Orlando soy, soy el Señor de Anglante,
el resto de mi ser la Fama advierte,
que para aumento de mis altas glorias
soleniza mis triunfos, y vitorias.

Mas ¿quién será quien temerario intenta
guerra conmigo en tan remota parte?
Responde el Montañés: Soy quien sustenta
invicto de León el Estandarte:
Francés, Bernardo soy, soy quien fomenta,
el ser del Asturiano baluarte,
y soy, porque mi nombre más se estime,
quien Lirios pisa, y vuestro orgullo oprime.

Pues tal soberbia, y presunción tan loca
(replica Orlando) es bien de ti se quite,
si tal blasfemia vomitó tu boca,
la misma el alma a su pesar vomite:
siento, según razón, que fuerza poca
mi pecho altere, y mi furor incite,
que para qu'el vencer más digno fuera,
en ti cifrado el mundo ver quisiera.

Mas bien sin causa en tu castigo tardo.
Dijo; y quedando a pie sacó el acero,
ya pronto con el suyo está Bernardo,
que quiere ser en combatir primero:
cualquiera de los émulos gallardo
en braveza retrata a Marte fiero,
cualquiera hacer procura con despecho,
al hierro vaina del contrario pecho.

El uno, y otro altivo Caballero
diverso estilo en el combate guarda,
firme hiere, y repara el extranjero,
que, como grande, es su persona tarda.
Bernardo es menos alto, y más ligero,
y aunque de edad más verde, tan gallarda,

fuerza al uno, destreza al otro vale,
que con pies concertados, entra, y sale.

Mientras en sí se embebe, y encastilla,
el Joven, de ofender tiempo esperaba,
y hurtándose a los golpes, la cuchilla
del magnánimo Conde desviaba.
Ardid más descubierta, y más sencilla
arte, ejercita el poseedor de Brava,
brazo, y cuerpo derecho, y estendido,
busca al contrario, en cólera encendido.

Así, cuando del Euro el soplo calla,
y los campos de Tetis deja iguales,
igual acometer, igual batalla
se mira entre dos vasos desiguales;
que si embiste el menor, al mayor halla
no descuidado en evitar sus males,
si contrasta de aquél la ligereza,
fulminante se ve déste l' alteza.

Este y aquel Héroe vencer pretende,
siempre incansable en la mortal porfía,
y el corazón, que un Etna comprende,
pujanza nueva a todo brazo envía:
del gran Planeta en cuanto el rayo enciende,
y en cuanto el soplo Boreal enfría,
impares ambos en Marciales pompas,
ambos dignos de lauros, y de trompas.

Halla del uno, y otro el movimiento
pronta contradicción, pronta respuesta,
y previniendo el adversario intento,
está cualquier espada a obrar dispuesta.
¡Que de tan alta lid el ardimiento
sepultado quedase en la floresta!
¡Que del valor de tales enemigos
las estrellas no más fuesen testigos!

Medroso deja el pájaro su nido
al resonar de la espantable guerra,
y el bruto, con asombro repetido,
ve la gruta temblar donde se encierra:
da, a los ecos el monte estremecido,
de trastornarse amagos, y la tierra
oprimida de fuerzas tan estrañas,

ya parece que exhala las entrañas.

En tanto que Bernardo entrar intenta,
la espada que se opone desviando,
a la vista su punta le presenta
astutamente, el valeroso Orlando.
Éste al reparo va, mas tan violenta
aquél la cala al punto, que alcanzando
al contrario del golpe inadvertido,
dejó su izquierdo lado malherido.

Vista la sangre, a baldonar empieza
el soberbio Francés, y así blasona:
¡Oh profesor insigne de destreza!,
¿no miras, qué bien guardas tu persona,
qué bien que te libró tu ligereza,
qué bien el arte a su maestro abona?
Mas calle yo, pues esa sangre avisa,
quién es Bernardo, que hoy los Lirios pisa.

Viéndose despreciado, y ofendido,
de rabia el Montañés sus labios muerde,
y para la venganza apercebido,
a un tiempo el arte, y la paciencia pierde:
su gran coraje, y su furor crecido,
no dan lugar a que de ardid se acuerde,
no dan lugar a que destreza guarde,
que ya pérdida juzga el vencer tarde.

No le responde, y su callar promete
contra su vida efetos inhumanos,
con ímpetu de rayo le acomete,
y el lugar de la lengua, hablan las manos:
deseoso de herir, tanto se mete,
que salen de los dos los golpes vanos,
mas pasa el Español, y su siniestro
ase al pasar, de Orlando el brazo diestro.

Así le impide, así su obrar divierte,
y en tanto en él más de una boca hace,
y pronto al vilipendio: Desta suerte
(dice) el diestro al no diestro satisface,
aquí ¿de qué se jata quien no es fuerte?
Su loca presunción ¿de dónde nace?
¿Dónde tu fama está, dónde tus glorias?
¿Dónde Orlando tus triunfos, y vitorias?

Voz forma horrible, cuyo acento suena,
cual de toro acosado en corta plaza,
el ofendido, y con furiosa pena,
quiere apartar de sí quien le embaraza;
mas no pudiendo, asido a la cadena,
deja el acero, y al contrario abraza.
Hállale firme, al fin, con fuerza mucha,
principio dan a poderosa lucha.

En semejante forma el gran Tebano
con el gigante altivo contendía,
a quien contra sus ímpetus en vano
l'antigua madre fuerzas infundía;
mas no puede, cual él, quedar ufano
alguno de los dos en su porfía,
qu'es igual el valor, igual el brío,
que da tan larga vida el desafío.

Uno y otro la vida allí desama
por verse invicto en el mortal duelo,
aspiran ambos a triunfante rama
con un mimo tesón, y un mismo anhelo:
dos golfos ambos de sudor y llama;
halaga el Nilo así su Egipcio suelo,
y así Volcán de ardor copia infinita
de sus cavernas hórridas vomita.

Intrépidos los ínclitos varones,
los descaecidos ánimos renuevan,
los brazos de nervosas trabazones
estrechamente su pujanza prueban;
al cabo, los invictos corazones
los cuerpos, no de hierro, al suelo llevan,
ruedan, y el Montañés, qu'es más ligero,
se desenreda, y pone en pie primero.

Cuando por levantarse, Orlando arrima
el brazo, con un tajo se adelanta,
mas como al cierzo la frondosa cima
dobla, y a un tiempo el pino la levanta,
tal su vigor le ensalza, y le sublima,
poniendo fija la invencible planta,
y con furor la suelta espada asida,
prosiguen la pendencia más reñida.

Si por más de una parte sangre vierte
el sucesor del Conde de Saldaña,
ya la de Orlando en lago se convierte,
y con su copia cuerpo, y sitio baña.
Allí la ira vuelve al flaco fuerte,
haciendo se mantenga en la campaña,
su competencia allí tal a ser viene,
que a fuerza el alma en su prisión detiene.

Es el combate del robusto Orlando
menos ardiente ya, menos furioso,
y viendo, qu'el vigor le va faltando,
dobla el suyo el mancebo generoso:
mas con piedad, y lástima mirando
de tanta sangre el río caudaloso,
que de su cuerpo el adversario hacía,
dél apartado, humano, así decía:

Ríndete, fuerte Par, y reconoce
por vencedor, no a mí, mas a tu suerte;
mira noble reliquia de los Doce,
que ya te llama el trance de la muerte:
la gloria sólo de rendirte goce,
libre al suelo Francés podrás volverte,
no pretendo de ti triunfo, o trofeo,
que aquí tan sólo, por honor peleo.

Enfureciose el impaciente Conde,
el persuadir del Español oyendo,
y a la cortés oferta, así responde,
las fuerzas más extremas recogiendo:
Si de mi vida el Sol aquí se esconde,
será del todo el tuyo escureciendo,
pues mi valor, que mires determina
hoy, sin duda, en mi daño tu ruina.

Más conviene a tu alma ese partido,
pues casi de su albergue se destierra,
a mis plantas te postra, mas rendido,
jamás esperes habitar tu tierra:
a Francia irás, donde serás tenido
por infeliz despojo desta guerra.
Dijo; y la espada, ya de filos falta,
feroz esgrime, y al contrario asalta.

Un golpe, y otro, el uno y otro tira,

acompañado de mortal fiereza,
combate horrendo, donde da la ira
menos al arte, y más a la braveza:
el uno, y otro al vencimiento aspira
con brío heroico, sin mostrar flaqueza,
mas las heridas de los dos guerreros
menos veloces hacen sus aceros.

Con ambas manos la famosa espada
el Conde afierra, y ya con un fendiente
piensa dejar la guerra terminada,
como la luz, que ve su fin presente,
y hace con repentina llamarada,
la parte donde asiste más luciente,
tal, de sí arroja el que triunfó de Almonte,
golpe bastante a deshacer un monte.

Bernardo ve, que a la cabeza apunta,
y el cuerpo libra del terrible exceso,
por quien el Conde con la tierra junta
el suyo, y causa es su furia, y peso.
Acude el otro, y la vibrante punta
pone sobre él, que el diestro brazo opreso,
teniendo, en tanto que su ofensa impide,
con voz de imperio, que se rinda pide.

Forceja Orlando, y libertar procura
con todo esfuerzo, el oprimido brazo,
juzga el bravo Español poca cordura,
pudiendo, no salir deste embarazo:
dice pues: Castigando tu locura,
romper es justo de tu vida el lazo,
muere, que tu arrogancia, y osadía
destierran mi piedad, y cortesía.

Pruebe mi indignación, pruebe mi saña
quien menosprecia título de humano;
obre rigor, donde blandura daña,
vano esfuerzo produzga fruto vano.
Esto diciendo el General de España,
con semblante feroz, con fuerte mano,
el pecho osado del varón temido
en partes diferentes deja herido.

El que Bóreas en furia parecía,
a la Parca crüel ya se postraba:

ya del peso mortal se despedía,
ya el alma noble su prisión dejaba:
moría Orlando, y cual vivió, moría,
en lugar de quejarse, amenazaba:
fueron bravas, horrendas, y feroces
sus postreras acciones, y sus voces.

El vitorioso Joven rinde al Cielo
del difícil vencer la palma, y gloria,
mas queda tal, que ya pálido velo
sus ojos ciega, y turba su vitoria:
el ánimo faltó, cayó en el suelo,
que en su estado, cayera el monte Moria,
tendido en esta forma, sale incierto,
quién está más mortal, el vivo, o el muerto.

En polvo el laso cuerpo convirtiera
de tanta sangre el incesable flujo,
y el pronto fin de su vital lumbrera
iba mostrando ya celeste influjo;
mas venturoso caso a la guerrera,
cuando el alba rompía al puesto trujo,
con Orlando encontró, la vista encima
dél puso, y le juzgó de grande estima.

El bravo orgullo, aun muerto, muestra el tronco
qu'el espíritu ausente pudo dalle,
siente que esté tan desojado, y bronco,
qu'es la piedad de pechos gobernalle.
En esto, escucha un ay débil, y ronco,
y al punto rostro, y pie vuelve a buscalle,
por ver si puede en trance tan penoso,
prestar algún favor al quereloso.

Vióle, ¡vista terrible!, y más cercana,
menudamente al casi muerto mira,
dudó, llegose, mas su duda allana
la faz de quien inmóvil no respira.
Vino el alma a la boca, su ventana,
para volar, diciendo: ¡Triste Elvira!
¿Qué ves? ¿Es cierto, o no lo que te asombra?
¿Estás en carne, y hueso, o eres sombra?

¿Tú en esta forma aquí? ¡Oh fuerte, oh caro!,
¿quién de tu esfuerzo al parangón estuvo?
¿Quién contra tu valor halló reparo?

¿Quién el temblor de tu mirar sostuvo?
Mas ¿qué dudo? Fue aquél, bien está claro,
que su muerte buscó, si osado anduvo,
cortose, ¡ay Cielos!, sí, cortose el Lirio,
mas ya le imita el Español Papirio.

¡Ay dulce amado! ¡Ay cómo mis recelos
hoy ciertos salen! ¡Oh presagios tristes,
vosotros fuistes quien formó mis duelos!
¡Claro el presente mal vosotros vistes!
¡Temores distes a mi alma, oh Cielos!
Y avaros su remedio no le distes,
quitándole el seguir su compañía,
con el miedo de honesta cobardía.

Mas si en vida el seguirle me quitastes,
en muerte no podréis, seguirle espero,
serán sus golpes de los míos⁵⁹ engastes,
que si enemigo sí, no falta acero:
¡de mí propia seré fiera Cerastes,
seré de tal Leandro infeliz Ero!
Colmaranse, Laquesis, tus hazañas,
yo romperé, yo misma mis entrañas.

Ansias, vos sois aunque mortales, flojas,
pues no dais fin a mi vital aliento,
decid, ¿cómo respiro?, o mis congojas,
¿cómo, si asiste en vos sumo tormento?
Mas, ¡ay triste!, a las plantas, y a sus hojas
tan sólo mis desdichas represento.
¡Ay, cesen pues! superfluas son las quejas,
si tú alma feliz de aquí te alejas.

Forma un acento, ¡oh bien perdido mío!,
triste, no muera yo sin tal consuelo,
callando el monte, el prado, el valle, el río,
tu voz oirán, oírala mudo el Cielo:
mas si ya estás de espíritu vacío,
si ya tu rostro cubre infausto velo,
¿cómo hablarás? No es bien que más me canse,
mejor es, que siguiéndote, descanse.

Tras esto, el rostro al de Bernardo llega,
y de menudo aljófara le rocía,
una, y más veces toma lo que niega,
y juzga honestidad por demasía:

en tanto, que con lágrimas le riega,
un ay el desmayado fuera envía,
tras quien, abre las luces, y que asiste,
ve cerca dél, campión que acero viste.
59 Lo mismo en 1612; ha de leerse como monosílabo.

¿Quién eres tú, piadoso caminante
(dice), que mis desdichas consideras?
No sé, si en esta lid interesante,
de quién órdenes sigues, y banderas:
mortal estoy, toma de paz el guante,
y si piedad merecen las postreras
palabras de quien muere, presta oído
a lo que débil forma mi gemido.

Al Montañés primero que encuentres,
dirás, que yace muerto su Caudillo,
que mató al más heroico de los Pares,
y que víctima fue de su cuchillo:
a Ricardo dirás, si le encuentres,
que muero; y ¡ah!, ¿si será bien decillo?
No, porque el alma a la que avisar quiero
con ella estando, avisa cómo muero.

Enfrena el llanto, y finge fortaleza,
oyendo su decir, la bella Dama,
y con acto piadoso, y con terneza,
así el secreto, y la respuesta trama:
Despedid, ¡oh valiente!, la tristeza,
que larga vida en vos el Cielo ama,
presto tendréis salud, que las heridas
no serán de tal Príncipe homicidas.

Yo vuestra parte sigo, y sabed cierto,
que siendo menester diera el mensaje,
mas antes que se dé, tomaréis puerto,
y tendrá vuestro mal feliz pasaje.
En la incomodidad deste desierto
os serviré de médico, y de paje,
qu'en trance igual pretendo acompañaros,
y con amor serviros, y curaros.

Veloz tras esto, con algunos velos
las heridas le aprieta, y le restaura,
con que se templan ya mortales yelos,
cobrando el corazón su vital aura:

semejante favor en tales duelos,
a su afición dio la belleza Maura⁶⁰,
un tálamo dejando de allí a poco,
y escritas plantas al que yace loco.

Turbados del paciente los sentidos,
semblante, voz, y señas no conocen,
mas sin duda en sus daños advertidos,
con sagaz prevención las desconocen:
no es bien, que miserables descaídos
de sumo gozo al improviso gocen,
que gran tristeza, y grande gozo mata,
y suele obrar mejor, si se dilata.

Estando en esto, llega una cuadrilla
del insigne León hija valiente,
que con íntima pena se amancilla
de que su General se halle ausente:
cual rayo, éste y aquél deja la silla,
reconocido el mísero accidente,
y al amado Señor hacen corona,
la rodilla inclinando a su persona.

Los brazos echa al cuello de cualquiera,
y como mejor puede los honora,
mas de ver en tal trance al qu'es su esfera,
el que más duro es, más tierno llora.
Ya toda voluntad se confedera,
para ser de un ardid nueva inventora,
silla tratan hacerle de sus brazos,
y él a sus cuellos de los suyos lazos.

Forma al querer partir, acentos tales
el débil vencedor: ¿Dónde se halla,
el que con fuerza, y bríos desiguales,
hizo tan peligrosa la batalla?
No quede, no, por pasto de animales,
quien lustre fue de cuantos visten malla,
el rancor espiró cuando la vida,
goce muerto, la honra merecida.

Hacen su voluntad, poniendo apriesa
al Paladín, de su caballo encima,
y el ver que tierra ya, se aploma, y pesa,
quien tan brioso fue, hiere, y lastima.
La noche, que en los males se atraviesa,

causando en general, sus sombras grima,
al alcance prolijo dio remedio,
y su negro montante puso en medio.

Ya pisa el patrio suelo, y por Asilo
de su miedo, le escoge quien se escapa,
que quien blasona más, al mortal filo
pronto retira el pie, los ojos tapa.
Quiso del Imperante el recio estilo
quitar la ajena, mas dejó su capa,
si bien pudo esta vez, herido, y roto,
salvarse con el Príncipe Carloto.

El rastro siguen del Señor de Francia,
algunos de los Pares, y Señores,
tras quien, faltos de brío, y de arrogancia,
vuelven domados, varios domadores.
Su pérdida sin par, suma ganancia
fue de los Montañeses vencedores,
pues apenas mirar pueden sus ojos
la copia, y variedad de los despojos.

Donde llamando está clarín sonoro,
acude el más airado combatiente,
que si al mando en la lid perdió decoro,
mostrar quiere en la paz ser obediente.
En facción tan horrenda el falso Moro,
la más vio destrozada de su gente,
supuesto, que en los más, como en primeros,
probaron las naciones sus aceros.

Por eso, su propósito rompido
deja ponderación de fuerza escasa,
y sin dudar, elige por partido,
volver, como le dejen, a su casa.
Siempre estuvo el Cristiano prevenido
para, si menester, ponelle tasa,
mas viéndole inferior en demasía,
poco temor le da su alevosía.

En fin, visto, que trata de la vuelta,
los despojos con él franco reparte,
y la franqueza en gracias deja envuelta,
con que deluso en sus quimeras parte.
Ya de entrar en su Patria está resuelta
la hueste fiel con su glorioso Marte,

por ver, por alegrar a sus paisanos,
mas su intento detienen los malsanos.

En tanto pues, Bernardo no se olvida
del que triunfó, Varón de triunfos lleno,
así ordena, se pula y se divide
porción de roca, qu'es del aire freno;
que darle honor, con casi eterna vida,
reverente propone, en cuyo seno
el magnánimo polvo deposita,
dejando fuera igual noticia escrita:

Sabrás, ¡oh huesped!, si piedad espira
tu pecho, sordo a bélicos enojos,
si tu planta se abstiene, y no retira
deste aparato fúnebre los ojos,
que de Orlando se abrevian en su Pira,
(su nombre es su alabanza) los despojos
después que libre el alma generosa
los Cielos escaló, donde reposa.

Menos todos con pena, el importante
Fernando, echaban antes de partirse,
mas vino con Rugero, y Bradamante,
que no pueden un punto dividirse:
llega en prisión el uno, y otro amante,
ceñido de una escuadra, que rendirse
el uno, y otro refulgente astro,
solamente pudiera al Sol de Castro.

Ambos con grande amor son recibidos,
a quien Ricardo, y su Marfisa abrazan,
y del lazo pacífico advertidos,
los cuellos de los dos ambos enlazan.
Los pueblos del contorno agradecidos,
para los de León pescan, y cazan,
y con su copia dan el río, y yermo
gustos al sano, alivios al enfermo.

Mientras restaura el General los daños,
que obró la muerta luz de los Franceses,
cierra Elvira la puerta a desengaños,
oculta siempre en lúcidos arneses:
mas Febo, noble padre de los años,
a Cintia, bella madre de los meses,
apenas pudo ver con llena cara,

cuando del todo el débil se repara.

Viendo la Dama pues, cuánto le aqueja
ser Tántalo en razón de su querido,
se le muestra, cual Sol, con que le deja,
si Marte sano, Amor al doble herido.
Mas ya el tremendo ejército se aleja
del teatro mortal de horror ceñido,
ya dan aplauso a bélicos laureles,
Tetis, Olimpo, Eolo, y Cibeles.

Ya su dolor profundo en las tristezas
la gente muestra, que escapó rendida,
ya diversos despojos, y riquezas
dejar pudieran satisfecho a Mida:
ya las trompas publican las proezas,
ya dejando su patria defendida,
triunfando de belígeras naciones,
van entrando en León fuertes Leones.

FIN